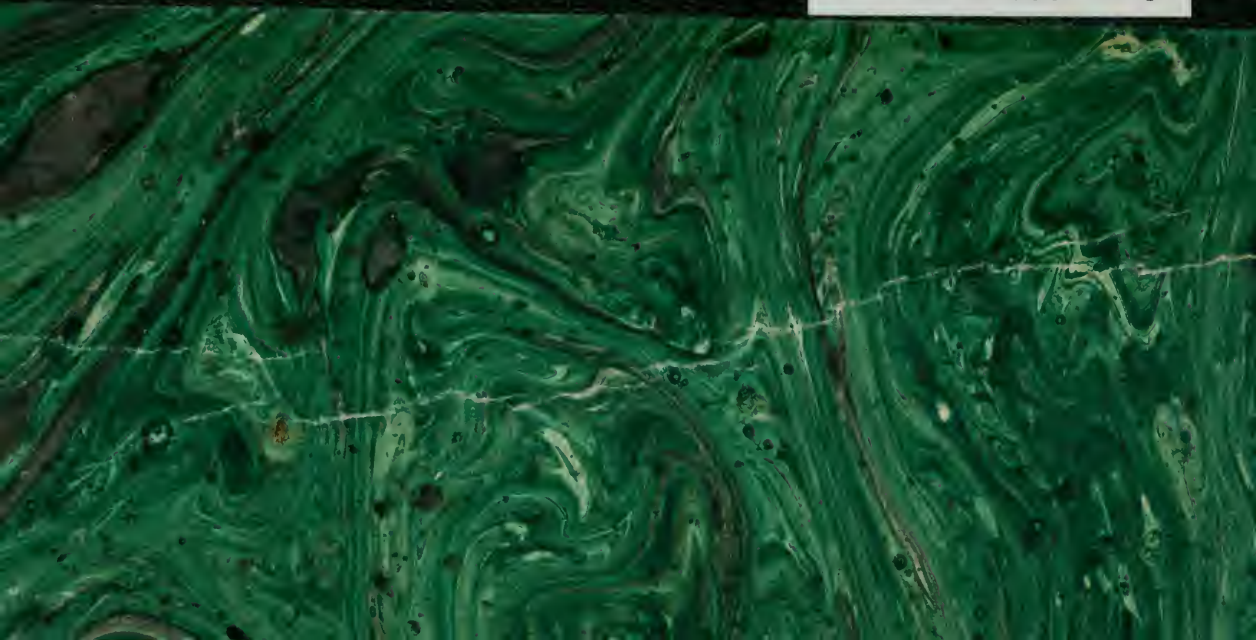
UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01653774 8



MANUAL

DE

PATOLOGÍA POLÍTICA

El que no tiene conciencia de
las tinieblas no busca la luz.

BUCKLE.

AGUSTIN E. ALVAREZ

BUENOS AIRES

76331 IMP., LITOG. Y ENCUADERNACIÓN DE J. PEUSER
SAN MARTÍN ESQUINA CANGALLO

1899

MANUAL

DE

PATOLOGÍA POLÍTICA

El que no tiene conciencia de
las tinieblas no busca la luz.

BUCKLE.

AGUSTIN E. ALVAREZ

BUENOS AIRES

96331 — IMP., LITOG. Y ENCUADERNACIÓN DE J. PEUSER
SAN MARTÍN ESQUINA CANGALLO

1899

JC
272
A4

POR LA VENTANILLA [1]

Es siempre necesario, para dirigirse, tener una hipótesis sobre lo que es bueno ó malo, posible ó imposible, en orden á los intereses del país, y los que no tienen apego á su ignorancia sienten, además, la necesidad de refrescar continuamente, con los nuevos datos, aquella regla provisoria, según el consejo de Lefevre: «Obrar para saber, saber para obrar». A ese fin, y porque es bueno escribir lo que se piensa para obligarse á pensarlo con más precisión, fueron seleccionados é hilvanados estos trozos selectos de todas partes, para uso privado, para saber «por donde van tablas», y no para informar á otros de lo que probablemente les importa un bledo. Solo para ver modo de reeducarme, pues voy entendiendo que la regeneración de los otros es una invasión al fuero ajeno, por depravación inconsciente del espíritu en un medio ambiente chiflado, teniendo cada uno la obligación de enderezarse y el derecho de recoger para ese efecto los traspiés propios y los ajenos que le atañen, y no teniendo el prójimo el derecho de enmendar

(1) Los primeros cinco artículos aparecieron en la *Tribuna* con el título general de *Manual de imbecilidades argentinas*, el siguiente había aparecido antes en *La Agricultura* y los restantes han sido reservados para este libro á fin de que no careciera de algún interés.

al prójimo. Esto no es más que un abuso bien intencionado y contraproducente, porque nadie puede enmendarse por mano de otro.

Por supuesto, ni siquiera estaba esto destinado á la publicidad. De eso es culpable en primer grado el amable director de la Tribuna, *que tiene á su favor la circunstancia atenuante de la necesidad de llenar espacio con cualquier cosa.*

Conste eso en primer lugar.

En segundo lugar, el mundo tiene ya una segunda edición de los evangelios en los consejos y en los ejemplos de los grandes hombres y todo el que no esté acometido por lo que Groussac llama «el furor de chapucería», que es el afán ridículo de las gentes chicas por hacer obras grandes, puede emplear útilmente su tiempo imitando á la abeja, que prepara su panal y cosecha la miel donde la encuentra.

Después, lo más interesante y digno de ser estudiado en este país, no es el Río de la Plata, ni la Pampa, ni las montañas, ni la flora, ni la fauna, ni el suelo, ni la constitución del año 13, sino el ciudadano argentino, el tipo de hombre que han producido en el suelo argentino los «ideales argentinos». «Cada uno tiene en los demás una ventanilla para mirarse». En diferentes dosis nuestros defectos existen en otros pueblos y pueden así ser estudiados en cabeza ajena, y hay también la madera para el marco y las sombras para el fondo.

LA LECHE DE CLEMENCIA

....Yet do I fear thy nature;
It is full o'the milk of human kindness.

SHAKESPEARE.

«Lo que hace predominar la suma del bien sobre la suma del mal, es el valor moral, la energía personal, la energía actuante, la energía creadora... Con la energía y la perseverancia, con un carácter fuertemente templado, nada es imposible; la audacia es sabiduría».

PAUL DE ROUSIERS.

«Entre nosotros tener *mal genio* significa tener un gran *carácter*. ¡Qué insensatez! Ser adustos, huraños, intratables, casi feroces, casi mal educados, significa para muchos en España tener un gran carácter. ¡Qué vergüenza! Un caballero erizado de púas como un puerco espín, que os hiere aún en los momentos en que parece que os acaricia; una organización biliosa que es incompatibilidad permanente con el género humano; un hombre inabordable sin un lance de honor previo; una soberbia perpetuamente agresiva que no concibe al amigo sin la sumisa domesticidad del lacayo; he ahí el tipo, el ideal del carácter para muchos».

NAVARRO.

Los pueblos no eligen su modo de ser, su constitución moral, como eligen su constitución política, optando entre las constituciones extranjeras.

Emplean el juicio para medir y pesar los sistemas políticos y el amor propio para juzgar los sistemas morales. Consideran mejor el que tienen, sea el que fuere, solamente porque lo tienen. Los japoneses miran en menos, como nosotros miramos en más, al que en una discusión pierde la comportura y vocifera con acompañamiento de pies y manos; los gauchos miran en menos al roto chileno porque después de perder los estribos no saca cuchillo y, á su turno el roto los mira en menos porque

no saben solventar bagatelas á moquetes, patadas y cabezazos. En eso, es lo cierto que ellos se acercan al estilo inglés y nosotros á un sistema mestizo de calabrés y sevillano. «Un sistema no nos gusta porque lo juzgamos verdadero; lo juzgamos verdadero porque nos gusta», dice Taine.

Para la casi unanimidad el sistema de vida lo eligen las circunstancias y ellas lo mantienen y lo cambian. Las costumbres ejercen una real tiranía y el individuo se adapta automáticamente á los usos recibidos como la oveja á la majada. «En la rutina de la vida, una masa enorme de hábitos, nos mueven como autómatas», dice Ribot.

Hemos elegido la constitución norteamericana como forma de gobierno general, pero no hemos elegido y adoptado una forma de gobierno individual, un tipo de civilización de los que hay en el mundo tantos y tan diversos como formas de gobierno y también unos malos y otros pésimos, y continuamos en el errado concepto que supone que no hay más que una: la civilización.

La más antigua es probablemente la civilización china, que ha dado fuerza de ley á los escritos de los filósofos, ultraperfeccionado la cortesía, la familia y el régimen municipal; que ha pulido y afeminado al hombre hasta hacer de él un prototipo de humildad, de frugalidad y de habilidad manual, insuperable para costura, lavado y planchado. Tiene hasta el más perfecto sistema de nobleza. «En China cualquiera puede adquirir la nobleza, que es conferida por el emperador y que decae un grado en cada generación». (Hübner). Como otro saldo de su lucha entre la civilización y la barbarie, conservan ellos la mutilación del pie de sus mujeres en signo ostensible de protesta contra los tártaros nómades, para que conste que son tan civilizados que sus mujeres no necesitan la facultad de traslación, y, habituados ahora á las mujeres gordas, esa estupidez específica ha perdido su antigua razón de ser y encontrado una razón nueva; como los franceses á quienes la vida de corte del siglo

de Luis XIV hizo corteses, brillantes y espirituales y que por la especialidad así adquirida han quedado sociables *causers, coiffers* y Vatels en todas las latitudes; como tenemos nosotros una ilustración de adorno y un lujoso tren de vida exterior cuando nos falta el *comfort at home,* solo porque estamos «tontamente afidalgados». «El título XXI (de la Partida II) nos describe el tipo ideal del joven caballero castellano, vestido con sus paños bermejos, amarillos, verdes y cárdenos porque le diesen alegría; sus armas y armaduras, hermosas, apuestas, de manera que parezca bien.... Nutre su espíritu con las historias de los grandes hechos de armas y de los esfuerzos que hubieron. Los ancianos le cuentan sus proezas. Los juglares cantan aires de guerra, para que crezcan las voluntades y corazones». (J. A. García, hijo). Aún sobrevive en nuestro espíritu el saldo de las chifladuras á que dió lugar la expulsión de los árabes.

A semejanza de las substancias infinitas de la química orgánica que constan de 5 á 8 elementos combinados en proporciones diversas que hacen variar el resultado, así las sociedades humanas se componen de unos cuantos vicios y virtudes, que son los mismos en todas partes, variando solamente la proporción relativa y también el calificativo: unos llaman vicio á los que otros llaman virtud, y viceversa. «Los diversos pueblos de la tierra, dice Rousiers, se distinguen más, unos de otros, por los mil hábitos de detalle á que quedan apegados, que por los grandes sentimientos del corazón esparcidos un poco por toda la humanidad».

Las sociedades, á pretexto de perfeccionarse, procuran excluir el vicio y alentar la virtud, y á menudo les resulta haber alentado alguna virtud más desastrosa ella sola que cinco vicios juntos, porque el visionario y el utopista, sobre todo si son virtuosos en lo demás, son más perjudiciales al bienestar general que el ladrón y el asesino. En «tierra de valientes», por ejemplo, la cordura es vergonzosa.

Hay países en que predomina la embriaguez del vino, y que son, asimismo, más prósperos que todos sus vecinos. Hay países sobrios y miserables aún sin el concurso de la lotería, esa deplorable invención que pone el olor de la fortuna bajo las narices de los pobres para hacerlos más pobres en definitiva, induciéndolos á confiar sus ahorros á cara ó cruz. El borracho trabaja cuatro días en la semana y el sobrio trabaja seis, pero un solo error puede echar al diablo sus 300 días de trabajo en el año y sus tres mil días de trabajo en 10 años, y si las 200 jornadas del borracho quedan en pie, el borracho habrá vencido al temperado por mano del utopista. Hoy hemos encontrado en la calle San Martín, solicitando limosna, arrimado contra la pared, á un extraño anciano de luenga cabellera blanca y continente superior á su oficio presente. Ese hombre, me dijo mi suegro, es un alemán, antiguo tapicero que me arregló la casa cuando me casé. Se había retirado de los negocios, poniendo en cédulas provinciales su capital y los directores del Banco Hipotecario lo han convertido de rentista en pordiosero.

Hay países en que predomina la embriaguez del ideal y en los cuales, por lo tanto, los virtuosos y también los corrompidos son partidarios netos de lo imposible; desgraciados países en que la virtud es visionaria, en que solamente los equivocados tienen prestigio, y en los que, el bien, errando el camino, solo sirve para desastres. «Se puede decir que un hombre está condenado, dice Carlyle, cuando ha perdido la facultad de ver, cuando no apercibe la realidad, sino un espectro engañador de la realidad, y que sigue á ese fantasma en la obscuridad, hasta el fondo de las tinieblas, hasta la ruina, que es el gran océano de la noche á donde van á perderse tarde ó temprano todas las falsedades.»

Hay pueblos que incurren en la sublime tontería de considerarse perfectos y ponerse orgullosos y contentos de lo que son, cuando aun no son nada ó cuando han dejado de ser lo mucho que eran. «Achaque y grave es

para los pueblos de raza latina, dice Georges Blondel, el entusiasmo de su propio valer y de su propia fuerza. Creyendo que ellos solos pueden, que ellos solos valen, que ellos solos son valientes, emprendedores y capaces, menosprecian el valor de los demás, no los estudian, y, cuando menos lo piensan, se encuentran con el más triste de los desengaños. El *nosce te ipsum* de la filosofía socrática debe ser la divisa de cuantos se esfuercen por llevar á estos pueblos al terreno de la realidad. Es menester que se estudien á sí mismos y á los demás, á fin de despojarse de lo malo propio, después de convencerse de ello, y aceptar con decisión lo ajeno tan pronto como se aclaren y evidencien sus ventajas».

Por otra parte, hay virtudes que se excluyen recíprocamente; la una desimplica la otra y todas tienen anverso y reverso, ventajas y desventajas. Las hay, como el amor á la gloria, v. gr., que es incomparable para el tiempo de guerra y de todo punto desastroso en tiempo de paz.

Y en el género de los defectos nacionales el de la cobardía moral, de la falta ó de la debilidad del carácter es diez veces peor que el vicio nacional de la embriaguez. «En Inglaterra, un clergyman filántropo me dice que de cada 10 obreros 8 son borrachos» (Taine). Y ese es el pueblo más robusto de la tierra.

«Si nosotros hemos prosperado como nación, es en gran parte porque somos incansables trabajadores. Aun más hemos obligado á las fuerzas de la naturaleza á trabajar para nosotros. «El vapor, dice Emerson, es casi un inglés». (Lubbock). Y más que todo porque su trabajo no está expuesto á los barquinazos de la utopía ni á los tarascones del peculado. «La Inglaterra cree que el menoscabo de la energía humana es lo que merece más lágrimas; que la condenación de una gran alma á la inutilidad es la miseria de las miserias, digna de la misericordia de las misericordias». (Paul Desjardins). ¡Qué abismo entre ellos y los raquíticos javaneses que consideran al mono superior al hombre porque no habla para que no lo hagan trabajar!

«El carácter es una fuerza, dice Chasles, la inteligencia es una luz. La máquina de vapor no ilumina, arrastra. El más bello foco luminoso no levanta una paja». Pues el calificativo que después de *valiente* usamos de preferencia para rascarle la vanidad á un ciudadano argentino, empezando por los jueces, nuestro mayor elogio, es: *ilustrado,* entendiéndose que el valor dispensa de la ilustración y viceversa, y que uno y otro dispensan de todo lo demás y por siempre. Porque un delincuente dejaría por eso de ser *right honourable,* pero no cesaría por eso de ser valiente ó ilustrado. De estos pedestales nadie puede ser apeado por mala ó por muy perra conducta. Hemos tenido la desgracia de caer en dos virtudes nacionales que son, por casualidad, compatibles con todos los vicios nuestros y también con los ajenos, y que traen consigo dos corolarios, á la cual más desastroso: la insolencia y la declamación. «Así ha llegado á ser ley para la mayoría que basta ser rico y dar recibos, para tener títulos á todos los cargos, sin importar que existan de por medio robos, crímenes y vicios de toda clase». (*La Educación,* Diciembre 15-98).

El valor para atropellar al prójimo y la ilustración para deslumbrarlo y engañarlo son las dos llaves del porvenir para un argentino, porque son las dos calidades que allegan más consideración pública. No es necesario ser honesto; no es necesario ser culto; no es necesario ser cuerdo; no es necesario ser activo y útil, y, en rigor, ni el talento y la ilustración son necesarios, pero es absolutamente necesario ser guapo, ó siquiera deslenguado. De B., que llegó á ser vice-profeta de su partido y que vió un día inesperadamente evaporado su prestigio, cuando más había hecho para mantenerlo, me decía V. M.: «ha decaído porque no ha sabido procurarse un duelo; debido á eso sigo flotando yo». Y en efecto, para fijar la estimación pública es necesario haber muerto á alguien, ó por lo menos haber hecho en presencia de testigos todo lo posible por matarlo. Por esa necesidad local, Lucio López, nieto del autor del Himno, hijo del

gran historiador, se marchó prematuramente al cementerio, llevándose á la nada los ópimos frutos maduros de su talento privilegiado. «*Necesito* batirme, decía, porque me han hecho una reputación de flojo que á todos les da tentaciones de vejarme».

Se ha dicho que saber es poder; que el que sabe como diez, puede como diez. Es decir, que la ignorancia es una debilidad intelectual, moral y física, pues aun con las fuerzas físicas bastantes el ignorante no puede hacer lo que no sabe hacer, aunque lo quiera hacer, cuando «más vale maña que fuerza». «Si la naturaleza no ayuda, todo trabajo es vano; pero, sin el estudio, la naturaleza es vana». (Lily). Sin el estudio, suponiendo la voluntad, se entiende. Es una desgraciada imitación de Tántalo esa conjunción de la ilustración que permite conocer el bien y de la falta de carácter que impide realizarlo; y además, una estafa, involuntaria é inconsciente á veces, porque el mismo hombre que seduce con sus buenos pensamientos daña con sus malas acciones. En cuanto á los resultados, el que sabe, y puede, y no quiere, está en la misma desastrosa condición que el que no sabe ó no puede. «No está la monta en ser buen mozo, sino en ser mozo bueno», le decía una vez, antes de casarse, el canónigo Pera, que sabía predicarlo, al canónigo Terrero, que sabía practicarlo.

Dando instrucción, damos poder. ¿Poder para qué? ¿Para hacer algo ó para hacer nada ó para hacer errores? Las piernas que sirven para correr también sirven para disparar, ó para sentarse al rededor de una mesa con carpeta verde. ¿Poder para ir adelante, ó para ir atrás, ó para cantarle á la luna? ¿Poder para emitir ideas ó para construir ferrocarriles, para elaborar frases ó para hacer botas? En primer lugar, y es exacto, «una libra de instrucción requiere diez de sentido común para aplicarla». «La *educación* se dirige á las facultades *morales;* la *instrucción* á las *intelectuales*. La primera desarrolla en el hombre la conciencia de sus deberes; la segunda hace que sea

capaz de practicarlos y cumplirlos. Sin la *instrucción,* con harta frecuencia sería ineficaz la *educación;* sin ésta la *instrucción* sería cual una palanca que careciese de un punto de apoyo». (Mazzini).

«Pero se ha creído que la calidad del grano crea la del terreno y se ha dicho: no hay malos terrenos, solo hay malos granos». (Demolins). Inútil educar para madre de familia á la mujer que forma el carácter del hombre; inútil robustecer la voluntad por el ejercicio y cultivar la fuerza muscular; basta sembrar la ilustración: ella sola hará brotar la moral, la energía, y el buen sentido práctico. Una aplicación colateral de la máxima universal: «buscad primeramente el amor de Dios y todo lo demás os vendrá de yapa». En Norte América hasta el catolicismo se vuelve enérgico: «No olvido, dice el arzobispo Ireland, que la gracia de Dios es indispensable al cumplimiento de nuestra tarea, pero Dios hará seguramente su parte, y á nosotros el hacer la nuestra; muy á menudo parecemos desear que él se encargue también de ésta».

Por el contrario, dice también Demolins, es el terreno el que determinará la suerte de la semilla y hará que dé ó que no dé fruto de bien. Y, en efecto, la ilustración, como el dinero legado á un sujeto, serán plata aprovechada ó plata perdida según que él sea animoso ó vividor, laborioso, holgazán ó disipado. Si, por ejemplo, el estado elabora 3.000 doctores en derecho y el 80 % de ellos carece de carácter y sentido moral, es claro que la administración de justicia — lo más importante en todo país — no podrá ser sino muy detestable en tales manos; las familias habrían allegado al *alma mater* cántaros rajados para recibir el alimento del espíritu, la instrucción oficial, y, en consecuencia, en los tribunales, el 80 % de la ilustración jurídica del país gravitará en favor de las maldades, y el foro será una irremediable chicana, porque «la energía, la independencia, el temor á la ignominia y el menosprecio del peligro, virtudes son

sin las cuales la ciencia es fruto de perdición y la humanidad asiento de toda flaqueza », dice con toda razón Macaulay, que no alude por cierto á la energía verbal, que esa, como los ladridos estridentes del cuzco, es energía de perro débil. « El foro, ¿es otra cosa, por desgracia, en todas las ciudades capitales de la república, y, salvo contadas excepciones, que un abominable modus vivendi organizado por los productos de las universidades oficiales y en su exclusivo provecho, en donde de cada cien causas, los intereses que representan noventa de ellas son sacrificados inexorablemente ó á la justicia lenta y perezosa de los jueces ó al impudente honorario de los letrados.... Con cada nueva generación de doctores, las dificultades y las trabas de la justicia aumentan, los honorarios se triplican, el círculo de acción para cada uno resulta más estrecho: cada causa sufre ahora el retraso de los incidentes que, con la sutileza leguleya, más refinada de ahora, tienden á hacerse más frecuentes». — *(La Libertad,* de Córdoba, Enero de 1899).

Por supuesto, la debilidad de carácter que existe en el foro no es más que el trasunto de la que existe en la sociedad, y cuando ésta, sin curarse, quiere curarla, ensaya más ó menos inútilmente lo imposible, la supresión de los efectos en vida de la causa. La reforma de las leyes y la multiplicación de los reglamentos siempre ha sido y siempre será una pura ilusión: prodigar las promesas y los propósitos y economizar la acción, es un método que hace concebir esperanzas y no dá resultados. «Se ha notado, dice Ribot, que las lesiones de la primera y segunda circunvolución frontal debilitan la voluntad y que entonces se exagera la habladuría; disminuye la ejecución y aumentan los planes vanos». En efecto, desde los tiempos antiguos se conocían los resultados, aun que se ignorase el sitio de la catástrofe: « *Perditissima republica plurimæ leges.* (Tácito). En las naciones

como en los individuos, el exceso de buenas intenciones denota la debilidad de carácter....el derecho no puede prosperar sino junto á un pueblo de voluntad poderosa... testigos: la antigua Roma y la Inglaterra. Hay, desgraciadamente muchos ejemplos del caso contrario, fecundidades efímeras que no dejan más que la esterilidad detrás de sí». (Ihering).

«Saber limitarse facilita las resoluciones», dice von der Goltz. « Cuando el *carácter* domina al *talento* y éste tiene cierta extensión, se camina rectamente hacia un objeto determinado, con probabilidades de alcance. Cuando es el talento el que domina al carácter, sin cesar se cambia de parecer, de proyectos y de dirección, porque una vasta inteligencia considera á cada momento las cuestiones bajo un nuevo aspecto». (Mariscal Marmont). Dos muchachos pobrísimos, el uno con más carácter y el otro con más talento, consiguieron ser tan igualmente sobresalientes en una escuela de provincia, que el maestro no pudo adjudicar el primer premio y sometió el caso á los mismos alumnos reunidos. El uno permaneció callado, el otro dijo: «Señor, déselo á Fulano (el rival), y yo me quedaré más contento que si me lo hubiese dado á mí». Juntos hicieron en las más duras condiciones la saludable lucha del *self made man,* alcanzaron la prosperidad bien ganada y los más altos puestos, pero, el que se dejó adjudicar el premio en la escuela se dejó tambien usar por los que «habían heredado íntegra su parte en la sabiduría de la serpiente» y la sombra del manzanillo cayó sobre su mucho talento.

La manía de hacer reglamentos es prima hermana de la manía de hacer comisiones, y la capacidad para confeccionarlos, por una travesura de la naturaleza está en razón inversa de la capacidad para ponerlos en ejecución, pues la confección es asunto de pluma y la ejecución es asunto de calzones, calidades que, como queda dicho por buenas lenguas, casi siempre se excluyen. El reglamento es la substitución de la

responsabilidad por la precaución. El que no sabe reprimir se contenta con reglamentar, es decir, casi con nada. « Es preciso dar pocas ordenanzas decía el mariscal de Sajonia; pero, en cambio, hay que hacerlas observar con sumo cuidado, y castigar las contravenciones sin distinción de categorías; no tener consideraciones personales, pues de lo contrario os haréis odiar y despreciar». En efecto, el que se constituye en administrador de la indulgencia, mata la ley si la acuerda á todos, hace un favor á aquel á quien se la da y hace un agravio á aquel á quien se la niega.

Pero precisamente así es como hacemos nosotros, por regla general. Desde luego, el juicio político es un espanta-pájaros que no funciona, aunque es más necesario que el pan bendito, y que no funciona porque no es para cazar moscas; después hacemos muchas ordenanzas y las hacemos cumplir muy poco, y en ese poco por lo más delgado. Si por milagro se encontrase un hombre con bastante carácter para arremeter contra un miembro de la corte que, pongo por caso supuesto, desacreditase al país en su más augusto tribunal, como aquel canciller Francisco Bacon, el hombre de más talento de su siglo, que vendía la justicia de Inglaterra y que la Inglaterra supo castigar, ese, aquí se pelaría la frente contra la desidia universal. Lo que hace la enorme fuerza de un ejército disciplinado, según la bella definición de Darwin, es la seguridad que tiene cada uno de que, cualesquiera sean los peligros, sus compañeros irán donde él esté á sostenerlo, y lo que hace la debilidad enorme de la nación entera frente á un solo Cuitiño, frente á un solo juez malo, frente á un solo bandido del *maquis,* es la certeza que tiene cada uno de que, en haciendo frente al mal, sus compatriotas lo dejarán en la estacada, ó como decimos aquí, en las astas del toro. Velay: «Roma 7. Comunican de Sassari (Cerdeña) que el célebre bandido Derosas, ha muerto

esta tarde á tiros de fusil, y en presencia de muchísimas personas, á un rico propietario llamado Chessa, porque éste se negó á pagarle un tributo que le había impuesto» *(La Nación,* Enero 8 de 1899). La población se conduce, pues, frente á sus males de dos patas, como un ejército recluta que por desconfianza recíproca de sus partes se deja batir en detalle por un ejército infinitamente inferior en número, pero superior en calidad para hacer daño.

No hacemos en la represión la división del trabajo, castigando las faltas para no tener que reprimir los crímenes. Nuestra perezosa y débil opinión pública no pesa contra el delito al por menor porque no le concede importancia trascendental, y se guarda para operar por regeneración á tiros contra el delito generalizado y convertido en otra media opinión pública que también se defiende á cañonazos: « el que no quiere cuando puede, no podrá cuando quiera».

Hasta en el ejército, á veces, cuando falta un general no se le dice nada á él, pero se da una orden general recordando aquel deber á los que no lo habían olvidado. Es mas fácil, ciertamente, hacer disciplina con reglamentos generales que no con arrestos individuales, y si no fuera ello del mismo resultado que cazar perdices con cartuchos á fogueo, el método sería ideal. En Francia también, en el asunto Dreyfus, el gobierno resuelve amonestar á los militares que se subscribieron para defender el honor del falsificador coronel Henry, pero solo reprende á los subalternos que se subscribieron porque habían visto á los generales encabezando las listas.

Tenemos talento bastante para conocer cuánto vale la justicia y bastante debilidad de carácter para no ponerla en práctica. Sabemos además que el muerto no resucitará, mientras que la pena del reo alcanza á sus deudos inocentes y atribulados. Esa es otra; aquí los homicidas tienen siempre madre viva, mujer, hijos « y demás deudos», mientras que los difuntos, por regla

general, solo tienen herederos. «La inteligencia deduce conveniencias, pero es la voluntad quien las realiza... Querer realmente una cosa es quererla por entero y constantemente. Consecuencia y perseverancia son en la vida práctica signos distintivos y compañeros inseparables de una verdadera voluntad». (Ihering).

En esas condiciones morales, reformar las leyes es casi lo mismo que componer la carabina de Ambrosio. Por la vigésima vez se reforma la ley de quiebras, estableciendo que los síndicos serán nombrados por los jueces, por turno riguroso de una lista sorteada por las cámaras de comercio. Tres meses después se declara en quiebra un fuerte industrial á quien conozco en prosperidad. ¿Por qué fué eso? le pregunto á uno que debía saberlo. — « Porque el abogado Tal y el procurador Cual lo sedujeron á quebrar garantiéndole un concordato al 10 °/₀ con sólo que esperase el turno de un síndico de la lista con el cual estaban entendidos, y recién cuando le habían comido 30.000 pesos, conoció la celada, comprendió que él también iba á quedar en la calle, arregló y desistió de la quiebra ».

La inteligencia hace los bellos programas, los manifiestos heroicos y los reglamentos enérgicos y la voluntad los defrauda. Las represiones y las promesas estruendosas son, en efecto, como los aguaceros torrenciales, que corren por el terreno y no lo penetran. La lluvia menuda, silenciosa y persistente es la que empapa el terreno y levanta vegetación. En la facultad del ramo, en mi tiempo, se discutía con candorosa formalidad las ventajas y desventajas del derecho codificado y del no codificado y jamás se les ocurrió discutir sobre las ventajas del derecho que se realiza siempre del mismo modo y las desventajas del que se realiza siempre de distinto modo, del que es embarullado por razón de no estar codificado y del que es aun más embarullado por estar, aunque codificado, sujeto á todas las influencias que mueven el parecer de los hombres con mucho talento y poca fuerza de voluntad. Don E.

A., condenado en ambas instancias como avalista de una letra de cambio con toda la sinrazón del mundo, paga, se entiende con el vencedor, simulan una nueva letra, invirtiendo sus situaciones respectivas, demanda y en ambas instancias lo vuelven á condenar con costas. —« Bueno, les dijo; esta vez tienen razón, pero yo he ganado porque mi propósito era demostrar que la primera vez me habían condenado injustamente ». El caso fué tema de conversación por algunas días y nada más. « En la realización del derecho influye, entre otras circunstancias, la fuerza moral de que goza la idea del derecho en la conciencia del pueblo. Saber si para éste la justicia se presenta como una cosa elevada y santa ó nada más que como un bien cualquiera. La imparcialidad, la integridad, etc., de los jueces, depende, pues, *esencialmente,* de la energía del sentimiento de justicia por parte del pueblo. Allí donde ésta es cosa santa el juez es incorruptible y fiel á su deber. *A tal pueblo, tales jueces* ». (Ihering).

Como un bien menos que cualquiera, se la considera aquí. — « Vd. está perdiendo su tiempo en el tribunal, —me dicen los amigos;—esa es una ocupación *sin brillo* para viejos inútiles ».—« Estar ahí condenando á los compañeros, eso es desagradable », me dice un general. Pero el coronel Roosevelt, jefe de las *Rough Riders* en Cuba, electo gobernador de Nueva York, dice á su vez: «el hombre que se contenta con la mala administración de la justicia sin hacer un esfuerzo resuelto é inmediato para reformarla, falta á su deber y prepara el camino para males infinitos en el futuro».

Por desgracia, la justicia es, al mismo tiempo que lo más necesario y lo más útil, lo menos brillante, y siendo la nuestra esencialmente científica, es la más difícil de controlar por la opinión pública, por todo lo cual, en los países informados por el espíritu de figuración, será siempre la última cosa á componer y á componer por motivos derivados del espíritu de figuración». «Es conocida la propaganda que contra ella se ha hecho en la

prensa inglesa. La falta de una justicia rápida, escrupulosa, barata, causa inmenso daño al país, *por los informes desfavorables* que de aquí transmiten los que son víctimas de sus deficiencias. Con esto se enlaza la falta de seguridad, *que también* es perjudicial por la misma causa». *(La Nación,* Abril 11).

Los pueblos, en su crecimiento, imitan al hombre que, cuando joven, da plata por pitos, y cuando viejo, da pitos por plata. Ahora estamos en la estación de las cosas brillantes. *¿Ci siamo e ci resteremo?* En la América del Sud, dice James Bryce, «predomina la pasión por los efectos teatrales, la preferencia por las generalizaciones y las teorías amplias, la disposición nativa á dejarse atraer más que por la delicadeza de la obra por su brillo general, la tendencia á confundir la hinchazón con la grandeza, la falta de madurez y de percepción de las diferencias que existen entre las obras de primer orden escritas en estilo sobrio y las banalidades insulsas, fruto de la mediocridad».

Entretanto, en una destripada, el público tiene ojos para *ver* y afición para admirar el valor, pero no tiene sentido moral para *sentir* el crimen, ni energía para reprimirlo. En un departamento de Santiago del Estero, en 1883, me era imposible encontrar testigos para los heridos por la espalda, que así estaba la moda del facón.—«No, me decían; en seguida lo largarán de la cárcel y volverá á cobrarnos las cuentas de atrás». Y me enumeraban con los dedos los vecinos del lugar *marcados* á cicatrices por ese mismo sugeto, veterano para salir en libertad con padrinos. Ponerse á la sombra de su reputación hecha de hombre malo, era y así les parecía, diez veces mejor que confiar en aquella justicia flaca y movediza, que no es más que el seudónimo de la clemencia para las maldades consumadas. Ese es, un efecto, el mecanismo por el cual la mala justicia se empeora de suyo. Había conocido ya á los que mantenían amistad con los indios para ser exonerados en los malones: la cobardía moral que paga tributo á la es-

finge, y comprendí entonces que no hay pueblo de bandidos y cuatreros sin la complicidad activa ó pasiva de los habitantes, sin esa inmundicia moral de los chinos que no se cuidan del Dios bueno, porque no puede dañar y se propician los dioses malos y los jueces malos y los bandidos hábiles, porque pueden dañarlos.

« Para Mauricio Talmeyr, el criminal es como un flagelo merecido por la sociedad, y, con muy contadas excepciones, los robados y asesinados no valen más que sus victimarios, pues éstos operan en sus cercanías, en el radio de su lodo. En esa parte enferma ó podrida de la sociedad, el criminal parece pasear sobre su ruta algo como una especie de justicia» (Phi. Gille). «Se sabe que la Italia en general y la Sicilia en particular son la tierra prometida de los bandidos» (Rousiers). «El *bandido* ha sido siempre poético.... Hasta ahora pocos años, ese favor de los bandoleros no había decrecido en España: el famoso José María, de quien se enamoró Merimée, pudo pasearse años enteros por las fragosas cerranías de Andalucía, hallando donde quiera rancho seguro y protección. Lo propio ha sucedido en Italia y también en Córcega: allí se gana el *maquis* y se cae al anochecer cerca de las poblaciones, contando siempre con la complicidad de los pacíficos moradores» (Groussac). Entre los anglo-sajones, por el contrario, las musas están en menos predicamento que los negocios, y los bandidos y Moreiras no pueden acogerse al prestigio de la poesía, porque á ello se opone la muy prosaica ley de Lynch: «Casi siempre el linchaje está rodeado de serias garantías....No solo persigue directamente á los malhechores, sino que también reforma los fallos de la justicia oficial cuando le parecen muy errados». (Rousiers).

« Libertad y responsabilidad son dos palabras inseparables: no habrá verdadera libertad donde no haya verdadera responsabilidad», decía Cavour en 1850. No es el crimen lo que deshonra y empobrece á los pueblos, sino la irresponsabilidad, la impunidad del crimen.

A ninguna región de la tierra han confluido más canallas que al Far West norteamericano, pero allí estaban el mal y el remedio que acaba con él. « Otros tomaban una actitud más heroica y declaraban abiertamente la guerra á los malhechores para purgar el país, dice P. de Rousiers. La ley de Lynch era frecuentemente aplicada entonces; un hombre convicto de asesinato ó de robo podía verse detenido, juzgado, condenado y colgado en menos de un cuarto de hora en cuanto un comité enérgico de vigilancia lo atrapase. El comité publicaba un diario para denunciar á los culpables y los tipógrafos trabajaban con el revólver al alcance de la mano: el director corría grandes riesgos de ser asesinado al doblar una esquina. No obstante, siempre se encontraba otro para reemplazarlo, otros para vengarlo y sostener á su sucesor. El americano honesto tiene la costumbre excelente de no dejarse aplastar bajo pretexto de que es honesto; un hombre de orden no es forzosamente un tembleque, como sucede á menudo entre nosotros; al contrario, considera que su interés debe primar sobre el de un escapado de presidio ó de un jugador. Además, posee la energía necesaria para resistir, y el género de vida que hace apto para resistir eficazmente, aún á tomar la iniciativa y la responsabilidad de una medida grave, cuando las circunstancias lo exigen. En efecto, es un hombre que emplea su tiempo en decidirse, que se decide todos los días» *(Vie américaine)*. Esta es una sociedad dura para los foragidos, como el quebracho colorado para los clavos.

No hay dioses del mal sin adoradores del mal, ni mazorqueros triunfantes sin pueblo propicio por angas ó por mangas á la mazorca. « Otros pueblos solo son hechos para una libertad limitada, *porque no quieren concurrir con la ley y las autoridades á la supresión de los malhechores*» (Stuart Mill). Cuitiño, Alem y Salomón, y todos los de su calaña son grandes miedosos reforzados por una recua de tímidos, que delatan para blindarse contra las delaciones y asesinan de miedo de

ser asesinados; almas cobardes y asustadas que la debilidad lleva á buscar la protección del que tiene el peligro en la mano; almas sin sentido moral que, puestos á optar entre ser asesinos ó ser asesinados optan por ser asesinos; negros y mulatos de alma, cuando no de alma y de cuerpo que, faltos de energía para luchar, idiotas de la voluntad, se rinden á la maldad, obligando la capitulación del grupo que subsigue, y que no pudiendo medrar por el trabajo ordinario, medran por el crimen apañado. Constituída la banda, funciona como máquina de allegar prosélitos, según este razonamiento por el cual uno que estaba metido hasta las orejas en los bancos oficiales explicaba su trasbordo al juarismo agudo: « Si estoy en el mar y un barco pirata me aborda y me intima hacerme pirata so pena de echarme á pique, me hago pirata ». Esta vez no fué por el temor, sino por el descuento y la ejecución que los que carecían de sentido moral tomaron la calle del medio, reclutando deudores como antes se había reclutado miserables y foragidos. En ambos casos se ve que mientras en el pueblo enérgico y moral se impone la gente honesta, en *South* América la iniciativa de los comités de salud pública, como en la Francia de 1792, es de uso exclusivo de las gentes sin moralidad. « Los hombres, aún los más comunes, dice Stuart Mill, reservan el lado violento, malvado y egoísta de su propio carácter para emplearlo especialmente contra aquellos que no tienen fuerza para resistirles ». De Barére dice Chasles: « Sí, este hombre ha derramado sangre, á torrentes y por sistema, sin remordimientos y sin temor. Sí, este hombre era feroz y dulce. Sí, ha cansado al verdugo; y su alma era femenina, cristiana, fecunda en perdón, en piedad, pronto á sacrificarse».

Facundo, Aldao, Ibarra, etc., han podido ser mónstruos en un pueblo de valientes, pero no hubieran podido ser eso mismo en un pueblo enérgico, porque bueno es no hacer confusiones: la energía y el valor son dos cosas muy diferentes por la reflexión y el dominio

de sí que en la una existen esencialmente y en el otro faltan. He aquí los dos géneros: « En Crimea, un batallón inglés exterminó en Inkerman dos regimientos rusos. Estos tiraban siempre y no retrocedían un palmo, pero estaban alterados y apuntaban mal. Los otros, sin precipitarse, apuntaban con calma y casi no perdían tiro. El hombre es diez veces más fuerte cuando conserva tranquilo el pulso y sereno el juicio ». (Taine).

En su menor expresión el valor es el miedo menor al peligro menor. Era la terrible lanza de Facundo, poniendo el terror á retaguardia, la que convertía en héroes forzosos á sus miserables reclutados codo con codo en cualquier parte, y los paraguayos flacos y degenerados, que tanto trabajo dieron á la triple alianza eran como los gatos que, de miedo al perro que viene detrás, atropellan el agua y el fuego; esa era la química de su valor: opción forzosa entre dos miedos: aumentar el terror á la espalda para convertirlos en héroes á vanguardia era un problema de sicología animal. « Es necesario admitir, aunque la lengua no se preste para ello, dice Ribot, que la voluntad, como la inteligencia, tiene sus idiotas y sus genios con todos los grados posibles de un extremo al otro ». Y, naturalmente, allí donde se ha descuidado por siglos la educación del carácter, los idiotas de la voluntad tienen que ser muy abundantes; muy numerosos los que no saben dominarse y son por ello más idóneos para ser dominados. « Con las vergas, Federico I domó á sus mercenarios por el principio espartano de que el soldado tenga más miedo á su jefe que al enemigo ». (Spekel y Foliot).

Los cobardes, peligrosos como la vaca asustada, son terroristas: para no temblar ellos, asustan y hacen temblar á los otros, y siembran el miedo para cosechar su seguridad. « La palabra *pánico*, dice Lubbock, ha concluído por significar un terror sin fundamento ». El que no lo tiene no necesita que le tengan miedo; no necesita para defensa preventiva la reputación de guapo. El partido débil, como el hombre débil, necesita ultimar al

caído, porque no puede dejarlo levantarse y recuperar la igualdad de posiciones que le devolverá la superioridad perdida. Solo pueden ser generosos y leales los fuertes. Los unos degollaban por cobardía—« sólo los muertos no vuelven »—como decía el mísero Barére, y los otros, por miedo de ser degollados, aplaudían al degollador. « Se vivía entre pavores, dice Vélez Sarsfield, y cuando sonaba un cañonazo en Palermo, los hombres que recorrían las calles de esta ciudad se paraban temblando, como si fueran un peso inútil sobre la tierra ». « Me habían denunciado como federal tibio, y por consejo de los amigos tuve que agrandar el moño colorado y enrolarme en el batallón de Cuitiño », me cuenta un ricacho inofensivo de nacimiento y mazorquero de ocasión, por miedo de la mazorca. Sí, pues, el terror no es posible sino mediante la debilidad ambiente, porque como ha dicho Stendhal, no está en las cosas sino dentro de nosotros, y sería una nueva y peor debilidad cargar toda la romana al déspota y descargar de su parte de responsabilidad al pueblo que se dejó aterrorizar porque era pusilánime. Bueno es repudiar el crimen, pero aún es mejor buscar su causa para hallarle el remedio. «El gobierno de Rosas, dice Pedro Goyena, fué un gobierno popular, no sin duda por sus actos de violencia, sino porque, á pesar de ellos, respondía á las tendencias principales del Buenos Aires vulgar ».

«Yendo de Trapani á Palermo, en Sicilia, se encuentra en una aldea llamada *Paceco,* una iglesia dedicada á San Francisco de Paula y que es objeto de una constante peregrinación; se viene á orar allí sobre la tumba de un asesino que ha muerto á su madre. De los cantos en honor del matricida que un siciliano ha publicado, resulta que el ejecutado ha llegado á ser un santo predilecto del populacho, porque castigado en este mundo, ha pasado por el purgatorio y en su calidad de culpable será más benévolo para interceder por los culpables» (P. Chasles). Así como la debilidad física induce á contentarse con menos beneficios y comodidades

y crea la virtud de la frugalidad y el tipo del gana poco y el tipo del vividor, así la debilidad de carácter (en Sicilia por razón de clima) obliga á contentarse con menos moralidad, con ninguna moralidad y hasta con el culto del crimen. Una moral robusta aniquila á los que necesitan la astucia, el engaño y la desvergüenza para suplir la energía que les falta y completar la posición que necesitan. *Mens sana in corpore sano;* mente flaca en cuerpo sin energías. — «Alcance Vd. dos sillas para estos señores» — decía un obispo de Bolivia cada vez que un individuo más ó menos coya entraba en su despacho, y agregaba: — «Siéntense ustedes». — «Señor, decía el visitante, vengo yo solo, nadie me acompaña». — «Ya lo sé; es solamente una precaución que tomo para no olvidar que en ustedes hay siempre dos personas; la que se ve y la que no se ve».

La debilidad de los brazos hace la robustez de la mentira y la duplicidad es el sucedáneo de la fuerza. Con la dignidad inglesa un coya quedaría tan aplastado como un niño con el escudo, el casco y la coraza de un caballero de la Edad Media. «Y todavía, dice J. B. Zubiaur, la educación física es la Cenicienta del hogar escolar». Esta es la raíz del peculado específico de la América del Sur. El máximum de fraude y mentira coincide con el mínimum de energía física y viceversa: «Con tal que no sea ni muy ladrón, ni muy embustero, ni demasiado vicioso, ni, sobre todo, demasiado borracho, pues, para un Indu, estos son muy pequeños defectos». Esto dice el capitán de artillería francesa Noblemaire, de aquellos ratones humanos de la India. Demolins le pregunta á su hijo recién llegado de Inglaterra: «¿Qué es lo que te ha asombrado más en tu nueva escuela? — ¡Oh! No se miente jamás. — ¿Por qué no se miente jamás? — Porque no es necesario, desde que no hay espionaje. Y después, si un alumno mintiese, sería obligado á dejar la escuela, porque los otros muchachos no querrían hablarle. Cuando un profesor pregunta quién ha cometido una falta, el culpable

dice: «Soy yo».— ¿Los otros se burlarán de él? — Al contrario, encuentran que es *chic* no tener miedo jamás».

Ante todo, el hombre necesita vivir en el medio para el cual está predestinado por la condición de su familia, sus inclinaciones, su instrucción y sus relaciones y no puede mantener una moral que lo rebaje cortándole los medios posibles para su debilidad, que es decir, los medios inmorales. Si en esa condición no puede luchar de abajo, vivirá *de arriba*, pero vivirá, esto es bien seguro. Y también es seguro que hay una relación directa entre los medios de ganarse la vida y la moral posible: «El que no da un oficio á su hijo, le enseña á ladrón», dice un proverbio turco. « El Evangelio, la moral, no han entrado en los actos. Y si por esa vía han fracasado la iglesia, el templo y la Sinagoga..... es que nadie triunfará por esa vía». (Demolins).

Ese es el error enorme de los misioneros en religión y de los principistas en política: predicar contra el pecado ó la coima al que no tiene los medios ó el temperamento para vivir sin el pecado ó sin la coima, es 95 % de sermón perdido, en término medio. Los oyentes aceptan el sermón, pero viven como pueden. Los utopistas de profesión que pretenden hacer la grandeza del país con fines grandes son tan ilusos como el que pretendiera en dos vasos comunicantes levantar el nivel del líquido en el uno dejándolo bajo en el otro: «levantar los ideales» es precisamente aumentar las necesidades disminuyendo á la vez los medios de satisfacerlas; el idealista de levita no puede usar como medio de vida los trabajos manuales y las ocupaciones lucrativas. Nobleza obliga, y un idealista de alpargatas es un contrasentido.

Esa relación entre la moral y los medios de vivir, cualquiera puede observarla á su alrededor en esas personas, no muy ralas que digamos, que habiendo heredado ó alcanzado una posición social en el regis-

tro civil, y perdido los medios de mantenerla, por incapacidad de conducirse, se echan á sinvergüenzas, embrollones y enredistas, apelando para aguantarse en la superficie á todos los medios, inclusive los indecentes, como se agarra á un tizón ardiendo el que se ahoga.

Diez veces en cien un *south americano* es embustero por puro gusto de mentir y noventa veces lo es por debilidad de ánimo para hacer en tiempo aquello que después se verá obligado á justificar con excusas, ó para hacerlo mal y bonificarlo con argumentos en defensas, manifiestos, memorias ó protestas. « Los espíritus débiles, dice Macaulay, tienen siempre á la mano una serie interminable de sofismas para calmar los escrúpulos que sienten y á cuya fuerza no quieren ceder». El que aprende á excusarse, se enseña á hacer mal y á llegar tarde. No tiene la menor necesidad de curarse los yerros el que para cada uno de ellos tiene 700 por qué. Hay sirvientes que son capaces de romper toda la loza de un aparador sin la menor torpeza, y gobernadores que son capaces de hablar hasta después de muertos para probar que se han hecho beneméritos del país en la provincia que han recibido con fondos y dejado en quiebra, porque en unos y otros «la virtud no consiste en no pecar, sino en esconder el pecado».

Los grandes teólogos que somos en South América para encontrar distingos que nos permitan estar perfectos *quand même!* «Y esto no se puede dejar pasar sin la rectificación correspondiente, y sin *deslindar* lo que atañe al país y á sus instituciones y lo que recae sobre deficiencias ó vicios del mecanismo de la administración. Estos vicios ó imperfecciones no son, por otra parte, una especialidad americana, como podría decirse y se ha dicho por allá; en otras partes también se producen estos escándalos é irregularidades de los que la sociedad y los gobiernos *se descargan*, entregándolos á la condenación de la conciencia pública. Si no se hiciera esta *distinción substancial* entre el país,

sus instituciones y los que las desprestigian por abusos que son de responsabilidad limitada, correríamos el riesgo de pasar ante el mundo por una cafrería». (*La Nación* Marzo 19-99). Lo mismo que los niños: «Fulanito también ha hecho una cafrería. Por qué no lo corrigen á él más bien? A mí déjenme como estoy». Deslindado el país de los vicios, en efecto queda perfecto.

La debilidad se cohonesta á sí misma con explicaciones, como el deudor que no paga, pero *da* excusas, y su moral es una verdadera chicana: debí hacer y quise hacer, pero no pude hacer, por esto, por lo otro y por lo de más allá. Así el acreedor se encuentra defraudado de lo suyo y enfrente de un caballero que se ha justificado de haberlo defraudado. La única responsabilidad que contraen los autores de una chirinada es la de explicarle al respetable público las causas externas del fracaso. A un acreedor de la municipalidad del Rosario que en Londres la pone por los suelos porque no le sirven su deuda, que estaba garantida con el impuesto de mataderos, le dicen: «Vd. no tiene razón para decir que la municipalidad del Rosario lo ha robado, porque ella ha tenido razón para no pagarle, en razón de que ella depositó la plata de Vd. en el Banco de Santa Fe, de donde la tomó el gobierno de Santa Fe, el cual no la devuelve porque la legislatura no dicta la ley correspondiente. ¿Estamos?—Bueno, dirá el otro; pero yo he aconsejado en Londres que no tomen empréstitos argentinos, porque serán defraudados, y Vds. me hacen un desmentido *south* americano, del cual resulta solamente que no serán defraudados sin razón sino con razón. Para ustedes, que saben disfrutar la chicana, habrá mucha diferencia entre ser fregado con razón y ser fregado sin razón, pero yo no la veo, é insisto en que, á pesar de todas las garantías, mi dinero no vuelve, en el tiempo y forma convenidos.

Lo que se compone con desmentidos, sigue descompuesto.—«Casualmente decía uno de mis camaradas

cada vez que le echaban en cara un defecto distinto,—casualmente ese es el único defecto que no tengo»: Y lo creía sinceramente, pues á él, como á tantos, el hábito de engañar le había dado el hábito de engañarse. No hay hediondo que se huela, ni embustero que se conozca,—lo que tampoco impide que lo conozcan; «No se piensa —dice de nosotros un viajero norteamericano, —no se piensa que es vergonzoso mentir y tener sobre el honor las ideas españolas».

Entre los que *no saben conducirse* pero *saben estimarse,* el capítulo de las rectificaciones es una terrible cosa: capaces de matar, pleitear y afligir á medio mundo para acreditar que no han hecho lo que han hecho: *e per più tormento vuole che si senta e non si dica.* Se indignan seriamente contra el que no tenga de sus errores y torpezas la misma opinión que tienen ellos, en la profunda convicción de que lo que hicieron mal es bueno porque pensaron hacerlo bien, cubriendo con las buenas intenciones los malos resultados. No habíamos acabado de llamar calumniador al accionista del Rosario y ya el P. E. N. tenía que intervenir, obligando á una legislatura á dehacer un cuatrerismo legislativo que sacaba los fondos á un banco hipotecado para dárselos á un banco hipotecario.

¡Ojos que no ven, corazón que no siente! Como aquel que tenía la tonada cordobesa y no se la notaba, cuando los extraños nos retratan encontramos que nos calumnian porque ya nos hemos compuesto. «No consiste su virtud en no pecar, sino en esconder el pecado». Declararse compuesto es, por cierto, más holgado que componerse; pero, defectos que se olvidan y errores que se guardan en saco roto, son defectos que no se corrigen y enseñanzas que se pierden. «El que nunca se equivoca no hará nada jamás». Pero no se debe incurrir en el mismo error dos veces. Que vuestros errores os sirvan de lección, con lo cual se convertirán en peldaños para conduciros á una vida superior». (Lubbock). Los hombres, como los pueblos, deben recoger

sus errores de conducta como cosechan el trigo y el maíz, para almacenar experiencia, y así como importan los mejores métodos de cultura del suelo deben importar también los mejores sistemas de conducta personal por la adopción del ideal á que correspondan, mejorar sus soldados como mejoran sus fusiles y reformar sus coroneles como reforman sus cañones y sus barcos; el hombre es más susceptible de perfeccionamiento que el arado y el fusil, sabiendo empezar á tiempo.

El corresponsal del *Times* en Montevideo, «denuncia con suma dureza los defectos de la justicia criminal en el Uruguay. Dice que en los países del Plata las leyes son malas, pero aplicadas lo son mas aún, pues parecen hechas para la mayor protección de los criminales y menor protección de la gente honrada. En este país son comunes, agrega, los juicios criminales por 2º y 3er asesinato. Los ingleses están mejor protegidos en Marruecos. En el Río de la Plata se les puede asesinar impunemente. Cita casos, etc.» El mismo número de *La Nación* que trae ese despacho de Londres registra este caso policial: «Anoche ha sido preso J. M., que en 1896 estuvo preso por defraudación y que el 23 de julio del 97, frente á la jefatura del departamento de Belle Ville, en la plaza, apostado detrás de un árbol y siendo comisario de órdenes, por celos del puesto, al comisario F. O. le hizo un disparo de revólver que lo hirió en la nuca, saliéndole la bala por el ojo izquierdo, lo que le ocasionó una muerte inmediata... Con esa misma arma había dado muerte á otro individuo un mes antes, dando como pretexto que el preso se le había resistido». Sí, pues, la mala justicia existe porque estamos contentos de la mala justicia. En los males que tienen compostura, el descontento es el estimulante del progreso, y la resignación es el narcótico del atraso. El que está orgulloso de ser alférez no hará nada por llegar á capitán. ¿Qué es lo menos que se come en otras partes para contentarme con ello? pregunta el hombre

más asoleado de la Europa.—¿Habas han dicho? Pues bueno, guiso de judías hasta la muerte.

«Se ha dicho—agrega el mismo corresponsal,—se ha dicho, y con cierta razón, que es más peligroso denunciar un crimen que cometerlo, porque el denunciador se ve pronto en apuros, mientras el criminal escapa frecuentemente... Estos países reclaman todas las prerrogativas de naciones civilizadas, y sin embargo, no cumplen con sus deberes y responsabilidades. *(La Prensa,* Enero 25 de 1899).

«Calumnias, puras calumnias», grita en coro la prensa nacional, en razón de que nuestro ideal no consiste, como el de los anglo-sajones, en adquirir valer, sino en adquirir importancia. Para el bienestar basta el valor moral; para la figuración es necesaria la importancia, —y la importancia se puede alcanzar con mistificaciones. He ahí por qué tenemos tanta vocación para el fraude y la mentira.

¿Calumnias? Sí y no. Son excepciones, pero las excepciones indican lo que hay debajo de la regla, la tendencia natural que pugna bajo el artificio de la ley, y cuando son muy voluminosas ó muy numerosas hay en ello una circunstancia atenuante para el que las toma por la regla, puesto que son la vice regla. «En un extraño, dice *L'illustration,* la facultad de observación está sujeta á errores tanto más picantes cuanto que á ello se mezclan siempre rasgos de una exactitud implacable». «Esopo decía que cada uno llevaba dos alforjas, una delante en que iban los defectos ajenos, para poder verlos con facilidad, y otra á la espalda en que iban los propios, de suerte que de ningún modo pudiéramos verlos» (Stobeo). De la clemencia espontánea para las faltas y de la repugnancia instintiva por la justicia que los corresponsales anglo-sajones nos señalan, no podemos decir que no existan porque no las vemos, pues «el ojo humano solo ve á proporción de los medios de ver que trae», y en los ojos del chiflado no hay medios para ver la viga en el ojo propio. Regularmente

ningún vanidoso se conoce en el espíritu el pliegue de su cojera, y luego, esa unanimidad de pareceres en individuos que hacen culto de la verdad y que no tienen el menor interés en equivocarse, significa en realidad que no hemos puesto nuestra atención donde ellos han puesto la suya, porque tienen costumbre de juzgar al hombre por su sicología y no por los entorchados, encajes y arneses, como nosotros. No tienen la preparación especial del gomoso para juzgar del valor de un país por el golpe de vista de una sala llena en la Opera ó por un desfile de carruajes en la calle Florida, sino por «la capacidad para las tendencias del tiempo» y plantean su problema en otro terreno: ¿hay justicia? ¿hay moralidad? ¿hay aseo? ¿hay energía para el trabajo? Y, naturalmente, les aparecen importantes los hechos que nos pasan desapercibidos, y viceversa.

En la ciudad de Cobija, un marido golpeaba á su mujer en el medio de la calle. Un gendarme va á protegerla y la emprende con el marido. La mujer, entonces, se levanta, acude en socorro del marido y entre ambos ponen al gendarme de vuelta y media. Así el patriotismo, en los pueblos atrasados, ama hasta las miserias nacionales y prefiere padecer de ellas á corregirlas por consejo de los extraños. Un caballero del interior, accidentalmente en la capital, venía una noche, del barrio del norte, con su familia al teatro. En el trayecto olvida las señas que le habían dado, se bajan del tramway y se ponen á trillar la manzana formada por Rivadavia, Maipú, Piedad y Florida. Una de sus dirigidas le dice, por fin:—«Pero, Fulano, hemos pasado ya tres veces por delante de esta misma joyería ¿Por qué no le preguntamos al vigilante dónde queda el teatro Nacional?»—¡Oh!—dice el caballero, continuando el circuito,—¿qué necesidad tenemos nosotros de que el vigilante sepa que andamos perdidos?» Así somos los criollos: mejor es andar extraviados de motu propio que acertar por mano de otro. «El culto nacional del coraje» nos hace encarar la vida como una corrida de

toros: el que pide ayuda que no sea en dinero ó influencia, está deshonrado. En política, especialmente, seguir la opinión del más competente es una bajeza. La altivez nacional exige que cada necio se dirija por sí mismo en el manejo de los asuntos ajenos.

En la inspección de milicias de Reconquista un mayor se embriaga en compañía del juez de paz y otros que tales, á media noche, y el comandante á quien no dejaban dormir pide á la policía del lugar que ponga orden. Viene la policía, el mayor toma un revólver para resistirla, sale á la calle en vestidos menores, se niega á vestirse mayormente y en aquel traje se lo llevan; al cruzar la plaza se tira al suelo y tienen que llevarlo en peso. Si los jueces hubieran tenido solamente pereza para hacer justicia, pudieron haberse fastidiado con el autor del escándalo, pero se fastidiaron con el que requirió la policía, le imputaron ese llamado á delito de cobardía y lo mandaron enjuiciar.

En un asunto administrativo se denuncian irregularidades y la prensa pide en coro que intervenga la justicia. He aqui el resultado:

«El coronel Tal hizo él mismo su defensa, lo que se consideraba como una novedad... Su defensa fué brillante.... Llamó al juez instructor, coronel Cual, juez prevaricador.... Presentó documentos desconocidos para el juez instructor y que lo dejan muy mal parado al coronel Cual. Era voz corriente que el fallo sería absolutorio. El fiscal no acusó» (*Tribuna,* Febrero 4). «La defensa del acusado pasará con oficio al ministerio del ramo, en virtud de contener revelaciones que pueden producir el enjuiciamiento del juez instructor del sumamario, coronel Cual» (*La Nación,* Febrero 5). La ley dice que si el acusado no quisiera nombrar defensor se le nombrará de oficio. El acusado no quiso nombrar, porque quería defenderse él mismo, y los jueces entendieron que este era *un caso no previsto.* De tanta polvareda ha resultado en tierra de cristianos un solo culpable y bien inopinado: el juez instructor, á quien el tribunal

ha dejado injuriar en la audiencia, porque siempre se ha entendido que la libertad de defensa contiene la facultad de injuriar, y lo manda enjuiciar á él, que no se había nombrado á sí mismo, sino que había recibido de sus superiores el encargo de la carta del negro, según se considera de grave toda equivocación en el sentido del rigor de la ley. No conozco el asunto, pero un juez instructor que resulta «mal parado» por razón de documentos de que es inocente hasta el punto de ignorarlos, recuerda aquella opinión de Halifax que cita Macaulay: «Yo no conozco las leyes de Escocia, pero puedo afirmar que en Inglaterra no había motivo para ahorcar á un perro con lo que ha bastado para sentenciar á lord Argyle».

Se trataba de una compra urgente de caballos, en virtud de un peligro de guerra, y la sentencia, haciendo constar que en un juicio anterior había sido absuelto por el mismo tribunal el encargado de recibir los caballos, dice que, del examen en ellos practicado, resulta lo siguiente:

316 caballos de 8 á 13 años.
133 con vejigas en las manos y las patas.

De talla inferior á 1.46 la mayor parte. En otro lugar:

108 caballos de 8 á 18 años.
167 de 8 á 14 años.
48 redomones.
19 de 1.35 á 1.40.
92 inútiles por enfermedades.

De los documentos ignorados por el coronel Cual y presentados por el coronel Tal, resultaba haber éste ordenado que solo se recibieran caballos mansos, sanos, gordos, de 4 hasta 7 años y de 1.46.

En resumen: un desastre militar, económico y judicial. Ninguna voz se levantó para protestar contra eso en la República Argentina, donde todavía se pueden comprar, en previsión de una guerra, 883 caballos inútiles para el ejército sin culpa de nadie.

¿Y quiénes son, entretanto, los defensores de la justicia, los que tapan ó los que destapan las injusticias? Es claro: en los países con vocación para contentarse con las apariencias los defensores de la justicia son los ocultadores de las iniquidades, y los que revuelven y jabonan la ropa sucia son difamadores malevolentes.

Los vicios ocultados no constituyen la salud moral. Cierto que el país se desprestigia momentáneamente, pero también, ¿qué sería del individuo que, por vergüenza de la mugre, no se sacara nunca la camisa sucia? «Es plausible la actitud enérgica y decidida del gobierno, pues con ella no solo vuelve por el prestigio de la magistratura tanto tiempo puesto en duda, sino también por el del país, que con motivo de deficiencias ó irregularidades análogas ha sido puesto con *malevolencia intencional en la picota de la difamación exterior*. (*La Nación,* Marzo 17).

Solamente los que lo alaban tienen razón á los ojos del que quiere ser corregido con bombones y que pretende curar los catarros crónicos de la justicia con jarabe de tapujos y contemplaciones. Mucho tiempo hemos considerado al Dr. Juárez como un monstruo porque creía sinceramente que solamente los que lo aplaudían estaban en lo cierto y en lo patriótico y bien intencionado. Algún día tendremos que hacernos justicia á contrapelo, reconociendo que por algo llegó á ser el primer magistrado de nuestro país con nuestro voto y frente á candidatos peores que él, y que bien lejos de ser una excepción era la más alta expresión, y la más alta víctima de ese espíritu de caridad por casa que empieza en la clemencia y termina en el arrepentimiento. «Una sociedad (así) tiene siempre la necesidad de descargar la responsabilidad de sus faltas sobre alguien. Cuanto más la apuran los remordimientos más dispuesta se siente á buscar un culpable que haga penitencia por ella y cuando lo ha castigado bien, se acuerda á sí misma el perdón y se felicita de su inocencia». (Boissier).

Deslindar el país de los defectos del país para absol-

ver al país de la difamación exterior y de la obligación de corregírselos, es estar en esa vía. Si no fuéramos jueces tan clementes de nuestras debilidades no dejaríamos tanto margen para «la difamación exterior». Esta se ceba especialmente con los individuos y con los pueblos que se acuerdan á sí mismos con clemencia maternal el perdón de sus faltas. El deseo de ser bueno, no basta para serlo realmente; se necesita algo más: «la voluntad es el hortelano de la vida, y puede criar en ella ortigas y cardos, ó hisopos y tomillo: una sola yerba ó muchas: enriquecer la tierra ó empobrecerla: tenerla de barbecho ó abonarla». (Shakespeare).

La verdad es que las calamidades judiciales ó administrativas se nos hacen llevaderas en la medida en que nos acostumbramos á sobrellevarlas, y que en esa manera estamos habituados especialmente en el interior á una justicia singulamente detestable. «*Et l'usage use, si je puis dire, notre indignation, aussi bien que notre émerveillement*» (A. France). «La monotonía de las impresiones continuadas acaba por suprimir la conciencia de una acción excitante y crea una especie de ceguera ante el peligro» (Nuno de Andrade). Nuestros descontentos transitorios, no versan sobre la magnitud ordinaria del mal, sino que sobre sus agravamientos accidentales.

Velay 20 asesinatos medio impunes por mes nos tienen resignados, pero 15 en una sola semana, nos hacen poner el grito en el cielo por otra semana: aguacero de verano. ¿No hay justicia para los muertos ó heridos ó saqueados sino compasión y *aves negras* para los que *se desgraciaron?:* un revólver al cinto ó un cuchillo serán el complemento obligado de la justicia flaca de la tierra. Sabiendo cada uno que nadie cobrará su cuero, se resuelve á venderlo caro él mismo. «Cuando la regla desaparece, la excepción es la regla». (Hanotaux).

En La Paz, un gaucho á quien iban á fusilar por seis asesinatos habla en el banquillo y dice: he hecho seis muertes, pero, en conciencia, solo de la primera soy responsable, pues si me hubiesen castigado esa, no ten-

dría que responder ante Dios de las otras cinco. Ese desgraciado había convertido la excepción en regla, como cualquier Moreira, por este motivo: «Cuando un hombre corre un peligro que le proporciona en grado intenso la emoción angustiosa del miedo y consigue por suerte suya salvarse, la cesación del peligro es acompañada de un sentimiento de placer extraordinario, de una especie de delicioso alivio del espíritu. Recordar el peligro viene á ser un goce. Para experimentar ese placer extraño se busca de nuevo el peligro. . . . Cuanto más milagroso é inesperado es el modo como un soldado se salva del peligro, tanto más aumenta en él la temeridad y el afán por exponerse á nuevos y extravagantes riesgos ». (Ferrero).

El picador Sevilla, á punto de ser ensartado en el suelo, por el pecho, agarra al toro de una oreja y de las narices y aguanta pisotones y demás hasta domarlo... « La costumbre de la victoria le había inspirado una audacia inaudita. Cuando se presentaba delante del toro, se indignaba de que la bestia no le tuviese miedo» (Merimée). El procurador M., que había hecho sus primeras hazañas en testamentos falsos en 1884, 24 años después tramitaba simultáneamente cinco filiaciones y testamentarías fraudulentas. « Pero la existencia aventurera en que jugaba su vida cada día, volvía á atraerlo con su potente seducción.—Lanzaba un nuevo reto á la partida, y se aparecía á veces en la plaza del Uruguay, gritando: *Aquí está Calandria* ». (Groussac).

Ese es el placer que deriva del sentido del valor; el que deriva del sentido moral es este otro: « ¿Quién no ha observado después de una falta grave, el malestar misterioso que nos persigue y atormenta? Al contrario, cuando uno advierte haber pagado todas las deudas de la conciencia, que ha llenado todos sus deberes, entonces se experimenta esa quietud de espíritu, ese reposo del alma y esa satisfacción interior que una buena acción aislada no podría darnos completamente. . . . Es indudable que el contento de sí mismo es fuente de la felicidad

verdadera » .... (General Lasalle). Y es indudable también que la debilidad de carácter y la falta de sentido moral ambientes, crean á la conducta individual una pendiente jabonada hacia la paz de segunda clase del espíritu, según esta definición de Macaulay: « la noble paz del espíritu que es recompensa de la rectitud, y aquella abyecta paz del espíritu que engendran el cinismo y la insensibilidad ». De esa predisposición han brotado aquí el verbo y la acción de *calotear* que gozan de tanto favor entre la juventud distinguida y que consisten en estafar y robar por diversión y ensañamiento apadrinado.

La policía, pegando en la herradura, prohibe el uso de armas. Pero, ¿se puede prohibir con éxito lo que se ha hecho necesario? Es como esa peregrina ocurrencia de « clausurar una vez por todas » la era de los pronunciamientos en España y de las chirinadas en *South América*. No se puede prohibir un efecto dejando en pie las imbecilidades, digo, las causas que concurren á producirlo: en las causas es donde hay que machacar y no una vez, sino todos los días. Una bofetada que en la opinión pública deshonra al que la recibe y esparce la tentación de servirse que son sardinas, es castigada por la policía con 30 $ de multa al que la da y al que la recibe y por los jueces con tres meses de arresto, que son 200 $ papel, al cambio del día. Pero si el que la recibe la contesta con tres tiros de revólver prohibido y mata, el juez lo absuelve. Por ejemplo: la ley militar dice que el oficial que diese un bofetón á otro será destituído, y producido el hecho, un tribunal aplica tres meses de arresto al ofensor y uno al ofendido; anulada la sentencia, un segundo tribunal absuelve al ofendido y castiga al ofensor con un año de prisión, y anulada por segunda vez, se da por compurgado el año de prisión con 78 días de arresto. Esos son, pues, artículos muertos en la ley. También, bonita cosa es el honor judicial: Un prófugo de la cárcel por asesinato, se engancha y deserta. El tribunal lo absuelve de la deserción, porque como

presidario prófugo carecía de calidad para engancharse como soldado y manda que el proceso por deserción « no perjudique su buen nombre y honor ».

La justicia, que en el sentir de Bismarck « es una entidad solidaria para todos los que viven en el país, para el que ocupa la situación más alta y para el último de los ciudadanos », deja un escape de impunidad equivalente á la 3ª ó la 4ª parte de la represión y hace necesario aumentar en otro tanto los jueces, los gendarmes y los reglamentos para asegurar el amparo de las leyes siempre menos que mediocremente. Si es cierto que con lo que cuesta un vicio individual se pueden criar tres hijos, más seguro es que con lo que se pierde por una debilidad del carácter nacional se puede edificar, sanear y embellecer muchas ciudades. ¿Empeñarse en no verlos y aplaudirse *quand même?*.... « El más grande flagelo de un pueblo es el optimismo », dice P. Leroy Beaulieu, el optimismo que se puede definir: á poca acción, muchas esperanzas; á poca economía, mucho cálculo de recursos. « En Inglaterra, particularmente, dice Leclerc, es necesario deducir la parte del pesimismo patriótico que exagera los defectos para apresurar la compostura». « No creáis que solo quiero acusar á la Prusia, decía Bismarck. Por deber de política prusiana me siento inclinado á mostrarme más exigente con mi propia familia que con los parientes lejanos ». Pero los patriotas *south americanos* solo quieren componer la escalera electoral para alcanzar personajismo rentado, y todo lo demás les importa un bledo. « En todas partes se cuecen habas »; con esto se consuelan de tener la camisa sucia porque en otras partes otros anden en cueros. « El primer movimiento del patriotismo en Sud América, decía Sarmiento en 1867, es ocultar las feas llagas de su país ». Esa es todavía nuestra diferencia sustancial con los anglo-sajones; éstos exageran sus defectos para corregirlos, nosotros los ocultamos para estar bien conceptuados á favor de lo que de nosotros se ignore. Por eso ellos se irritan para enmendarse cuando un extraño

descubre sus llagas y nosotros nos irritamos para protestar «enérgicamente», con energía de viento por supuesto: á mucha flojera para obrar, mucha protesta de energía; el mucho mentir obliga el mucho desmentir. «Mojo mi pluma en la tinta más negra porque no tengo miedo de caer dentro del tintero, dice Emerson. No siento simpatía por un pobre á quien conocí, que, cuando abundaban los suicidios, me dijo que no se atrevía á mirar una navaja de barba». En el E. M. se había organizado en los últimos días una conjuración contra el ministro Villanueva, el gran ministro, y uno de los conjurados, dando la razón del hecho, me decía:—«No podemos consentir en que nos mande un hombre que ha dicho que hay rateros en el ejército». En verdad, aquí, para ser ministro de los proveedores es necesario creer á ojos y orejas cerradas en la honradez humana. Que *haya* rateros, eso apenas perjudicará las finanzas nacionales, la disciplina y el éxito de las operaciones el día del peligro, pero que, se *diga,* que los hay, ¡Santa Bárbara! eso perjudicaría «el honor y buen nombre» «en tiempo de paz». A los niños grandes como á los niños chicos es necesario decirles que son bonitos para que estén contentos y sucios. Pero no es necesario alabarse de los progresos alcanzados, sino empeñarse en conocer los omitidos. «No dejará de salir el sol porque no cante el gallo», ni el canto del gallo hará que salga el sol. Lo que hace salir el canto patriotero no es el sol, sino el humo de vanidad, el vapor de orgullo prematuro que, á manera de biombo, oculta las miserias, prestándoles la holgura de lo que no es visto.

«Esto es nacional!» agrega Sarmiento. Quevedo cuenta que él y su compañero en Madrid, cuando no tenían que comer, salían por esas calles á recoger huesos y plumas de gallina, que echaban delante de la puerta de su boardilla, para que el pasante creyese que habían cenado de ave. Esta es la historia de nuestro pueblo». Y el que lo hereda no lo hurta:—«Nosotros —dice un escritor español,—por un falso espíritu de

patriotismo, y equivocados como los niños que cuando esconden la cabeza creen que nadie les ve el cuerpo, vivimos ocultándonos nuestras torpezas, sin que logremos por eso impedir nuestras faltas ». « Los españoles mismos, dice Buckle, más tarde, cuando les sobrevino la vergüenza, se abstuvieron de escribir lo que hubiera sido la historia de su propia humillación ». Tuvieron miedo de caerse en el tintero.

El Presidente de la República dijo en su mensaje del 1° de Mayo: « La justicia, base fundamental de la organización social, el signo más alto de civilización de un pueblo, ha caído entre nosotros en bastante descrédito. El problema judicial de la nación debe ser afrontado resueltamente, no solo por deber moral, sino como el medio más eficaz de contribuir, garantiendo mejor la vida, la propiedad y los derechos en general, á los progresos materiales y positivos del país. Sería ilusorio, sin una buena justicia, pretender inspirar confianza al trabajo, al capital, á la inmigración y á todas esas energías, extrañas ó propias, que la nación necesita atraer y radicar en su suelo. Descarto las exageraciones del anhelo reaccionario, pero aún asimismo es fuerza reconocer que la justicia argentina no responde debidamente á tan altos fines, siendo señalada entre nosotros y en el extranjero, con caracteres que es menester suprimir á tiempo, si no queremos que llegue la hora de una positiva y funesta deshonra ».

Ciertamente, no se han oído en el congreso argentino palabras mejor encaminadas á la verdadera grandeza del país. « Mala mano, dice *La Nación,* esta que ha suscitado protestas tan fundadas como la que en otra sección aparece, en que la suprema corte ha dado un acuerdo desautorizando las afirmaciones absolutas del mensaje » en que todos son buenos los malos inclusive. « La verdad es que al mensaje se le ha ido la mano en la condenación de *los abusos é irregularidades de algunos jueces* colocando ese sambenito á la judicatura nacional, que como institución no se puede hacer responsable de

los vicios personales que afectan su composición ». (Mayo 5).

Y *La Nación* no ha echado de ver que á la corte se le ha ido la mano y la escuela española de curar males con tapujos y desmentidos en la *absolución absoluta,* que por probar demasiado no prueba nada, ni hará cambiar de parecer á los que, desde antes del mensaje presidencial estaban señalando con el dedo á individuos de carne y hueso de la justicia nacional, porque ninguna declaración destruye un hecho, porque los miembros dignos y honorables disfrutan buena reputación por su buena conducta en medio mismo del descrédito general; que solo servirá, si acaso, la absolución, para los que la necesitan y no debieran disfrutarla. « Que los jueces, dice la corte, han continuado mereciendo la confianza pública,.....que las deficiencias que se observan se deben, no al personal sino á las leyes.... « Los hombres que están en el gobierno no advierten, decía Cavour, cuando han llegado á ser impopulares; eso es una gracia de Dios que tienen los ministros como los maridos ».

Mr. Parish decía en la última asamblea de accionistas del F. C. del S. que los pueblos de raza española son incapaces de administrar su hacienda, y visto que nuestros jueces se consideran heridos en su honor cuando oyen hablar de enmiendas, será necesario agregar que tampoco son capaces de hacer administración de justicia.

Vuelvo al saco roto por nuestra clemencia congénita. La ley de conscripción de 1895 establecía para los ciudadanos de 20 años un servicio obligatorio de 60 días. Pero, de los 30.000 que no se enrolaron solo fueron castigados 120; de los 5.000 enrolados de 20 años que no concurrieron fueron castigados 10. Según informe del general Garmendia, de Marzo del 98, de los 2000 inasistentes á los ejercicios doctrinales en un solo regimiento, fueron castigados 5 solamente, y éstos por haberse presentado. ¿Cómo castigar de derecho lo menos

cuando de hecho se ha perdonado lo más? El periódico que lo refiere pide que se reforme la ley, que no fué cumplida, porque, en efecto, padecemos de la ilusión de creer que es posible hacer leyes tales que se cumplan solas, y recuerdo, precisamente, de una ley de cumplimiento automático que logró fabricar un pobre amigo mío, con mucho talento, bastante tiempo antes de que lo llevasen á él al manicomio. « Sería una ilusión nefasta, dice von der Golz, creer que no es necesario, indispensable, aplicar estrictamente la ley ». Pero nosotros cambiamos de reglamento como los malos inquilinos cambian de casa.

Por cierto que, al redactarla, siendo de regla la desconfianza en los ejecutores, se quiso prevenir todo posible abuso de las autoridades, y se cayó, naturalmente, en la ineficacia de la ley, en el abuso de los que debían cumplirla, por carencia de facultades en los que debían hacerla cumplir. ¿Qué otra cosa puede esperar el que quiere y no quiere? « Las medidas á medias, dice con harta razón el autor precitado, las medidas á medias son desastrosas porque responden á una parte de la resolución y á una parte de las consideraciones que se han hecho valer en su contra».

En 1898 faltaron á la movilización la mitad de los conscriptos de 20 años. La comisión de amamantados con leche de clemencia en la capital encontró manera de exonerar á 10.000 sobre 24.000 inscriptos; de los restantes, 8.000 asistieron á los ejercicios dominicales y 6.000 fueron inasistentes. Eficacia de la ley: 33 %!

Al verificarse la concentración para el campamento del Tandil, los conscriptos que se miraban las caras y las manos en el tren, constataban con asombro que ningún hijo de rico había llegado á la edad de 20 años en la provincia de Buenos Aires. La casualidad se había metido en el sorteo y había librado á los bailarines, cabalmente á los que más necesitaban la vida del campamento para calafatear los pulmones trasnochados. «La falta de previsión en todos los servicios de la admi-

nistración militar, dice el coronel Day, la falta de método en la instrucción y la carencia de todo plan en el comando, han hecho de este período de instrucción un fracaso memorable».

A principios de Septiembre, según *El Diario* y *La Nación,* la asistencia á los ejercicios dominicales era la 4ª parte, y habiendo empezado por no castigar la inasistencia habían concluído por no pasar listas para no saber siquiera quienes y cuántos faltaban,—¡á tal punto se había convertido la excepción en regla!—«El hábito de infringir la ley, dice Macaulay, aún tratándose de una ley contraria á la razón, tiende á hacer á los hombres completamente irreverentes con las leyes». «Donde el ciudadano está habituado á respetar las leyes, dice Banús, fácil será someterle á la disciplina militar; pero donde esto no suceda no será extraño que el ejército dé ejemplos lamentables».

Tomo de un periódico de oposición relativa este modelo *south americano* de energía para mañana: «La resolución ministerial hará constar que *por esta única vez* se accede *á esa* solicitud, pero que en lo sucesivo la aplicación del reglamento *será inflexiblemente practicada*». «La tintura para el cabello solo engaña á los que la usan».

Desde la constitución abajo, leyes, reglamentos, proclamas, declaraciones y *energías,* todo es entre nosotros como esos relojes de pared descompaginados en que la campana canta la hora cuando no es más que la media.

Un platal se gasta en publicar muchas veces el registro de electores, regularmente en tres ediciones: nacional, provincial y municipal. No rigidez, sino encarnizamiento se emplea para impedir que *otro* elector use *más derecho* del que le corresponde; se nombran comisiones para *depurar* los registros, y á honor se tiene el denunciar á los que quieren cumplir más de su deber cívico inscribiéndose dos veces. Ni un centavo se gasta en publicar registros de enrolamiento. Las exenciones

de favor para *eludir el deber* de defender al país y los informes falsos para obtenerlas no se miran como acto desdoroso, y á deshonra se tiene el denuncio de los que emigran cuando la patria puede necesitarlos.

Alguna vez la policía, por detener inasistentes, detuvo inocentes, y los periódicos, por unanimidad, pusieron el grito en el gobierno: antes de tolerar equivocaciones, la impunidad á pasto. Siempre reaparece el heroico disparate del dogma de Mayo: al gobierno la libertad del bien. Por quitarle la facultad de equivocarse le quitan la facultad de ser útil. «El bien público, dice A. France, está formado por un gran número de males particulares».—Pues á ese precio, contestan, no lo queremos.

«A través de nuestras instituciones circula por todas partes una corriente de desconfianza hacia el pleno poder que nos inspira terror, no encontrando reposo sino cuando el abuso se hace imposible. La ausencia de la personalidad, el respeto exagerado á la regla muerta y á la institución es el carácter de nuestra época..... Los gobernantes yacen encorvados bajo el pesado fardo de leyes, ordenanzas é instrucciones que guían sus menores pasos como si fueran ciegos de nacimiento..... En lugar de conceder á esta cuestión de la personalidad su importancia verdadera, buscando la garantía en el hombre, la buscamos en la regla que, calculada para incapaces, traba y paraliza completamente al hombre honrado que está á la altura de su misión, quitándole todo estímulo.....» (Ihering). Los reglamentos y las comisiones evaporan la responsabilidad en trámites y compartimientos y «donde no hay responsabilidad no puede existir verdadera seguridad contra la mala administración» (Macaulay). «Había, dice el mismo, muchos políticos de mala fe en el Mediodía: pero pocos tan completamente destituídos de moralidad, y todavía menos tan completamente destituídos de vergüenza, como los individuos de la escuela de Lauderdale». Ironía de las ironías reglamentarias! Estos individuos

de la escuela de Lauderdale son precisamente los únicos á quienes ninguna previsión reglamentaria, ni constitucional, ni moral puede atajar.

Pero es también que el carácter irresoluto lleva anexa la falta de sentido moral, sino son dos aspectos de la misma desgracia. Por ambas cosas carece en absoluto de sentido realizable entre nosotros y es un precepto muerto la frase «mal desempeño en el ejercicio de las funciones» que nuestra constitución ha copiado de la norteamericana, no se sabe aún para qué! «La mujer de César no debe ser sospechada», dijo el hombre que ha tenido más sentido de gobierno, y la repudió sin pruebas, por la misma época en que Caton, moralista de profesión sin sentido moral, como tantos que hemos conocido, conocemos y conoceremos, cedía la suya á un amigo rico y la volvía á recuperar más tarde. Aquí ya puede un juez tener precio corriente y comerciar con el cargo, con participación forzosa ó amistosa en los honorarios de abogados y peritos, ó simplemente con círculo de protegidos, aunque deje más rastros que el pájaro en el aire, puede alcanzar tranquilamente la jubilación, por más que, «en general, los rumores no andan á pie»; de « las pruebas morales que define Macaulay: las que determinan la conducta de los hombres en los asuntos ordinarios de la vida», no tiene nada que temer. Entre los que carecen de sentido moral, la indignidad no probada por escritura pública es como si no fuera; y si además carecen de sentido político, preferirán aguantar 700 jueces malos antes de consentir en la posibilidad teórica de que pueda ser destituído un solo juez bueno, precisamente porque se sienten incapaces de sostenerlo.

«La administración de justicia de Catamarca marcha parejo con los demás poderes de la provincia; su prestigio se halla por los suelos y es solo una caricatura grotesca. La opinión y la prensa no tienen ya palabras con que criticar la situación del poder judicial; algunos

de sus miembros han sido acusados de prevaricato y sobre otros pesan cargos no menos graves. Entre tanto, la cámara de diputados acaba de hacer esta monstruosa declaración: «que el prevaricato de los jueces es indigno de llamar la atención de la cámara!!» (*La Nación,* Enero 21). Claro; según las doctrinas corrientes, eso daría pie á la *difamación exterior,* de que tanto nos cuidamos por las tapas.

La opinión vulgar y sus políticos predilectos son orgánicamente leguleyistas, en el género de aquel lord Galway que tenía á honra perder batallas con todas las reglas del arte de ganarlas, y á deshonra el ganarlas por la violación de un solo principio. La legalidad ante todo y sobre todo; que se pierdan las colonias, que se pierda el país, que todo se lo lleve el diablo con tal que se salven los principios, las formas. Andamos con los frenos cambiados y lo que debiera ser criterio de los jueces es criterio de los políticos, y viceversa, exactamente en el polo opuesto de la Inglaterra, donde el gabinete, cuarto poder del estado, no tiene existencia constitucional.

Tales políticos no se gobiernan por la conciencia ordinaria, sino por el concepto de la legalidad con que la han suplantado, haciendo de la política una pura chicana de manifiestos y proclamas. Para ellos un acto no es ilegal por ser malo, sino que es malo por ser ilegal, y como en el 99 °/₀ de los procuradores ó en el 95 °/₀ de los abogados su juicio está simplificado por la eliminación de los resultados y de las consecuencias, quedando santificada toda perversidad que puedan cubrir con la constitución ó con el reglamento mediante una interpretación. «Nuestro pueblo, dice Muñiz y Terrones, es el menos político de los pueblos regidos por los principios del derecho moderno» «España, en conjunto, no tiene criterio en materia de política interior ni exterior», dice Almirante. Ese es también nuestro desgraciado caso: no tenemos en política criterio político, sino criterio jurídico.

En la India, los empleos se proveen según el *covenanted service* establecido por lord Macaulay. El *covenant* es el compromiso del funcionario de abstenerse de todo acto de comercio, de recibir presentes, asegurar el porvenir de los suyos, etc., y del gobierno para reservar á los *covenanted* todos los empleos. Un jury preside los examenes de competencia y hace investigaciones sobre la conducta, la moral, etc., de los candidatos. *(Leclerc, les professions et la société en Angleterre).*

Nosotros teníamos en el interior la misma cosa con el otro resultado, en tal manera, que demuestra la completa ineficacia de las formas y los procedimientos cuando no se tiene lo que es necesario poner dentro de las leyes para que sean leyes en el hecho y no solo en el papel. Me refiero por supuesto á la institución de los procuradores de número. Con fianza, con examen ante las cortes de justicia y con información de buena conducta, padecen el más merecido desconcepto por la manteca de clemencia que preside en aquellas formalidades. A mí me aconteció, como á tantos, que un procurador garantido por la justicia de mi tierra, se me alzó con el santo y lo demás, y por otro me ví en un conflicto chino, siendo juez de lo civil. El joven N., escribiente de un notario, empleaba los ratos de ocio en imitar las firmas del registro, y alcanzó tal perfección, que pronto logró falsificar cheques y descontarlos en los bancos. Me había tocado casualmente, como jefe de policía, la tarea de pasarlo convicto y confeso al juzgado del crimen. Año y medio después, presentado él como testigo en causa civil, el abogado de la contraria lo repregunta:

— «Diga como es cierto que fué condenado por falsificación y defraudación.

—Es cierto, contesta, y agrega señalando al abogado:

—¿Puedo yo también hacerle una preguntita al señor?

—No señor, le digo.

—El abogado.—Tacho al testigo por la causal confesada.

El otro abogado.—Para levantar la tacha ofrezco la información de honorabilidad y buenas costumbres que el señor N. acaba de rendir en el juzgado de comercio para recibirse de procurador.

¡Quién le hubiera dicho á Sir John Falstaff que tres siglos más tarde sus deseos se verían satisfechos para otros en *South América* y que, sin desembolsar dinero, por pura clemencia ambiente, podría un estafador hacerse—apenas salido de la cárcel—una buena reputación judicial!

«Los jueces según las leyes chilenas, —escribía de Santiago, á *La Nación, Ignotus,* son inamovibles, excepto mediante un juicio muy severo, imposible de substanciar en la práctica. De manera que un mal juez, la mayor de las calamidades, puede quedar en su puesto por los siglos de los siglos, en paz y gracia de Dios, haciendo por cuenta suya y de sus amigos fechorías de todas suertes».

Entre nosotros hay dos opiniones sobre los jueces: una para el exterior y otra para uso doméstico. Los jueces son muy ilustrados y brillantes y la justicia «un oprobio nacional», como la llamaba *El Diario;* el negocio de las sindicaturas, «á menudo una infamia», decía *La Prensa.* De uso interno en los clubs, confiterías, almacenes, tramways, ferrocarriles: la mitad ó más de los jueces, excelentes; del resto se oyen pormenores que hacen sudar vergüenza nacional á todo el que la tiene. Ese tema es un manantial de mal humor. Los jueces honestos son dignos de compasión por la injusticia con que cae sobre ellos el descrédito del gremio. «La providencia, dice P. della Gattina, agrava sus rigores con los buenos por los favores que dispensa á los malos».

Pero todo eso puede cambiar si queremos cambiarlo. No somos una raza de mirlos negros á perpetuidad. Hace veinte años, en el ejército, eso era peor aún; la guerra de fronteras había hecho el oficial de caballada; la ociosidad irremediable y prolongada había bajado tanto el nivel de la moral y de la cultura, que el mozo

decente en el traje de oficial subalterno andaba como pollo mojado; la buena sociedad le huía por temor al escándalo de regla; se había hecho camino entre ellos la creencia de que era necesario ser pendenciero para parecer guapo y en el público la creencia de que un oficial, aunque no fuese de caballería, tenía que ser, en regla general, mal criado, compadre y vicioso y por sobre todas las cosas camorrista. Pero á cada gremio le corresponde barrer su casa, haciendo la policía de sus miembros, y el ejército ha conseguido ya invertir su situación pasada, convirtiendo la decencia en regla y el guarangaje en excepción cada vez más reducida.

De la justicia de paz del interior, todo lo que se diga es poco. Hice embargar tres carros que habían costado más de mil pesos al deudor principal, que estaba en la cárcel, en la ejecución de un pagaré bancario de que yo era fiador. Trabado el embargo y depositados por un juez de Iª instancia, un juez de paz los reembarga y adjudica á la sordina por un crédito de 50 $, á partir utilidades entre el nuevo ejecutante, el depositario y el propio juez, todos insolventes, que es decir, irresponsables de hecho. Es el único caso involuntario de justicia de paz en mi experiencia y espero en Dios que será también el último.

He aquí ahora la justicia ideal y posible: «Los jueces ingleses, poco numerosos, forman una selección venerada. Su poder es inmenso, su ciencia profunda, su imparcialidad tan completa como es humanamente posible. Sus sueldos son muy elevados y son objeto de honores excepcionales. Es difícil imaginar el respeto mezclado de admiración de que los rodean los ciudadanos... Grande experiencia de los negocios; espíritu pronto y recto, una perfecta honorabilidad, y sobre todo, hábitos de independencia absoluta. Sobre todos esos puntos esenciales la magistratura inglesa es incomparable... Posee el máximum de la independencia que sea posible asegurarle en un estado; al abrigo de la influencia gubernativa por medio de la inamovilidad, al

abrigo de su propia ambición por la ausencia de ascensos... El juez Bromwell tenía horror de la elocuencia vana; nada, según él, podía prevalecer contra un buen sentido robusto y un sólido conocimiento de las leyes»... (Leclerc).

«¡El juez inglés!—exclama de Franqueville, —¿quién se atrevería á darle un consejo á dirigirle una recomendación ó una amenaza? No hay ministro que influya sobre él: no hay diputado que pueda atemorizarlo: no hay procurador que le impida hacer justicia al más humilde contra el más poderoso».

«Pero este milagro, dice Torraca, no lo han hecho las leyes ni la organización; una y otras, por el contrario, son complicadas, caóticas, á tal punto que han podido cometerse con ellas las más groseras supercherías. El milagro lo ha hecho la conciencia pública que se manifiesta irresistiblemente en dos maneras: con el control del parlamento y con el de la prensa».

«Los periódicos—dice también de Franqueville,—todos los días, á todas horas, en todos los ámbitos del país señalan los más pequeños incidentes y ponen en movimiento la opinión pública, que es el más absoluto de los poderes. Todos los actos de los magistrados son escudriñados, analizados, discutidos. Cuando se produce un escándalo, el inglés no busca si la víctima pertenece ó no á su partido; se indigna, y el clamor llega á ser tal, que se le oye en todas partes».

«El diputado Torraca hace en seguida la aplicación de estas observaciones á Italia....» y *La Nación* las transcribe para defenderse de los que la acusan de no ser tan tapujera como lo exige el patriotismo *south americano*, que no quiere la grandeza efectiva, sino una mistificación de grandeza, en el género de la elegancia de fiado que abre las puertas de los salones al que tiene cerrado el crédito en el almacén de la esquina.

La debilidad de carácter que consiste en tomar en las circunstancias duras el partido más blando, en dejarse ir por la línea de menor resistencia, cediendo á las lágrimas

de cocodrilo, á los empeños y recomendaciones, es una vía de escape abierta de hecho al derecho escrito y por la cual se escurre su eficacia. Según una investigación del Ministerio de Justicia publicada en *El Diario,* Marzo 23: «*de cada cien delitos cometidos en Buenos Aires, quedan impunes ochenta y ocho.* Lo cual se demuestra así: el 30 °/₀ de los autores no son habidos; de los 70 que caen en poder de la policía, el 68 °/₀, ó sean 48 *sobreseidas* por los jueces instructores, y de los 20 que quedan y pasan al suave purgatorio plenario son condenados á razón del 70 °/₀, ó sean 14! Ese es el resultado final: *catorce* delincuentes por cada *cien* delitos! Catorce sanciones por cada cien atentados!» Eficacia del código penal; 14 °/₀. «Lo que se realiza como derecho es derecho, dice Ihering, y lo que no se realiza, aunque esté escrito, no es derecho». «Se perjudica á aquellos á quienes se ama, dice Lubbock, por excesiva indulgencia, cerrando los ojes ante sus defectos, á veces hasta alentándolos. Y cuando se aborrece, perjudícase uno mismo dejándose llevar de pasiones y arrebatos de ira exagerados.... Anticipáos á los deseos ajenos pero nunca temáis decir que no. Todo el mundo sabe decir sí, pero es más difícil decir no, y más de un hombre ha debido su ruina á esta incapacidad». Aquí la acción pública anda siempre en caballito flaco, y la acción privada en cicerones *pur sang.*

Claro está que la parte en que la moral escrita del reglamento exceda la moral efectiva del funcionario, es como si estuviese escrita en el agua, aunque esté impresa en pergamino ó grabada en bronce. Conozco á tantos que ponen bajo la almohada *El Carácter* de Smiles y aplican las leyes solo cuando nadie les pide que las violen, confundiendo la debilidad con la bondad y bien resueltos á contarle á San Pedro que de puro bondadosos alentaron la perversidad ambiente. Conocí á un jefe que había adoptado en toda su extensión uno de los dos sistemas criollos tradicionales de hacer prestigio, los cuales son, como es sabido, inspirar terror á crueldades

ó fabricar gratitud á complacencias. Hasta sus protegidos favoritos se habían formado concepto claro de su ineptitud, y él, en la firme creencia de que todo hombre debe pensar bien del que obra mal cuando el mal es á su favor, é ignorando que las debilidades de los hombres, como los favores de las rameras, se agradecen y se desprecian, todo á la vez, ingenuamente indignado, los denunciaba á la execración del mundo por ingratos.

Lo cierto es que la educación moral y física deficiente, nos produce una voluntad flaca, una resolución á medias en todo. El miedo preventivo al abuso y la incapacidad para reprimirlo después de consumado nos hacen dar á nuestras autoridades solamente la mitad de las facultades que necesitan. Como aquellos armenios compañeros de viaje de Carla Serena en Persia, que, de miedo á los ladrones llevaban armas y de miedo á las armas las llevaban descargadas, así nosotros, de miedo al desorden y la anarquía creamos el poder y de miedo al poder lo maniatamos con la reglamentación. Napoleón decía que las resoluciones á medias indican hombres á medias. Legisladores preventivos, que es decir á medias, leyes á medias; ejecutores á medias, leyes á cuartas: 75 % de inejecución y chicana. Y á veces nada, como en los depósitos de garantía para el caso de inejecución en las concesiones de obras públicas y que, sucedida la inejecución, fueron devueltos. «La *puntualidad* para los menores detalles del servicio no proviene en el ejército alemán, dice von der Goltz, de una vana pedantería ó de respecto por la tradición. Su objeto es producir en el soldado la *idea del deber* por un procedimiento que esté á su alcance. . . . El ejemplo ejerce una acción mucho más eficaz que la ley escrita y las palabras. El soldado arregla su obediencia á lo que ve practicar á sus superiores». Y lo mismo hacen todos, inclusive los contratistas y los guardias nacionales. Había un mal individual en la no devolución: y un mal general en la devolución: la destrucción de la regla. Este mal es el que no vemos cuando les abrimos á las leyes estos portillos que se llaman precedentes, y porque

no lo vemos nunca nos aplasta siempre, desde que todas las violaciones de las leyes viejas reviven y gravitan sobre las leyes nuevas en forma de presunciones de no cumplimiento. Y de poco sirve entonces reformarlas si las nuevas han de servir para vida corta y enclenque, como los hijos del tísico.

Y lo esencial es que las leyes se cumplan y que se cumplan siempre del mismo modo. Si las piedras fuesen duras y blandas por momentos, las gentes se cuidarían menos de no caer sobre ellas y habría por ese motivo diez veces más machucones que ahora. Los hombres acomodan su conducta á una regla mala, pero no pueden acomodarla á una regla incierta. Cuando el castigo es dudoso viene al espíritu aventurero la tentación de arriesgar una falta y la tentación de copar el código cuando la impunidad es casi segura. No siempre es fácil y muy expuesto á equivocarse el determinar en cada circunstancia qué juez está de turno para saber si se puede ser imprudente con revólver ó no, pero es seguro que, de tener la seguridad de que lo iban á dejar pataleando de un tiro, *Calandria* no hubiese ido á provocar á la policía del Uruguay.

Los latinos han inventado una máxima que no practican los anglo-sajones: *scire leges non est earum verba tenere, sed vim et potestatem intelligere;* que no la practican á esta maquinita de convertir las leyes en tembladeral, porque el espíritu de la ley es el espíritu del magistrado. «Dice Gutiérrez que las palabras y disposiciones de la ordenanza deben observarse literalmente y con la escrupulosidad misma con que la Inglaterra cree que debe cumplir sus leyes, porque consultar su espíritu sería lo más peligroso; abriría el torrente de opiniones, y la disciplina, punto invisible de la ordenanza, habría perecido. Cada hombre tiene su punto de vista, y en ese mismo, y en tiempos diferentes, es diverso. El espíritu de las leyes sería, pues, el resultado de la buena ó mala lógica, de la poca ó mucha penetración; dependería de la violencia de las pasiones; en una palabra, estaría sujeto

á todos los impulsos y relaciones, y á todas aquellas circunstancias, en fin, que truecan las apariencias de todos los objetos en el ánimo fluctuante del hombre, según su posición y situación. La misma ordenanza se había prevenido, mandando que ni en la más leve cosa se alterase; y posteriormente se prohibió toda variación é interpretación; pero ni la ley, ni la razón, ni el deber, han bastado para evitar un mal tan grave» (Muñiz y Terrones). Lo que es aquí los estragos de la interpretación han llegado hasta establecer que un buque no está perdido cuando se ha salvado una astilla.

«Penetremos en un tribunal de justicia y supongamos que el juez va á decidir un asunto civil ó criminal, según una ley clarísimamente redactada, y la razón le dice á ese juez que la ley es injusta: ¿podrá, para acallar su conciencia, dejarla sin cumplimiento, dictando un fallo contrario á ella? No; el juez no es legislador; no debe interpretar las leyes por lo que, á su juicio, debieran decir y mandar, sino por lo que dicen y mandan... es mero cumplidor de la ley, y la ley vigente es para él la justicia» (Arcaiztegui). La Inglaterra tiene las peores leyes y la mejor justicia de la tierra; nosotros tenemos las mejores leyes y casi la peor justicia. Es que en esta materia todo depende de la ejecución. En los tribunales ingleses, la ley inglesa es como una muralla de granito. En los tribunales argentinos, la ley argentina es como un alambrado: unos la pasan por debajo y otros por encima. ¿A qué asunto componer el alambrado? El juez puede suplir las deficiencias de la ley, desde que le baste aplicarla siempre del mismo modo para que los individuos sepan siempre, con seguridad completa, á qué atenerse; pero ninguna ley puede suplir las deficiencias del juez, absolutamente ninguna. Ni herramientas buenas para el obrero torpe, ni leyes buenas para el juez malo ó incapaz.

Si de antemano se sabe que la ley va á ser aplicada en su letra, ó á lo menos en qué sentido va á ser apli-

cada, en la mayor parte de las veces no hay caso para pleito, pero si hay jurisprudencia para todos los sentidos posibles de una ley clara, en todos los casos hay materia para hacer pleito con esperanzas de triunfo. Hace años, un industrial me trajo una defensa y le dije que no, porque lo iban á condenar con costas.—«No importa, me dijo, hágase condenar y apele; lo que necesito es ganar tiempo para juntar el dinero». Opongo una excepción disparatada *para apelar,* y para salvar mi honradez intelectual informo préviamente al abogado del ejecutante, y más tarde fué él quien vino asombrado á traerme la noticia de que habían fallado á mi favor y que yo estaba apelado, y también asombrado. Fué revocada en definitiva, pero en definitiva también mi cliente ganó dos años, *sin costas,* y por causa de un juez ignorante los dos abogados vinimos á quedar como abogados malos ante nuestros clientes.

Si la razón de un litigante ó la inocencia de un encausado no han de emanar de la ley, sino de la posición ó de la elocuencia de su abogado, ó de su vinculación con el juez, ¿á qué queda reducida la ley?

Cuando un magistrado se dobla en beneficio de un delincuente, todos los delincuentes quieren doblarlo en su provecho y donde la rectitud se vende, que es como si se vendiera la ley, nace la industria de las *aves negras,* que hacen el corretaje de la impunidad ó bien la explotación lisa y llana de los delincuentes y sus familias. El negocio empieza desde el principio del asunto, pues los cuervos están esperando que se cometa un delito para explotarlo. «Hemos pagado, me dice un almacenero que tiene un pariente metido en un hecho tan infame que ni es posible referirlo, hemos pagado 500 pesos á N. para que la policía hiciera un sumario favorable, prescindiendo de los testigos comprometedores y allí no más terminara el asunto, pero el herido se agravó y el sumario pasó al juez. N. nos pidió mil pesos por conseguir la absolución, pero el juez lo ha condenado á cinco años de prisión, y N. ha venido á decirnos que necesita

mil pesos más para conseguir que la cámara revoque la sentencia». La pobre familia ignoraba que ese juez era excepcionalmente recto, y como es costumbre que las familias hagan toda clase de sacrificios para garantirle la impunidad al hijo que sale buey corneta, les bastó la verosimilitud ambiente de la oferta para desembolsar su dinero.

«Los diagnósticos en casos de heridas reputadas leves y que resultan graves ó mortales vienen preocupando á la justicia desde hace algún tiempo» *(La Nación,* Enero 8). El diagnóstico por recomendaciones permite la excarcelación bajo fianza en heridas graves, de modo que cuando el herido se muere, el heridor está á buen recaudo para que le echen galgos y no lo alcancen; pero eso es tan antiguo como el andar á pie.

¿Y las *garantías* constitucionales? Hace falta en el diccionario de la lengua castellana una nota á la palabra garantía en la que se advierta que, especialmente en Sud América, ese vocablo tiene una significación real muy variable, no pasando en el Ecuador de 150 milésimos de fino por 850 de mistificación pura.

Un autorizado ex-ministro de hacienda asegura que la nación pierde en la renta de aduanas más de 20 millones por año. *¿Fatta la legge, trovato l'inganno?* Eso y también esto: puesto el gato, puesto el cascabel. Los encargados de vigilar nuestras inmensas fronteras son también, puesto que son del país, gatos criados con leche de clemencia y mal pagados por añadidura, que se dejan colgar por los ratones el cascabel de la vista gorda sin oponerles una resistencia muy heroica, — que sería un sacrificio estéril, porque ese no es en el país género que surta gloria ó figuración. La censura que entre los romanos de la república mantenía la moral, sólo sobrevive ahora entre los jugadores y para el juego; se deshonra, en efecto, y es excluido de la sociedad de los caballeros el que juega sucio en el garito, pero allí mismo es admitido con todos los honores de la guerra el que en cualquiera otra parte se «desgracie» con suerte.

«Veo que tú crees posible el impuesto de un peso por litro al alcohol. No lo creo yo; el fraude, dados nuestros medios administrativos y nuestras costumbres, por las cuales defraudar el impuesto no es robo sino *viveza,* harán ilusorio el aumento, con gran perjuicio para la industria seria». (Dr. Pellegrini, desde París, al ministro Rosa).

«Con imitar solo las leyes inglesas, habremos hecho poca cosa, nos faltará la base fundamental, que son los hábitos de ese pueblo en materia de obediencia á las leyes. La mayoría de los ingleses se consideraría deshonrada si defraudara un impuesto. Entre nosotros casi podría decirse que defraudará el impuesto todo el que pueda... Pero en los Estados Unidos mismos, donde las costumbres no son tan austeras, ¿sabe Vd. cuál fué la principal objeción que se hizo á la candidatura del coronel Roosevelt que acaba de ser elegido gobernador de Nueva York? La objeción fué que en años pasados trató de defraudar un *impuesto municipal,* alegando un cambio de domicilio! El candidato se vió obligado á probar que esa afirmación era falsa! Vaya Vd. á hacer esa objeción en Buenos Aires. En Alemania la legislacion es tan severa y tan rígidamente aplicada, que un fabricante sorprendido en contrabando queda arruinado. Nosotros necesitaríamos esas leyes y jueces capaces de aplicarlas, sin consideraciones ni debilidades—y esto entre nosotros sería casi *contra natura*». (El mismo al doctor Anadón).

¡Si conoceremos gobernadores y ministros que no pagaban impuestos, industriales y comerciantes que los defraudan! Aquí, cuando las gentes oyen decir que una casa vende artículos de contrabando, se pasan la buena nueva y se van en tropel á disputarse la pichincha, pagando un artículo por la mitad de su valor y cinco por el doble de lo que valen. Profetizaba el Dr. Pellegrini en Enero: «El alcohol se vende á bajísimo precio, apenas algunos centavos arriba del impuesto» (*La Nación,* Marzo 12). La razón de estas calamidades de dos patas

está siempre en el espíritu público: á tal pueblo, tales cuatreros, tales Moreiras, tales defraudadores, tales autoridades, tales aves negras, tales jugadores, tales borrachos. Estos inquilinos son tan inherentes á la sociedad sin energía y sin sentido moral como son inherentes los ratones, las chinches y las pulgas á la casa de barro y paja.

La ley de impuestos internos había establecido diez centavos por litro para el vino artificial, el cual se vendía en los suburbios y campaña, según informes del jefe de la oficina química municipal, á 8 centavos el litro. Deducido del consumo el vino importado y el fabricado con uva, quedaba un saldo de 600.000 litros, de los cuales solo ciento y tantos mil pagaban impuesto. Con caballo flaco no se vá lejos y cuando en un país la justicia es flaca las leyes no tienen más que un 50 % de eficacia, y cuando las leyes no tienen más que un 50 % de eficacia el estado no puede cobrar más de la mitad ó los $^2/_3$ de sus rentas. El otro tercio es el premio del fraude. Un avaluador encuentra un almacén por mayor de lo más honorable con una patente de 500 pesos y la eleva á 3000. «Vea, le dicen, vamos á conseguir que la rebajen, con algún trabajo, que usted puede ahorrarnos guardando estos mil pesos para usted, en completa reserva».

«Así el fiel estudiante puede superar todas las prevenciones de su instinto temprano, bajo la guía de un instinto más profundo, dice Emerson. Aprende á dar la bienvenida al infortunio, aprende que la adversidad es la prosperidad del grande. Aprende la grandeza de la humildad. Trabajará en lo obscuro; el trabajo contra el abandono, el dolor y la mala voluntad». Pero nuestra justicia es «leche de clemencia» que suprimiendo ó atenuando las consecuencias legales de las torpezas, por una interpretación mantecosa de la ley, disminuye la necesidad de enmendarse y suprime de la vida el primero de los maestros que enseñan á no caer otra vez: la desgracia. «La desgracia vale

su precio; obliga á mostrarse á la virtud oculta; reanima la energía sacudiendo el alma, como la mano que agita un perfume para aumentar su fragancia». (Webster). «La desventura da madurez á los hombres», decía Pitágoras. «Las desgracias son provechosas para disponer mejor el alma y dar vigor á la naturaleza del hombre», dice Smiles. «¡Ah! el dolor debiera ser la eterna escuela del hombre. La desventura es la ciencia, y sabio es aquel que más haya de gemir por la fatal *verdad*. El árbol de la ciencia nunca fué el árbol de la vida». (Lord Byron).

«Un hombre que cae al suelo se rompe una pierna; pero de ahí no se sigue, dice Lubbock, que un cambio en las leyes de la gravedad sería una mejora del estado presente de las cosas». Pero, si «una persona conocida» hace una muerte ó una defraudación, de ahí se sigue que es necesario cambiar la jurisprudencia; si en la calle, un potentado se agarra á tiros con un personaje, se sigue que es necesario ensanchar la libertad bajo fianza para que comprenda á los que se agarran á tiros; si el cuatrerismo no deja vivir á los estancieros porque los ladrones de ganado siguen cuatreriando bajo la fianza ensanchada, se sigue que es necesario achicar la libertad bajo fianza, convirtiendo las leyes en cosa de quita y pon. En fin, la gravedad de las leyes penales es tan movediza, que si un hombre se cae al suelo del código penal, lo reciben en la cárcel, ó si trae los recaudos necesarios lo reciben en un colchón de clemencia, tendido como la red para los acróbatas del circo.

«Ninguno de nuestros sentidos tiene aberraciones más graves que el sentido moral; un instrumento se falsea tanto más cuanto es más delicado» (G. M. Valtour). De ahí lo que tanto le extrañaba al corresponsal del *Times,* los frecuentes juicios por segundo y tercer asesinato. El que cae en la impunidad con vacas ajenas les toma apego al sitio y á los bienes del prójimo. «Un interés de circunstancias y personal hizo

que el congreso derógase esta ley, y desde entonces, los que cometen el delito de disparar armas de fuego quedan en completa impunidad, y nuestra sociedad está indefensa » (*Tribuna,* Marzo 13). Los jueces hacen de madre solícita del delincuente de la buena sociedad, y aún siendo de una morosidad habitual desesperante, andan á vapor cuando se trata de personas de calidad. El viernes diez de Marzo un joven era provocado á una discusión en la puerta de un colegio; daba un bastonazo, recibía tres balazos mortales y al día siguiente, antes de que se le hubiera dado sepultura estaba el matador juzgado y absuelto. Esto es el socialismo de los acomodados, que es al socialismo de los desheredados lo que la simiente al espino.

«El castigo gobierna al género humano, el castigo le protege, el castigo vela mientras todos duermen, el castigo es la justicia», dice el código indio. «La muerte de un reo es lícita; la ley que le castiga se hizo en favor suyo», dice Montesquieu. Sócrates dijo hace más de 2000 años: cuando un hombre se ha conducido mal, es más ventajoso para él ser castigado que quedar impune». Claro está que el pobre Sócrates no conoció los comerciantes especialistas en incendios y en quiebras, ni á los que se hacen acordar quitas amenazando á sus acreedores con entregarse á los jueces para que entre el síndico y sus atláteres se coman en el templo de la justicia á Sansón con todos sus filisteos, ni á los *vivos* que aprenden á tropezar provechosamente en el código penal, y que tampoco era de su tiempo la confección póstuma de testamentos falsos y de hijos judiciales.

En el norte, dice el *salmo de la vida*, de Longfellow: « No hemos sido creados ni para alegrarnos ni para sufrir, sino para obrar, á fin de que cada mañana nos encuentre más adelante. ¡No os confiéis en el porvenir por más sonriente que sea! ¡Dejad al pasado enterrar sus muertos! ¡Obrad, obrad en el

presente que vive! ¡El corazón en nuestro pecho y Dios sobre nuestras cabezas!»

En el sur es al revés; no se obra para amanecer cada día más adelante sino para que los adversarios amanezcan cada día más atrás y los compañeros con un día menos cada mañana. Aquí la lucha por la vida es como esas carreras de caballos, á la criolla, sin andaribel, en que cada corredor le jugaba pierna, rodilla, pie y manos al caballo del contrario para hacerlo llegar último á la raya á fuerza de tretas. Se concilia la pereza con el deseo de ser más que los otros, ayudándoles á que se pierdan más pronto, como los jugadores que siempre desean muy sinceramente que el resto de la humanidad se componga de perdedores en el juego. No hay solidaridad más espontánea que la de los charlatanes; siempre están automáticamente de acuerdo en que lo más importante sobre todas las cosas es discutirlas, porque «el debate amplio y levantado» es para ellos el campo de gloria en que pueden colocar su artículo: la declamación. «Nada tan curioso, dice Rousiers, como la influencia de una bebida común sobre las relaciones sociales. Los borrachos se vinculan con una notable presteza; mi experiencia personal me ha enseñado á menudo que se sube de una manera apreciable en la estimación de un francés sabiendo beber vino, en la de un inglés saboreando el té, y en la de un yankee hartándose de agua helada». Del propio modo los perezosos se buscan, se reclutan y se fomentan y para no quedarse atrás predican en los demás el desinterés, el altruismo, el sentimentalismo y el truco.

De allí, de la debilidad del carácter arranca nuestra extraordinaria complacencia para los caídos; les agradecemos que se coloquen debajo de nosotros en la carrera de figuración, y hasta les ayudamos instintivamente á descarrilarse, aplaudiéndoles sus locuras. Es el caso de altruismo mejor constatado y también el más huero. Un ex-presidente de la cámara de dipu-

tados le decía á un joven que se trajo de la exposición de París una loreta: «llévela al teatro: eso le dará prestigio entre las muchachas». Y en efecto, le dió prestigio.

Hay un fondo tan considerable de simpatía espontánea para los viciosos, que continuamente oímos decir, á propósito de algún caso práctico en auge: «¡si es mejor ser vicioso!» Pero, dejando de lado el fastidio momentáneo, resulta claro que á ese precio la estimación es una desgracia y la popularidad un flagelo. Como la desocupación es de buen tono entre los hijos de rico, muchos hijos de pobre, con vocación prematura para la levita, les ayudan á no hacer nada en la flor de la edad y cuando se aperciben de que no serán llamados á la sucesión, ya les ha pasado el tiempo de adquirir hábitos de trabajo y están obligados á rebajar su moralidad para seguir flotando como hombres en el medio social en que se ejercitaron como niños. «Cuando la vaca ha perdido su cola recién sabe para qué servía». «Consentimos en hacer muchas cosas porque se llaman placeres, que nos hastiarían si se les diese otro nombre». (Lubbock).

La clemencia con los que se descarrilan tiene apariencia de generosidad y fondo de puro egoísmo, y la prueba es que no se ejercita con los que caen de más abajo, sino con los que se caen de encima ó de la misma línea, y dejan vacío ocupable; cuanto menos competidores más campo para el macho flaco. Hay un medio de valer más para el hombre enérgico: trabajar más y mejor que los otros; hay muchos medios de valer más para el hombre débil: intrigar á los otros para que no suban, injuriarlos para deprimirlos, ponerles piedras en el camino de ir á más y fomentarles por todos los modos todos los medios de ir á menos. Desacreditar las altas realidades cuando no se tiene vocación para el trabajo, y fomentar «los altos ideales» cuando solo se tiene aptitudes para «el sentimentalismo que pierde á nuestra gran raza», como ha dicho el presidente Piérola, recomendando la severi-

dad al consejo supremo de guerra del Perú. Aquí como en España han abundado siempre los perezosos de talento que malgastan el *esprit* en epigramas contra el trabajo y las «uvas verdes». Siempre en los literatos la tendencia á predicar el interés del gremio como interés del país. No pretendo por cierto lo imposible: la amputación repentina de la fantasía acumulada en 8 ó 10 siglos de quijotería. Pero hay un medio de atenuar sus estragos: divagar por cuerda separada para no promiscuar ilusiones con realidades. Que cada cual tenga sus horas de desvarío en las que sueñe despierto cuanto quiera, pero que fantasee con método, que sueñe en plato aparte, abriendo la válvula antes ó después de sus ocupaciones, para que la fantasía se disipe en fantaseos y no se mezcle en sus preocupaciones positivas.

La voluntad y la fantasía tienen aptitudes diferentes y aspiraciones distintas; los ideales de un pueblo vigoroso, son el reverso de los ideales de un pueblo idealista. Para la *Unión Liberal,* v. gr., la peor desgracia que le puede sobrevenir á un país es la pérdida de «los altos ideales». Como dice Carlyle, «esa jerga es probablemente ella misma una mentira destilada, una mentira á la 2ª potencia». Para los ingleses la desgracia de las desgracias es la pérdida de la energía. Aquí la pobreza es *honorable* con solo que sea quijotesca, que es decir, altiva; allá, dice Taine, «la pobreza horrorosa horroriza de la pobreza». «Sin dinero no hay *respetabilidad,* dice Leclerc; la riqueza es casi una virtud y la pobreza un vicio». Aquí la riqueza es casi un vicio y solo las altas vaciedades son honorables.

«El dinero es inteligencia y trabajo acumulados», pero la ociosidad acumulada ¿qué es? Es ignorancia, esterilidad y atraso siempre. Es la miseria para la vejez y los hijos si el ocioso no tenía empleo público y es una pensión sobre los contribuyentes si lo tenía. Es decir, un triple recargo para los que trabajan, y una pérdida triple para el país, porque en ellos se ha perdido el tiempo, el buen servicio y el sueldo. «El tiempo camina

con diferente paso para diferentes personas», decía Shakespeare. «No hablo de los perezosos, dice Rousiers. Esos fracasan sobre todos los continentes de la misma manera y por las mismas razones». *Time is money,* y el perezoso es un saco roto en que la pasta de hacer la prosperidad del país se pierde por horas, por días, por meses y por años.

Para la energía la prueba de energía es el silencio, la acción y la imperturbabilidad: «Una acción consta de tres partes: obrar, hacer y ejecutar», dice Hamlet. Para la debilidad, la prueba de energía es la gritería, la declamación y la insolencia; no saben contenerse y por eso entienden que apresurarse á perder los estribos y soltar las riendas es ganar de mano en el simulacro de la energía exterior. «El vicio y la virtud son productos como el vitriolo y el azúcar». (Taine). Hay las virtudes de la energía y hay las virtudes de la debilidad. La tolerancia que es la fuerza para aguantar los defectos ajenos y corregirse los propios, aguantar la crítica y someterse á la regla, es el régimen de los fuertes; la indulgencia para los defectos propios y la intolerancia para los ajenos, y la tendencia á eludir la regla, es el régimen de los débiles, que ponen la viveza y la astucia en el lugar de la fuerza, y que no quieren *conocerse* en el interior de miedo de que *los conozcan* en el exterior.

Cuando hay energía y generosidad de alma la rivalidad se establece en el mejoramiento individual; los hombres se alientan mútuamente á trabajar. «El anglo-sajón trata siempre de darse un valor propio y un valor creciente». (Demolins). «El carácter distintivo de la aristocracia americana del trabajo es el empeño de levantar hasta ella los elementos sociales capaces de subir. Casi no se encuentra en América ese sentimiento que estalla tan frecuentemente en Europa en ciertos medios, por otra parte muy honorables, una especie de envidia celosa para todo lo que sube» (Rousiers). «La esperanza de llegar á mucho es lo que distingue al demócrata americano del europeo que desespera de subir y trata, por

lo tanto, de rebajar á los demás. Su móvil es la envidia y su acción nivelar ó destruir». (Hübner).

La cobardía moral para no hacer esfuerzos en el sentido de ir á más, se concilia con el deseo de no ser menos, en esas camaraderías de disipación en que el amigo alienta al amigo á depravarse, celebrándole sus borracheras y truhanerías, en esos compañerismos de achatamiento, tan comunes entre nosotros, y en que los compañeros se alientan recíprocamente á no hacer nada ó hacer lo menos, ó lo que peor es, á murmurar de los otros y dejarse ir en la situación relativa en que se encuentran amoldados. Es una rivalidad de círculo, de oficina, de grupo, de cuerpo, en que el individuo, á trueque de no moverse, se contenta con no ser nada que valga medio, con tal que tampoco valgan sus compañeros. Que otros individuos en otros grupos se levanten, eso no lo hiere mayormente, pero que por encima de él se levante un individuo de su propio grupo, eso no lo puede tolerar: es la estupidez de las estupideces, hija del espíritu de rivalidad que á la elevación de un amigo prefiere la elevación de un desconocido. No quiere levantarse él, porque no tiene energía y no quiere que se levanten sus camaradas, porque tiene amor propio. Quiere estar encima sin estar mejorado, como tanto miserable caudillo de los tiempos pasados, quiere estar encima por sus malas calidades; ser cabeza de ratón; defraudador en auge ó foragido con suerte.

«Pero hay, dice el mariscal Marmont, necesidad de compararse con los demás: la emulación nos es natural; no hay uno que no quiera creerse y verse superior á sus semejantes. Tal es el móvil en virtud del cual el instinto de conservación cede su puesto al instinto de engrandecimiento». De engrandecimiento relativo á la situación de los rivales y limitado por ella: una vez superados, está alcanzado el fin y la emulación ha muerto. Por eso dice otro autor latino: «ser el mejor entre los presentes es la manera más segura de empeorar». ¿Con quién se compara entonces? Por eso cada uno se pro-

cura un círculo de admiradores fáciles para estar contento de ser mejor que ellos, disfrutando á los 25 años la superioridad ya alcanzada y no haciendo nada por alcanzar otra. Y entre los perezosos ese instinto de engrandecimiento relativo es un puro instinto de obstrucción, una emulación negativa: mal de muchos, consuelo de maulas.

«La emulación nos es natural», pero la educación es una segunda naturaleza y á nosotros nos han educado con la primera, porque es la más fácil; en bandos de romanos y cartagineses, refregando al hermano juicioso por la cara del hermano travieso y refregando el estudiante bueno por las narices del estudiante malo. Nunca he podido olvidar el disgusto grande que me causó un amigo que tiene hermanos y quería estimularme á su manera: «Tu hermano te ha echado el hilo y te ha dejado atrás». Eso es lo que más me consuela, le dije, porque nunca he fundado mi felicidad en el hecho de que él estuviese en peor condición que yo, sino en ser yo mismo cada día menos malo y él cada día más bueno.

Se había ordenado que el subteniente M. fuera sacado á la rastra por cuatro soldados y puesto al raso, y emprendí la tarea de ver á los amigos del 2° jefe para que nos empeñáramos amistosamente con éste á fin de que tales vejaciones fueran abandonadas, y el 2° oficial cuyo concurso pedí, me contestó: «A mí me han dado de puntapiés cuando era subteniente y ¿por qué M. ha de ser más que yo?» Aquí, en efecto, las gentes se consuelan de los maltratos que han recibido, con los maltratos que ven recibir. «No he sido yo el único fregado»; así se consuelan de sus desgracias los altruistas de profesión con «altos ideales», así, como el chicuelo castigado que pide una tunda para su hermanito á fin de consolarse con ella de la que él ha recibido. Esta consideración de que la mala justicia va á flagelar á sus conciudadanos es lo que hace que cada ciudadano argentino se conforme con su hijuela de perjuicios. Si fuera el único fregado, reventaría de indignación.

Cuando acompañábamos al cementerio, bajo la lluvia, los restos del inolvidable mayor Falcato, uno de los cadetes se resbaló en un charco y puso á la miseria su traje de parada, y doliéndole mucho que no se hubiesen caído y embarrado sus compañeros, en cada nuevo charco daba una patada para enlodar á todos sus vecinos.

No se puede negar que el tirano Rosas era un hombre de genio en muchos respectos. En esa «necesidad natural, que dice Marmont, de compararnos con los demás y vernos superiores», la confiscación de bienes y el destierro para los unitarios ricos debía ser un encanto para los federales ricos y pobres, y los moños colorados pegados con alquitrán á las señoras copetudas hacían indudablemente la felicidad de la canalla y la gloria de los regimientos de pardos y morenos.

«En Francia, dice Cormenin, solo estamos contentos cuando no gobierna nadie, ó cuando un despotismo igual pesa sobre todos». La envidia, fruto de las comparaciones en el espíritu de rivalidad, que produce esos admirables altruistas delante de los cuales no se puede elogiar á *otro* para no darles un disgusto grande, es un enorme obstáculo para el progreso por cuanto le impone una condición que lo obstruye en el 80 °/₀ de las posibilidades: ó se tira la cuerda para todos ó para ninguno. Nada de progreso por partes; nada de adelanto por secciones; nada de *privilegios* resultantes de estar ya unos mejorados y otros todavía no; más bien todos abollados. Los maquinistas de los ferrocarriles, ingleses en su mayor parte, resolvieron componer para ellos solos la justicia criminal del país. Si los jueces, se dijeron, prevalidos de su situación privilegiada y de la resignación del público, prolongan indefinidamente la prisión preventiva de nuestros compañeros, que no tienen bastante posición para merecer la impunidad con ó sin fianza, y el público no quiere componerlos por el interés de la justicia, obliguémoslo, con nuestra situación especial á que los componga para nosotros por el interés de viajar, y tres huelgas *ad*

hoc les dieron ese resultado, con la ayuda forzosa y además con la indignación del público que repugnaba estos privilegiados de hecho para quienes habría buena justicia cuando los demás habitantes seguían padeciendo justicia lenta, mala, cara y chicaneada.—«¿Por qué los señores maquinistas han de estar mejor que nosotros?» «Pregunté á lord Shaftesbury, el iniciador de la ley sobre trabajo de los niños, por qué había excluído de la esfera de acción de ésta á los aldeanitos mal alimentados, mal vestidos y expuestos á todas las intemperies. Me contestó que si hubiera atacado á la vez á los industriales, á los colonos y á los propietarios de fincas no hubiera conseguido nada y que la emancipación de una clase de niños traería irremisiblemente la de las demás». (Thorold Rogers).

El más rematadamente feo de mis compañeros de fonda solía decir: «Un hombre, con tal que sea menos feo que un mancarrón de tramway, basta». Siempre fuí de su parecer por lo que respecta á la cara, pero ¿cuántos hay que son de su mismo parecer para todo lo demás? ¿cuántos hay que se consuelan de la mala justicia, de la ociosidad y de los vicios argentinos con la peor justicia, la peor ociosidad y los peores vicios del Perú y Bolivia? Ese era mi gran miedo de una agarrada entre Chile y la República Argentina, que dejase á las dos en ruinas, y luego no hubiese en *South América* ninguno mejor con quien compararse, y el Brasil, comparándose con los peores, se empeorase, y la Europa tuviera que colonizarnos de nuevo, porque el *instinto de rivalidad* hubiera atrasado hasta la barbarie á la América del Sur, mientras el *instinto del deber* engrandecía sin comparaciones á la América del Norte. Eso es lo que me temo para cuando seamos los primeros: que el orgullo nos pierda y el marco de las alturas nos quite la sensatez.

«El sentimiento del deber ellos lo han adquirido desde la primera infancia; fué la base misma de todo su sistema de educación casi absolutamente opuesto al nuestro. En los colegios franceses el trabajo se obtiene casi exclusi-

vamente por emulación: mal sentimiento, dice el pedagogo inglés; quien dice emulación dice celos; quien habla de recompesas disminuye el valor del esfuerzo; quien se dirige á la vanidad deja dormir la conciencia; quien dirige á los niños con niñerías no sabría formar hombres» (Noblemaire). El director de la High School de Saint Paul (Minessota), dice: «Jamás distribuímos premios á nuestros alumnos, jamás les hacemos hacer composiciones. Sin duda, sucede á menudo que traten juntos el mismo tema; pero, cuando doy cuenta de los trabajos de cada uno cuido de que *no puedan comprender por mis palabras cual lo ha hecho mejor*. Digo á cada uno: habéis hecho mejor ó peor que la última vez, ó que tal ocasión, pero nunca habéis hecho mejor que tal otro. Entiendo que es malo que un niño pueda decirse: soy superior á otro; es necesario que se diga: soy superior á como era yo mismo hace 15 días». (Demolins). Esa es la segunda naturaleza que los anglo sajones se han hecho por medio de la educación: el instinto de engrandecimiento por comparaciones consigo mismo, tan compatible con la grandeza de alma, y con el bien de los otros en lugar del instinto ambicioso de engrandecimiento con relación á los otros, tan compatible con el mal de los otros, que casi lo implica, y que lo implica sin casi en las almas depravadas, y en los seres débiles que no pudiendo ser superiores en el bien están obligados á ser superiores en el mal, so pena de no serlo en ninguna cosa.

La rivalidad es justamente el más ruin de los móviles precisamente porque el hombre no es tonto y quiere por eso elegir el arma y el terreno para tener de antemano la seguridad del triunfo que duplicará sus ánimos en la pelea. Nadie tiene interés en hacerse aporrear y si de antemano sabe que será vencido, de antemano rehusa la lucha ó arrastra á su adversario á su elemento, como el cocodrilo. Rivadavia quiere establecer la rivalidad en la cultura á la europea, y los caudillos gauchos, que se sienten segundones de antemano en la literatura, se arreglan instintivamente para que el prestigio salga de los

sablazos y confiscaciones en que se saben maestros: «Porque solo peleando se le puede gobernar á este pueblo» (Juan Manuel de Rosas).

De cierto, ese espíritu de rivalidad que convierte á cada hombre en el enemigo natural de los demás, es una causa de empeoramiento universal y la que más ha contribuído á las miserias de la América latina. Para valer más que los otros es necesario luchar con los otros y obstruirlos; para valer uno mismo más que uno mismo en el año anterior, es necesario encerrarse en su casa y trabajar sobre uno mismo y con uno mismo. Así los pueblos que tienen el *self government* tienen la *facultad de aislamiento;* los pueblos que tienen la emulación, la viveza y el logrerío tienen el *instinto de la sociabilidad.* Para ellos la sociedad es necesaria á la vez por que en ella está el *estímulo exterior* que los impulsa y el campo de acción en que pueden ejercitarlo.

Los hombres envanecidos se llenan de vicios y defectos, precisamente porque se creen exceptuados del mal de los demás, y se acomodan á todas las calamidades porque cuando el agua les llega á la rodilla se consuelan con la suposición de que á los otros les ha de llegar á la cintura, con lo que vienen á realizar su mejoramiento relativo á los otros. Para cada jugador, el espectáculo de los otros jugadores es un consuelo.

« No ser menos »; este es el ideal, y aún les basta con solo parecerlo; á esto vienen á parar todos los impulsos de la emulación, á consolarse de los males propios con el mal de los otros. A favor de este mínimum de esfuerzo, instituciones que deberían ser un aguijón de mejoramiento individual se convierten en máquinas de achatamiento, y focos de ociosidad. Y luego, en vez de « ese aire alegre que no se vé sino en las personas que trabajan mucho sin obligación », que dice A. France, y que en un clima duro y triste ha hecho la *Merry England,* el país se encuentra apestado por ese aire aburrido y taciturno de las gentes trasnochadas que nada hacen teniendo fuerzas para hacer mucho, y que se en-

cuentran, aburridas de divertirse, en el caso opuesto al de Cavour: *Io non ho mai saputo come fare ad annoiarmi.*

La mayoría de los oficiales de mi batallón no desperdiciaba oportunidad de mostrarnos una profunda antipatía á los cuatro ó cinco que trabajábamos para mejorarnos, y es clásico el caso del comandante S. que devolvió á un segundo jefe que le mandaron. « ¿Qué hago yo, decía, con un hombre que no sabe bailar ni tocar la guitarra, ni jugar al truco y que se lo pasa *leendo ?* » Otros se creen virtuosos porque no beben ginebra, mientras en perjuicio suyo y de su país se están bebiendo el tiempo que no vuelve y que vale mucho donde lo saben aprovechar. « Se alquilan carruajes sin cochero, este *gentlemen* costaría más que el carruaje y los caballos. El tiempo de un hombre es lo que más se estima en América.... Además, no hay aquí oposición entre la clase que trabaja y la que disfruta. Fuera de los Estados del Sud, casi nadie hace vida de ocioso; desde entonces, poco ó nada de esos individuos herederos de situaciones mediocres, siempre prontos á ejercer pequeñas venganzas contra las gentes vigorosas y enérgicas, que, salidas de nada, llegan á sobrepasarlas.... Ciertamente, si una hada buena trasportase de golpe á este medio activo y viviente á muchos de esos aburridos á quienes la existencia les pesa porque la han hecho ociosa, le recuperarían gusto y acabarían por comprender que no es tolerable sino á condición de ser útil, interesando á condición de ser ocupada ». *(Vie-américaine).*

« El alcohol es el delito en botellas ». Pero todas las fábricas de alcohol seguramente no suman tantos males como la debilidad de carácter que quita fuerza á las leyes, frustra la justicia, corrompe la administración y siembra por todas partes el espíritu de inacción que es la polilla del tiempo. « Han obrado como los padres que miman á sus hijos: cuantos más caprichos satisfechos en la juventud, tantos más peligros para el porve-

nir; cuanto más grandes los caprichos tanto más grandes los peligros » (Rousiers). Tiene consigo todo el tiempo pasado quien haya sabido emplearlo en mejorarse.

Los ingleses, que padecen fama de ser los primeros bebedores del mundo cristiano, son la primera nación del mundo. Los musulmanes, que fueron un tiempo la primera nación y á quienes la religión les prohibe el vino, están en vísperas de ser la última, aún sin el concurso del « delito en botellas ».

¿ Cuál es nuestra posición entre ambos extremos ?

En *Londres,* lord W. B. N., cuarto hijo del marqués de A., pide á un amigo la firma en blanco para un acto de estado civil, y haciendo un pagaré sobre ella extrae £ 10.000 de un banco. « Este acto,—le dijo el juez que lo condenó á devolución y cinco años de presidio,—es lo mismo que si hubieseis tomado esa suma de su caja. Si eso hubiera hecho un pobre empleado cargado de familia, para dar de comer á su mujer y á sus hijos, ninguna voz se hubiera levantado por él en Inglaterra. También se ha dicho que un hombre de vuestra posición social siente más cualquier castigo que las personas de condición humilde; pero á esto debo contestar que cuanto más elevada es la posición que se tiene mayores son también las responsabilidades. Por último se ha dicho, además, y esto es lo que más me afecta y me llega al corazón, que lo que habéis hecho sumirá en la tristeza á vuestra familia. Así tiene que suceder, sin embargo, en todos los casos semejantes ».

En seguida es detenido un tal Reymond por falsificar moneda argentina, casualmente, con una plancha substraída á la Compañía sudamericana de billetes de banco, que se le secuestró, y es también detenido un otro como circulador. A este lo defendió un abogado y fué absuelto; aquél no encontró defensor y fué condenado. « Me condenan, dijo, con las ideas de aquí, por no haber tenido un buen abogado que me defendiera ».—Todos los abogados de Londres, juntos, le dijo el juez, no habrían conseguido hacerte absolver por el jurado ».

En *Buenos Aires,* un oficial se embriaga de uniforme, invita á jugar la copa en un almacén á dos gendarmes, la pierde y se va sin pagarla; de paso se arrea furtivamente un poncho en la comisaría de guerra, y aún siendo reincidente, los ilustrados tribunales lo absuelven porque tiene mujer é hijos y es joven y tiene tiempo de enmendarse, ó porque ha sido defendido brillantemente, ó porque entienden que su única misión es velar por las formas y no por los fondos de la justicia. Un pagador se alza con algunos miles y los tribunales no encuentran delito de *malversación,* pues aunque se había probado la apropiación del dinero, no se había probado que hubiese sido *malgastado.* Con esa teología espontánea que es atributo natural de la debilidad de carácter, que tan maravillosamente sirvió para no encontrar ningún responsable en una pérdida de mil millones, hallaron que si la ley empleaba la palabra malgastar era necesario probar, además de la apropiación, el derroche. Un empleado de la intendencia de guerra es acusado de un desfalco y el juzgado federal lo absuelve porque los cargos reposan sobre la constancia de los libros y éstos no le merecen fé al juzgado.

En *Teheran,* refiere Carla Serena, un funcionario va á cobrar haberes atrasados y el cajero quiere descontarle para sí el 10 %; no acepta y se queja al ministro que da nueva orden al cajero, el cual ahora quiere descontar el 15 % ó pagar á la par, en letras á tres meses que se descuentan en el Bazar de 130 á 150 % al año. Vuelta á quejarse al ministro que, para concluir, propone pagar de su bolsillo el 5 % á fin de que el interesado, perdiendo el 10, reciba del cajero el 15 % menos.

Ni como excepción ha podido ocurrir, en Buenos Aires en la misma forma lo semi-ordinario de Teheran, pues en otras se ha visto *et des meilleurs.* En los tiempos pasados, velay, un amigo mío encuentra á un alto funcionario rabiando en su despacho.—¿Qué te pasa, hombre? le pregunta.—« Que he perdido 60.000 pesos

en un negocio por este tal por cual de . . . que cuando le llevan un expediente á firmar toma la pluma y pregunta: — ¿por cuánto voy yo? — y si no le gusta la cantidad tira la pluma y nadie lo hace firmar ». « Políticos hispano-americanos notoriamente los más desordenados, arteros y corrompidos políticos sobre la faz de la tierra! » dice el N. A. Carl Schultz, y en esto que de ordinario es calumnia y en ocasiones es verdad y media, según la capa que esté encima, hay materia para que, á cada cual, según su temperamento moral, se le derrame la hiel por no haber sido de los del trueno, con espíritu de judío, en la época tronada, se indigne para protestar enérgicamente, de boquilla, ó bien se avenga á sufrir el sinapismo como remedio. Es de advertir que de esos políticos los hay á calderadas en N. A., aún fuera del *Tammany Ring,* de Nueva York, pero teniendo allá mayor energía la raza, menos sentimentalismo ocioso y más conducta personal los individuos, las raterías políticas se comen el exceso de rentas, mientras en la América del Sud devoran hasta los empréstitos.

Ni como excepción puede ocurrir en Londres lo semiordinario de Buenos Aires, ni en Teheran lo ordinario de Londres, pero lo ordinario de Londres puede ocurrir como muy extraordinario en Buenos Aires y lo ordinario de Buenos Aires como extraordinario en Teheran, pues la Persia no es la plena barbarie, estando limitado á ciertas categorías de personajes el derecho de robar, apalear, mutilar y matar sin responsabilidad. Diremos entonces, que, para el momento, la Inglaterra representa el sentido moral, la justicia de fondo: la civilización plena. La Argentina representa la justicia de forma, la mera ilustración: la civilización semiplena; y la Persia representa la ignorancia y el fanatismo: la semiplena barbarie.

Porque si bien nuestras leyes son la última perfección teórica de la ciencia del derecho escrito, ningún magistrado puede aplicar una ley que exceda su moralidad, en la parte en que la exceda. Con pruebas tan claras

como la luz del medio día, con delincuente convicto y confeso, aún sin necesidad de que la defensa los ofusque con el brillo de la chicana, dirán: « no está probado », que es una manera de decir: « aunque eso sea delito en la ley no es delito en mi conciencia », ó cualquier otro arbitrio, v. gr.: un jefe de correos y telégrafos recibe orden de enseñar á O. la correspondencia de G., pero no sigue con la atención necesaria las alternativas de la política de entonces para conocer por sí cuando había llegado el tiempo de enseñar á G. la correspondencia de O., se olvidan de prevenirlo, G. consigue descubrirlo y lo entrega á la justicia que, después de substanciada la causa, declara comprendido el hecho en una ley de amnistía para lo pasado dictada tres meses antes del hecho.

Tuve que actuar como juez árbitro en una liquidación de sociedad,—insisto en referirme á las cosas en que he intervenido porque siendo mi actuación más ó menos mediocre no he visto ni lo mejor ni lo peor, y mi experiencia representa el término medio de la vida argentina, —tuve que actuar como juez árbitro con un distinguido magistrado en un pleito entre un caballero que había dirigido una casa de comercio como socio industrial y una pariente suya que había puesto el capital. Aquél tenía por el contrato la obligación de llevar libros en regla, pero no los había llevado y el capital se había perdido. Como aquí, por incapacidad para decir que no y perder el cliente, jueces árbitros y peritos se consideran comprometidos á opinar según el interés del que los ha propuesto, se embarulló todo enormemente, como era natural. El abogado del caballero alegó que la obligación de llevar libros no era válida por cuanto éste no sabía llevar libros y aquella debía saberlo. Sostuve que si no sabía llevarlos no debió asumir la obligación ó debió hacerlos llevar por otro, pues, más informado debía estar él que no ella, de su propia ignorancia en contabilidad. Mi colega falló á favor de la parte que lo había nombrado, y el tercero en discordia,

también un alto magistrado, para no quedar mal con Dios ni con el diablo, dió un fallo salomónico mandando que las costas se pagaran por mitad y que cada uno perdiera lo que había puesto: la dama su dinero y el caballero su mala administración. Donde no hay carácter, el hecho consumado vale por los $^{9}/_{10}$.

A un maestro se le va la mano reprendiendo á una chicuela huérfana. Después de inhumada brotan las murmuraciones y crecen y obligan á la justicia á intervenir. Un comisario clemente hace un sumario de que no resulta más antecedente que tres duraznos verdes que la difunta había comido el día antes. Pero el informe médico atribuye la defunción á una meningitis y la grita sigue y al fin aparecen en el expediente los testigos de los palos. Las influencias y los empeños le sugieren al clemente juez la duda, y, para mejor proveer, pide informe á otros médicos sobre si los duraznos verdes pueden producir una meningitis, y con su informe afirmativo queda acreditada la duda, y en la duda, absuelve. La verdad es que no era de aplicación al caso el método ordinario de encontrar inocentes: mirar las atenuantes por una lente de clemencia que las aumente en 500 diámetros y las agravantes por el objetivo de un anteojo de teatro.

En circunstancias en que el cuatrerismo aflije las campañas y que ese es también el *tema del día* en los periódicos, aquí no hay temas del año, ni siquiera del mes, salvo las cuestiones internacionales que son regularmente un bombardeo de mentiras y exageraciones,—en esas circunstancias, digo, el jefe de policía de La Plata, remite un lote de cuatreros reincidentes al juez de instrucción, que, sin esperar el sumario, los interroga y los pone en libertad. Publica el hecho aquél, y éste publica « una protesta enérgica ».

Lo que es de lamentar es que no sea de esta clase la energía que produce superávits en las rentas, pues con las 3.576 toneladas de protestas enérgicas, discursos enérgicos, manifiestos enérgicos, artículos vibrantes que

hieren las cuestiones sin hacerles mella, estaríamos ya en los 30 millones de habitantes.

Por esos días vino de la otra orilla la noticia de que el tribunal de 2ª instancia había absuelto al individuo que asesinó en la plaza principal al presidente Borda, al frente de su comitiva oficial, fundándose en que no estaba jurídicamente probado que el occiso muriese de la bala que le atravesó el corazón. « Defendióle con *brillantez* el Dr. Tal, quien lo excluye de responsabilidad consciente en el sentido de que el matador interpretaba el sentimiento popular ». Está visto que Colón descubrió la América del Sud para las doctrinas de Lombroso, entendidas por las patas, como es consiguiente.

« En el Uruguay, dice un periódico ilustrado de París, en el Uruguay, asesinar al presidente de la república es dar una brillante prueba de civismo. Para cubrir las formas el jurado ha creído conveniente hilvanar algunos considerandos que no surtirían en un juicio de opereta. ¿El presidente había realmente muerto de su herida? Algunos segundos antes de recibir la bala que lo despachó para el otro mundo, se le había visto estornudar. Nada prueba que no haya sucumbido á un romadizo desde que descuidaron hacerle la autopsia ».

Y no es porque aquí no se sepa qué cosa es la justicia. « La primera institución que necesitan establecer los hombres cuando tienden á constituir un centro social, es la justicia, y el primer testimonio de una civilización avanzada es una buena administración judicial. El hombre necesita estar garantido en su vida, en su libertad, en sus bienes, en el desarrollo de su capacidad y se sentirá naturalmente atraído hacia el país donde pueda desarrollar útilmente su actividad con aquellas preciosas garantías. Por eso no hay calamidad más grande que una mala administración de justicia. Es el peor azote que puede sufrir un pueblo. Se soporta el hambre pero no se soporta la injusticia. Se arrostra la lucha contra

todos los elementos desencadenados, pero no se puede afrontar ese crimen legalizado que se llama una sentencia inícua, que se llama el prevaricato ó el cohecho. El colono lucha con el tigre en el pajonal y vence, pero cae siempre ante el juez falso, parcial ó inepto, ante quien se vé arrastrado fatalmente muchas veces » (Agustín de Vedia).

« Lo que debía ser una excepción se ha convertido aquí en una industria, en un medio cómodo de salir de apuros, hasta de ganar dinero; y la causa de esto estriba principalmente en las deficiencias de los tribunales, en el falseamiento de la ley, en las tolerancias que se tienen y en los abusos que se cometen. Con este sistema se van formando costumbres detestables, todo se vuelve inseguro y aleatorio, y se originan perturbaciones en el alto comercio, que se ve expuesto á quebrantos y contratiempos que hacen difícil su situación en unos casos y que lo obligan en otros á tomar precauciones que acaban por resolverse en perjuicio del consumidor.

« Pregúntese cuántos son los fallidos fraudulentos que cumplen en la cárcel su condena ó búsquese en las estadísticas de las sentencias el número de fallos condenatorios contra ellos, y se verá que ni aún en las quiebras más escandalosas se hace efectiva una sanción penal capaz de obrar como correctivo y como ejemplo para evitar su repetición.

« El criterio judicial se ha suavizado de tal modo y las puertas de escape de la ley se han ensanchado con tal amplitud, que la quiebra fraudulenta ha desaparecido casi en absoluto como delito, brindándose como un desenlace natural y lógico á los comerciantes de mala fe que se hallan apurados en sus negocios ó que quieren por uno ú otro motivo liquidarlos.

« Las disposiciones del código de comercio y del penal han ido así perdiendo paulatinamente su vigor hasta llegar á ser letra muerta para los que pudieran sufrir el castigo que merecen. En los tribunales la tolerancia, la indiferencia ú otros motivos más censurables han com-

pletado la obra llevando al resultado natural de que el porcentaje de las quiebras alcance entre nosotros á una proporción desconocida en todo país civilizado.

«Otra de las manchas que se imponen á la vista es la pésima administración que se hace de los haberes pertenecientes á los fallidos. Desde que se declara la quiebra, los bienes quedan equiparados á bienes de difuntos: cada cual encuentra modo de abrirles su brecha. Se suceden los síndicos, se regulan honorarios sorprendentes, se hacen gastos considerables, y suele suceder que cuando llega el momento de hacer el prorrateo entre los acreedores, los gastos han agotado más del ochenta por ciento de los bienes.

«En cuanto á actos de administración, nadie se preocupa de ellos. Las mercaderías esperan á la buena de Dios que llegue el momento de la liquidación, los bienes raíces, si los hay, quedan abandonados ó improductivos: todo el trabajo de los síndicos se reduce en muchos casos á presentar escritos inútiles y á cobrar honorarios. El juicio sigue su curso, y cuando llega á cerrarse, es frecuente que todos los acreedores juntos cobren menos que algunos de los síndicos.

«Todo esto exige reformas radicales. La base más segura del comercio está en la garantía de una buena justicia, y si seguimos al paso que vamos, día llegará en que la mala fe y el engaño sean la norma habitual de las operaciones mercantiles». *(La Nación,* Marzo 25).

¿Por qué se aceptan en Buenos Aires concordatos al 5 %, para no decir al 2, en quiebras declaradas fraudulentas? ¿por qué el dinero vale 3 % en Londres, 150 % en Teheran, 10 % en Buenos Aires y 24 % en el interior sobre hipoteca? «Es pedantesco, dice Emerson, avaluar las naciones por los censos, ó por las millas cuadradas de tierra, ó por otra cosa que no sea su importancia para las tendencias del tiempo». Cuatro millones de argentinos que si como tienen las virtudes latinas tuviesen las costumbres anglosajonas, serían ya diez veces más de lo que son, tienen asimismo dos veces más comercio in-

ternacional que el que tienen los 12 millones de mejicanos. Con la población de Australia tenemos la mitad de su exportación, y menos de la mitad de sus rentas. «En San Pablo, del Brasil, con trescientos mil habitantes, dice mi peluquero, que ha residido allá tres años, en San Pablo, después de las 9 p. m. es necesario cuidarse de los gendarmes. Si allí hubiera, agrega, la justicia que hay aquí, sería más fácil ahorrar allá cinco duros por mes, que no uno aquí». Y si aquí hubiese la que hay en Londres, sería más fácil ganar aquí 5 libras que no una en Londres. «Así la corriente de inmoralidad que fluye de las quiebras, no se detiene, el alto y verdadero comercio es la víctima de los *fallidos de profesión,* y las leyes son menospreciadas» *(Tribuna,* Enero 7).

«Sin duda somos más trabajadores que los brasileños pero hacemos un poco á los americanos el efecto que nos hacen á nosotros los brasileños», dice Rousiers. «Sobre 18 millones de habitantes no hay en Egipto más que uno por cien que sepa leer; y casi las $^{2}/_{3}$ partes de los habitantes son sin profesión y sin ocupación. He ahí el verdadero paraíso del *Far Niente*» *(L'illustration* número 2920). He ahí porque las finanzas egipcias están perpetuamente intervenidas.

Pero la preocupación de nuestros filántropos es la conservación para la prosperidad futura del país, de las razas indígenas de la Patagonia, cuyo concepto de la vida resulta de estas apreciaciones de un ona traído á la exposición industrial de 1898. — «Mujer blanca no bueno. Aquí hombre trabaja siempre, y ella sentate no más.—¿Y entre ustedes no es así?—No, allí mujer buena; ella trabajando y hombre sentate» *(Caras y Caretas).* ¡Cómo si no fueran demasiados y á duras penas soportables los haraganes de botín de charol que consumen y no producen!

Nosotros enseñamos que el trabajo es un deber, los ingleses lo consideran como un placer, dice Demolins. «Una joven inglesa á quien interrogo, es del mismo parecer: que hay gran placer en el trabajo, en el esfuerzo,

en la lucha, en la dificultad vencida. Que un inglés necesita del esfuerzo y si no trabaja remará, ó hará cricket ó foot-ball; hará una ascensión difícil y peligrosa *por el sólo placer de haber vencido una dificultad.* Confesad que se necesita un famoso arranque para llegar á considerar el trabajo de esa amable manera.

«Un viajero oriental, cuenta sir John Lubbock, asistiendo á una partida de cricket, se asombró de saber que varios de los jugadores eran ricos y preguntó por qué no pagaban á algunos desgraciados para que hicieran la tarea en su lugar.

«He ahí la idea del trabajo que da la forma comunal. Conocéis el proverbio turco: «vale más estar sentado que de pie; acostado que sentado; muerto que acostado». El español dice: «descansar es salud». Al contrario, los que entienden que vale más estar de pie que sentado son más naturalmente felices, puesto que, para vencer en la vida, es necesario sentarse lo menos posible» *(Superiorité des anglosaxons).*

«El amor al trabajo, que el salvaje ignora y desprecia es la forma concreta de la atención... la cual es un aparato de perfeccionamiento y un producto de la civilización... Darwin preguntaba á los *gauchos*, entregados á la bebida, al juego ó al robo, por qué no trabajaban. Uno le respondió: los días son muy largos» (Ribot).

Fué muy celebrado en el colegio militar el resultado de una apuesta que, á consecuencia de una discusión retrospectiva, se trabó entre dos muchachos sobre cual de los dos había sido *más vivo* en la obra; es decir, cual de los dos había trabajado menos en una fortificación pasajera que se hizo para aprendizaje. Revisados los libros, resultó que el uno estaba encargado de palear la tierra que cavase el otro, y como éste se jactaba de no haber cavado ninguna, la apuesta quedó tabla.

En un club de Nueva York, un joven recién salido del colegio apuesta cinco mil dollars á que en un año da la vuelta al mundo, empezando sin un centavo, y allí mismo

empieza en traje de Adan á lustrar botas para vestirse. A los pocos días se embarcaba como mozo de cámara en un trasatlántico y tres meses después estaba en la India, arrepentido de no haber apostado tres veces más dinero.

En Mendoza se fundó la celebrada «Sociedad de los morados», color que atribuyen allí á la pereza ultra violeta. El cargo de presidente de este círculo de ociosos de profesión, que por supuesto eran el alma de todas las tertulias con naipes, lo obtuvo el cura V... á mérito de que lo sorprendieron una noche quejándose del trabajo de tener que darse vuelta en la cama. El secretario, un muchacho lleno de buenas cualidades y en quien los mimos de la familia habían tallado una vocación de haragán, codiciando la vicepresidencia, que era desempeñada por un excelente y corpulento «hombre sentate no más», con ribetes literarios y dedos para guitarra, el secretario de la sociedad, en viaje á caballo para un lugar de recreo distante una legua, habiendo emprendido la marcha una hora antes que el vice y los vocales, se apea en el camino y se acuesta á descansar en el suelo, para llegar una hora más tarde que su rival y desbancarlo.

La pereza era la ley del suelo y en ella vino á ingertarse el refrán español: «descansar es salud», por manera que en los países hispano-americanos la pereza está en razón directa del clima y del elemento indígena que han asimilado.

«El presidente sitiado por diez mil indios; inmenso entusiasmo», dice un telegrama boliviano de la Paz.

El Perú, en otro tiempo proverbial por su riqueza, por haber confiado en la fecundidad del suelo merece ahora ser proverbial por su miseria. «El indio cultiva en su terrenito 50 varas de frente, 40 de maíz para no morirse de hambre y 10 de tabaco para fumar todo el año y comprar con el excedente una camisa de lienzo», según refería confidencialmente, años hace, el ministro del Perú. En ese «estandarte de vida» no hay margen

para que el estado pueda percibir impuestos. Eso es en la base. ¿Y en la cúspide? Un distinguido abogado peruano me refería en Puente del Inca que le había sido imposible obtener la concesión de un teatro en Lima, como representante de capitalistas norteamericanos, porque casi todos los funcionarios cuyo concurso era necesario, empezando por los ministros, querían para sí un palco gratis. Y esos hombres tienen coraje para descontar el porvenir grandioso contando con la energía.... del suelo.

¿Se quiere saber lo que es en su máxima expresión el hombre estéril en el suelo enérgico que da dos cosechas por año?: «*Pondichery,* 140.000 habitantes, dicen las guías. ¡Oh! la cantidad no suple la calidad: pequeños, enfermizos, desgraciados, los ojos quemados por las fiebres malignas, de aspecto incurablemente embrutecido... no digamos más, son electores: es necesario respetar el sufragio universal!... Todos esos indus, desencuadernados y flacos son inverosímilmente flojos y perezosos; son paquetes de carne flaca y afeminada, incapaces del menor esfuerzo, agobiados por la menor fatiga; se ponen tres ó cuatro á llevar un saco de noche y es necesario oirlos gemir, jadear, lloriquear bajo el irrisorio fardo». (Noblemaire).

Y aún falta la esterilidad por pura estupidez. Porque la robustez física, la paciencia y la sobriedad, por sí solas, tampoco sirven de nada: «Los changadores, vestidos de blanco, marchan lentamente, sin pensar, sin ver... llevan pesos enormes que harían retroceder al más robusto cargador, sin que su lomo se doble, y por otra parte, jamás un ganado más estúpido ha provocado y sufrido los golpes con más indiferencia. Tienen todos los vicios del esclavo. Dividirían en piezas, disputándoselo un objeto cuyo transporte les valdría 50 centavos, y su estupidez bestial como su avidez son tales, que en el punto de destino cada uno presentará triunfalmente su pedazo para cobrar su paga». *(Villetard de Laguérie, en Corée).*

El caso en que la energía para el trabajo es exactamente igual á la incapacidad de conducirse era sin duda el de aquellos mineros de Copiapó, que después de trabajar el mes entero como mula de atahona, bajaban al pueblo á beber una copa de vivo del valor de una onza de oro, que les medían derramando una pipa. —«Ahí está Fulano, me dijo un amigo señalándome desde la calle á un empleado de hacienda encorvado sobre su mesa,—ahí está Fulano ganando plata para Juan».—¿Cómo así? le pregunto.—«Es que Juan le gana el sueldo todos los meses».—Por manera que, entre dos que juegan, ¿con uno que trabaje basta? — «Precisamente».

El asesinato y el robo han empezado por ser medios de vida honrosos. En el viaje que las sociedades hacen, cuando lo hacen para llegar á considerar esos medios como irregulares, y finalmente como crímenes, les acompaña un estado de confusión de límites entre la honestidad y su contraria, proporcional al espacio que les falta recorrer. A mitad de camino, un mismo acto es considerado como viveza ó cosa así por los que están de este lado y como delito por los que están del otro lado. En *Las Alegres Comadres de Windsor,* dice Pistol: «Sutileza que no robo, es el nombre que dan á esto las gentes sensatas».

«Todo hombre dice, Emerson, cuida de que no le engañe su vecino, más llega un tiempo en que se cuida de no engañar él á su vecino». Ese es el momento de la civilización plena, que muchos pueblos están destinados á no alcanzarla jamás, la edad del sentido moral, la edad del *conscience money,* en la que, el industrial y el mercader, abandonando las tretas del gitano, procuran hacerse clientela por la bondad del artículo y la verdad del trato; la edad de la riqueza según esta definición del crédito: «el que paga bien es dueño de la bolsa ajena». «El mercader de entonces era un avaro, usurero, económico, de una prudencia ejemplar: contrabandista por necesidad, desconfiado, ocultaba sus onzas para evitar

sorpresas de los magistrados ó la envidia de sus vecinos». (J. A. García hijo).

Nada impide que un pueblo heroico y patriota sea un pueblo desgraciado; con robustez física y sobriedad un pueblo puede ser miserable hasta dar lástima; un solo atolondrado puede perder en pocos meses el trabajo de muchos años de un pueblo laborioso, y en el pueblo perezoso la mejor administración no puede suplir el trabajo que no se ha hecho. De poco sirve que el suelo sea fértil en riquezas si los habitantes son fértiles en imbecilidades, porque esto mata aquello. Sin energía y sentido práctico no puede abundar la riqueza y sin riqueza abundante no puede haber comodidades y salud; sin carácter y sentido moral no puede haber justicia y administración, y donde no hay justicia y administración «los altos ideales» son un mero espejismo: *dans la boue même il y a parfois des gouttes d'eaux qui jouent le diamant.* (J. Lermina).

«Como todas las naciones de Europa, como todas las sociedades humanas, la América tiene, pues, sus males; pero una sociedad no debe juzgarse por sus males, sino por la fuerza de resistencia que les opone. Todas estarían condenadas á perecer rápidamente si las enfermedades sociales de que están atacadas constituyesen una causa de ruina; sin embargo, la historia nos enseña que las unas consiguen crecer y prosperar con las mismas crisis que aniquilan á las otras.

«Precisamente uno de los caracteres más sobresalientes de la sociedad americana es su maravillosa aptitud para superar las crisis. Este carácter lo debe á la energía individual de sus miembros, para quienes el desaliento parece desconocido... El que se arruina recomienza á trabajar y la sociedad no lo zahiere sino cuando renuncia á levantarse». (Rousiers).

Cada individuo está metido en la sociedad con sus leyes como el tornillo en la rosca. Si los diámetros respectivos se corresponden, las dos piezas forman como una sola, si no se corresponden y la diferencia es poca,

la acomodación se alcanza por medio de la policía; si la diferencia es mucha, el individuo es lo que los sociólogos modernos llaman un inadaptable, y entonces, si el medio ambiente es rígido él va á la cárcel en seguida. Pero si el medio ambiente es blando, si no hay carácter ni sentido moral, entonces es la rosca, son las leyes las que se deforman y la sociedad se adapta al bellaco como un álamo á un clavo, como un pie á una espina. El empresario de atropellos, el juez prevaricador, el funcionario coimero, el defraudador, el cuatrero y el contrabandista existen por la naturaleza de las cosas y no pueden ser eliminados con martillazos en la herradura. Es inútil decretar que los hombres se porten bien allí mismo donde encuentren de hecho mayores ventajas, honores y preeminencias en portarse mal. Los ociosos y corrompidos son inquilinos del país como los gusanos y la polilla son inquilinos de la madera, y así como hay maderas fáciles para los gusanos, hay países propicios al juego, á la pereza, al fraude y á la disipación.

También en lo moral «la vida es la adaptación continua de relaciones internas á relaciones externas, y del propio modo que tiene menos necesidad de ganarse la vida el que ha recibido más bienes en herencia, resulta el espíritu tanto más flaco de voluntad para conducirse cuanto es mayor la clemencia ambiente y más elástica la regla, en la familia, en la comuna, en el estado. «Como un viento de montaña un poco rudo, así el esfuerzo mismo fortalecerá vuestro carácter. Concluiréis por amar el trabajo, y si lo hacéis con gusto lo haréis con facilidad». (Lubbock). «En la lucha por la vida las dificultades contienen á los débiles y sobreexcitan á los fuertes». (Demolins).

El órgano que se ejercita se desarrolla; el órgano que no se ejercita se atrofia. Esta ley de la fisiología del cuerpo es también verdadera en la fisiología del espíritu: la indecisión es la voluntad embotada: los motivos la actúan como las pesas á una balanza enmohecida. «La indecisión tiene una parte de discreción y tres de

cobardía», dice Shakespeare. La voluntad atrofiada por falta de uso es la debilidad del carácter que no puede superar obstáculos y es arrastrada por los impulsos cobardes que mueven al organismo en el sentido de su esencia animal. La gobiernan los apetitos ó la afligen las frivolidades, como en ese caso típico de las señoras que después de ver y rever todos los géneros de una tienda y trepidar una hora, acaban al fin, por comprar el verde, y llegan á su casa arrepentidas del verde y pesarosas por no haber elegido el amarillo, ó viceversa.

Un clima cálido es laxante: afloja ó destempla los resortes del alma y amortigua la energía muscular, haciendo penoso el trabajo. Un clima frío es tónico: impone el ejercicio como una necesidad y el trabajo como un placer. La severidad uniforme también es tónica; impone la rectitud de conducta como una necesidad y la honradez como una conveniencia de primera magnitud. La clemencia á pasto es laxante: destempla el carácter, afloja la regla, embota los escrúpulos y enerva la honestidad en la medida en que la hace innecesaria. La impunidad es disolvente; convierte la honestidad en estorbo y haciendo mejor la condición del malo y del flojo induce á ser malo y flojo. Cuando los maulas cantan triunfo, la bestia que reside en cada uno,—como dice de Maistre,—la bestia le dice al alma:—es mejor ser maula.

La seducción que ejerce el éxito de lo irregular es una terrible cosa y por estas Indias Occidentales, especialmente, suceden ocasiones en que es conveniente usar nervios de esparto para no caer fácilmente en la prosperidad fácil. Todos los días, en el tren que nos traía de un pueblito de campo á la capital, á fines de 1887, un compañero de viaje nos ponderaba la clemencia del presidente y nos recontaba su caso para mostrarnos el camino.—«Vds. saben, nos decía, que hemos sido sus peores adversarios, pero asimismo él manifestó deseos de ayudarnos, apenas le fuimos presentados, y con solo una tarjeta circular suya estoy en camino de obtener

una concesión que ya tengo negociada con un sindicato inglés en 1.500.000 pesos, á repartir con mi hermano y él. No sean zonzos, agregaba, háganse presentar, y verán que es un corazón de oro». Entiendo que á la postre el pan se quemó en la puerta del horno, pero siempre fué posible que la viveza se nos contagiase antes de fracasar. «Un aire salubre, á la vez refrescante y excitante, necesidades numerosas y medios de satisfacerlas á costa de un cierto esfuerzo, son circunstancias favorables al desarrollo de la actividad individual . . . Las temperaturas extremas lo deprimen y lo agobian bajo el peso de sus exigencias ó de sus facilidades», dice con tanta razón el autor de *Richelieu*.

Pues así como hay climas físicos hay climas morales que influyen de fuera hacia adentro por la adaptación del individuo al medio en que vive. «Se piensa, se obra de tal manera ó de tal otra porque en el medio en que se vive se piensa ó se obra de tal ó cual manera . . . Pero esto debe hacernos volver sobre nuestros pasos, pues nosotros los franceses conocemos ese inteligente procedimiento que consiste en abandonarse en la beata y exclusiva admiración de sí mismo, en repetir que somos «la gran nación», que vamos adelante de todos los pueblos etc., etc., sin apercibirnos de que el mundo marcha y marcha sin nosotros». (Demolins).

Si se pudiera calcular la parte de presunción, orgullo, vanidad, necedad de todas clases, inclusive el abandono que hemos derivado del Paso de los Andes y de la Expedición al Perú, resultaría tal vez que las glorias de San Martín han sido casi tan anestésicas para nosotros, como para España la sombra de Carlos V y para Francia la de Napoleón I, en cuanto hemos usado las glorias pasadas como base del presente y garantía del porvenir, no cuidándonos de ser fuertes por ser descendientes de héroes. Para nuestros historiadores de bocacalle, lo único que no ha sucedido son nuestros inmensos desastres y nuestras interminables miserias. Han olvidado sistemáticamente lo más instructivo.

«Toda la cuestión puede reducirse á esta fórmula: cuanto más inclinado está un hombre á contar sobre los otros, sobre el concurso de la comunidad, de la colectividad, tanto menos se desarrolla su iniciativa, tanto ménos inclinado es á hacer esfuerzos propios para ganarse la vida. Al contrario, cuanto más forzado está á no contar sino sobre sí mismo, sobre su trabajo personal, tanto más se desarrolla su iniciativa, tanto más se inclina á hacer esfuerzos, no solamente para ganarse la vida, sino aún para levantarse siempre más.

«El régimen de la comunidad (socialismo) pone al hombre en la situación de los empleados de ministerio, y se sabe demasiado que esa situación no desarrolla la potencia de trabajo, por la razón de que ese régimen mata el interés personal en los buenos resultados del trabajo. Así, cuando es extendido á toda una sociedad, sus efectos se multiplican en razón de su generalidad; cuando es practicado de padre á hijo durante una serie de generaciones, sus efectos se acentúan aún más en razón de su continuidad: la potencia de trabajo decrece un poco en cada generación hasta que llega á esa perfecta indolencia del oriental, que reduce sus esfuerzos á lo estrictamente necesario para no morirse de hambre» (Demolins). .... *que l'on ne se guérit qu'en s'examinant, qu'il faut s'accuser pour se punir et expier le mal pour y échapper* (Chasles). Nadie puede curarse de los males que no se conoce, y las naciones no tienen, como los individuos, el recurso de las compañías de seguros sobre la vida para que les descubran las enfermedades ignoradas, y como ningún pueblo tiene para qué cuidarse de sus virtudes, que ningún perjuicio le pueden traer—exceptuando, por supuesto, las virtudes asiáticas, africanas y south americanas,—lo que realmente nos importa es conocer nuestros defectos y ventilarlos para que las gentes se los vean y se abochornen de usarlos por patriotismo necio, es decir, todo lo contrario de lo que desgraciadamente se estila en tales materias por los íbero-

americanos, que viven autonarcotizándose, en puro perjuicio propio, con las virtudes reales y de mala clase ó puramente imaginarias que se atribuyen y resistiéndose heróicamente á mirar sus suciedades morales y materiales cara á cara, para ahorrarse el trabajo de lavárselas. «En vano los espejos se multiplican alrededor de nosotros, y reflejan con una exactitud geométrica la luz y la verdad; en el momento en que los rayos van á penetrar en nuestro ojo y pintarnos tales como somos, el amor propio desliza su prisma engañador entre nosotros y nuestra imagen, y nos presenta una divinidad». (X. de Maistre).

« ¡ Qué don Arcos, tan bueno; si parece un paraguayo ! » Precisamente es en los pueblos más atrasados y en las capas inferiores de los más adelantados donde el patriotismo es más ciego, porque como dice Schopenhauer: «El más barato de todos es el *orgullo nacional.* Traduce en el que está afectado la ausencia de cualidades individuales en qué fundar su arrogancia, pues sin eso no recurriría á las que comparte con tantos millones de individuos. El que tenga méritos personales distinguidos reconocerá más fácilmente los defectos de su propia nación. Pero todo lamentable imbécil, que no tiene nada en el mundo sobre qué enorgullecerse, se arroja sobre ese último recurso, estar orgulloso de la nación á que pertenece por casualidad y pronto á defender á puñetazos y patadas todos os defectos y todas las necedades propias de esa nación».

Bienaventurados los que sufren, porque ellos serán corregidos y robustecidos por el medio ambiente, á menos que la imbecilidad los haga desperdiciar su escasa energía en coces contra el aguijón, en cuyo caso se la tienen bien merecida. Enojarse y patalear contra el que nos ha llamado malos es desmentirlo de boca y confirmarlo de hecho, acreditando por contorsiones que pegó en el blanco: *la bête a hurlé ; le coup est juste.* Enmendarse es desmentirlo de hecho. Cosa difícil ; pero,

¿dónde está el mérito de lo fácil? Querer pasar por bueno sin tomarse la molestia de serlo, es aspirar á moneda falsa. Alabarse uno mismo, es hacer el día con luz artificial.

Una cosa es cierta: que el individuo y el pueblo que se han inhabilidado para verse los defectos, se han inhabilitado para corregírselos.

Condiciones materiales de la libertad política

«El grito que reclama principios y no hombres es una miserable ilusión».

SEAMAN.

«El mejor entre todos los hombres que hubo en las tierras fué un afligido; un espíritu suave, manso, paciente, humilde, tranquilo, el primer verdadero hidalgo que existió».

DECKAR.

El hombre dispone de expedientes que le dan la independencia del ambiente en que se desenvuelven sus ordinarios enemigos; los gérmenes morbosos, microbios, bacilos, alimañas mayores y menores, que no pueden independizarse del lugar de su sustento; que, fuera del paraje húmedo, sucio, abrigado ú obscuro, fuera del aire confinado ó del agua estancada, no pueden vivir.

Este hecho es la piedra fundamental de la higiene y de la otra mitad de la terapéutica.

El hombre puede acomodar las circunstancias de su vida de modo que su persona, su vestimenta y su vivienda resulten caldo gordo para todos ó para una parte de las sabandijas ambientes, ó estériles é inhabitables. Cuando vive en condiciones favorables para esos roedores de su vida, huéspedes de su salud, está asediado por las enfermedades é instalado en el malestar del cuerpo que se traduce en mal humor é intolerancia del espíritu y suministra la trama de toda imbe-

cilidad que no provenga del orgullo necio, de la vanidad de cualquier clase, del alcohol ó de la lógica.

La mugre — no se escandalice nadie de la palabra, que no se trata aquí de pronunciamientos, sino de *despronunciarse,* como les dijeron en Sagunto á los oficiales para conseguir que se sublevaran en favor de Alfonso XII,—la mugre, digo, es corrosiva sobre la piel. Aplicando un vendaje sobre esa popular excrecencia, á los quince días llega á ser intolerable y ya la fermentación ha desprendido la epidermis. En mi cuero ha sucedido le experiencia.

Para mejor determinar las consecuencias políticas de la mugre, conviene examinar un poco más sus efectos fisiológicos. El efecto que produce en la piel la esencia de trementina, varía, como es sabido, con la exposición al aire. Un trapo puesto encima aumenta su energía, más la aumenta un papel, y por fin, una tela impermeable la convierte en cáustico. Del mismo modo, la virulencia de la mugre aumenta con su espesor, con la impermeabilidad de la vestimenta y con la impureza del aire, factores todos que dificultan la respiración cutánea. De ahí, que, dos milímetros en el campo, equivalgan en malestar y comezón á uno en ciudad pequeña y á medio milímetro en ciudad grande ó mal ventilada. Más corrosiva en verano que en invierno, más en las zonas tropicales que en las templadas ó frías. Esto sin hablar todavía de los gérmenes morbosos, de los que, solo en la suciedad de las uñas de las manos ha encontrado ya el laboratorio de Viena 36 clases diferentes de microbios y 16 de bacilos, que explican bien por qué son tan enconosos los rasguños. «La limpieza preserva del herrumbe; las máquinas mejor cuidadas son las que duran más tiempo», dice con muchísima razón el doctor Decornet.

Cada uno tiene una capacidad más ó menos grande, pero siempre limitada para sufrir las incomodidades, molestias y disgustos propios, é ilimitada solamente para aguantar las desgracias y picazones del prójimo.

Las que no excedan esa capacidad ó coeficiente de paciencia, no lo irritan; las que excedan lo irritan en la proporción en que excedan, y no únicamente contra el causante del exceso, sino contra cualquiera que se arrime al excedido. Por ahí es por donde los envanecidos nos parecemos á las armas de fuego, porque como ellas podemos ser cargados por un chismoso ó cosa así, para que descarguemos inconscientemente sobre su rival la ira por él acumulada en nosotros con esa puntería. «Lograré que Otelo me tenga por buen amigo suyo y me agradezca y premie con liberal mano, por haberle hecho hacer papel de bestia, enloqueciéndole y privándole de sosiego», dice Yago.

Cuando una enfermedad ó un disgusto han ocupado ó gastado aquella capacidad, la menor molestia sobreviniente,—y en este caso se llama molestia á lo que ordinariamente no lo es, la menor molestia, como la gota de agua que derrama el vaso lleno,—lo pone de mal humor, lo encuentra intolerante. Sin esa circunstancia, es decir, teniendo disponible todo su poder de aguantar contrariedades, una contrariedad mediana le hubiese ocasionado un malestar pequeño, un disgusto soportable. Se sabe hasta que punto aumentan los incidentes, los tajos y las puñaladas en un día de calor sofocante.

El pobre carrero que come mal, vestido á medias, que pasa la noche en un aire infecto, lleva su paciencia tan equilibrada por el trato de los caballos y los sudores acumulados y fermentados, que basta que otro que tal se le atraviese en el camino para que le saque la madre y se la veje, y el magnate que á mérito de malas ó excesivas ingestiones maltrata á sus inferiores, son ambos un foco de malestar, un manantial de disgustos para los demás y un peligro para los que se encuentren con ellos y de humor tan agresivo como ellos.

Aquí, de 50 varones adultos, 48 se plantean dos veces por día este problema brutal: ¿qué cosa tomaré para comer más de lo que puedo comer? «Un estóma-

go poco cargado, aligera el corazón. Comed en demasía, y siempre estaréis de mal humor .... Un corazón regocijado es un festín perpetuo. Una pequeñez sin nubes vale más que un tesoro donde hay turbaciones. Más vale una comida de yerbas donde hay amistad, que una de buey donde hay odio» (Lubbock). «Según una axioma antiguo, jamás contradicho, para hacer llorar, hay que llorar. Estad seguro de que para tranquilizar los espíritus es necesario tener el espíritu tranquilo». (H. Fouquier).

En un régimen despótico importa poco que los individuos anden saturados de disgustos y dispuestos á rabiar porque se les asiente una mosca: por encima de las intolerancias menores hay una intolerancia mayor para reducirlas. De pronto cesa la opresión y sobreviene otro régimen para el cual es necesario lo que antes era superfluo. De pronto hay que mandar y obedecer por la otra cuerda: por la voluntaria. Hemos pasado de la obediencia impuesta á la obediencia consentida, el representante del rey se transforma en mandatario del pueblo. Imposible ahora entenderse sin un recíproco margen de tolerancia. «Lo que desees conseguir, más fácilmente lo obtendrás con una sonrisa que con la punta de la espada» (Shakespeare). Pero, si estando todos saturados nadie puede aguantar á nadie, imposible entenderse en una república de intolerantes en que todos—de los dirigentes—quieren mandar aunque no puedan, ó no quieren obedecer al que puede mandarlos ó quieren ser mandados como no los quieren mandar, ó quieren ser obedecidos como no los quieren obedecer. «No es con el atropello que se hace de un vicioso un hombre bueno; sino con el ejemplo, con el estímulo, con la persuación ó interesando su amor propio». (Muñiz y Terrones).

«El sistema político antiguo reposaba sobre dos principios: la autoridad y la estabilidad. Ahora rigen el principio de libertad y el de progreso» (Cavour). En dos palabras se los voy á describir, me dice un ami-

go: Al padre le falta el sentimiento de la justicia para ver en el adversario al lado del defecto el mérito, asunto capital aquí donde los defectos son tan abundantes y los méritos tan ralos. Su vanidad no le permite aguantar á su lado á otro hombre sino en el oficio de inferior, por manera que, sin quererlo, hace á su alrededor la selección de la basura. El hijo es como esos perros grandes que no están contentos cuando no han zamarreado á un perro chico. Tiene la necesidad de morder. Y los dos son de lo mejor que hay. Entonces.....

« Adoptemos los principios, entremos en las formas, cultivemos los altos ideales, hagamos la división de los poderes, establezcamos el régimen municipal y el sistema bicamarista; la cuestión es de sistemas ». ¿Y el hijo, y el Padre y el Espíritu Santo? « Un pueblo, dice Taine, no puede tener otro gobierno ni otra libertad que la que es susceptible de aclimatarse en el medio social y político que forman las circunstancias, sus aptitudes y los elementos propios que buscan su genuino nivel de cultura ». Y es claro: *un individuo no se alimenta con lo que come, sino con lo que digiere.* Nuestros constitucionalistas se han empeñado siempre en ignorar este detalle, pequeño pero decisivo. Ponerse en condiciones de poder aguantar los arneses constitucionales era lo primero. Es imposible imaginar siquiera la cantidad de gordura falsa, de imbecilidad, de mal humor, de cólicos y dispepsias, de constituciones ilusorias y de reglamentos inútiles que la sola práctica de este principio tan elemental podría eliminar del mundo.

« Adoptemos los principios..... y 16 países de raza más ó menos europea han perdido 80 años ensayando infructuosamente la construcción de una casa política empezando por la cornisa y dejando para lo último, y algunos para nunca, las condiciones materiales. Faltos de riqueza, de *confort,* de higiene, saturados de vanidad caballeresca y por todo ello listos para enojarse por palabras hueras, como pistola al pelo, han tenido 80 años de revoluciones y trastornos, mientras por el pro-

greso material alcanzaban todas las grandezas los norteamericanos que entienden que la civilización se mide por el consumo de jabón y que aún antes de fundar un pueblo establecen el sistema de aguas corrientes por vía de *réclame*. « La simplicidad del menaje y amueblamiento, el desdén por las comodidades de la vida, caracterizan los interiores de las gentes de la raza ibérica », dice el barón Hübner (Autour du Monde). Pudo decir, el desdén por la limpieza, que es tan propio del ideal caballeresco, el cual se concilia con la mugre y la basura, pero no con el servicio de fagina. La más gloriosa reina de España juró no cambiarse camisa hasta no acabar con los moros, y tardó siete años en expulsarlos. El servicio de fagina, que no es el menos importante, se impone como pena en los cuarteles y en las ciudades sudamericanas. « El estado es como el cuerpo humano. Todas las funciones que cumple no son nobles, pero no por eso son menos necesarias » (A. France). La pena de barrer las calles ha deshonrado la limpieza, haciendo desdoroso para el hidalgo el aseo por mano propia. La primera rebelión de D. Juan Manuel fué contra su propia madre y fué por negarse á barrer la tienda en que lo habían puesto como dependiente. Era de familia noble, y de allí arrancó para el futuro tirano sanguinario la vocación para atropellar por todo en alas del orgullo y de la gloria.

De Washington, dice *Ignotus:* « Á su llegada á la Habana, los americanos encontraron un vasto estercolero producido por tres siglos de incuria, de abandono fiscal y de derroche financiero. El coronel Warring, enviado para estudiar un plan de saneamiento, fué la primera víctima de la fiebre amarilla. Se encontró que en la más rica de las posesiones españolas, la que había dado á la metrópoli ríos de oro durante largos períodos, se carecía de una red de cloacas y de desagüe análogas á las que existen aquí hasta en los pueblos más miserables. Cerca de la ciudad se encontró una verdadera montaña de basura, arrojada durante décadas y que era

un foco de infección en constante amenaza para la salud de los habitantes. Para neutralizar sus efectos ha sido necesario arrojar sobre él 3000 barriles de cal viva, y se cree que será necesario emplear otros 6000 antes de destruir sus emanaciones. Mientras tanto, la obra titánica de la limpieza de la ciudad prosigue con energía yankee. Las autoridades militares no se paran en gastos con tal de hacer triunfar los preceptos de la higiene. Y la tarea de purificación de aquellos establos de Augías es tan enorme, que muchos se preguntan con seriedad, si no valdría más la pena aplicar la antorcha á la mitad de la ciudad, de tal manera está ella saturada de inmundicia.» (*La Nación,* Mayo 17).

« Se procura inculcar á los niños la idea de que ningún trabajo, ninguna tarea, por más baja que parezca, es indigna de un hombre y que siempre es posible ejecutarla permaneciendo gentleman. Lo que es respetable ó despreciable, no es la función, es el hombre. Este es el resorte más poderoso de la educación inglesa. En Bedales, son los mismos alumnos quienes hacen lo que en el regimiento se llama « servicio de fagina »; y á fin de recalcar bien el alto alcance de este humilde trabajo, el director se ha reservado especialmente para sí la atribución de ejecutarlo con los alumnos y exactamente como los alumnos . . . . Es un discípulo de Cambridge que se ha reservado en la escuela esta tarea y la clase de latín, acumulación que repugnaría especialmente á nuestros normalistas de origen rural ». (Demolins).

En el colegio nacional de Mendoza dejó gran memoria y mucho fermento de imbecilidad un grave suceso del mismo género. El inolvidable rector D. Manuel J. Zapata, tenía la más extraña cosa que allí se pudiera tener: no podía ver suciedades y obligaba á los alumnos á recoger del suelo todos los residuos que era costumbre dejar en el sitio en que resultaban. Cierto día, recorriendo los patios con una familia que visitaba el colegio, tropieza con una yunta de puchos de cigarro,

y llama al joven más inmediato para que los levante, cuadrando la casualidad de ser éste un literato en ciernes, que estaba en esos mismos momentos estirando el cogote y esponjándose la melena para flechar á las damas. Un literato levantando cabos de cigarro usado era un oprobio en presencia de damas. El mozo era pobre, becado, pero altivo; la sangre española se le agolpó al corazón y arriesgando su carrera resolvió desobedecer heroicamente al viejo maestro de 84 años; acudieron los profesores, y los alumnos y los sirvientes, y huyó, y lo persiguieron, y lo acorralaron, y las damas huyeron del educadero horrorizadas por un inopinado zafarrancho de insurrección, ocasionado por dos puchos de cigarro en el espíritu caballeresco. Mi chicuelo mayor tiene un amiguito á comer y éste nos cuenta que su hermano, ya de 22 años, no estudia ni se ocupa de nada, porque se preparaba para seguir la carrera de marino y un amigo le dijo: « no seas zonzo; te van á hacer lavar el buque », y para no ser zonzo se hizo haragán, siguiendo la moda.

Veamos ahora el reverso; el Dr. Pellegrini escribe desde Holanda: « He gozado mucho en recorrer estas campañas, y estudiar las costumbres tan originales de los campesinos y pescadores. Enseñan cómo por medio del trabajo, el orden y el aseo, puede la mujer llenar de comodidades y atractivos el hogar del pobre. ¡Cuánto tienen aún que progresar nuestras masas y nuestras elegidas también! » « Rara vez he visto, dice Noblemaire, limpieza más meticulosa que la de los acantonamientos ingleses en la India ». En una bella ciudad argentina, queriendo el Dr. Coni darse cuenta del régimen interior, penetra en una casa de apariencia atrayente y descubre que para transitar en el excusado era necesasia tener ojos en los pies. Pero descubre más todavía: que era esa la vivienda particular del encargado de la higiene pública! En Loreto, en 1883, me lavaba la cara con lástima, sabiendo que el agua tenían que traérmela de tres cuadras de distancia y 32 varas de profundidad.

y « los programas de principios » que una campaña electoral había hecho brotar, me hacían una gracia infinita cuando los repensaba en esos bailes á suelo pelado, en que después de tres mazurcas á violín y bombo ya no se distinguían las caras, porque el aire se había vuelto opaco. El derecho constitucional sin aguas corrientes, ¡háganme el servicio! Porque se puede ser, como el roto chileno, sucio donde sobra el agua, pero limpio donde el agua falta, es casi tan difícil como de seado y constitucional. Y soltaré de paso otra herejía: creo que el derecho constitucional argentino le debe más á don Juan Clark por sus ferrocarriles que á Pedro Goyena por su elocuencia.

Describiendo nuestras campañas, dice Frank C. Carpenter al *Dispatch* de Pittsburg: « dejad de lado los graneros, y en lugar de nuestras aseadas casas de campo poned ranchos de barro y paja, y alguna vez de ladrillo, y otra rara vez con techo de baldosa ó de hierro galvanizado ». Hace 30 años D. Pedro J. Alvarez traía en carretas á bueyes, de Mendoza á Buenos Aires, *pichana* para escobas. El maíz de guinea ha sido un gran adelanto; pero todavía, en esos ranchos de paja, los séres racionales viven en la más sucia promiscuidad con las gallinas, los patos, los perros y los cerdos, y aún en los pueblitos, las letrinas, cuando existen, carecen de caño de ventilación y están contiguas al pozo.

Los altos ideales y toda esa jerga de pura fantasía política nos servirá si acaso, para los trances extraordinarios, que son los menos, pero, para los sucesos menudos, que son casi el todo, la gruesa artillería constitucional es contraproducente. Pertrechados con los grandes ideales para la vida ordinaria del país, estamos como aquel que se fué al Chaco llevando un rifle de repetición para los tigres, y que, sin haber visto uno solo se volvió, corrido por los mosquitos, los tábanos y la dispepsia.

Se sabe que las pulgas y las chinches trasmiten de los ratones al hombre la peste bubónica y casi todas las

infecciones; se sabe que los ratones comunican los dormitorios con las letrinas, sumideros y subsuelo; se sabe que de esos males preservan las casas de material cocido y argamasa; se sabe que el jabón es el mejor microbicida; pero, los altos ideales que no sirven para evitar ningún mal sino para hacer la grandeza pobre de las naciones quijotescas, sirven solamente para preservar al hombre de la vista de sus imperfecciones y del sentimiento de sus miserias. Ningún poeta se ha ocupado de dignificar el jabón, como la luna y las estrellas, y ciertamente no es posible conferirle nobleza, grandiosidad, brillantez y altura para ponerlo de moda entre esos elegantes que esperan á que el médico les recete el baño para meterse al agua « por prescripción facultativa ». Los altos ideales son como los trapos domingueros que no sirven para trabajar sino para ir á misa y andar en la procesión.

Desgraciadamente, nacimos afidalgados y ese pecado original nos hizo orillar hacia lo heroico y trascendental. Porque el hombre así, es fundamentalmente vanidoso, está en la naturaleza de los conocimientos y de las riquezas que la estimación que les concede esté precisamente en razón inversa de la proporción en que los posee. El ignorante está orgulloso de lo que sabe ó cree saber y el sabio está pesaroso de lo que ignora. Mientras un napolitano pobre es capaz de destripar á un compañero por 20 centavos, un hombre habituado á la riqueza no perderá ni su buen humor porque le hayan substraido cien pesos. El que no tire su experiencia por la ventana, recordará cuánto le gustaba lucir sus primeros conocimientos cuando empezó á desasnarse. Pero no es eso lo peor, sino esto otro: que siempre considera equivocado y mal hecho todo lo que supera sus entendederas.

¿ Y quién no ha visto en el congreso á los muchachos impacientes por hablar para hablar, agarrando la ocasión por las orejas cuando no tiene pelo ? Es conocida la predilección que tenemos los abogados para las comparaciones de medicina, y yo había observado la

singular predisposición de los diputados médicos á terciar en todas las cuestiones constitucionales. « Es, me decía Joaquín González,—y le pido perdón por la indiscreción,—es porque no saben nada, y entonces hasta los lugares comunes les producen impresión y porque son nuevos para ellos creen decir novedades cuando los repiten ».

« Para los ciegos todas las cosas son repentinas », dice Carlyle, y para los ignorantes todas son nuevas, y aún puede decirse que para los ignorantes exasperados por el patriotismo, ó empujados por la vanidad, todas son *urgentes*. Hay cierto estado, el estado de energúmeno tipo Déroulède, en que el bárbaro de levita siente imperiosamente que las razones que él tiene para sus opiniones propias son tan fulminantes para los demás, que no puede callarlas ni aún cuando las leyes divinas y los reglamentos humanos manden callarlas. Es un estado análogo al de las lavanderas injuriadas que si no pueden contrainsultar sobre la marcha se enferman con el veneno que se les queda dentro del cuerpo.

Las novedades urgentes que yo he soltado en este mundo, víctima también del mal humor patriótico que hizo brotar á raudales una administración horrorosa, ¡ Santa Bárbara bendita!

Porque esa preocupación infantil, pero dominante, que han tenido siempre las generaciones argentinas, de asegurar las instituciones del porvenir, ese desgraciado empeño de salvar á sangre y fuego en el presente *las formas* para el futuro, esa miserable resolución de no acostarse tranquilos sino han sacrificado su bienestar para asegurar una herencia de gloria y de « principios » á sus hijos arruinados, implica en el fondo la ingenua creencia de que sus ideas, sus sentimientos y su ilustración van á ser *novedades* para las generaciones futuras, y de tanta monta, que sin ellas se verían en negros apuros las gentes ilustradas del siglo XX. « Dejad aún algo á nuestros hijos, dice Bismarck; de otro modo se aburrirían si nada les queda que hacer en este mundo ».

La colonia nos preparó pobres é ignorantes. La pobreza y la ignorancia tienen propiedades « como el vitriolo y la mugre ». A la pobreza los males chicos le producen perjuicios grandes; perjuicios grandes irritaciones grandes; irritaciones grandes por causas mínimas. Cuando se vive á dos dedos del hambre, con facilidad se le alcanza. La ignorancia es la pobreza de la inteligencia: la indignación por nimiedades. La vaciedad del espíritu que infla las bagatelas hasta hacerlas trascendentales y dignas de ser defendidas « á sangre y fuego ». El hambre, y sobre todo la sospecha y la indignación, todo lo amplifican » (Carlyle). Se desconfía de lo que se ignora y cuando nada se sabe, de todo se desconfía.

Para el que tiene poco, cualquier cosa es mucho; para el que sabe poco cualquier pamplina es importante. En las contribuciones forzosas que unitarios y federales se imponían por turno, los ricos daban la limosna de la viuda, de que nos habla la escritura, y quedaban tullidos.

Esas exacciones á los medios de vida para implantar la libertad, eran en realidad ataques á la esencia de la libertad para implantar las formas vacías; destruían la independencia de *hecho* para dar de derecho la libertad del necesitado. « El que quiere librarse de un mal sabe siempre lo que quiere; el que quiere estar mejor es tan ciego como el que tiene cataratas » (Gœthe). Así los idealistas andan como ciegos atropellando los bienes reales para lograr bienes imaginarios, como los muchachos que persiguen mariposas brillantes en las huertas, destrozando la hortaliza y pisoteando los sembrados. « La necesidad y el dolor enceguecen el entendimiento y en épocas de escasez se piensa con el bolsillo y no con la cabeza ». (J. A. Terry).

« Es muy bello sostener que se ha comprado la libertad con la sangre en los campos de batalla; pero, la verdad es que nosotros los ingleses, la hemos comprado con nuestro dinero » (Hallam). Por lo menos es evi-

dente que no se puede mantener sino con el dinero, y sea esto dicho con perdón de los « espiritualistas » que creen que el hombre que está obligado á vender su voto para comprar pan ó aguardiente, es un hombre libre. « La miseria y la ignorancia son dos grandes reclutadores de ejércitos sediciosos », decía el Dr. Ugarte, con lamentable razón, si así lo quieren los idealistas, pero con demasiada razón. De los norteamericanos dice Tocqueville: « El amor á las riquezas ocupa allí el lugar de la ambición política, y el bienestar amortigua el ardor de los partidos ». « Una casa que está limpia y alegre hace un hogar feliz ». (Decornet).

La pobreza amplificaba todos los males y la ignorancia hacía de cada frase hueca, un elegante blanco del derecho constitucional. El tono hinchado y petulante hacía agresiva la palabra y el apasionamiento proscribía la risa, la risa que es el azúcar de la vida y el alma del buen sentido ». « El día más perdido de todos es aquel en que no nos hemos reído », dice Chamfort. En vez de tramitar los asuntos ordinarios con el sentido común, metían en todo el patriotismo, y como en todo tenía que salir ofendido para alguna de las partes, era motivo para que de todo se apasionasen. El alma heroica, descontenta por definición, en los roles subalternos, nos tenía instalados en el mal humor, que tiene color obscuro y aspecto trágico. Yo mismo he llegado á escribir y, lo que fué peor, á publicar,—*mea culpa,*—un artículo con este título horripilante: « Sobre el abismo ». Un amigo se desgració más aún en: « Una república muerta » en un volumen, y uno de nuestros prohombres ha publicado á fines de 1898: « La bancarrota del sistema federal». «Algunos escuchan el ruido lejano del porvenir con las orejas del pasado ». (Chasles).

« Los excesos de apasionamiento contra los otros vienen á menudo de un alma descontenta de sí misma » (Boissier), y « á medida que nos hacemos lugar en la sociedad, perdemos la conciencia de sus imperfecciones » (Bain). Que es decir que cuanto más holgada se

hace la vida, tanto más tolerantes se vuelven los hombres. De ahí que la gloria sea un golpe en la herradura y el bienestar material un golpe en el clavo. La sociedad en que predominan los atolondrados es un purgatorio de rabiosos, porque se chingan siempre y « todos los chingados juzgan malo el sistema de gobierno bajo el cual han fracasado ». Un rey de Granada tenía de guasi á un judío, el cual era siempre insultado al pasar, por un mercader, y el rey, incomodado, le mandó que le cortase su mala lengua. El guasi le regaló una bolsa de oro y como en la primera vez que pasaron por delante de su tienda prorrumpiera en alabanzas—« ¿ No te ordené que arrancases á ese hombre su mala lengua ? dijo el rey.— Señor, contestó el guasi, he cumplido el mandato religiosamente. Le he arrancado la lengua mala y le he dejado una buena ».

Regularmente cuanto más se agrandan los hombres tanto menos vanidosos se vuelven, y tanto más soportables por ende. «El que tiene realmente una cosa, dice Hübner, no necesita hacerla sentir en los otros». «No le noté (á Vélez Sarsfield) ninguna de esas vanidades pueriles, ni esa embriaguez permanente de sí mismo, que tan incómodo y violento hace el trato de muchos hombres de verdadero mérito y talento». (Julio A. Roca). « Plus on est habile, moins on se vante».

¡Cosa extraordinaria! Este mismo Vélez Sarsfield, que contribuyó con su voto á la disolución de la nación en 1827, decía en el congreso de 1826 : « ¿ Volveremos á los pueblos á decirles : hemos perdido la patria, pero hemos salvado vuestras instituciones que solo eran un accesorio de la seguridad del país ?» A esta inteligencia *del fondo* que quita la importancia subjetiva de *las formas* — porque objetiva no la tienen, — á este entendimiento de que los medios son medios y no fines, llegamos viejos, llegamos á la realidad cuando hemos perdido el entusiasmo que trasporta montañas y que se queda con los jóvenes que

siguen en *la inteligencia de las formas,* y con los cuales no se puede discutir porque se apasionan, y que se apasionan porque no discuten para tener razón, sino para tener reputación, una vez que en el país las reputaciones fáciles, que son las preferidas, no se hacen obrando bien sino hablando bien, en esos debates enconados que la vanidad en juego hace intolerables para el hombre discreto, que en ellos viene á encontrarse en la situación que describía el gobernador Morris en carta á Hamilton: «usted que es templado en la bebida, habrá notado tal vez la torpe situación del hombre que continúa sobrio después que sus compañeros se han embriagado».

Así es como el entusiasmo nuevo está siempre al servicio de las ilusiones viejas. Desde que los hombres se estrenan jóvenes como dirigentes en la política, se renuevan sin cesar las generaciones de semi-ignorantes, para quienes son siempre nuevas y trascendentales las formas vacías y que á ese título llevan en la plaza pública la batuta porque se guían los ignorantes completos,—ese subsuelo tanto más predispuesto á irritarse al compás de los gritones cuanto más irritable lo mantengan la pobreza, el desaseo y sus inquilinos. No puede negarse, en efecto, que, á igualdad de las demás circunstancias, las provincias más pobres y desaseadas son las menos libres, las menos gobernables y las más subversivas. «Colocad al filósofo dotado de más noble inteligencia entre cotidianas angustias, inmoralidades y bajezas, y veréis que insensiblemente se embrutece». (Smiles).

Los que alcanzan un poco de madurez perdiendo la facultad de indignarse por cuestión de palabras, adobadas en sistemas ó guisadas en manifiestos, pierden la homogeneidad con el gusto, mejor dicho, por estos pagos, con el desatinadero ambiente, y decaen en prestigio perdiendo partidarios á medida que ganan calidad. « La primera tarea de la experiencia, dice

Schopenhauer, es librarnos de las quimeras y de las nociones falsas acumuladas durante la juventud».

El torero Mazantini, en España, hablando como cualquier estadista sudamericano, dice que «para una situación nueva se necesitan hombres nuevos», ó lo que es igual: para una situación muy difícil, hombres inexperimentados. Como aquí la clase acomodada por lo regular se abstiene, la política no es generosa, porque en manos de los necesitados no puede serlo; se tiene opinión política con uñas y dientes, como dice L. Lugones, pues, «para una nación como para la cerveza, el elemento generoso no está ni en la cumbre ni en el fondo, está en la capa intermedia entre la espuma y la borra». (Bismarck).

Y aquí la calle pertenece á la borra dirigida por la espuma: « Somos la única sociedad á quien se puede dar el nombre de *neocracia*, en todos sentidos; no solo en el de ser gobernados de preferencia por las nuevas generaciones, en oposición al gobierno de los más viejos, que se encuentra en el comienzo de casi todas las civilizaciones. Ya antes de los 40 años el brasileño empieza á inclinar su opinión delante de la de los jóvenes de 15 á 25..... El resultado es una precocidad abortiva en todo el campo de la inteligencia, por lo cual, el talento nacional, que es incontestable, pronto, brillante é imaginativo, está condenado á producir obras *sin fondo*..... Será difícil á uno de nuestros estudiantes de mérito servirse del microscopio sin descubrir luego un nuevo organismo que los sabios estén buscando en vano en los diversos laboratorios de Europa. El apresuramiento es una incapacidad para la ciencia como para el arte..... Cualquier joven oficial que mandemos á Europa, siéntese con la capacidad de resolver una duda entre dos grandes arquitectos navales..... Temo mucho al día que tengamos un cardenal nuestro. El representante en el sacro colegio de nuestra impulsiva mentalidad, si el cónclave no cediera á sus vistas supe-

riores, amenazará, con ir á la prensa á relatar las irregularidades del escrutinio de las cédulas, perturbando la elección que hace dos mil años se hace tranquilamente del sucesor de San Pedro». (Joaquín Nabuco, citado por G. Mérou, en La Biblioteca).

Regresaba D. F. Uriburu de M...

—¿Usted habrá conocido allí á los A...?—le pregunta A. Gache.

—Sí, por cierto. Hay allí un mozo que vale.

—¿Agustín?

—No hombre, el otro; ese es muy ipiranga.

En efecto, unos más y otros menos, es lo cierto que todos somos brasileños en South América, — mucha figuración y pocas nueces—mucho «bombo y platillos irremplazables por lo mucho que ellos reemplazan», como dice J. V. González, y Nabuco pintando á los unos, nos ha retratado á los otros. *En France tout le monde est un peu de Tarascon.*

La espuma que no ha tenido tiempo de juntar experiencia, se maneja con «la razón que nos socorre en las grandes desventuras y es impotente contra los pequeños disgustos que destruyen al menudeo nuestra felicidad y nuestra salud». La lógica, en efecto, les da muchas decepciones y en consecuencia los jóvenes hacen política rabiosa porque andan detrás de las grandes cosas tropezando en las pequeñas, y quedándose las pobres sin solución, cobran su desquite por junto en la próxima crisis. Todavía en 1898, en la convención para reformar la constitución, decía en medio de grandes aplausos un doctor ilustrado, por supuesto, y joven: «votaré en contra de todo porque las reformas proyectadas son de *poca importancia*. Debieron convocarnos para hacer reformas *trascendentales*». «Muchas hebras de paja detienen el paso de un elefante», y los 16 extensos y feraces países latino americanos son elefantes detenidos por hebras de paja abandonadas. «Prometedme menos cosas y os concederé todo cuanto podáis pedirme» (Martineau).

Ciertamente, es necesario educarse un poco la vista del espíritu para ver la enorme importancia de las cosas pequeñas. Mismo los microbios, esos seres pequeñísimos que diezman poblaciones y asustan á los guapos de profesión, no pueden ser vistos sin un cultivo especial y lentes que los abulten en 500 diámetros.

Al más grande pensador que se acueste sobre el lado izquierdo y duerma con la boca abierta, se le secará la lengua y tendrá pesadillas que trabajen su espíritu y fatiguen su corazón, y amanecerá con el cerebro trasnochado. En cada hora de sueño normal el corazón expele 3.600 onzas menos de sangre; ese es su descanso. Que en vez de trabajar menos se le haga trabajar más con estimulantes alcohólicos ó con irritantes políticos, ó con esa indignación permanente que tantos periodistas consideran de rigor patriótico y que no es más que un instrumento de ver negro lo negro y lo blanco, y será un corazón fatigado ó sea, un espíritu de mal humor. *Tout paraît jaune à qui a la jaunisse.* « De todas las cosas malas que aflijen á la humanidad, dice un autor citado por Sir John Lubbock, seguramente la peor es el mal humor ». En Facundo que residía fuera de la higiene, trasnochando en la mesa de juego, el mal humor era de regla; hasta sus facciones eran la antítesis de la risa; sus severidades y sus indulgencias intermitentes dependían de las eventualidades de un naipe; los que le hacían trampas eran cómplices de sus crueldades. Medio Mendoza padeció del cáncer, de la poligamia y de la mugre del fraile Aldao, que, borracho en la batalla del Pilar, hace disparar un cañonazo sobre el grupo donde su hermano parlamentaba y lo mata, se enfurece, hace tocar á degüello, la sangre corre hasta el amanecer del día siguiente, y esos seis litros de vino malo vienen á resultar en la historia argentina más *trascendentales* que la constitución del año 19. « Ahogaba en vino sus pesares, pero sus pesares sabían nadar » (Scholl), y arañar á sus compatriotas unitarios.

« La base de la vida constitucional es, en todo, el compromiso. La constitución misma lo establece al establecer tres poderes que no pueden anonadarse ni subyugarse » (Bismarck). Pero los que viven escasos de recursos en casas incómodas y malsanas, y llegan á la plaza pública con su paciencia agotada *at home* por las cavilaciones y las contrariedades domésticas, con *malas pulgas,* como suele decirse, dando la causa por el efecto, no pueden aportar á los negocios públicos la ecuanimidad que les falta, sino el concurso de sus malos humores para contrapesar la intolerancia patriótica con la intolerancia patriótica, la fuerza con la obstrucción. En tales situaciones del espíritu, discutir es agriarse mutuamente; toda resistencia es enconosa para el espíritu impaciente ó fatigado; el encono produce los excesos de palabra y de facón, y todo exceso provoca otros excesos. « Las querellas nacen del deseo de querellar, y el que tiene la rabia, da la rabia á los otros » (Carlyle). Pero aquí nacen, además, del deseo de hacerse aplaudir. Habíamos fundado un partido de oposición de esos que aquí se llaman partidos grandes, y los principales prohombres populares, ya ordenados, y recibidos en el rango de patriarcas de la opinión pública que querían oir á su ingreso la diana de sus odios viejos, exigieron como condición *sinequa non* para incorporarse que atacáramos á Fulano, Zutano y Mengano. El dilema era de hierro como suele decirse: atacar por resentimientos ajenos con la perspectiva segura de cosechar enconos ó dejar al partido huérfano de figurones, que es decir, sin eficacia. El patriotismo claramente imponía la primera solución, no estando nosotros en el caso del Dr. X: « Bueno es para las vulgaridades, temerosas siempre de no aparecer bien acentuadas en el sentido en que se agitan, eso de pronunciar frases hirientes y depresivas para el adversario; pero el Dr. X, no está en el caso de dar pruebas tan duras de su vinculación á una causa ». (M. de Vedia).

Del propio modo que la suciedad del cuerpo cría

pulgas y piojos y 56 clases de microbios y bacilos, la suciedad del alma cría injurias y calumnias, pues es claro que, cuanta mayor inmoralidad haya en nuestras costumbres tanto más resultaremos susceptibles « al filo de las palabras aceradas », y aún se dan casos en que hasta las inofensivas de suyo llegan á ser explosivas por motivos ajenos al diccionario de la lengua. Velay: dos religiosos de Río IV, daban misiones en la campaña de Córdoba. En un pueblito, la señora del juez de paz, con numeroso cortejo, les trae su primogénito á bautizar, y como al inscribirlo en el registro le preguntasen si era legítimo, la señora, que no había previsto esa eventualidad, se indigna en tres tiempos, como decimos en la milicia, y se desmaya con todas las reglas del decoro bien entendido. Llega el juez atraído por el alboroto consiguiente, y como ella los acusara de haberla insultado, los apalea recio y es necesario llamar al médico para que los cure, porque la señora del juez de paz era.... soltera y altiva. *Qui male agit, odit lucem.*

Pedí una vez explicaciones sobre unas cuentas por forrajes, y cuatro años más tarde vine á saber que la pregunta se le había enconado á un alto funcionario, porque me la refregó y se la cobró. De ahí que los tribunales de cuentas sean imposibles ó del todo ilusorios en los países en que existen menos hábitos de honestidad que de viveza, y es necesario por ende la honradez á fardo cerrado que pone á los que administran fondos en el caso de considerarse sospechados y heridos en su honor por las investigaciones más necesarias, más naturales y más inocentes, de suyo.

Nuestro populacho que vivía en ranchos miserables, en taperas también, en completo desaseo y promiscuidad, era naturalmente irritable, sanguinario, cruel. Verdad es que atrocidades del mismo género sucedían en España, en la guerra de los carlistas, y puede decirse que todo eso eran basuras del hogar que se transformaban en acritudes del carácter, y después en sucieda-

des del alma. «El instinto feroz se forja adversarios á su imagen y se autoriza contra ellos los proyectos que les presta contra él» (Taine). « Viviendo en contacto con el hecho, las gentes se van familiarizando con él como los que viven cerca de los mataderos se acostumbran á sus malos olores... Los federales degüellan, los unitarios mandan castrar, hay deserciones y traición de todos lados y la gente de mala ralea se roza con la bien nacida... En las provincias más áridas, más secas, las almas son más tenaces, más implacables» (L. V. Mansilla). Sí, pues, donde no abunda el agua tiene poco juego el jabón que desinfectando al cuerpo apacigua el alma. La sequedad del aire que en el arbusto evaporando la savia, hace abortar las hojas en espinas, produce efectos del mismo género en la vegetación humana.

Ama á tu prójimo como á tí mismo, sé bueno, condescendiente, nunca procedas *ab irato*. Esta es la doctrina, y el hecho es que si el sujeto, mal vestido, mal alimentado y orientado para las locuras sentimentales, pasa la noche abrigándose con puertas y ventanas por falta de abrigos, — calentándose por encerramiento, — como los ratones en la ratonera, en compañía obligada con los accesorios entomológicos del rancho de paja y barro, que le comen la paciencia y le frustran el descanso, amanecerá en una situación sicofisiológica como preparada *ad hoc* para el reverso de la doctrina. « El buen humor, decía uno de nuestros obispos, forma los $^{9}/_{10}$ del espíritu cristiano » (Lubbock). Entonces, la ratonera de paja, asilo de sabandijas, forma los $^{7}/_{10}$ del espíritu mazorquero, los $^{7}/_{10}$ de la intolerancia, de la disposición para reñir por cualquier insignificancia que colme la medida de los $^{3}/_{10}$ disponibles. Y « la primera víctima de un hombre que está siempre de mal humor, es él mismo. Disgustando siempre á los demás, y disgustado él de todo, no encuentra contento sino en estar siempre descontento ». (Pope).

« Teñimos la naturaleza entera del color de nuestros pensamientos; hacemos el mundo á nuestra imagen;

cuando nuestra alma está enferma, no vemos más que enfermedad en el universo » (Taine). « Tratemos el mal humor como una enfermedad y veamos si tiene remedio » (Goethe). « La casa hace al hombre y el hombre hace á la casa. Esta le cría y educa, y él, una vez criado y educado, hace su casa según sus necesidades físicas y morales... Basta entrar en una casa, para tener idea de quien la habita. Ella nos dice si es culto, rico, cortés, religioso, amante de las artes ó de las ciencias, si es ordenado y limpio ó no : en fin, nos dice lo que necesita para el cuerpo y para el alma el que la habita ». (Persichetti).

« Las habitaciones del pueblo están lamentablemente descuidadas. Vive, en las ciudades, en conventillos infectos, desprovistos de agua, con desagües infernales que difunden la pestilencia y preparan el terreno para todas las epidemias, especialmente la de viruela, que es endémica entre nosotros. El cólera hizo años ha numerosa cosecha de víctimas. El pueblo de los campos habita en chozas mal cubiertas y malsanas. De aquí resulta una especie de aflojamiento de los lazos de familia, que hacen del *roto* una especie de emigrante en su propia tierra, sin hogar y sin casa. Hay en Chile, una masa de población flotante que no baja de 150.000 hombres ; recorren el territorio de N. á S. durante el año entero, buscando trabajo por día. Una vez cumplido su trabajo, se van, y luego vuelven » (Ignotus). Se comprende que tales populachos necesitan siempre un evacuadero permanente para sus excedentes de mal humor, alguien á quien odiar, el gobierno de su propio país, el partido contrario ó un pueblo hermano. Como las viejas histéricas que no pueden vivir sin un pleito y 200 enredos, todo el que tiene una fuente de mal humor necesita tener una *bestia negra,* de cualquier color, en quien desahogarse. Es extraño, le digo á José Varas, que regresaba de Chile, es extraño que mozos tan distinguidos como los que redactan el diario tal, hagan un periódico tan rabioso. « Me lo han explicado ellos

mismos, dice Varas. Tienen necesidad de hacerlo así, porque de lo contrario el periódico no se vendería ». Y ellos, los dirigentes aristocráticos, que usan jabón, tienen que ponerse en el temperamento sucio del roto y escribir con veneno, porque « la multitud es como el agua ; no se la dirige sino yendo adelante y abriéndole curso ».

Pero los Isaías *south* americanos no entienden que lo que á estos pueblos les falta es un paladar que repudie el zambardo, la grosería, la brutalidad y la intemperancia en los medios, no señor : «lo malo es que el gobierno y las oposiciones *furiosas* no luchan por principios sino por puestos públicos». La cuestión no es de saber conducirse sino de saber trazarse programas, y es más noble degollarse por principios que transar por empleos. Falso, pues, de todo punto falso: la monta no está para el progreso y la civilización en *qué* se propongan realizar sino en el *cómo* y el *con qué:* el propósito no suple la falta de recursos y una lucha furiosa solo por ser furiosa, es desastrosa, porque el furor es ciego. La robustez material que proviene de la alfalfa y la robustez política que proviene de la intemperancia furiosa no pueden producir más que coces y atropellos. El que no sabe conducirse á sí mismo y se presenta en el mercado de la fama enjaezado con altos ideales, forrado en móviles sublimes y programas grandiosos para conseguir el gobierno á sueldo de los otros y desbarrar á expensas del prójimo, es como el caballo de gitano en la feria : los postizos y las bellezas de forma cubren las lisiaduras de fondo.

«Apenas me había acostado, las chinches me sacaron en procesión, y tuve que pasar la noche en un banco de la plaza», decía el cura A...., quien, de tránsito, se había alojado en un convento de Tucumán sin estar suficientemente curtido para el caso. Puede ser que influyese en mi espíritu ese amuchamiento que es de regla en el que calcula en el campo de batalla el número de sus enemigos ; pero es lo cierto que estimé

en 275 las vinchucas hambrientas que, en cuanto apagué la vela, se descolgaron en tropel del techo de ramas recas y barro que les servía de cuartel general y me acometieron impetuosamente la primera noche que debí dormir y no dormí en Loreto. Si á la tercera noche no consigo refugiarme en una escuela abandonada, edificio de material cocido, sin puertas ni ventanas, pero también sin furias nocturnas, creo que hubiera llegado á ser, bien á mi pesar, el más transnochado, digo, el más detestable comisario de Loreto. Se comprende bien cuán precarias tienen que ser en ese ambiente las ocupaciones que resulten incompatibles con la tarea de rascarse á dos manos, durante el día, las ronchas de la noche. «En Corea, dice de Laguérie, las paredes son de barro pisado ó adobe. Las ciudades y aldeas horriblemente sucias, y ciertamente sus viviendas serían el purgatorio de una de nuestras.... bestias».

En el Chaco, sin mosquitero, he conocido las noches de Macbeth, en un sueño insoportable y asimismo vencido por las nubes de insectos, noches infernales en que uno espera el día como una bendición del cielo. He visto á los paraguayos, teóricamente libres, padeciendo su semisueño en la orilla del río, tirados sobre la arena, junto á su canoa con naranjas, encogidos como un mataco, con la punta del poncho en la mano y funcionado el brazo libre toda la santa noche como un espantamoscas automático. Han llegado á considerar las chinches, las pulgas, los mosquitos y la mugre como un anexo á la naturaleza humana, y creen que todo el mundo vive en las mismas condiciones, como aquel gaucho del cuento de Mansilla que entendía que la mugre bajo la rodilla es un atributo del hombre y que, refiriendo un golpe en ese lugar, decía: «ahí donde tenemos negro».

Y es evidente, pero de una evidencia no sospechada siquera por la mayoría, que cuanto más regular sea el funcionamiento fisiológico del organismo tanta mayor

energía resulta disponible para el trabajo y tanta mayor amplitud de ánimo, que es predisposición para sentir el lado amable de las cosas y tanta menor susceptibilidad para sentir el lado ingrato. «La sal de la vida es el sueño, dice Shakespeare ; el sueño desteje la intrincada trama del dolor, el sueño es descanso de toda fatiga, alimento el más dulce que se sirve á la mesa de la vida». El sueño á firme para rehacer la energía gastada, el jabón y el aire libre para desterrar alimañas y oxigenar la sangre, y casa sin sabandijas, son elementos necesarios para tenerse firme en los estribos, son los componentes materiales de la igualdad de ánimo y por lo tanto la base de la libertad política. El patriotismo exaltado no es un calmante sino un excitante, y un hombre excitado es un hombre á quien lo gobierna la excitación. «Los altos ideales» han servido para hacer locos sublimes, poetas brillantes, oradores caudalosos y soñadores de toda clase, pero aún se ignora si sirven para hacer hombres cuerdos, que es todo lo contrario. «Antes de pedir audiencia al señor ministro es prudente informarse de los camareros cómo anda el vientre de S. E.» «Una lavativa alegra el alma», decía también Voltaire, y un alma alegre es un alma inclinada al bien».

«Se habla mucho, y con razón, del relevamiento de las almas, dice Legouvé ; pero, relevemos también el cuerpo ! el alma misma ganaria con ello !» La literata peruana M. Cabello de C. «hubiera preferido un Bogotá literario y despreocupado, donde un soneto adquiere las proporciones de un acontecimiento nacional y el confort de la vida civilizada es un atentado á las tradiciones de roña que distingue á los países verdaderamente poéticos». *(El Diario*, Enero 7).

El medio en que se vive tiene una influencia directa sobre el carácter, el carácter gobierna la conducta y de la conducta dependen la felicidad y la desgracia. Los ideales..... «Muy á menudo, en verdad, so pretexto de considerar las cosas en toda su altura, nos arriesgamos

á permanecer perdidos en las nubes, cuando haríamos mucho mejor en cavar tierra para coger la raíz de las cosas». (Ihering). Dígase lo que se quiera, es lo cierto que el patriotismo, por sí solo, no puede impedir que las pulgas y las chinches, verbigracia, que se comen la menguada paciencia del alcalde y la escasa filosofía del gendarme barato, influyan en sus resoluciones y sablazos. Carl Schutz, afirma «que no existe democracia en los trópicos».

Es muy difícil, en efecto, que el elector que ha pasado la noche pegado á las sábanas por el sudor, y revolcándose en el lecho como asado al asador, sitiado en el mosquitero por la ordinaria legión de bichos que zumban sus amenazas al oído inquieto, amanezca apto para gobernarse y con libertad de espíritu bastante para obrar con moderación y prudencia. Estas menudencias tienen mucha transcendencia: «Una herradura floja, dice Colmar von Der Goltz, una maleta extraviada en el momento necesario, son contrariedades enormes.... El comandante del cuartel general que sepa ser su padre, su providencia, apartando los pequeños escollos que quiebran el contento y el buen humor, hará grandes servicios. El asistente del general, el fourriel en la compañía deberían ser hombres de genio en su clase.... El que teniendo que hacer esfuerzos continuos lleva una existencia fácil, conservará mayor vigor que el que soporte privaciones: esto va de suyo.... No se imagina los hombres que las enfermedades quitan á las filas. En el ejército alemán en 1870, sin ninguna epidemia, 400.000 hombres fueron á las ambulancias, amen de 100.000 heridos».

«La salud es tan importante, dice Schopenhauer, que es más feliz un mendigo sano que un rey enfermo». «La primera riqueza es la salud, dice Emerson. La enfermedad es pobre de espíritu y no puede servir á nadie; debe unir sus recursos para vivir. Pero la salud ó la plenitud responden á sus propios fines y tienen para ahorrar, correr é inundar los alrededores y crujir por

las necesidades de los otros hombres». Una mortalidad de más de 50 °/₀₀ como la que ya tenemos en varias ciudades, implica en los sobrevivientes un *quantum* considerable de malestar, puesto que la insalubridad no opera de ordinario por fulminación, sino por acción continua. Como suele decirse, con verdad, la muerte deja apalabrados á los que no se lleva desde luego, y si las epidemias pueden hacer estragos en una población es porque la encuentra debilitada, «apalabrada» por las circunstancias deletéreas que de antemano habían preparado el terreno para todos los virus. Los que disponiendo de recursos no han querido emplearlos en sanear su *home* y su pueblo, huyen despavoridos y á todo costo, cuando llega un nuevo flagelo, pero solo pueden huir de la insalubridad momentánea y de ningún modo pueden librarse de los 10, 20 ó 40 años de insalubridad ya incorporados á su organismo, en forma de predisposición para sucumbir á un mínimum de mal, cualquiera que sea. Le pregunté al doctor Meléndez en 1886, si se había concluído el cólera en el manicomio. —«Es verdad, se acabó, porque se acabaron los ochenta locos cochinos que había». Un 50 °/₀₀ de enfermos que se mueren, implica un 200 ó 300 °/₀₀ de enfermos que sanan á medias. Lo que se ahorra en higiene se gasta duplicado en médico y botica, y los sufrimientos van de yapa, siendo la imbecilidad, como la atmósfera, que no hace sentir al individuo el peso á que está hatuado.

En este país, después de la Independencia, ninguna enfermedad ha destruído más población que lo que Chamfort llamaba «la fraternidad de Cain». El revólver y el puñal son endémicos, y «por un quítame allá estas pajas, maten y tiren al barro», como reza el estillo criollo. «Hace poco, y en un baile al que concurrieron personas altamente colocadas, cierto diplomático extranjero expresó su sorpresa al saber que muchos de los asistentes habían dejado sus revólveres en el guarda-ropa, como si al salir temieran una em-

boscada, ó preparasen una conspiración y significó discretamente que tal costumbre no era digna de un pueblo como el nuestro» *(La Nación*, Marzo 11). En efecto, es necesaria pero no es digna.

En el año de 1897 según la estadística municipal de la ciudad de Buenos Aires, hubo 2779 delitos contra las personas, en los cuales intervino la autoridad, y de ellos 97 homicidios. Colocada esta cifra entre las causas de mortalidad no epidémicas, le corresponde el 24° lugar, y tal vez el 1° en el orden de sus estragos: 97 testamentarías, 2000 juicios criminales y el 14 °/₀ de delincuentes á vestir, alimentar, alojar y vigilar con el trabajo de la gente de bien.

La pereza también es á la economía individual y nacional lo que la insalubridad es á la salud. El hombre sano y perezoso es un zángano que vive de consumir lo que han producido otros, parásito de la prosperidad nacional y cuyo bienestar individual es necesario deducir íntegro del bienestar general. En abril la policía de Buenos Aires tenía bajo vigilancia 5000 vagos de alpargata, procedentes en gran parte del desecho que nos exporta el Brasil.

«De la economía de los individuos resulta constituída la riqueza ó, en otros términos, el bienestar de cada nación. Por el contrario, el despilfarro de los individuos produce el empobrecimiento de los estados. Así, cada hombre económico puede considerarse como un bienhechor público, y cada derrochador puede ser juzgado como un enemigo público... El ahorro promueve la templanza; se funda en la previsión; convierte á la prudencia en virtud predominante y característica; enseña al hombre á dominarse á sí mismo; además de todo eso, asegura el bienestar material, destierra los disgustos y quita del medio muchas angustias y muchas molestias que de otro modo nos abrumarían de continuo» (Smiles). «La economía doméstica puede considerarse como hija de la prudencia, hermana de la templanza y madre de la libertad». (Lozzi).

Los chinos, que son la personificación de la inmundicia, con la civilización más antigua y la más muerta por incapacidad para mejorarla, los chinos, que apestan para las narices europeas los buques en que viajan, «los chinos, dice Beauvoir, agasajan de preferencia á los dioses del mal. Su máxima es no cuidarse de la divinidad buena, puesto que es buena, pero propiciarse la mala, que puede dañar». Es la inmundicia religiosa proveniente de la inmundicia de *vita et moribus*. «Cuando en el año 1760 algunos hombres del gobierno, de ideas avanzadas, propusieron hacer limpiar las calles de Madrid, esta audacia excitó la cólera general. Y no solamente las gentes del pueblo expresaron altamente su vituperio, con ellos hicieron coro los que se calificaba de bien educados. El gobierno apeló á los directores de la salud, y el cuerpo médico no titubeó en dar su opinión: no debían levantarse las inmundicias; cambiarlas de ubicación era hacer una experiencia cuyas consecuencias era imposible calcular. Sus padres habían vivido bien en la basura, ¿por qué no vivirían ellos también? Sus padres eran hombres sabios que sabían lo que hacían. Los olores mismos de que algunas personas se quejaban, eran, probablemente, muy sanos, pues siendo sutil el aire, era más que probable que las malas exhalaciones, haciendo á la atmósfera más pesada, neutralizaban algunas de sus propiedades malsanas. Opinaron, pues, los médicos de Madrid que era mejor dejar las cosas como sus antepasados las habían dejado, y que de ningún modo se intentase remover las inmundicias que estaban desparramadas por todas partes». (Buckle, *Civilization en Angleterre*).

Esa suprema ignorancia de los médicos españoles del siglo XVIII sigue emporcando á los seres racionales de ese origen, bajo la forma de precepto portátil para lo moral y lo material: «chancho limpio nunca engorda». Esta imbecilidad, que tanto mal hace en el interior, es del mismo género y de los mismos estragos que esa otra de ciertas religiones de Asia que prohiben

matar los piojos porque los hizo Dios y de esa estupidez de los mahometanos que beben el agua en que se han lavado las patas, siempre que tenga más de un metro de profundidad, pues de esa sola circunstancia depende que sea pura ó impura, según la opinión prevaleciente de Mahoma. Sabido es que sus derviches pueden dar envidia al carmelita descalzo más despreocupado de las necesides de este mundo. «La mayoría de los derviches hacen más uso de palabras que de jabón y á pesar de las abluciones del Corán son asquerosos» (C. Serena), del propio modo que los beatos son miserables y ruines á pesar de las frecuentes confesiones y comuniones. Luego, á los que se han connaturalizado con la mugre los enferma el aseo, como aquel gobernador de San Luis que guardaba cama por haber cometido «la calaverada de lavarse los *pieses*», cuando precisamente lavárselos todas las noches y con agua fría es el medio más seguro de no resfriarse.

Pero el pueblo más aseado, al decir de todos los viajeros, sin afición por los chorizos de Extremadura, sin nuestros «altos ideales», pero con habitaciones ideales del punto de vista de la higiene,—casas con tabiques de papel, corredizos, que permiten la más eficaz ventilación,—pueblo asiático y bárbaro hasta 1865, ha tolerado la infusión brusca de la civilización y régimen político para él más exóticos, que á los 30 años ya funcionan tan regularmente como en Prusia, porque la libertad política encontró el terreno adecuado por el máximum de gobierno individual para el mínimum de gobierno general.

Esa maravilla política, única en Asia, ha sido posible por razón del carácter suave del pueblo japonés, producto de sus hábitos de aseo, únicos también en Asia. Los desastres chinos de la última guerra se debieron á la mugre tradicional de los chinos y al aseo tradicional de los japoneses. Nuestros locos de altos ideales harían bien en meditar un poco sobre estos milagros políticos de la higiene. «Ayer, dice *El Comercio* de Lima de abril

5, visitamos al buque mercante japonés Sakura Maru, llegado con inmigrantes.... 832 hombres en su mayor parte jóvenes robustos y sanos. Son notables los hábitos de limpieza que predominan entre los inmigrantes. Durante el viaje que duró 36 días, habiendo sido de temporal los 10 primeros, no ocurrió enfermedad ni desgracia á bordo, siendo perfecta la disciplina. Sobre la cubierta han tenido á su disposición un magnífico baño de agua fría y caliente, logrando así seguir la costumbre de su país, donde los baños son frecuentes». «Observando su distinción y gentileza, dice Beauvoir, estábamos estupefactos ; y reconocía verdaderamente á ese pueblo el derecho de tratarnos de bárbaros. No he visto una riña ni una disputa en la calle... Para ellos un hombre que cede á la cólera y se excede en palabras es proscripto de la sociedad, maldecido y odiado por los suyos. Así, cuando en los primeros tiempos, nuestros plenipotenciarios se animaban en las conferencias, los japoneses decían: «aplacemos este negocio para otro día, y no tratemos con un hombre que *no es dueño de sí*».

Por el contrario, el estilo ordinario en *South America* es entenderse á gritos. Nuestras expresiones habituales,—protesta enérgica,—discurso valiente, — frase lapidaria, — palabra vibrante, — contundente, — hiriente,—arrolladora,—avasalladora, y tantas como esas, contraproducentes en sí, que, dejando en pie al adversario, lo sacan de quicio, lo irritan, lo exasperan, lo enloquecen, son los dardos más valiosos que disparamos de preferencia en ese mutuo bombardeo de insolencias y descomedimientos, en ese comercio de injurias, decorado con el nombre de «comercio de ideas», y esas expresiones agresivas que alejan el avenimiento y la inteligencia entre dos, complicando y aún doblando la obstrucción de hecho con la obstrucción de las frases cáusticas, están proscritas en aquel pueblo sensato, cristiano sin profesar el cristianismo, que así ha logrado reducir los incidentes callejeros, las reyertas domésticas

y todos los disgustos personales á la décima parte de lo que son entre nosotros. «La cortesía es como las fichas, una moneda notoriamente falsa: ahorrarla prueba locura; gastarla con liberalidad, razón» (Schopenhauer). «Enrique IV decía que se ganaba más por buena cara y por palabras; así no las ahorraba» (Hanotaux). «Más moscas se cazan con una cucharada de miel que con un barril de vinagre», decía también Enrique IV. «Hay palabras que son verdaderos rayos de sol; hay otras que se clavan como flechas en la carne y emponzoñan cual mordeduras de serpientes». (Lubbok).

Lo que entre nosotros es ponzoña en el Japón es rayo de sol; ¿no basta eso solo para explicar su éxito fulminante y nuestra larga «fraternidad de Cain»? «Sin el buen sentido, hasta el genio es perjudicial en política», dice Macaulay. Lo que es á mal hablados ya ni los andaluces nos alcanzan. Cuando dos distinguidos oficiales de marina, S. y R., se detenían á conversar en las calles de New Castle, se juntaban los pilletes y acudían los gendarmes en la creencia de cosas mayores y á la espera de acontecimientos graves. El comodoro R. viajaba para Turquía con el Ministro García á comprar barcos y como en la mesa protestase contra el mal trato de á bordo, en el estilo matizado de interjecciones que nos caracteriza, un pasajero lo descubrió. «Usted es argentino,—le dijo,—porque sólo en la República Argentina se echan tantos c..... en la conversación».

«No quiero que se jure, decía Sidney Smith. Hay placer en beber una pinta de cerveza: pero: ¿qué placer hay en jurar?» Absolutamente ninguno, por supuesto. Es sólo una «palabra enérgica», aclimatada por ese motivo y por el otro en nuestra garganta, como un reflejo. Juramos automática é inconscientemente. En Río IV, un jefe llega á dar cuenta del resultado de una comisión á su superior, y apenas empieza, éste echa una mirada á su reloj y hace una guiñada de inteligencia á otro que estaba presente. Concluída la relación, mira su reloj y pregunta al testigo: ¿Cuántos? — 67, señor,—

Vea, mi amigo; en 18 minutos ha echado usted en un parte oficial, 67 c.....» La manera norteamericana de decir: soy un hombre bien educado, es, según Rousiers: « No fumo, no bebo, no masco tabaco y no juro ».

El tren de vida de los japoneses y el nuestro están sobre dos pautas diametralmente distintas. Aquí el desconcepto público cae sobre el insultado, no porque sea mal sujeto y aunque sea excelente, sino por *residuo social* de la justicia por torneos en que se consideraba como falto de razón al caído, porque se suponía que Dios guiaba la espada del triunfador para herir al culpable; simplemente porque se ha dejado insultar sin contrainsultar á su vez, para que hubiese « compensación de injurias », que dejase á salvo el honor de ambos maltratados. Estas, que el miserable juez Jeffreys llamaba « caricias con el lado áspero de la lengua », son de buen tono y altivez en el culto nacional del atropello que aplaude al torero cuando destripa al toro, ó al toro cuando destripa al torero, ó al gaucho malo cuando resiste á los policianos y los dispersa. Los padrinos del ex-dictador Latorre,— que en un baile en el Círculo italiano le había dado una bofetada al ex-presidente Herrera y Obes,—daban como motivo para rehusar el duelo la circunstancia de que el segundo pudo pegar también y compensar injurias, pues, tratándose ambos como carreros quedaban ambos como caballeros. Poco después surge un incidente entre dos médicos, y los padrinos declaran que el ofensor ha mentido caballerescamente, lo que deja á salvo el honor.

No solo la gente de baja ralea, sino hasta los individuos de jacquet y *pava* se sentirían rebajados si en un incidente callejero no se hubiesen *impuesto* abrumando de injurias y amenazas á la contraparte y ofreciendo balazos al vigilante, ó por lo menos refiriendo en ese orden el asunto á sus amigos. Allá el desconcepto cae sobre el insultador porque ha perdido los estribos de la sensatez y el aplauso á los cuerdos fomenta la cordura, mientras que aquí la admiración para los valientes fo-

menta al deslenguado, al guarango, al *compadre*, único tipo genuinamente nacional que ha dado vida á esa depravación moral que se llama « el drama criollo ». « La literatura se amolda siempre, dice Taine, al gusto de los que pueden disfrutarla y pagarla ».

Nuestro ideal, contagiado del potro, es desbocarse y atropellar á los otros, lo que Alberdi llamaba « el caudillo de pluma, el *gaucho malo,* de la prensa ». En Inglaterra, dice Taine, « se da por admitido que una invectiva no hiere y que nadie se bate por una hoja de papel impreso..... entienden que el mérito principal de un hombre es conservar siempre fría y despejada la cabeza, y tienen razón: nada más útil en la desgracia y en el peligro ». Para ellos también, para esos ingleses del Asia, el ideal en la conducta es dominarse á sí mismos y prescindir de los deslenguados, y la más recatada mucama de Tokio no necesita pactar la condición usual en Buenos Aires de « no ser mandada á la calle », porque no tiene que aguantar en la esquina las obligadas necedades verbales, y á veces hasta manuales del montón de ociosos del barrio, entre los cuales el buen tono de suburbios ha aclimatado esa suprema imbecilidad, con la tolerancia de las autoridades y del público. También ellos realizan el ideal de Goethe: « limitarse cada uno á barrer el frente de su casa para que toda la calle esté limpia ». El hombre tipo para nuestro populacho es Juan Moreira, el destripador de chiripá que se ocupa de barrerle el frente á la policía. Para las clases cultas es « Dorrego, el artista del desórden, como dice Avellaneda..... sin la conciencia verdadera de la trascendencia subversiva de sus actos; que se embriaga en su propia exaltación y se marea con su propio ruido ».

Aquí el medio ambiente impone la intolerancia, hace obligatoria la injuria por sanción social, pues la libertad del habitante en aquel enser aquí más imprescindible,—la fama pública,—está á la merced del que quiera atropellarla en el que la disfrute. No es libre siquiera para no defenderse, porque si no se defiende agrediendo á su

vez, pasa por flojo, que es sinónimo de villano en « el culto nacional del coraje». Y en cambio, esa misma fama está también á disposición de los bellacos que quieran disfrutarla *quand même,* haciendo alrededor de sus pillerías el silencio á sablazos. « El honor es cosa invisible y á veces le gasta más quien nunca le tuvo..... Para el hombre y para la mujer el primer tesoro del alma es la fama; quien me hurta la bolsa, me roba un vil metal: el oro es cualquier cosa, es nada; fué mío, fué vuestro, esclavo de mil; en tanto que, quien me roba la fama, me arrebata un bien que, sin enriquecerle, me convierte en un mendigo ». (Shakespeare).

Y como no hay culto sin aberraciones, el del coraje tiene la suya, y detestable: la creencia inconsciente de que el valor sirve, ante todo, para perder la cabeza en el momento del peligro. Se lo representan agitado, gritón y aparatoso, compadre y chillón como indignación de perro chico, y llegan á considerar la *mise en scéne* del miedo galopante como la escenografía oficial del coraje. De ahí que acostumbren á considerar como valientes á los provocadores y matones que en realidad no hacen más que explorar el terreno: « entre dos cobardes será valiente el primero que descubra al otro ». « Sepa, coronel, decía el mariscal Lannes, que solamente un poltrón puede vanagloriarse de no haber sentido miedo jamás ». (Emerson).

En Inglaterra se aplaude una trompada regia, que no deshonra á nadie, porque en ello se aplaude la fuerza que sirve para superar los obstáculos de la vida; pero, ¿para qué sirve el insulto que nosotros fomentamos agrandando el concepto en que teníamos al insultador y achicando la opinión que teníamos del insultado? ¿honrando al insultador por cobardía física y despreciando al insultado por cobardía moral? « El agitado es lo contrario del hombre de acción » dice Payot; pero nosotros cubrimos con nuestro concepto de la energía al asustado que *ha dicho* « palabras enérgicas ». Aquí el público asiste á las polémicas de prensa ó á las discu-

siones en las cámaras con el mismo espíritu que se usa en los reñideros de gallos: no para ver quién acierta en la cuestión, sino para ver quién le asesta mejores puazos á su contrincante. En las polémicas lo esencial es el garrotazo, y luego que los adversarios se han enconado recíprocamente agotando el vocabulario de las *palabras enérgicas* viene el desenlace *lógico,* en el encuentro á bastonazos ó á tiros. Y nuestros legisladores, dejándose llevar de la vanidad criolla, por la barra, se maltratan en sesión pública dos veces más que en sesión secreta. El particular que, á solas, hubiera sido cortés, en habiendo público considera de buen tono ser insolente para que los espectadores lo crean guapo, que esto es aquí artículo de primera necesidad. Que se tarde solamente en repeler una injuria con dos injurias, y caerá en desprestigio; que no las conteste, y se lo achacarán á miedo. Estas costumbres nacionales han obligado á nuestros carreros á inventar para *retruque* y *vale cuatro,* el más extraño verbo: *contraparir.*

La imbecilidad del insulto feroz por causas nimias es, en la República Argentina, una estupidez anexa á la profesión de carrero, cochero y sus derivados; los muchachos de la calle se vacunan mútuamente con ella desde la infancia. « Los jóvenes argentinos aprenden á ser viciosos mucho antes que los nuestros, y muchos de ellos tienen la mente depravada antes de los 14 años, dándose ya los aires de hombres..... Podríais, por ejemplo, llamar embustero á un argentino, y no haría caso de ello, tomándolo por un cumplimiento más que por otra cosa. Pero si lo llamarais cobarde, no quedaría tranquilo hasta que os hubiese volteado de una trompada ó metido un cuchillo en la espalda » (F. C. Carpenter). Es que aquí, por lo que Juan A. García (hijo) llama tan acertadamente « el culto nacional del coraje », la única cosa vergonzosa es ser cobarde.

« Sobre todo no os apresuréis á reñir con las personas. A las 24 horas una ofensa tiene otros colores ». Dos no pelean cuando uno no quiere; no seáis tú el otro de

los dos », decía uno de nuestros obispos » (Lubbock). « Si es insultado, puede ser insultado, todo lo que le corresponde es no insultar » (Emerson). Me pueden hacer mal, pero no me pueden hacer canalla; esto depende de mí. Y sin embargo, si me pegan una bofetada me hacen « un sér abofeteado », que aquí es sinónimo de « un sér despreciable ». Nuestra sociedad está orientada de tal modo, que yo disfrutaría en ella más consideraciones siendo un canalla que siendo un abofeteado.

Hice una vez el ensayo de contenerme juntando todas mis fuerzas para sujetarme la lengua en presencia de una provocación « hiriente », y hasta los amigos presentes me diagnosticaron miedo. Y el hecho no tenía lugar en los corrales sino en la cámara de diputados del congreso argentino. ¡ No ser el otro ! ¡ Uf ! En el culto nacional del coraje, el valor es la primera recomendación para el público, y en consecuencia, en cuanto alguno consiente en ser flojo ó le huelen el miedo, en seguida lo necesitan los demás flojos—que son legión—para hacer su reputación de guapos. El apresuramiento para insultar y madrugar con el revólver es aquí el ingrediente principal de la buena fama.

Nuestro concepto del honor es diferente del de los anglo-sajones, que no esperan á que un pillastre se bata en duelo para consagrarlo caballero, y distinto del de los japoneses, que naturalmente tenían un duelo invertido: el *harakiri* en que el ofendido se abría el vientre y sus amigos castigaban al deslenguado. Aquí, el duelo, freno para la insolencia y escudo para la reputación, es artículo de primera necesidad también, porque tenemos « más larga la lengua que el brazo », y como la lengua no se cansa jamás, como se cansan los brazos, contener las ofensas de la lengua con el mismo instrumento era asunto de nunca acabar, pues, como dijo Beranger, *chez nous point,—point de ces coups de poing —qui font tan d'honneur á l'Angleterre.*

Pero, instituido para lavar el honor de las sucieda-

des ajenas, se le usa también, y con más frecuencia, para lavarlo de las suciedades propias, á tal punto que hombre de honor y hombre honrado, han llegado á ser dos cosas casi diametralmente distintas. « El hombre de honor y valiente no se deja dominar por la ira, como los irracionales, sino que procura someterse á las verdades de la moral, aunque tenga que violentarse. ¿Qué idea habrán formado de la caridad y de la indulgencia los que solo se satisfacen con la muerte del que los ofende? ¿Qué clase de honor es ese que solo se aplaca con la sangre de un compañero ó de un ciudadano, que acaso son el único apoyo de sus padres ó de cuyo trabajo penden la subsistencia ó el porvenir de débiles mujeres é inocentes criaturas? Esto no es verdadero honor ni verdadera fortaleza: es odio, sed de venganza, furor abominable » (Crestar). Y, última aberración, este *honor fratricida* solo florece entre los pueblos oficialmente *altruistas*.

No podemos decir como Bismarck: « mi honor no está en la mano de nadie, en ninguna otra mano que la mía », porque el honor no depende de la buena conducta, sino de las intenciones que nos publiquen, de los móviles « inconfesables » que nos atribuyan ó de la buena puntería con que los hagamos retractar en *el terreno del honor*, que así se le llama porque da honor á los que no le tienen. El honor es lo primero, el honor vale más que la vida. Una bofetada lo quita, una bofetada se contesta con una bala en el corazón: el asesino es el espíritu público que habría quitado su honor al ofendido si éste no hubiese asesinado á su ofensor. « E si matare *solo á uno* debe pechar homicidio, é ser encornado », decía el Fuero Juzgo. Si se hiciera la estadística de los oficiales muertos ó heridos por sus camaradas en el ejército, las cifras asombrarían. El hombre fuerte para el servicio tiene allí dos enemigos implacables: los timoratos que quieren medrar con chismes y los guapos de profesión que quieren medrar á tajos, sin contar el revólver, siempre listo para un *acto primo*.

El jabón de los tribunales no limpia á nadie, porque nadie le tiene fe, pues nunca se puede saber si ha sido confeccionado con inocencia ó con recomendaciones y manteca de clemencia; el hombre más puro quedaría deshonrado con latigazos de guapo ó con escupidas de cochino, en la cara ó en el *campo neutral* de los periódicos, y por ese solo hecho la sociedad lo obligará, so pena de menosprecio, á pararse de igual á desigual delante de un tirador ó espadachín, sólo que, después de muerto y enterrado le harán un monumento por subscripción pública, pues somos, eso sí, muy caballerescos y generosos con los que ya no pueden disputarnos las bancas del congreso. « El francés, dice Leclerc, se guía por lo que es admitido, el inglés por su conciencia ». « La moralidad en Francia es un derivado del instinto social. Merced al desarrollo de ese instinto, la moralidad allí es más bien una coerción social y su esencia misma se revela en la sustitución del *honor* al *deber* como resorte de acción y regulador de la conducta ». (Brownell).

« Montesquieu ha demostrado, dice Hanotaux, que la plaga del testimonio oral fué una de las causas que ocasionaron el duelo judicial ». La ley no escrita se acreditaba por testigos que se vendían, y la gente prefirió pelear ó echar á la suerte sus disidencias. ¿Qué de extraño, pues, que la mala justicia perpetúe lo que la mala justicia hizo nacer? El duelo judicial ha hecho la costumbre de dar la razón al que da los palos y de quitársela al que los recibe; la costumbre se ha vuelto rutina; en virtud de esa rutina el que da un latigazo á otro ó lo escupe, se prestigia y se desprestigia el azotado ó escupido, razón por la cual se ha hecho necesario contestar cualquiera de las dos porquerías con tres balazos. Por lo demás, mientras de hecho sea posible que en operaciones tales como hipotecar un pantano á un Banco oficial, ensebando á los intermediarios, todos consigan sobreseimiento ó absolución, « con declaración de que la formación del sumario no perjudique su

buen nombre y honor », todo hombre decente por dentro dirá al levantarse de la cama: « Dios me libre del buen nombre y honor que decretan los tribunales de mi país ».

Otra circunstancia bien significativa. Tampoco en el país clásico de la libertad política hay cotización para la injuria, admiradores para la gritería, teatro para la declamación, ni mercado para los matasiete, con la circunstancia también de que tampoco han llegado ellos á la buena política prescindiendo de la higiene. Todavía eran horriblemente sucios en tiempos de la reina Isabel, al decir de los españoles de la comitiva de Felipe II; pero eso ha cambiado tanto que ahora pueden dar lecciones á sus críticos de antaño, bastante rezagados en el desaseo del siglo pasado. «A pesar de su respeto por la libertad individual, la utilidad pública tiene para los ingleses derechos que rompen todas las barreras, principalmente en lo relativo á la *salubridad*. Para esto la ley penetra en el interior de las casas y obliga á las reparaciones necesarias, prohibiendo la locación de las habitaciones insalubres, y aún le impide habitarlas al mismo propietario ». (Laroque).

No cultivan el heroismo para negocio, ni el patriotismo para rentas y pensiones, ni se sacrifican para cosechar la gratitud del cielo y de la tierra, de la tierra sobre todo: «el inglés no se alaba jamás del bien que ha hecho,—dice el mismo escritor francés con larga residencia,—y no espera ninguna gratitud». No dan un pito ni aun para lo militar, por el valor en sí, ilimitado, temerario, sin atadero, que más bien reprimen, y que nosotros recompensamos al máximum, aunque haya sido empleado en desempeñar las más grandes barbaridades, para hacer renombre personal á costa del interés general. El que usan es una especie de *Valor and Company, Limited*: «la Inglaterra espera que cada uno cumplirá con *su deber*». Así hablan sus Nelson, sus Wellington y sus Gordon, mientras que nosotros, tomando siempre los medios por el fin, les pedimos que se hagan *héroes,*

que se cubran de *gloria,* merced á lo cual pudo nuéstro Bayardo, el ilustre Lamadrid — «bravo entre los bravos y valiente como las armas» — hacerse derrotar heroicamente en cien batallas gloriosas pero perdidas. Esta hija de España más quiere glorias sin éxito que éxito sin glorias, al revés de su hermana del norte, la hija de Inglaterra, que siempre ha preferido la prosperidad con ó sin gloria.

«El arbitrario proviene siempre del egoísmo individual, nunca del interés general, dice von der Goltz. Por éste se expone la vida para salvar la causa que se defiende, por aquel se expone la causa en beneficio de la reputación personal». Y el país chiflado acepta contento la «herencia de gloria» á costa de su miseria. «Una vez que hubo triunfado la revolución de 1891 se pagó sus sueldos atrasados á los soldados constitucionales y se les envió á las provincias del norte, de donde venían y á donde querían volver, en trasportes del estado». Muchos *rotos* arrojaron al mar su dinero que habían recibido, exclamando: «Hemos venido á pelear por la ley contra la dictadura, y no por plata. Se comprenderá fácilmente esa generosidad (?) tomando en cuenta los hábitos del minero, que gasta en un día lo que ha ganado penosamente en un mes.» (Ignotus).

En Lamadrid,—de tenerlo ellos,—los ingleses se habrían ahorrado 98 derrotas, colgándolo en la 2ª á más tardar, por haber faltado á su deber de vencer, atropellando sin ton ni son, como era su estilo. Y á tanto ha llegado en esa materia nuestro arrevesamiento, que, á semejanza de los árabes, para quienes la muerte en la batalla es la *porta cœlum,* se ha entendido que el deber del soldado criollo no era tanto matar al enemigo como hacerse matar bizarramente por el enemigo, siendo esa la manera más segura de cubrirse de gloria cualquier inservible.

Estas imbecilidades aclimatadas tienen fuerza de ley. «Si se descuenta en la vida humana lo que debe ser cargado en cuenta al automatismo, al hábito, á las pasiones,

y sobre todo á la imitación, se verá que el número de los actos puramente voluntarios es bien pequeño. Para la mayoría de los hombres la imitación basta; se contentan con hacer lo que *ha sido* voluntad en los otros, y como piensan con las ideas ambientes, obran con la voluntad ambiente. Entre los hábitos que la hacen inútil y las enfermedades que la mutilan, la voluntad es un accidente feliz» (Ribot). En los tiempos en que yo era muchacho travieso, la suprema distinción en los jóvenes bien nacidos era acollarar viejas por el vestido, en la iglesia, durante la novena, y arbitrar algún susto grande para que quedase el tendal. Largo tiempo fué celebrada la feliz ocurrencia de un camarada de barba entera y 75 kilos de peso, que discurrió tirar al medio de la iglesia un perro que se había subido al coro. Era reglamentario formarse en dos filas en la vereda para que las pobres mujeres se filtrasen por un callejón de muchachos diablos que les operaban á mansalva las vivezas de moda. A un compañero le sucedió pasarse de descompostura con una hermana de su propia madre, que lo tomó infraganti. Por fin, cuando todas habían salido y la calle iba llena de gente, la maniobra consistía en tomarse de las manos y correr haciendo ronda. Lo que más nos divertía era la indignación de las cocineras y los felices apodos con que alcanzaban á un amable muchacho de 7 pies y tres pulgadas: «traza de escalera de campanario,—cogote de zaguán viejo». Una hermosa noche de luna en que por cuasualidad no había novena, estábamos de tertulia en un kiosco de la plaza; un grupo de mujeres pasó á tiro de insolencias, y, por supuesto, las aprovechamos. ¡Las cosas que les dijimos! Al llegar á casa, unas señoras que estaban de visita nos reciben con esta pregunta: «¿cómo les ha ido en la plaza?» Esa fué en ese género y 6° año de preparatorios, mi visión del camino de Damasco.

Eso era en provincia; pero años mas tarde me tocó ir con un piquete en auxilio del cura de San Telmo contra la juventud bien nacida de la parroquia, sabios

incipientes, que es decir, insufribles, del libre pensamiento, ya matriculados en los clubs para salvar al país del candidato de sus antipatías, que razonaban utopía en las bocacalles y no querían entender razones de urbanidad en el templo. «Ustedes, les decía el cura, ustedes van al teatro, pagan y están juiciosos; vienen á la iglesia, se divierten gratis y arman escándalo de yapa». Estos razonamientos no entraban en esas inteligencias de levita. Felizmente, los culatazos los comprendieron en seguida, y no fué necesario reiterarlos; pero, llevaron á los periódicos «su protesta enérgica contra esos atentados á la constitución que tan sabiamente establece que nadie puede ser penado sin juicio previo, etc., etc.»

De estas cosas y de las otras se hablaba cierto día, en casa de un sesudo ministro de hacienda de la nación, el cual se limitó á decir que la cosa no tenía importancia, porque los muchachos perdían con la edad esas costumbres viciosas. Se pierden, en efecto, y no siempre, á la edad de 20 ó de 30 años, para retomarlas á los 50 ó 60, en ese género de los viejos verdes que, perdidas las fuerzas, guardan la postura de tenorios para mantener el sucedáneo, que son las ilusiones. *On revient toujours à ses premiers amours*. Que lo diga sino don Fulano Ortiz, divorciado de larga data con su primera familia, que á los 70 años alcanzó el *record* de la galantería criolla, persiguiendo cinco cuadras con cuchufletas amorosas, entre dos luces, á una joven velada que resultó ser su nieta. «Los viejos que conservan los gustos de la juventud, decía Napoleón I, pierden en consideración lo que ganan en ridículo».

El tiempo, madurando al joven, lo cura, y no siempre, de las imbecilidades juveniles, pero no cura las imbecilidades mismas—siempre verdes—que se perpetúan en la juventud constantemente renovada, como se perpetúa la utopía política, como se mantienen las basuras flotando siempre en el remanso del río, aunque pasen millones y millones de toneladas de agua. Pero no es nimia y escasa de importancia, ni mucho menos, esta escuela

práctica del ciudadano dirigente, esa situación de hecho, en virtud de la cual llega á la libertad y al gobierno de los otros, después de una estadía más ó menos larga en la irreverencia de lo más respetable, y en el menosprecio del sexo débil, después de un aprendizaje inconsciente y en masa blanda de la guaranguería, de la cobardía moral, de la insolencia y hasta de la indecencia, á menudo. Por el contrario, esto sí que es «*trascendental*», no para los sentimentalistas, ciertamente, pero á lo menos para las personas sensatas.

Un presidente argentino, que en su juventud había sido presidente de «La Guasca», sociedad juvenil de atropellos á la moral y al prójimo, mostrando «el pelo de la dehesa», le sacaba la madre á un adversario desde la presidencia de la república, y un corredor de bailarinas que en ese entonces improvisó una fortuna, se lamentaba muy graciosamente de haber estado 15 años en Milán sin saber que Cristóbal Colón había descubierto la América para él. Y esa administracion contó en su seno á los hombres de más talento que tenía el país, pero escaseó el sentido moral y en consecuencia sobró el margen para las bailarinas.

«A nosotros nos falta eso, dice Taine; un inglés que viaja por nuestro país se asombra y escandaliza de ver á los parisienses mirar descaradamente á las mujeres y no cederles la acera. Hay que haber vivido en el extranjero para saber hasta qué punto son desagradables y hasta ofensivas nuestras maneras de proceder y hablar sobre ese punto». «Y esto me recuerda una costumbre de los petimetres de la capital argentina, los cuales hacen una especie de profesión de situarse en los puntos más frecuentados, mirando atrevidamente á cuanta mujer pase por cerca de ellos. No hay ciudad en el mundo en la que esta costumbre se haya generalizado tanto como en ésta, aunque su centro principal sea la calle Florida, el Broadway ó la Regent Street de Buenos Aires». (F. C. Carpenter).

Todos los años, el primer día de carnaval, la prensa

se felicita en coro de los progresos alcanzados por la cultura argentina, y después del último día, todos los años, con variantes en la forma y uniformidad en el fondo, se lamenta de las brutalidades tradicionales: «El carnaval, con sus excesos, ha puesto de manifiesto una vez más á una de esas pequeñas plagas sociales que pesan como una perpetua molestia sobre nuestras fiestas populares y que perduran gracias á la indulgencia de la autoridad—y á una tolerancia común contra la cual tardamos demasiado en reaccionar. Nos referimos á ciertos grupos de jóvenes que bajo el barniz de una pretendida cultura se complacen en exhibir su espíritu de escándalo, de desorden, de licencia, como si no hubieran logrado encubrir el chiripá y el facón bajo los pliegues de la levita. Son ellos los que aparecen en medio de la cordial alegría de las fiestas á tentar todas las libertades y todas las licencias, á provocar incidentes deliberados en que tienen la seguridad de llevar la mejor parte, á señalarse por algún acto torpe é insolente que cimiente su lastimoso renombre. Son los que buscan *campo de acción en todos los sitios públicos,* los que esgrimen el revólver, los que buscan oportunidad de lanzar la provocación y el insulto. Si alguien es responsable de que la plaga subsista, es la policía, que la ampara con su tolerancia. Contra ellos no recae la sanción de las ordenanzas y de las leyes, pues saben que cuantas veces vayan á una comisaría encontrarán sus puertas abiertas á las pocas horas de estar en ella. Es lo que ha sucedido hasta ahora y lo que no debe suceder bajo ningún concepto». *(La Nación,* Febrero 20).

Es así, en efecto, como nuestra policía desprestigia ella misma sus propios reglamentos, y luego resulta que, enseñado el público á desobedecerla, y con ordenanzas llenas de boquetes, no hay personal que baste, ni dinero que alcance.

El príncipe de Bismarck reconoce «que la policía inglesa es la mejor obedecida y lo atribuye al mayor amparo de la justicia que hace respetar la ley en su más

débil agente, á la economía de mímica y á la brevedad verbal de los agentes». «Los gestos violentos y los gritos de los agentes, dice, hacen más bien una impresión de provocación que no invita á la obediencia». Por ser la mejor obedecida es la mas barata, puesto que puede hacer con menor personal mayor servicio.

Pero aquí, según van las cosas, no llegaremos nunca á comprender que hay asuntos en que es pura tontería y chifladura latina preguntarse si son buenos ó malos, justos ó injustos, porque hay cosas buenas que son inútiles y cosas malas que son necesarias, así y todo; que «las leyes, como los remedios generalmente no curan una enfermedad sino por medio de otra menos grave ó pasajera» (Bismarck); que hay males que no pueden ser curados sino con una injusticia, en virtud de la naturaleza de las cosas y la cual injusticia se acaba por sí misma después que ha curado el mal; que, v. gr., la disposición policial contra la guaranguería de buen tono que no estableciera la obligación de resolver en todos los casos por la sola queja de la mujer vejada contra todos los compadritos que fuesen á mentir para salvar á un compañero de ociosidad, sería un sablazo en el agua. «No se triunfa de los salvajes sino por un salvajismo perfeccionado», dice A. France.

«Nosotros consideramos á un gendarme como á un hombre, á menudo brutal, de quien podemos sin crimen rechazar la violencia injusta por la violencia. En Inglaterra el gendarme en funciones es la ley; y cualquiera que sea su error, no debe ser resistido. En vano probaréis que no ha debido arrestaros; no quedáis por eso menos culpable de haberle resistido». (Laroque, *L'Angleterre et le peuple anglais).* Un gendarme apostado en el Once de Septiembre, con orden de detener á un culpable por la filiación, inducido en error por el parecido de un transeunte, lo detiene; el detenido, como es de práctica, entra en alegaciones con el gendarme, y, por fin, se resiste; el gendarme toca auxilio, llegan otros, sigue la resistencia, y no pudiendo convencerlo ni detenerlo

por las buenas, lo detienen por las malas y se lo llevan. Indignación en coro de la prensa nacional, que reclama para el infeliz gendarme todo el rigor de la ley por *abuso de autoridad.*

En este país es necesario que los gendarmes no se equivoquen nunca y que jamás apaleen á un inocente que se resiste en la misma forma en que se resisten los culpables. También si no fuese así, no seríamos *south americanos.*

Sin orden no puede haber progreso y sin espíritu de sumisión á la ley y de respeto al magistrado no puede haber orden. Ahora, pues, el culto del coraje es incompatible con la sumisión á la autoridad, porque es la base del moreirismo. Se sabe que nuestros legisladores, de miedo preventivo al abuso, paren la autoridad melliza con la insurrección, poniendo al lado de la facultad de mandar el derecho de desobedecer; pero, ¿se quiere saber cómo hacen nuestros jueces para quitar á la policía el 75 % de su eficacia, dar alas al desorden y convertir los incidentes triviales en batallas callejeras? «En un juicio seguido contra dos *conocidos* jóvenes por pretendido desacato á un agente de policía, el juez correccional doctor Evaristo Barrenechea ha dictado la siguiente interesante resolución, estableciendo que los vigilantes no son funcionarios públicos: Apalear á un gendarme dice la sentencia, no es delito de desacato, porque el gendarme no es autoridad, sino *agente* de la autoridad. (*Tribuna,* Marzo 3). ¿Qué clase de autoridad es aquella cuyos agentes pueden ser insultados impunemente? Es claro; la autoridad emergente del culto nacional del coraje barato. En consecuencia, el juez absuelve de culpa y cargo á los acusados.

Tres días después, tres individuos se apeaban de un coche en la calle Brown núm. 38, y abonaban á trompadas los honorarios del cochero. Este llama al cabo 1° Martín Escobar, conocido como hombre empeñoso, prudente y resuelto, quien va al café y saca á los tres agresores. «Pero esto trajo una protesta de otros clientes

amigos de los presos, armándose una lucha reñida de un hombre contra 20, pues muchos eran los que á los barulleros ayudaban, saliendo á relucir armas y siendo atropellado el cabo. El vigilante, mientras se defendía, tocó auxilio, concurriendo agentes de las comisarías 20 y 29, armándose una batalla en plena calle, á tal extremo que los vigilantes necesitaron hacer uso de sus machetes... *(La Nación,* Marzo 6).

Dos *jóvenes conocidos,* absueltos por haber insultado á un gendarme. ¡La que se habría armado si las cosas hubiesen pasado al revés, si el gendarme hubiera insultado á un solo *joven conocido!*

Apalear al vigilante de la esquina y apalear al changador de la esquina es la misma cosa ante la justicia argentina. Pero el vigilante está encargado de contener y defender al changador, no con la autoridad, porque no la tiene, sino con el machete, porque lo tiene. Y como es indecoroso someterse á un hombre que no tiene autoridad, someterse al gendarme es indecoroso. Pero si el vigilante insulta ó apalea á un joven conocido, la indignación pública y los jueces envían el gendarme á la cárcel por abuso de autoridad. ¿Puede cometer abuso de autoridad quien no tiene autoridad, puede hacer un disparo de revólver el que no tiene revólver? En el sentido común, ciertamente, esto es un imposible, pero es un posible en la teología jurídica, que hace blanco lo negro y negro lo mismo que ha hecho blanco.

Porque si los gendarmes son malos sin estar insultados, insultarlos es la manera infalible de hacerlos más malos y absolver de culpa y cargo á los que los insultan, es el medio más seguro de fomentar contra ellos el insulto. Un buey manso y robusto se puede llevar con una piola; para un novillo flaco y arisco se necesita un torzal. Esto no será lógico, pero es cierto, y también es cierto que el ideal caballeresco reclama la justicia administrada por mano propia, y en su defecto la violencia. « Ser llevado por las calles como un criminal y por un hombre que no sea más valiente, imposible ! »

El hombre guapo debe preferir mil veces, en este país, que lo lleven como á un perro rabioso.

Se ve, pues, que nos sobra temperamento para las revueltas y nos falta en la misma proporción para el orden y la justicia.

« Cualquiera discusión es inútil, pero la que aceptamos con un necio nos rebaja de golpe á su nivel. ¿A qué emprender gratuitamente la educación de aquel transeunte que no sacará de ello provecho alguno, y al contrario nos guardará rencor? » (Groussac). « Para obrar y hacer obrar no hay como la economía de la mímica y de las palabras. En Hyde Park he observado muchas veces y largo tiempo á los *policemen;* no hablan nunca; si hay aglomeración de coches, alzan el brazo para detener al cochero y le bajan para decirle que siga: obediencia inmediata y muda del cochero. Cuando en el mando y la obediencia se suprime la palabrería, las exclamaciones, las impaciencias, los titubeos y el tumulto, la orden y la ejecución engranan una en otra tan rápida y seguramente como dos rodajes » (Taine). Lo que es aquí, como vice españoles que somos, todo es alegado y al por mayor. Toda orden lleva consigo levadura de inobediencia, es decir, fundamento. Se compone casi siempre de dos partes: los considerandos y el dispositivo: el mandato con que no se puede disentir, y la razón del mandato con que se puede siempre disentir, porque no se puede mandar al entendimiento; nadie tiene obligación de pensar contra su pensamiento, aunque tenga obligación de obedecer contra su voluntad. Consideramos siempre más importante nuestra superioridad de inteligencia que nuestra superioridad de jerarquía, salvo los compadres, que consideran más merecedor de obediencia á su coraje que á la autoridad de la ley con que se hallan investidos, según lo muestra su fórmula predilecta: « le mando como hombre y como superior ».

A favor de la ignorancia, del buen sentido teórico, y del necio respeto por la erudición, ha llegado á acredi-

tarse en el público, y es tradicional, el gusto por los manifiestos pomposos y por las sentencias muy argumentadas, que es casualmente la forma especial y forzosa de las pilatunas, pues, para decir, v. gr., que la apropiación de bienes ajenos es robo y que tal hecho está penado por el artículo cual, sobran cuatro palabras, y cuatro mil son pocas para demostrar que tal apropiación no es robo ni hecho previsto en la ley. Es necesario recorrer muchos vericuetos y edificar muchos sofismas para « buscarle la vuelta á la ley », como dicen aquí. « Los escrúpulos sirven para el crimen; jamás para la virtud », dice Gonffinal. « No necesita ningún otro rosario aquel cuya vida no es más que un rosario de amor y de buenos pensamientos », dice un proverbio persa; pero necesita por lo menos diez rosarios de sofismas aquel cuya vida es un rosario de irregularidades.

Un amigo le escribe á Taine: « El otro día se le ocurre á mi cochero lanzarse á escape y espanta dos caballos, de un particular, que estaban enganchando. Acude el groom, coge á sus caballos del freno y los calma. Ni una palabra medió entre aquellos dos hombres. Figúrese Vd. la misma escena en Francia, las injurias del lacayo orgulloso de su señor, las groserías del plebeyo envidioso, etc. Ahí tiene Vd. lo más significativo que he visto en Inglaterra y aquello por lo cual me explico la libertad inglesa ». Porque sus lacayos saben contener su lengua y conducirse con más sensatez que nuestros prohombres en las menudencias, que constituyen el 99 °/o de la vida, ¿verdad? « Según ellos, el mérito principal de un hombre es tener siempre fría y despejada la cabeza.» Pues aquí hacemos cabalmente al revés: cuando se necesita sangre fría fabricamos cabeza caliente, por otro nombre entusiasmo, que es virtud latina, y cuando hace falta cordura ponemos terquedad, que es virtud española y por ende nuestra, y cuando se precisa experiencia gastamos ilustración que es casi siempre lo contrario, y á

la declamación gritona le llamamos energía, porque la lógica del espíritu entiende que los ladridos ruidosos traducen perro grande, cuando la lógica de la naturaleza, ó por otro nombre, ley de compensaciones, ha puesto los ladridos sordos en el perro grande y los agudos y estridentes en el perro chico.

Hacer depender el bienestar de un pueblo, el orden, el progreso, el buen gobierno y la dicha individual, no de los altos ideales, ni siquiera de las constituciones trasplantadas, sino del trabajo, del aseo, del confort y de que los habitantes aprendan á conducirse, y en vez de resolver todas las cuestiones entre hermanos por el coraje, las resuelvan por el juicio; vean ustedes dónde ha venido á encontrar las cosas trascendentales este ganso, dirán, ¡como si los oyera!, los sentimentalistas que no esperan la grandeza del país, del vapor, la electricidad y la voluntad, sino de los principios, la poesía y la guitarra. ¡Habráse visto! ¡desmonetizar el valor que nos dió la independencia y nos cubrió de gloria!

Y que también nos cubrió de sangre y luto y ruinas y desolación porque no supimos guardarlo para las querellas con el extranjero y continuamos usándolo para solucionar todas las cuestiones domésticas; porque una vez «coronados de gloria» y desprovistos de todo, pedir más gloria cuando necesitábamos sembrar trigo y poner aguas corrientes, era tentar al diablo.

Cada hombre viene á la vida con su lote de esperanzas y su dotación normal correlativa de descontento que vuelca sobre los males que le toquen, chicos ó grandes, en la forma que encuentre en uso: trabajo encarnizado en el norte; revoluciones gloriosas en el centro y el sud. Y sus esperanzas de ir á más también las realizará en las formas de ir á más que encuentre establecidas: *hunting dollar animal* si lo que más se estima es el hombre fuerte para prosperar; empresario de atropellos si ser guapo es la mejor manera de valer mucho; energúmeno de profesión si hay quienes gusten de la utopía y la subvencionen; calavera si los

tronados están de moda ; incansable para descansar si la ociosidad es de buen tono. « En Roma, dice Boissier, la acusacion pública contra personajes de valía era el medio que preferían los jóvenes de talento para abrirse camino. Después, las generaciones delicadas, producto de la cultura general en el imperio, tuvieron escrúpulos de encontrar su bien en el mal de los otros, y á medida que se debilitó el *patriotismo* apareció esa forma de elevación de alma y distinción de espíritu, que los filósofos llamaban *humanidad.* » Cicerón mismo que principió atacando á Verrés declaraba al fin de sus obras « que le parecía inhumano emplear en la pérdida de las gentes un arte que la naturaleza había dado para salvarlas ».

El que está descontento de su persona trabajará por mejorar su persona, « trabajará en lo obscuro », como dice Emerson ; el que está envanecido de su persona y descontento de su ubicación en las filas, luchará para alcanzar un grado más alto, luchará en la plaza pública, á arañazos como en la bolsa de gatos, para subir y no dejar subir.

¿ Y qué ha de hacer un niño, y peor si es niño mimado ó abandonado, que lo mismo da, que á los diez años encuentre preestablecida para los de su edad la costumbre de chupar tagarninas, apedrear faroles, romper vidrios, rayar las paredes, maltratar á los perros y soltar palabrotas ? ¿ Qué ha de hacer á los diez y seis años, sino adoptar para sí la aspiración á la ociosidad con sueldo, si encuentra que esa es la aspiración de todo su mundo, y darse á todos los vicios y malas mañas que estén prestigiados con el nombre seductor de diabluras? En seis años habíamos hecho siete revoluciones infantiles en el colegio nacional y estábamos tan orgullosos de esa prueba de virilidad sud americana.

« Una nación defenderá, dice Ihering, en un caso dado, sus derechos políticos y su rango internacional, de la misma manera como el individuo en ella defiende su derecho personal en la vida privada ». ¿Defiende su

derecho privado á pura chicana y empeños en los tribunales, á tiros y puñaladas fuera de los tribunales? A tiros defenderá los principios de su partido y á empujones y manifiestos su derecho electoral.

« La insurrección que Lafayette consideraba *el más santo de los deberes,* figura ahora á los ojos del pueblo francés entre los deberes que sabe llenar » (Carlyle). « Nosotros, decía Juan C. Gómez — concretando el sentir general, — nosotros, beneficiarios de las revoluciones, progenie de las revoluciones, no podemos permitir que se ponga en duda ese derecho, sofocando *el principio vital* de nuestra nacionalidad y condenando á muerte á todo lo que forma nuestra gloria y nuestra grandeza ». (?) La insurrección como regla de conducta normal, es como si un hombre se creyere obligado á tomar á pasto por el resto de su vida el remedio heroico que lo sanó de la enfermedad mortal. Curarse en salud no es sanar sino enfermarse á perpetuidad, conservando para las luchas de la civilización el valor, la terquedad y el atropello que nos fueron necesarios para triunfar del valor, de la terquedad y de la crueldad de los españoles, precisamente cuando la más ruda experiencia está demostrando que las virtudes de ellos que nos fueron necesarias para vencerlos á ellos en la guerra, se bastan y se sobran para derrotarnos á ellos y á nosotros en las luchas del comercio y de la industria.

No, pues; por venerables que sean los dolores del alumbramiento nacional, los pueblos que nacen á la libertad por rebelión, no pueden hacer de la rebelión la norma de su vida libre, como el monje que adopta para régimen cuotidiano el martirio porque los judíos de hace 1866 años eran unos bárbaros, pues, en tal concepto, de la ciega obstinación de la madre patria habría derivado para nosotros, á modo de pecado original irredimible, la obligación de vivir en obstinación perpetua, en revolución permanente, en imbecilidad insanable.

El que tiene la realidad de una cosa no necesita las

apariencias de esa misma cosa, que la suplen y que son de toda necesidad en el que no la tiene. Al que tiene la energía no le es necesario el aparato exterior, el atrevimiento, la actitud provocativa y las posturas estudiadas del matón. La solemnidad es tan necesaria para los espíritus hueros, como las plumas tornasoladas y enhiestas al pavo de carne insulsa; la energía externa es necesaria para los débiles, como la petulancia para los patanes y la peluca para los calvos. « ¿Por qué, dice Tillotson, un hombre simula ó semeja ser lo que no es, sino porque es bueno tener la calidad que se quiere representar? » ¿Es bueno ser valiente? Pues en vano dirá el refrán que lo cortés no quita lo valiente, porque también es cierto que no lo muestra y los flojos vergonzantes, como los pobres de levita, necesitan mostrarlo precisamente porque no lo tienen y reconocen que es bueno tenerlo.

De ahí proviene la afición nacional al atropello que hace la vocación para las soluciones violentas, para el engrandecimiento por las guerras externas y las revoluciones domésticas. « La naturaleza produce pocos hombres valerosos y es el arte quien forma el mayor número », decía Vegocio. También produce pocos hombres enérgicos y es el ideal de la independencia personal quien forma el mayor número. « El humor belicoso se inspira no solamente á las naciones, sino también á los individuos, y los vicios, lo mismo que las virtudes, se enseñan casi como la geometría » (Muñiz y Terrones). La acometividad es una cualidad natural en el hombre salvaje y que no es necesario fomentar sino apaciguar. En esto consiste la civilización anglo sajona.

¿Es bueno saber dominarse y es vergonzoso perder los estribos y cometer brutalidades y torpezas por acto primo? Pues hasta los irascibles de profesión aprenderán á contenerse para parecer lo que es bueno ser, y así llegarán á serlo. ¿Es bueno ser aseado en la conducta y en la vida vegetativa y es denigrante ser *vivo* y

cochino? Pues hasta los bellacos y chanchos aprenderán, á la larga, á manejar la conciencia y el jabón.

Y claro está que puede haber frugalidad de insolencias como resultado de la humildad hereditaria, del hábito de las vejaciones, etc.; pero cuando se dice que el silencio es oro no se entiende que el mutismo y la sordera natural sean un mérito personal. No es la mansedumbre por indolencia del asno, virtud del coya, y en general, del salvaje domesticado de las zonas tropicales, sino la docilidad robusta y animosa del caballo de raza amaestrado, la que puede hacer tierra firme para las instituciones políticas.

LA PROSPERIDAD Y LA GLORIA

> Vosotros no sois como nosotros, que sabemos hacer siempre todos, todos los días, nuestro deber, sin que ninguno toque la diana para despertar nuestro patriotismo.
>
> VAN HAMEL Á SCIPIO SIGHELE.

Sarmiento hacía notar la similitud de costumbres de nuestros antiguos campesinos y los árabes, cuya habitación es semoviente y cuyo mobiliario de tapices, cojines y cacharros es fácilmente trasportable á lomo de mula. Pero también la vida pública está un poco infectada de orientalismo; 800 años de dominación árabe en España no han pasado sin dejar su poco de sangre en las venas y su pliegue en el espíritu; la grandeza pisoteando triunfalmente á la honestidad: por palas, picos y azadones, ocho millones. Las cuentas del Gran Capitán han fascinado siempre á la contabilidad de Sud América. «El héroe cristiano y español, el ideal caballeresco de la Reconquista, tipo del honor y de la lealtad feudal..... era..... un bandido desalmado y feroz, un «perro de Galicia llamado Rodrigo», como se expresan las crónicas contemporáneas; un aventurero sin fe ni ley que pasó la mitad de su vida sirviendo á los moros contra los cristianos — y la otra mitad *viceversa* — é hizo quemar vivos á centenares de valencianos....» (Groussac).

El héroe cristiano y español es el que, en cualquier campo y en cualquier causa, sabe triunfar de los otros, no el que sabe triunfar de sí mismo; no el que sabe

triunfar de la naturaleza sino el que sabe vengar ofensas; no el que sabe gobernarse sino el que sabe imponerse por atropello. «El hombre se ha imaginado el carácter que conviene á su rango, y se lo impone como una consigna. (Taine).

Energías colosales hemos malgastado en imponernos mutuamente perfecciones generales, sistemas políticos más ó menos verbales é importunos, aumentando por los mismos actos las miserias, que ya eran grandes al empezar. La reforma de las instituciones, que, sin embargo, no están expuestas á perecer inopinadamente de un cólico, nos parece siempre lo más urgente, y los improrrogables 30 años en que cada uno puede perfeccionarse, los emplea en « quedarse soltero y hablar de población », en perfeccionar á los otros, y como de ese modo trabajamos mutuamente en el vacío, — « el que se mete en los negocios ajenos ordeña su vaca en un canasto »,— hemos venido á ser la raza más progresista y al mismo tiempo la que progresa menos. « El diablo se ha arruinado por haber elegido más bien el dominar que obedecer ó estar sujeto », dice San Agustín.

«Los gauchos seguían á sus jefes seducidos por su *valor,* la cualidad que en su criterio debía gobernar al mundo, la *noble* por excelencia; de las otras, que priman en los pueblos civilizados, no tenían la menor idea; la política, forma de gobierno, el progreso, todo se traducía en la fórmula simple del acto de fuerza, de arrojo ó heroismo. Su concepto de la civilización era un campamento». (J. A. Garcia, hijo).

« A cada uno su empleo y cada uno á su tarea: el que quiere hacer la de otro con la suya daña la suya y la del otro » (Taine.) « Vencerse á sí mismo es mucho más difícil que vencer á otro. Un pueblo que asocia al más grande amor de la libertad la virtud de saber vencerse á sí mismo y que hace de ello su segunda naturaleza, está elegido para dominar á los otros» (Ihering). « Los premios no se dan en concurso al que haya hecho mejor que los otros, sino al que haya ade-

lantado más sobre sí mismo. Los alumnos no concurren con los otros, sino consigo mismos; no se les pide que venzan á los otros, sino que se venzan á sí mismos ». (Demolins).

« Nadie puede ser corregido, perfeccionado, más que por sí mismo; son indispensables la iniciativa, el esfuerzo personal, el *self government;* la regla moral no debe aplicarse desde afuera sino surgir de adentro », dice Taine. « Todo hombre, dice Gibbon, recibe dos educaciones: la que le dan y la que él se da; esta última es la más importante ». El que se cree maestro y no lo es, está chiflado; el que se cree imperfecto y no lo es, está cuerdo, porque éste procura mejorarse él mismo y aquel procura mejorar á los otros. « El que habla, siembra; el que escucha, recoge ». El uno aspira á no ser un inútil ó un bellaco; el otro, manteniéndose inútil ó bellaco, aspira á que no sean inútiles ó bellacos los demás. De ahí la inferioridad de los franceses y sobre todo de los españoles, que regularmente hablan hasta por los codos y nunca tienen tiempo para escuchar.

« Preguntándose á Diógenes de qué modo podría uno hacerse preceptor de sí mismo, respondió: Reprendiendo en sí aquello que es reprensible en los otros » (Stobeo). « ¿Sabéis lo que es el deber? Lo que se exige de los otros ». Así define Dumas hijo el *deber* en el concepto latino, y no conozco ninguna definición más exacta. « Así como se lleva el peso del cuerpo sin sentirlo y se sentiría el de todo otro cuerpo que se intentase mover, así también se conoce los vicios y los defectos de los demás y no los propios, dice Schopenhauer. Pero, en revancha, cada uno posee en los demás un espejo para ver distintamente sus propios vicios, sus defectos, sus maneras groseras y repugnantes. Pero de ordinario hace como el perro que ladra al espejo porque no sabe que se ve á sí mismo y se imagina ver otro perro ».

El héroe inglés, el héroe japonés, no es el que sabe atropellar, sino el que sabe dominarse; no el que sabe

perfeccionar á los otros, sino el que sabe mejorarse á sí mismo. No conocen, como nosotros, al regenerador del país, fracasado en sus negocios, en su casa y en su familia; al desocupado con bandera de principios, al matufiero con constituciones de repuesto, al militarote que hace libertad política á sablazos, al ilustrado estéril que se queja de las malas leyes para cohonestar su mala conducta con las supuestas deficiencias de los reglamentos, pues, *lógicamente,* si estuviese mejor reglamentado se conduciría bien, y si á él lo dejaran hacer el reglamento..... « Si fuera tan fácil *hacer* lo que se debe como *conocerlo,* las ermitas serían catedrales, y palacios las cabañas. Mejor podría yo enseñar la virtud á 20 personas, que ser yo una de las 20 y ponerla en ejecución ». (Shakespeare).

De ahí viene precisamente nuestra monomanía de reformar constantemente y en el doble de lo necesario las instituciones, las leyes y los reglamentos : de nuestra incapacidad para ejecutarlas. Más fácil es redactar 40 reformas que ejecutar puntualmente una sola. Entre tanto, los que guardan todavía leyes atrasadas de tres siglos y fórmulas de promulgación en el idioma de Guillermo el Conquistador, los conservadores ingleses que se jactan de ser ilógicos para ser sensatos, y que á justo título pasan por ser los menos progresistas, son los que de hecho han progresado más. Cuestión de pegar en el clavo ó en la herradura y no de pegar en grande ó en lo grande.

Los homeópatas, en medio de sus disparatadas intransigencias, tienen un principio excelente. La cuestión, dicen, no es dar mucho remedio, sino dar el remedio preciso para la enfermedad; éste, en cualquier proporción producirá mejoría; otro, en cualquier proporción no hará nada. Encontrarlo y aplicarlo, aún á expensas de la vanidad de raza, del orgullo de cualquier clase, á eso se reduce el problema de la libertad y de la prosperidad.

« Uno de los signos más ciertos del valor moral de

un hombre es su aptitud á triunfar de sí mismo, á hacer el esfuerzo necesario para superar las dificultades de la vida; en una palabra, á plegarse á la dura ley del trabajo » (Demolins). Y también uno de los signos más ciertos de su debilidad moral es la fecundidad para formar planes, deseos y propósitos, la aptitud para proyectar instituciones y reglamentos, en una palabra, á cuerpearle á la ejecución con promesas: diez te daré no suplen á un toma. No sirven los jueces, ni hay madera para hacerlos, reformamos los códigos; se descomponen los jueces, componemos los códigos; siguen descomponiéndose los jueces, seguimos componiendo las leyes, y así sucesivamente hasta no acabar nunca, estando siempre en la misma.

Los primeros ocupantes de la Nueva Inglaterra se propusieron hacer su propio bienestar labrando la tierra. La principal misión que los españoles se impusieron en América fué la conversión de los indios, la inserción de los preceptos cristianos en la miseria indígena, de la moral teórica en la pereza y la incapacidad de hecho que son la inmoralidad forzosa, civilización de Torquemada para la salvación de las almas no para la prosperidad de las criaturas de Dios. Siempre la preocupación quijotesca de enderezar entuertos y componer yerros ajenos, y nuestra constitución lleva todavía un ingerto de ese vano espíritu regenerador (Art. 67, inciso 15). Los ingleses han respetado religiosamente en la India sus 2000 religiones y le han dado el mayor bien que conocen los hombres: una justicia que toda la América latina se haria honor en envidiar. « ¿Qué quiere decir *colonizar* ? ¿Es el desmonte del suelo ? Las mejores colonias han sido las de Luis XIV en el Canadá. ¿Es el aprovechamiento del suelo por los inmigrantes? Los ingleses, ciertamente, se llevan la palma. ¿Es llevar la civilización al seno de las poblaciones indígenas? Entonces los portugueses y los españoles de los siglos XVI y XVII han sido los primeros colonizadores del mundo ». (Hübner).

Cortados por el patrón del Cid Campeador — prototipos de ferocidad y heroismo — fueron la mayor parte de los conquistadores de la América española, y en esa moral pública en que el valor escuda al crimen, no fué el miserable Bobadilla, ni el feroz Pizarro, sino Cristóbal Colón quien pasó la penurias de Warren Hastings. La moral pública en la católica España ha sido siempre fundamentalmente intransigente y cruel; fué allí donde la inquisición alcanzó el máximum de sus horrores; es en Centro América — donde menos se ha modificado la colonia y mestizado la población — donde todavía fusilan por la espalda á los prisioneros políticos, y en este siglo de las luces, 80 años después de perdidas, á pesar — si no á causa — de sus generales sanguinarios, violentos y tercos, la mayor parte de sus colonias, no sólo los españoles de España, sino aún los residentes en América, han estado uniformes en aplaudir contra la última insurrección de Cuba el régimen de « á sangre y fuego y hambre », que es el genuino régimen mahometano, y el más contraproducente en los tiempos que corren. En ellos, como en nosotros, el valor legendario es una vocación para las soluciones violentas, por la inclinación natural á resolver los conflictos por el medio en que nos sentimos superiores, ó le sospechamos debilidad al adversario.

Es, en efecto, la vocación para las soluciones violentas, emanación directa del culto nacional del coraje, lo que nos lleva á tramitar las pasiones políticas por los procedimientos de las cuadrillas de bandoleros. La violencia espontánea, sin contrapeso, irresistible, se muestra en todos los tiempos y en todas partes con un admirable relieve. « El cosaco es menos un hombre que un animal guerrero, que acepta un momento la disciplina para vencer, dice Chasles. Piensa, pero en el botín ; sueña, pero sueña pillaje, sangre derramada,.... Cuando ha bebido un poco de opio ó de vino salta sobre su caballito flaco y se larga á la guerra. » También el sudamericano es un animal guerrero, que acepta un mo-

mento la disciplina para vencer; que piensa, pero en la gloria; sueña, pero sueña triunfos, mando, aclamaciones del populacho. Cuando le ha fermentado el entusiasmo ó ha absorbido algunos principios avinagrados, endosa el traje clásico para la chirinada: botas, bombachas, saco militar, chambergo, talero, poncho, sable y revólver, y se larga con el grupo de compañeros á *copar* por manotón de sorpresa la autoridad.

« La libertad consiste en la obediencia á las leyes políticas y civiles. En vez de eso reina y domina la idea opuesta, de que la libertad consiste en desobedecer todas las leyes» (M. D'Azeglio). Hechos característicos, que en cualquier otro continente serían de una estupidez inverosímil, son corrientes entre nosotros. Velay: En los primeros días de Febrero, en el pueblo de Victorica, quedando acéfala, por renuncia de varios concejales, la municipalidad, el gobernador la integra provisoriamente con varios vecinos. En la primera reunión son asaltados á balazos por un ex-comisario, un mayor del ejército, el hijo de un caudillo que murió á consecuencias del oficio, y un grupo de cachafaces de profesión en menor cuantía, todos sin arraigo, que apresan al presidente, hieren á dos concejales, al secretario y á un empleado, y quedan dueños de la situación. El país, por casualidad, en santa paz y calma, su fechoría no tiene vinculaciones políticas con nada ni con nadie, y asimismo resisten á tiros á los vecinos y á las fuerzas de la gobernación que van á restablecer el orden. Pelean por pelear, para no desperdiciar la ocasión de hacer una imbecilidad. Resultado: de parte de la autoridad: muertos: un estanciero y un criador; heridos: un comisario y un gendarme. De los revoltosos: un muerto y cinco heridos graves y quince leves. He ahí el temperamento nacional con que nos encontrará el siglo XX. « Los mayores enemigos de la libertad no son los que la oprimen, sino los que la deslucen », dice Gioberti.

No es la moralidad en el sentido cristiano un ingrediente indispensable en el concepto del hidalgo español.

A, diferencia de la *respectability*, que deriva de la conducta, la hidalguía deriva del linaje, de la posición social ó del florete, y es compatible con muchas porquerías privadas. « Podrán llamarme pillo, pero no podrán llamarme zonzo », decía jactanciosamente un senador que había arruinado en dos años fatales á su provincia, porque en estas sociedades orientadas por la viveza hay más porvenir para la reputación de pillo que para la reputación de honesto, que á ser esto es á lo que los pillos llaman ser zonzo.

El elemento más robusto en nuestro espíritu es el concepto de figuración. Cervantes no ha destruído más que la vegetación, dice Chasles, no el suelo, que allá como aquí, sigue produciendo el héroe más ó menos modernizado del romance caballeresco, y del drama criollo. Bajo ese prisma miramos nuestras acciones: es bueno lo que sirve y es malo lo que no sirve para *hacer figura*. Apreciamos los hombres como los géneros de vestir menos por la calidad que por *la vista*. Apelo al pueblo: apelo á la multitud de hoy; la historia me juzgará: apelo de los periodistas de ahora á los literatos de mañana. « Cuídenme los diarios », decía á sus amigos un ministro recién nombrado: acertar ó errar es lo de menos: la cuestión es que aplaudan los diarios. En este continente varía un poco la definición de la sensatez: necedad aplaudida. Desgraciadamente, como dice de Maistre: « el bien no hace ruido; el ruido no hace bien ».

Y después de hacer consistir el bien y el mal en la apreciación pública de los hechos, lo lógico es hacer también la apreciación pública. La suprema dicha de ser atolondrado y parecer estadista ha sido singularmente facilitada por la invención del periódico. El ideal de un gobernante malo es suprimir la prensa de oposición y redactar él mismo el diario único. Cuando tenían mayor libertad de acción por el mayor atraso del país aventaban á los disidentes y se otorgaban la mayor de las comodidades: una legislatura *claque* por

unanimidad. « Era convenido, — decía en las antesalas del congreso un distinguido general, — era convenido que las tropas vendrían á la plaza de Mayo para apoyar al pueblo.» — ¿ Y el pueblo ? — « El gobernador Costa debía traerlo de La Plata ». Casualmente, en ese entonces, el más impopular de los gobernadores detestables.

Los periódicos aplauden sin sospecharlo y con la inocencia de un lego las más gruesas iniquidades judiciales. A menudo, los mismos que las han perpetrado les redactan á los amables reporters judiciales la opinión pública del día siguiente. Y los abogados y procuradores especialistas en pillerías son á la vez una especialidad para limar las uñas á los gatos de la prensa y ejercer de apóstoles del pueblo.

Nuestros periódicos están siempre tan « cuidados » por los mamarrachistas en prosa y verso, que apenas sale á luz una producción intelectual digna de ser trasportada en el carro de las basuras, revientan como fuegos de artificio los elogios preparados de antemano con empeños y recomendaciones. Callarse solamente es ya, para un diario de cierta circulación, una actitud heroica. El mínimum de cobardía posible es la complicidad del silencio. Y luego se enojan candorosamente cuando algún observador extranjero á quien no le asustan los resentimientos constata que aquí se tropieza con la mentira en todas partes. Las mejores compañías de drama han sido forzadas á estudiar, ensayar y representar verdaderos adefesios á título de que eran « dramas nacionales », escritos por desertores de la región del trigo. « Lo que hemos tenido, dice Joaquín Nabuco, es la glorificación sin tacto y sin medida, propia de todas las decadencias; es el espíritu del arquitecto que propuso dar al monte Athos la figura de Alejandro ».

« Los amigos se llaman sinceros; solo los enemigos lo son; así deberíamos, para aprender á conocernos, tomar sus vituperios como se toma un remedio amargo» (Schopenhauer). En efecto, los amigos nos mantienen

cariñosamente en la ignorancia de nuestras chifladuras y nos arrullan con la música de las chifladuras de los otros, tan consoladoras de suyo. Los amigos falsos, sabiéndolos usar, son los más provechosos. De uno de éstos conseguí una vez que me pusiera de oro y azul, revelándome cojeras que yo ni me sospechaba. — Su carta, le dije á vuelta de correo, es el documento más importante que haya venido á mis manos, y la guardaré cuidadosamente, lamentando que nuestra condición sea tal que hace necesario ofender á un amigo para conseguir un espejo parlante y conocer recién la parte de su pensamiento de reserva que más nos ocultaba y que más nos interesaba conocer, y lamentando también por usted que el tiro á hacerme rabiar se le haya chingado tan completamente.

Esa incapacidad para lo amargo es el mayor obstáculo para curarse de esas tendencias que inducen á fundirse en tiros largos con recursos flacos. Se habían gastado 40.000 pesos en el canal de la Montaña delineado por un agrimensor improvisado de esos que no han hecho nada y sirven para todo, cuando cayó un aguacero y las aguas corrieron para atrás; pero, como á su parecer el gobernador Ortega se iba á poner furioso si llegaba á saber esa circunstancia que pringaba una de sus grandezas, resolvieron ocultársela y continuar la obra para que el pastel se descubriese bajo un gobernador más benigno, y la provincia perdió 40.000 pesos más. Y aquí del dicho de Shakespeare: « su virtud no consiste en no pecar, sino en esconder el pecado ».

Por esa desgraciada vocación para lo empalagoso tenemos capacidad solamente para ver malas costumbres en el preciso caso en que tal visión sea más inútil y contraproducente: cuando sean nuestras aliadas fortuitas por estar en casa del vecino con quien estemos por pelear, es decir, cuando solo sean útiles para ahorrarse esfuerzos, adormecerse en laureles secos y dormirse en las pajas, á consecuencia de lo cual siempre hacemos las guerras crueles, que son las guerras de los

débiles ó descuidados, obligados por su propio descuido á improvisar á triple costo y á emplear todos los medios para no acabar nunca de exterminarse.

Cuando nuestra cuestión con Chile estaba más agriada por el hervidero de mentiras, cada uno hizo un prolijo estudio de los defectos del otro que le podrían servir á él, y ninguno se ocupó de los defectos de él que le podrían ayudar al otro, porque « más grato es es engañarse que desengañarse », y porque siempre ha sido el flaco de nuestra gloriosa raza consolarse sacando cuentas alegres y emplear la energía en vestirse de ilusiones con la fantasía, en lugar de amontonar recursos efectivos y remendar la vestimenta sin cuidarse del saco roto del vecino.

« Las naciones todas de la tierra, dice Nuñez de Arce, tienen mucho que aprender en la breve historia de nuestra triste contienda con uno de los pueblos más ricos y más poderosos del mundo ». Siempre adelante en el espíritu español la preocupación por el mejoramiento de los otros. Todos aprenderán en las catástrofes de la España, menos los españoles y los viceespañoles, y mucho será que no se enojen también contra los que, aprovechando el ofrecimiento, queremos recoger nuestra parte de enseñanza, ya que siempre han considerado que la España, sin necesidad de mejoramientos de ninguna clase, era bastante para que todo descendiente de español estuviera en la obligación de estar orgulloso de ello hasta la pared de enfrente.

Era aquella la lucha entre un pueblo rico en hazañas y un pueblo rico en industrias y comercio. « La España más quiere honra sin barcos que barcos sin honra », decía Méndez Núñez, dando la más feliz expresión del gusto español, frente á Valparaíso. Con esa divisa, el imperio en que no se ponía el sol ha llegado á ser la sombra de lo que fué,—« gigante decaído »,—perdiendo sus colonias y sus barcos y arruinándose diez veces, porque en España todo es grande, hasta los desastres. Trabajando siempre para la grandeza, los españoles han

alcanzado la decadencia. « Para no padecer ilusiones y errores, dice Goltz, es necesario controlar siempre severamente nuestras ideas, que tienen la tendencia de conformarse muy fácilmente á nuestros secretos deseos.» « El carácter español conserva el orgullo de los romanos, el valor de los godos y la nobleza de los árabes », dice Pérez de Grandallana. Y el orgullo, el valor y la nobleza son incompatibles con la industria, el comercio y la agricultura, que hacen la prosperidad con gloria de yapa en los tiempos presentes.

« La impotencia de España para dominar la insurrección de Cuba y poner fin al derramamiento de sangre en esa isla »—mensaje de MacKinley,—ha sido el pretexto de los N. A. para arrebatarle á la pobre y caballeresca España sus últimas colonias que no sabía gobernar y que consideraba deshonroso vender ó emancipar. « Ningún ministro español, decía Silvela, escuchará una propuesta de compra de una colonia », pocos años antes de tener que venderlas por fuerza. « No hay que convertir las cuestiones de interés en cuestiones de honor, decía el Dr. Pellegrini. La guerra es cosa muy seria y me hace mucha gracia el ver la facilidad con que algunos, que parece duermen con la espada prendida, resuelven todas las cuestiones internacionales á sablazos » (La *Tribuna,* Enero 2). Convertida en cuestión de honor la cuestión de utilidad, es necesario pedir la solución á la quijotería, perdiendo diez veces su valor y sacando los machucones de yapa. « Defenderé los intereses de mis hijos hasta que me quede sin una peseta »; esto es demasiada locura para una nación entera.

Todo, todo traduce la contrapuesta orientación de estas civilizaciones diferentes, y de las cuales ha venido á resultar, como dice un escritor francés, que la América del Norte—colonia anglo-sajona es el día, y la América del Sud—colonia latina es la noche.

No hay siquiera en español equivalente para el título más considerado en Inglaterra *Right Honourable,* no indica esencialmente gran nacimiento sino conducta per-

sonal aventajada, mientras que el título más considerado en España: Grande de España de I[a] clase, indica un aventajado nacimiento y no hace relación forzosa á la conducta personal. Los españoles tienen además, para su uso, las expresiones—excelentísimo, ilustrísimo, eminentísimo, serenísimo señor, prócer del reino, que se anteponen regularmente de á pares á los nombres de los personajes, que corresponden al ideal de figuración y carecerían de razón de ser en el ideal del bienestar, en tanto que, aquellas dos palabras agotan todo el vocabulario inglés para los méritos de un inglés. Todos esos títulos que indican preeminencia social resultan un contrasentido en referencia á la agricultura, que Jorge Washington consideraba como « la más sana, la más útil y *la más noble* ocupación del hombre ».

El decía también: « es necesario trabajar toda la vida en no dejar extinguir en nosotros esa chispa celeste que se llama la conciencia ». « Si tuviera que elegir entre un gran juez y un buen juez, tomaría el último partido », solía decir el juez Bromwell, que fué lo uno y lo otro » (Leclerc). « La mayor parte de los hombres son más capaces de ejecutar las grandes acciones que las buenas », dice Montesquieu. « Es una gran cosa estar un hombre dominado enteramente por una idea cuyo objeto sea benéfico, dice Smiles; eso da calor y animación á toda la vida de un hombre ». De cien mil sudamericanos, 98.000 optarían entre lo grande y lo bueno, por lo grande. El culto del coraje no hace vocación para cultivar el campo del bien, sino para labrar « el campo de gloria », como le llamaba nuestro San Martín. La orientación moral de los anglo-sajones no predispone para admirar y fomentar el amor á la gloria personal, que hace amar á la patria con amor de novio, de pretendiente, y no hay, por lo tanto, ambiente para el napoleonismo. Ninguna colonia anglo-sajona ha padecído nuestras endemias de Bolívares, de guerra civil, ni ha sido afligida por ese patriotismo á estilo de la madre falsa en el juicio de Salomón, que era propio de los

Carreras, Dorrego, Artigas, Bustos, etc., etcétera, y que prefería la ruina de su país antes que la prosperidad por mano de rival. « Ese ordenamiento humano que se funda en las virtudes heroicas debe convertirse inevitablemente en debilidad ó en ruina », decía Burke, en el siglo pasado, profetizando sin sospecharlo el triste porvenir de la América española. «Felices los pueblos cuya historia es aburrida», dice Montesquieu.

Desde la infancia aprende el hispano-americano « á colocar el amor á la gloria por encima de todas las comodidades de la vida », y por encima de todas las otras virtudes. El forro del ideal caballeresco es el menosprecio de las virtudes vulgares: el que trabaja en la gloria se exonera de la honestidad común y todo le será perdonado al grande, inclusive lo que es delito en el pequeño.

Así, la América del Sud, donde el peculado es endémico, recrudeciendo á veces terriblemente, ocupa un lugar intermedio entre la Inglaterra, donde la moral está en uso y las leyes se cumplen, y la Persia donde el shah deja á los funcionarios la libertad de enriquecerse por todos los medios, reservándose el derecho de matarlos y heredarlos, tomándoles por junto lo que han acaparado en detalle.

« El americano del norte que no nace entre esclavos y servidores, aprende desde la cuna á proveer él solo á sus necesidades, sin someter voluntades para obtener apoyo. Es, pues, sufrido, tolerante, reflexivo, lento en obrar y perseverante en sus designios. Al americano del sud no le preocupan los cuidados materiales de la vida; otros los hacen por él, y libre su imaginación se dirige á objetos más grandes y menos definidos: la grandeza, el lujo, la gloria, el ruido, la ociosidad sobre todo: nada hay que le mueva á hacer esfuerzos para vivir, y como no tiene trabajos necesarios, se abandona y no emprende ni aún los útiles ». En esto se refiere Tocqueville á los N. A. de los estados con esclavitud, y por eso mismo la observación es más interesante, en cuanto es

en la misma raza que se ve producido por el régimen emergente del clima y de los negros, la mitad de nuestro modo de ser.

« En el norte, absorbido el hombre por los cuidados materiales, desde su infancia se ocupa en combatir la miseria y en aprender á colocar *la comodidad* sobre todos los goces del espíritu y del corazón. Concentrada en los pequeños detalles de la vida, su imaginación se apaga, sus ideas son menos numerosas y menos generales, pero más prácticas, más claras y más precisas. Como dirige hacia el único estudio del bienestar todos los esfuerzos de su inteligencia, no tarda en sobresalir en este punto. . . . (Tocqueville). « En ciertas épocas de nuestra historia, la riqueza ha sido la última de las preocupaciones del pueblo ocioso y guerrero, que sólo se conmovía con la perspectiva de la vida del montonero, hipnotizado por el prestigio de sus caudillos, arrastrado por un sentimiento de extraordinaria eficacia, su culto nacional del coraje; que despreciaba todo trabajo, especialmente la agricultura y la industria, oficios de negros esclavos durante dos siglos y que aún no han perdido del todo la mancha originaria » (J. A. García, hijo). La manera de sobresalir en el ideal del bienestar no es con las gloriosas arremetidas de Facundo que siembran la desgracia y la ruina. El héroe del bienestar no es el libertador, ni el restaurador, ni el regenerador, sino el fundidor Carneggie, que fabrica 60 kilómetros de rieles por día y gasta diez millones de dollars en ciudades ideales para obreros, para mejorar la condición humana.

Los anglo-sajones con su ideal utilitario: *el bienestar,* desestimando la gloria para ennoblecer el trabajo, ennobleciendo la agricultura, la industria y el comercio hasta igualarlas con las profesiones de levita y guante, y dignificando las virtudes vulgares que la gloria hace superfluas y el comercio hace necesarias, han logrado producir un género especial de hombres para el cual ni en España ni en Sud América ha habido estímulo am-

biente que los hiciera brotar: *los buenos de primera clase,* los Cobden, los Hampden, los Penn, los Sidney Smith, los Franklin, los Washington, los Wilberforce, los Peabody, los Shafstesbury, los Edison. El bien por el bien, y no por el prestigio, ni por la gloria, ni por la posición política ó social, no ha tenido cultores, ni admiradores en estos pueblos gloriosos con porvenir siempre grandioso y presente siempre detestable.

Anunciando su retiro del Perú en la entrevista de Guayaquil, San Martín le dice á Bolívar: « ahora le queda á Vd., general, un nuevo *campo de gloria* ». Campo de gloria, eso era la América del Sud en la lucha por la independencia, — y luego en la lucha por las formas de gobierno, campo de supremacía.

Sería necesario un catálogo para mencionar los N. A. que han gastado millones en fundar y dotar universidades, colegios, bibliotecas, asilos, hospitales y obras públicas de toda clase y lo que siguen gastando en alta filantropía aquellos hombres que nuestros locos sueltos « de altos ideales » declaran caídos en el materialismo abyecto, mientras que los caballerescos altruistas de la América latina no han pasado aún de las fundaciones piadosas para bien de su alma. « Agregad, dice Rousiers, que el número de escuelas primarias sostenidas por particulares es enorme, que el clero no recibe del estado ninguna clase de subvención, que las iglesias y los templos se edifican sin su concurso, y veréis que el amor al bien provee aquí á una multitud de servicios de interés general en el orden moral é intelectual».

«A decir verdad, en todo hombre sano hay siempre una idea dominante que regula su conducta.... Esta idea fija que dura toda la vida, salvo los casos de sustitución por otra, se resuelve finalmente en una pasión fija.... lo que prueba una vez más que la atención y todas sus modalidades dependen de estados afectivos. «¿Que es una gran vida? — decía Alfredo de Vigny. — Un pensamiento de la juventud realizado en la edad madura». Para muchos hombres célebres este

«pensamiento» ha sido de tal modo absorbente y tiránico, que apenas se le puede rehusar el carácter mórbido». (Ribot, *L'attention*).

Pues ese pensamiento dirigente de la conducta de los hombres sobresalientes está siempre informado por la idea de bienestar en los anglo-sajones que, considerándose 2ª persona en su país — lo menos en lo más,—llaman á su trabajo por el bien de los otros: mi deber, y en los latinos americanos que consideran denigrante el bienestar material y no quieren hacer bienes á su país, sino legarle glorias, enflaqueciendo á las generaciones presentes para enriquecer la historia, que es el bien siempre desperdiciado de las generaciones posteriores, está constituído por la idea de grandeza personal, considerándose como Iª persona — lo más en lo menos, — según llaman á sus acciones para el país: mis sacrificios : cada uno barre la plaza pública y todas las casas quedan sucias, pero consiguen ser acreedores del país : «beneméritos de la patria». En Artigas, Quiroga, Aldao, Ibarra, y demás, residía la filantropía de Gragera « el amigo de los perros», que era amigo de los perros sarnosos y enemigo de los perros sanos, á los cuales les quebraba una pata para curárselas en seguida y hacerse querer y seguir á todas partes por el lisiado, como aquellos arruinaban á los ricos y socorrian á los arruinados. «El ambicioso, dice Mantegazza, puede hacer el bien cuando redunda en provecho suyo, pero rara vez tiene en ello mérito alguno». Todas sus atrocidades eran para que el país los quisiese á ellos, como esa ternura fatal por lo extremosa de las infecundas mulas hacia los potrillos recién nacidos, y es necesario que un pueblo haya descendido á la última miseria para que un miserable pueda ser su providencia, y hacerse su benemérito. Si no estoy equivocado, en el Río de la Plata, el último *benemérito* ha sido el capitán general Santos.

Los reformadores unitarios habían suscitado la literatura para ser admirados en su ilustración, los restau-

radores federales suscitaron el localismo y desataron la barbarie para ser admirados en su coraje: el país para todos y nadie para el país. Por el contrario, los anglosajones que trabajan para su país, no conocen los créditos de hijo á madre, son á lo sumo deudores solventados que pagan lo que deben y que deben todo lo que pueden hacer. «Es imposible, decía Gordon, el héroe de Jartum, que un soldado pueda hacer *más* de su deber». De ahí que los generales vencedores y los grandes oradores no hayan sido nunca un peligro entre ellos, y lo hayan sido y lo sean siempre entre los latinos que no pueden resistir á la tentación de entregarles el país entero en pago de un puñado de oropel para la historia.

«Las causas motrices de la vida política y económica, dice un sociólogo N. A., son los deseos de los hombres; generalizados, sentidos simultáneamente por millares de sujetos» (J. A. García, hijo). La pasión fija de la gloria personal, obtenida por el valor personal, la pasión del renombre obtenido por hazañas militares ó civiles, políticas, económicas, literarias, edilicias, de cualquier clase, con tal que lo distingan sobre los otros distinguidos, ó simplemente sobre el común, y en cuya virtud prefieren el aplauso á la bondad y al acierto, ese es el programa de los sudamericanos que los hace excederse en todo y vivir fuera de la vaina, así en la paz como en la guerra. Rivadavia obraba para «darse lustre», como dice el doctor López, usaba el país como un teatro para hacer aplaudir su persona, y el mismo Alberdi, tan sensato en los libros, sucumbió á esa ley de la raza que le mandaba subordinar los intereses del país á sus altas vistas. «Una nación locuaz donde el furor de ser alguien domina sobre todas las otras afecciones; donde la vanidad tiene más faces que estrellas el firmamento;.... donde no se habla sino para enseñar, sin sospechar que es necesario callarse para aprender; donde los triunfos de algunos locos han hecho salir de sus casillas á todos los cascos á la gineta;

donde, cuando se han combinado dos disparates según un libro que no se ha entendido, ya se tiene *principios ;* donde los estafadores hablan de moral» .... Si parece realmente escrito ayer y para toda la América latina, ese retrato de la Francia jacobina por Mallet Dupan, testigo.

— « Y entonces, si nada se proponía ¿ por qué nos hizo pelear tanto ? le pregunta á don Juan Manuel, en camino del destierro, un compañero de fuga.

— Porque solo así se le puede gobernar á este pueblo». (Mansilla).

Un pozo de ciencia federal era el doctor Saez que, como tantos otros, se quemó las cejas estudiando en Alemania, llegó á no servir para constituir y gobernar su familia y se envejeció ladrando á la luna, que es decir, lamentándose de que «Joaquín, el ignorante Joaquín, gobernase 25 años» en la provincia en que él fracasó de todas maneras. Don Joaquín, por supuesto, era un «maestro de pala», que, como Darwin, no debía nada á la universidad y lo había aprendido todo de la naturaleza, y que realizó los bienes posibles donde aquel quería implantar los imposibles con eso que Hanotaux llama la habilidad estéril.

Muy competente don Juan Manuel que había estudiado el hombre en el hombre y llegado á descubrir que, en su país y en su tiempo, la fama con saqueos y confiscaciones que daba pan y camisa era más importante que el pan y la camisa. Don Bernadino abrió prematuramente el templo de la fama para los literatos hinchados. Don Juan Manuel lo abrió para los gauchos de avería, y esto, más amplio y más contemporáneo, que es decir, más imbécil, mató aquello. Habíamos jurado vivir coronados de gloria y todo podíamos soportarlo: la pobreza, el atraso, las persecuciones y la mugre, todo menos una cancha para la fama donde se pudiese adquirir ese artículo de I[a] necesidad que se llama la gloria : «porque solo así se le puede gobernar á este pueblo». *La guerre, un désordre qui révéle aux hom-*

mes tout le prix de l'ordre et de ses merveilles. (Cherbuliez).

Como muy bien lo dice Spencer, el deseo de adornarse ha precedido á la necesidad de vestirse, y también el deseo de tener reputación viene antes que el deseo de servir para algo. El deseo de hacerse temer y envidiar tenía que venir antes que el deseo de hacerse respetar y estimar. De aquí, en su tiempo, el error de don Bernardino, que gobernó demasiado sin dominar, y el acierto de don Juan Manuel, que dominó demasiado sin gobernar, satisfaciendo éste á la mitad más robusta de los odios enconados que engendra en las razas débiles y de ideales quijotescos la altivez nativa unida á la impotencia para prosperar por el trabajo material, factores ambos que convierten las posiciones oficiales en medio único de realizar todas las aspiraciones y la lucha por la vida en una disputa por el mango de la escoba para barrer y no ser barrido.

«La debilidad apasionada de los individuos, esa violencia enconada que no les permite aceptar el derecho como regulador supremo, reclaman el poder absoluto. Cuando los hombres disputan, se baten, se degüellan, es indispensable un amo» (Ph. Chasles). Y un amo no es un gobernante: «para gobernar se requiere arte; para mandar solo se necesita habilidad y brutalidad» (Maximiliano). El que no es dueño de sí mismo es apropiable por otro como *res nullius*. Si no sabe ponerse freno, le pondrán bozal y lo llevarán del cabestro como á una mula. «El hombre aprende á mandar antes que á hacer uso de la palabra, y cuanto más débil se siente, tanto más desearía ser imperioso, tirano. Y, en verdad, tiranía es debilidad» (Tommaseo). Cuanto menos sabe mandarse, tanto más quiere mandar.

No teníamos la religión de los cuáqueros, sino el culto de San Miguel Arcángel, «príncipe de los ejércitos del Señor», como dicen nuestros oradores sagrados; el culto del heroísmo en la sección coraje; el valor por el valor. La fama de valiente era, pues, la principal.

Hoy mismo, especialmente en lo militar, cuando algún individuo se permite el lujo de ser depravado, borracho, jugador ó ratero, la frase consagrada — «pero es un valiente» — constituye absolución plena y admiración «lo mismo», como decía un orador de beneficencia en crisis de adjetivos. El valor rescata toda perversidad. El Tigre de los Llanos es un héroe popular argentino, como el Tigre del Quequén, ó Juan Moreira, porque fué valiente, y representa la proporción en que hemos estimado el valor impulsivo y desestimado la moral y la higiene. Fué el hombre de su época porque reunió en mayor grado los defectos de su época y de su raza, que pasaban por ser las mejores virtudes de su época y de su raza. Sé de un historiador á la española que anda enojado con los mendocinos porque no supieron apreciar á ese fraile renegado, aborto del infierno, que vivía con dos chinas peleadoras, entre la mugre y el vino, complaciéndose en la maldad, y todo aquello porque había sido, antes de ser un miserable, un valiente guerrillero de San Martín en el Perú. Prefiero mil veces la opinión de R. A. Day: «Me repugna la historia escrita con el deliberado propósito de inflar y explotar nuestra muy exagerada vanidad nacional. Los pueblos y los hombres deben mirar su porvenir, y desgraciados de los que viven contemplando en éxtasis su pasado, como los fakires de la India, adormecidos ante el espectáculo de su propio ombligo».

Por contraposición al *make money honestly if you can, but make money,* puede decirse que la divisa de los americanos del sud es *haga figura, honradamente si puede, pero hágala.* Esta es nuestra idea directriz, nuestro sueño de la juventud para realizarlo en la edad madura, ó en la misma juventud, ya que maduramos á los 25 años. Un ideal encaminado á producir grandes estadistas que frustren el país por subordinar las necesidades del país á las de su renombre personal. Un ideal más apto para improvisar malvados que bienhechores, ya que es más fácil dar sablazos grandes que hacer bie-

nes grandes. Un ideal para foragidos gloriosos ó grandes oradores á estilo de Héctor Varela, esa personalidad oratoria la más brillante, que es decir la más sobresaliente de la América latina, y que en aquel país libre donde el que nosotros llamaríamos noble poeta Oscar Wilde sufrió tres años de cárcel por ofensas á la moral, allí, á pesar de su admirable verbosidad, por las extraordinarias y aparatosas irregularidades de su conducta, habría sido por lo muy menos considerado como un personaje *schocking*. ¡Y aún es; y aún continuará siendo, *horresco referens,* el ideal de nuestros estudiantes de retórica! Y cuántos ilustres á lo Rivera Indarte entre nuestros próceres: «Un canalla, cobarde, ratero, bajo, husmeante y humilde como un ratón cuya cueva nadie sabía,—tenía mucho talento y alma de lo más vil que pueda imaginarse » (V. F. López). «Miserables, despreciados por las gentes de bien, han llegado á santos. No sería bien que desmentidos de esta naturaleza fuesen frecuentes. La salud de la sociedad requiere que sus sentencias no sean reformadas con frecuencia». (Renan).

Aún en las materias de pura especulación el espíritu español encuentra modo de dividir los sistemas políticos ó filosóficos no en verdaderos y falsos, en morales ó inmorales, en útiles ó inútiles, sino en nobles y abyectos. El padrino de Héctor Varela, el excelentísimo, ilustrísimo, y eminentísimo, y no sé si también prócer del reino, don Emilio Castelar, dice: «el materialismo abyecto, el positivismo degradante, el espiritualismo noble y elevado», perpetuando así en los sistemas filosóficos las locuras de los alquimistas: «Pues el aire es un elemento que no cede en nobleza sino al fuego, de donde se sigue que la dignidad é ilustración de los planetas está en el aire que los baña». (A. France, *Rôtisserie).*

«Después — dice un redactor de *La Epoca* de Madrid,—cuando nos veamos más vencidos y humillados que ahora, y tengamos que despedirnos para siempre

de nuestras colonias, y veamos desgarrado y por el suelo el estandarte glorioso que Colón hizo ondear sobre la tierra americana, y cuando por entero tengamos que vender hasta la camisa á fin de pagar los gastos que nuestros enemigos han tenido que hacer para reventarnos. . . . Cuando todo esto que ha de suceder suceda, en vez de encontrar alivio á nuestros quebrantos pensando que nos ha derrotado un pueblo poderoso y enérgico, superior á nosotros en fuerza y en número, pero digno de nosotros en valor, atribuyámonos la honra de haber sido atropellados y deshechos por una piara de cochinos». «El exceso de atención que ponemos en conocer los defectos del prójimo, dice La Bruyére, es la causa de que nos morimos sin haber tenido tiempo de conocer los propios».

«Es horrible el estado de los ánimos en toda la América. El primer movimiento del patriotismo es ocultar las feas llagas de su país. . . A Arcos le decían en 1845, en el Paraguay, recién desembotellado: qué don Arcos! ¡tan bueno! ¡si parece un paraguayo!». (Sarmiento).

«Nosotros—dice un escritor español,—por un falso espíritu de patriotismo, y equivocados como los niños, que cuando esconden la cabeza creen que nadie les ve el cuerpo, vivimos ocultándonos nuestras torpezas, sin que logremos por eso impedir nuestras faltas». A causa de eso, precisamente, no las pueden corregir porque no las pueden ver y no las pueden ver porque las esconden y las esconden porque les gusta más engañarse que desengañarse. Pero no se puede vivir engañado sino hasta el día de la catástrofe. «Bajo todo régimen de mentira, la bancarrota trabaja, cavando incesantemente su mina. Aunque la mentira debiera elevarse hasta el cielo y cubrir el mundo, un día vendrá en que la bancarrota deberá barrerla y dejarnos libres». (Carlyle).

«Las plagas de las razas latinas, dice Lombroso, se parecen todas á pesar ó quizás á causa de la grandeza

hereditaria, y también se parecen en todas partes del mundo en cuanto á la manera de ponerles remedio». Cuando la guerra de 1898, millares de subscriptores españoles se borraron indignados de los diarios de Buenos Aires porque publicaban telegramas desagradables, que se les antojaban falsos, y se desagraviaron haciendo la apoteosis del poeta Oyuela por su «Oda á España».

«Por un falso espíritu de patriotismo» y también por un espíritu frustráneo de grandeza que nos hace preferir los bienes espirituales porque son nobles á los bienes materiales porque son plebeyos, no habiendo alcanzado á ver en tanto tiempo en que los resultados lo están enseñando que es urgente apearse de la cornisa y trabajar en los cimientos, en las costumbres y las tendencias que producen, según su orientación, la riqueza y el poder ó el oropel y la debilidad.

DE ARRIBA

El mundo parece dividirse hoy en dos grandes grupos bien distintos, colocando el uno su esperanza en el esfuerzo individual, uniendo sus fuerzas solamente cuando la necesidad lo exige, y siguiendo en formas variables según las necesidades del momento, esperándolo todo de la iniciativa privada, huyendo las trabas; el otro, poniendo, por el contrario, su confianza en el esfuerzo colectivo, en la agrupación administrativa, permanente, difícil de transformar, esperándolo todo de la reglamentación y temiendo ante todo los «extravíos» de la voluntad individual. ¿A cuál pertenecerá el porvenir? ¿De cuál podrá decirse: esto matará aquello?

P. DE ROUSIERS.

El apóstol de la educación común, el émulo triunfante de Facundo, solo se proponía «desasnar á las gentes», pero no se hizo lo que los pilotos de río llaman «aguantar la guiñada», y evidentemente nos hemos pasado de compostura literaria. En Sarmiento, luchador, la educación era menos un instrumento de progreso que una arma contra el artiguismo y el facundismo. Pero, «no basta aprender, sino que también es preciso saber desaprender... Una gran parte de nuestra instrucción es tan ineficaz «como la acción de leer un tratado de botánica en un jardín para hacer brotar las plantas». (Lubbock).

Dado, pues, el gran impulso á la ilustración y no morigerado, hemos embarrancado en un exceso de ilustración en sí, de pura brillantez y sin aplicación práctica, y á esta altura ya somos legión los que, debiendo

elegir el surco en edad sin experiencia, y sólo por el criterio del qué dirán, de lo que veíamos más ensalzado, hemos llegado á emplear los mejores años de la vida en hacernos útiles para lo superfluo cuando aún falta lo necesario, desatendiendo la fertilidad del suelo para cultivar en el espíritu la fertilidad literaria. «El desacuerdo entre las necesidades de la sociedad y el sistema de educación es una causa principal del desorden moral que aflige á varias naciones», decía Cavour en 1850. «Todo ha cambiado; los descubrimientos de la ciencia aplicada han modificado profundamente las condiciones de la vida para los particulares y para los pueblos, y la faz misma del mundo; el reinado definitivo de la industria y del comercio ha llegado» (J. Lemaître).

La familia, la sociedad y la escuela que debieron producir colonos para el país semibaldío y pobre, pero fértil, han producido de concierto, sabios de menor cuantía ociosos, enciclopédicos y gritones, y empleómanos de levita, enflaqueciendo la escasa energía nativa al transformarla en ilustración de adorno, en *poudre aux yeux*. «Influir sobre los hombres para guiarles al bien, dice D'Azeglio, es una mira mucho más elevada que la de ser primer escritor ó poeta del mundo». «Todo régimen, dice Taine, es un medio que opera sobre las plantas humanas para desarrollar algunas especies y aniquilar otras. Este es el mejor para hacer brotar y pulular el político de café, el arengador de club, el mocionante de bocacalle, el insurrecto de plaza pública, el dictador de comité, ó sea el revolucionario y el tirano». La leche de clemencia que en la familia mima al niño y en la sociedad mima al corrompido, para quien la indulgencia ambiente es aliento, la *Maison de Théorie, la vaste usine à former des esprits faux* (Le Roux), la escuela clásica, no han podido crear el instinto del *self help:* el vigor físico que hace fácil el trabajo pesado y el vigor moral que hace superables las contrariedades gruesas, porque sólo eran propias para formar el instinto de vivir de arriba, el amor del título gratuito, que

siempre se disfraza so capa de altruismo, como puro cuento del tío que es el tal altruismo. No lo puedo remediar, y lo confieso: cada vez que oigo decir de un hombre que es capaz de dar hasta la camisa, me imagino que les ha de sacar á otros hasta los calzoncillos.

En vez de preparar hombres han conservado niños grandes á los niños chicos, quitándoles toda oportunidad de remar con sus propios remos, de vestirse con su propio trabajo y de enseñarse con su propia experiencia. «Oímos hablar bastante de la joven América y sus atrevimientos, pero los muchachos de la Argentina son más precoces todavía que los de los Estados Unidos. Un padre argentino rara vez castiga á sus hijos, y los niños gozan de mucha más libertad en el sur que en el norte del continente. La escuela dominical es casi desconocida y las ideas de moralidad son tan deficientes, que los niños se crían de la manera más perniciosa. La falsedad es común entre hombres, mujeres y niños, y se tropieza en todas partes con la mentira social, soliéndose oir decir á un padre, en tono admirativo;—¿No oyen ustedes cómo miente ese niño? O bien: ¡Pero qué bien miente! —y alguna vez: ¡Ni yo mismo lo haría mejor!» (F. C. Carpenter).

Como plantas de invernáculo resultamos débiles de físico por exceso de cuidados y algodones, y tísicos de alma por exceso de indulgencia. Porque nos han privado de la represión paterna que cura y no ofende, nos sobreviene fuera del nido la represión de los extraños que ofende y no cura: cuando pitos flautas, cuando flautas pitos. Los umbrales de las puertas enseñan perfectamente á no tropezar con los pies y los coscorrones enseñan á no tropezar con la conciencia; pero en nuestra frondosa vocación para lo imaginario hasta los padres se hacen muy fácilmente la ilusión de que los extraños podrán tolerar en sus hijos como extraños lo que ellos han aguantado á duras penas como madres y olvidan reprenderlos mientras no perdonan las menores faltas de sus sirvientes; aptos para enseñar hijos ajenos, ineptos

para dirigir á los propios, demuestran mucho interés en que la servidumbre sea bien educada y les importa muy poco, y á veces hasta les complace que la hijumbre sea mal criada. Si las reprensiones no sirven, ¿por qué las emplean en los sirvientes? y si sirven, ¿por qué no las emplean en los suyos, por qué no se reprenden á sí mismos? El hombre decente debe ser su propio maestro y su juez más severo. En general, los hijos demasiado malos son de los padres demasiados buenos. Ahora, pues, si vale más prevenir el crimen y la miseria, que reprimirlos ó socorrerlos, es indudable que no hay nada más filantrópico y altruista que el enderezamiento de las torceduras incipientes, y en esa virtud, los padres y los magistrados demasiado indulgentes ó de rigor desparejo, son cómplices en 1er grado de la inutilidad de sus hijos y de la perversidad de sus conciudadanos, por haber descuidado en el momento decisivo la higiene del carácter, pues el menesteroso de represiones que no tiene quién se las administre y le críe vergüenza é iniciativa, acaba por convertirse, tarde ó temprano, en menesteroso de pan y ginebra. Por tanto, el que sepa amar á sus hijos como suyos, sin que eso le impida gobernarlos como á hijos del prójimo, les habrá dado la mejor herencia, porque vale más saber nadar que tener un rosario de vejigas hinchadas para no hundirse en el mar proceloso de la vida.

Hija natural de ese instinto del título gratuito es esa costumbre nuestra, tan fastidiosa y tan repugnante á la dignidad, de que cuando varios amigos comen, viajan ó se divierten juntos, uno pague y los demás *de arriba,* ni hay nada más contrario á lo que los ingleses llaman *respectability.* No puede, en efecto, ser respetable el que se hace pagar por otro, el comensal sin reciprocidad, el que recibe servicios y no los devuelve, y tampoco hay nada más antisocial para el hombre delicado que está en situación de pagar sus gustos y sus gastos, y que, no pudiendo pagar los de sus amigos, se ve obligado á andar sin ellos para que ellos no le paguen los suyos. Se

es esclavo de los regalos cuando se les acepta, dice el refrán. «Un hombre adulto en países cristianos, aunque no sea inglés y por más cordobés que fuera, no puede hacerse el inocente al recibir una enorme suma de dinero estando en un empleo público, y peor si es el presidente de una república... Un presidente que recibe cien mil pesos de obsequio, sin dar él ni el donante explicación alguna sobre el origen de la donación, ya que de la aceptación se deduce que el favorecido está dispuesto, para no avergonzar al donante con su rechazo, á aceptar por pudor cuanto se le ofrezca». (Sarmiento).

Nuestras escuelas recibían al niño sin ese fondo moral, sin ese santo horror por la cosa ajena, y hacían de él, por la erudición excesiva, un tullido para la lucha por la vida, un individuo con mucha necesidad de mentir y mistificar, un sér con muchas ideas generales y sin medios prácticos de labrar su porvenir, obligado como el inválido de cuerpo á suplir con el favor ajeno y la viveza propia, la falta de energía propia.

Ni la familia, ni la escuela, ni la sociedad, enseñan y acostumbran á considerar como honroso el trabajo y como denigrante el favor. Por el contrario, enseñado á vivir *de arriba,* el individuo varón sale del padrinazgo de la familia para entrar en el padrinazgo de las herederas ricas, en esa solución para los zánganos que tanta animación aporta á la *vida social.*—«Tú necesitas casarte con una muchacha que te dé casa puesta, ropa limpia y plata para el bolsillo», le decía á su hijo de colmillo fuerte una madre argentina como hay tantas. «Aquí, dice Rousiers, cada uno es un poco obrero en un sentido, pues todo el mundo vive de su trabajo y nada espera de su familia.»

En la escuela misma se les ve tratando de sobresalir ó de pasar siquiera, no por el esfuerzo propio, sino por la protección del profesor.— «Qué quiere, — me decía una vez el subdirector, — Fulano viene á llorarme para que le borre las malas notas, me da lástima y se las borro».—Señal que tiene madre y hasta abuela viva, le

dije, un hombre que con 24 años encima es capaz de llorar para tan poca cosa. ¡Qué dejará para cuando lo fusilen por opositor ó por oficialista! El maestro era también de los que trastruecan la lástima y la repugnancia, de esos hombres, tan abundantes, que se dejan ablandar siempre por todas las almas bajas, y que son el lote con premio para esos calabreses comediantes que les besan las manos y los pies y se los inundan de lágrimas deliberadas y fáciles.

Dos ó tres proverbios explican la Inglaterra, dice Chasles: *Never strike a man who is down; fair field and no favour; a true man:* «no golpear al caído; campo libre y nada de favor; un hombre verdadero». ¿No es esto lo contrario de aquello? ¿No es evidentemente, el favor, el título gratuito, la lepra del carácter?

Un sólo proverbio ¡ay! basta para explicarnos á nosotros: *niño que no llora no mama;* los otros no son más que el comentario: «fíate á la virgen y no corras»; «suerte te dé Dios hijo, que el saber de nada te sirve». Sin contar el «descansar es placer», que Schopenhauer llama refrán español y que no es más que la traducción andaluza del *dolce far niente* de los napolitanos.

El comercio de San Luis eleva una solicitud para que el gobierno nacional fomente en San Luis el comercio y la industria que, á pesar de la fertilidad del suelo, van de mal en peor, porque los puntanos, que son maestros en la guitarra y en el gato punteado, no saben fomentarse. San Juan ha conseguido mantener por años y años una escuela de minas en que los alumnos eran becados, y asimismo los profesores han solido compartir con ellos su sueldo para que no se fuesen y se clausurase la escuela, que sólo ha producido algunas decenas de escribientes y 3 ó 4 ingenieros, teóricos por supuesto, de esos mismos que en Inglaterra consideran de tan escasa utilidad como «un manual del ingeniero encuadernado en cuero». Las razones principales para el público eran el hecho de figurar San Juan en los libros de geografía con escuela de minas y el hecho de que se gastaban allí

los pesos que la nación invertía en sostener la inutilidad práctica. «El hombre, como dice Bain, no puede conocer los defectos de una institución de la cual saca provecho». «Si el gobierno italiano, dice Dupriez, quiere conservar el apoyo de un grupo ó de los diputados de una región debe dar su asentimiento á trabajos superfluos, ó conservar establecimientos inútiles, una universidad sin alumnos, un tribunal sin causas».

En Mendoza, un individuo compra en 56.000 $ una propiedad, que á todos pareció muy cara por ese precio, y en seguida el avaluador oficial del Banco Hipotecario la tasó en 600.000 para que se otorgase sobre ella un préstamo de 300.000. El asunto metió su poco de bulla, pero cuando el tasador dijo que había exagerado «adrede, á fin de que viniese mucha plata á Mendoza», gentes de la mejor sociedad encontraron que el motivo era muy plausible. *L'appetit vient en mangeant,* y el espíritu de viveza hizo luego una revolución con tropa de línea para que corriese entre los triunfadores el dinero de los bancos oficiales, y en seguida que los hubieron desfondado, los certificados de depósito, depreciados en 40 %, dejaron margen bastante para que la viveza de los deudores encontrase en el dinero de los acreedores un 40 % de premio para cubrir sus deudas; pero los más fueron tan vivos que ni así pagaron.

Cuando hay elecciones, las tropas de línea son repudiadas de todas partes; pero, pasadas ellas, las autonomías se apresuran á gestionar brigadas ó regimientos para que la plata correspondiente se gaste allí; y por cierto que nada muestra mejor el espíritu logrero que esa inclinación de posadero hacia el consumidor forzoso.

En la bajada del río 5° vuelca una mañana, á toda velocidad, la mensajería de Mendoza, dejando el tendal de pasajeros y postillones. Los primeros que se levantan acuden en socorro del que se quejaba más fuerte. Lo palpan, lo examinan minuciosamente, y no encontrando novedades en el exterior, le preguntan: — ¿Qué le sucede, don Pancho? — ¿No tengo los brazos rotos? pre-

gunta — No, señor. — ¿Y las piernas? — Tampoco. — ¿Y las costillas? — Tampoco. — A ver, párenme. Lo paran, camina, mueve los brazos. — En efecto, dice, no tengo nada; yo creí que me había muerto. Pero recién entonces pueden acudir en auxilio de los que tenían una pierna rota, un brazo fracturado, una costilla quebrada.

Eso mismo pasó cuando los terremotos de San Juan y La Rioja, á tal extremo que, después de votados los subsidios á tenor de las lamentaciones y conocida la magnitud real de los perjuicios, se dijo que un senador catamarqueño andaba resentido con la Virgen del Valle porque no había procurado para su provincia los beneficios del temblor fuerte. Y los maestros de escuela siguen, impertérritos, haciendo disertar á los muchachos sobre ¡el altruismo!

Y á propósito; eso que los catamarqueños conocen tanto, eso que se llama nepotismo y que era la única razón en virtud de la cual era gobernador de provincia, y de una de las más importantes, un bípedo que se quejaba de que la provincia de Buenos Aires tuviese tres senadores al congreso nacional, eso no es más que la ampliación del espíritu logrero á toda la familia del gobernante. Tres senadores ¡qué barbaridad! Con cuatro, un gobernador de Catamarca se comprometía á apaciguar el patriotismo exaltado de sus comprovincianos.

«Entre las penas de la vida no cuento, naturalmente, la necesidad de trabajar». «He ahí una frase que no me represento bajo la pluma de un escritor de formación comunal: habría puesto ciertamente el trabajo en primera línea entre las penas de la vida. Al contrario, sir John Lubbock aparta esta dificultad con un admirable candor: «naturalmente», dice. ¡Eso le parece muy natural! Por extraordinario que parezca el hecho, se explica. ¿Por qué buscamos nosotros la dicha tratando de substraernos á las dificultades de la vida? Manifiestamente es porque nos parece demasiado duro el esfuerzo necesario para afrontarlas. Si, v. gr., me exigieran andar 100 ki-

lómetros en bicicleta, lo rehusaría, porque no me siento capaz. Pero otros lo harían con gusto porque lo pueden hacer fácilmente. Así, lo que para mí es una dificultad insuperable, y una empresa enteramente desagradable, no sería para ellos más que un juguete y un placer. Misma cosa en las dificultades de la vida: insuperables para los que no están preparados para superarlas; pero puede suceder que, para otros mejor adiestrados, sean una especie de sport que no carezca de encantos. Si es así, se convendrá inmediatamente que, para tales mancebos, la vida debe representarse bajo otro aspecto que para nosotros, y que el nirvana, el nihilismo, el socialismo y el pesimismo no deben tener para ellos ninguna seducción. Ven la vida por el otro lado del anteojo y, por consiguiente, la ven de otro modo, la ven hermosa; son optimistas». (Demolins).

Por incapacidad de administración, en los antiguos internados nos mataban de hambre y nos resabiaban el espíritu con un trabajo aplastador por excesivo y de mala clase, y no obstante lo mucho que han adelantado las escuelas primarias, aún se hace hacer en ellas el mismo número de horas de atención á los niños de 6 años que á los de 12, y aún se mantiene el sistema de exámenes anuales que subordinando el pase de un curso á otro á la eventualidad de la suerte ó de la matufia en la extracción de las bolillas, suspende la necesidad de trabajar un poco todos los días, y da la impresión de que el éxito en la vida no depende de la perseverancia, sino de una feliz corazonada.

Paralelamente, en las ciudades y en el campo, presidiendo la más estúpida economía, los pobres se apretaban la barriga, sacrificando las tripas para mejorar el traje, y los patrones economizaban menguando la cantidad y la calidad en el alimento de los trabajadores, como en el ejército los proveedores y algunos jefes aumentaban sus mezquinas utilidades mermando el bienestar de los soldados, á veces hasta obligarlos á sublevarse de hambre. De estos factores confluentes á

producir la debilidad del espíritu y del cuerpo, surgía como producto natural la moral de los débiles con sus virtudes correspondientes: la astucia, la frugalidad y la desvergüenza. Diablura se llama entonces á la estafa, viveza al robo, habilidad al engaño y toda mistificación es de rigor, no habiendo procedimiento más aplaudido que « correr con la vaina » : ganar algo con nada. Al lado, y al lado de encima de la moral religiosa está la moral imperativa de las circunstancias, para no decir de las tripas, como al lado de la ley escrita, la costumbre, ley de hecho.

La disposición del público, el espíritu público, *es el espíritu logrero:* pedir mucho y pagar poco. Remunerar mal y exigirle que trabaje mucho al funcionario; el público quiere buen negocio para sí y exige por lo tanto que el empleado haga mal negocio para él: que dé mucho por poco. Ahora, pues, un individuo de ese público pasa á ser empleado con el espíritu que tenía cuando era público, y quiere entonces en el reverso lo mismo que quería en el anverso: dar poco por mucho. Y como no puede aumentarse el sueldo en proporción al trabajo que pone, no le queda — para realizar en el empleo el espíritu que tenía en el público — más que el recurso de disminuir su trabajo, haciendo lo menos para ganar lo más que le pagan ó sacar coimas. Y he ahí de que manera el espíritu logrero del público se transforma en espíritu haragán ó en espíritu coimero cuando el público se vuelve empleado público. Del estímulo del ascenso no hay que hablar: se lo comen los empeños y recomendaciones.

—¿Cuánto ganas? le preguntamos al juez de paz de San R....., y él, teniendo vergüenza de decir que ganaba poco,—« 60 pesos y lo que *chorria* », contestó. Le chorreaban coimas, herencias de viudas, sitios baldíos, etc.

Por el espíritu tapujero, ocultamos nuestros vicios y defectos para engañar á los extraños, y sin engañarlos á ellos, nos engañamos. Entre las llagas nacionales tan patrióticamente ocultadas, está el favoritismo

que adjudica los empleos á la incompetencia, selección al revés que premia la inutilidad apadrinada. Esta plaga de primera clase consta de dos mitades. La peor, porque es la más difícil de curar y de resistir, es el espíritu pedigüeño del pueblo que suministra los 14.750 pujadores para cada doscientas vacantes, y dar contra el gobierno y los postulantes es, como diría Spencer, martillar en la abolladura, lo que es un poco peor que perder el tiempo. «No dando los puestos al favor, dice Leclerc, la burocracia inglesa no ha cedido á la tentación de aumentar sin cesar, para satisfacer los apetitos de afuera, el número de los empleados públicos, rebajando los sueldos. Tiende por el contrario, á disminuir el número de agentes, levantando los sueldos y exigiendo mayor trabajo. El número de pretendientes no pasa de 4 ó 5 por empleo». En Francia hay, para 1.500 empleos, 46.000 pedidos. Para 12 vacantes de auxiliar 2.126 pedidos, según el *Journal des Débats* de Noviembre 17 de 1890».

Muchos factores y todos derivados del ideal caballeresco concurren á producir esta sarna política de las sociedades latino americanas. Entre las principales están:

La pereza, la falta de orgullo y de iniciativa y el exceso de vanidad que hace preferir la importancia de figuración que da el puesto público á la independencia personal que da el trabajo privado. «El orgullo es la convicción de nuestro propio valer; la vanidad, al contrario, es el deseo de hacer nacer esa convicción con la secreta esperanza de poder adoptarla. Así el orgullo es la estimación de sí mismo procedente del interior, y la vanidad es la tendencia á adquirir la estimación del exterior» (Schopenhauer). La tendencia, diremos á substituir la conciencia de la honradez con la opinion de los diarios y la comida de ave con las plumas de gallina desparramadas en la puerta de la bohardilla, que hacen nacer en el pasante que nos ve en ayunas, la creencia de que hemos cenado de ave.

Falta de energía y de medios decentes para ganarse la vida. Falta de orgullo y de perseverancia en el esfuerzo y de independencia del qué dirán para ejercer el oficio para el cual se tiene competencia, aunque sea deslucido, ó lo que es lo mismo, exceso de caballería y de idealismo en la opinión pública para apreciar á los hombres más por su boato que por su valer. De N. A. dice Tocqueville: «los pobres han podido sin ruborizarse, usar los medios de ganarse la vida.... No hay un indio que bajo su choza rústica no tenga una alta idea de su valor individual. El considera las tareas de la industria como ocupaciones viles y compara al cultivador con el buey». «Los jóvenes argentinos, dice F. C. Carpenter, no son preparados para los negocios, según sus aptitudes, teniendo aversión al comercio y al trabajo, aunque estudien para seguir alguna profesión, como la de leyes—la más en boga y de moda, —para obtener el título de doctor, aun cuando no se espere practicar.»

Como el mérito es un convencionalismo de la opinión pública, de las aficiones del público dependen los méritos con que se adornan los ciudadanos y las legumbres que se llevan al mercado. La plaza pública es también un mercado de cualidades, defectos y chifladuras, siendo necesario ser loco entre los aturdidos para no pasarlo muy mal. «*La Unión Liberal,*— dice una circular que me ha pasado una congregación de patriotas á estilo criollo,—*La Unión Liberal* hace presente á Vd. que los hombres, como las naciones, tienen *la suerte* que merecen; de manera que, cuando *el ideal* se pierde y los fines materiales (!!) suplantan los altos ideales de la moral, el carácter de las naciones degenera y caen los pueblos en la más baja abyección»: «El charlatanismo que los ingleses detestan tan profundamente» (Bourget). «Según la comparación de Beard, dice Ribot, la corteza cerebral es como una araña de gas con muchos picos. Cuando todos están encendidos, es la vigilia; cuando todos están cerrados,

el sueño; cuando todos están apagados, menos uno que alumbra mucho y consume todo el gas, es la hipnosis con sus diversos grados ». Así, *La Unión Liberal* tiene apagados todos los picos que corresponden al sentido comun, á la experiencia, á la realidad, y encendido y consumiendo todo el gas, el pico de la utopía.

A los ojos de los americanos del norte, que han dejado las altas quimeras para los inquilinos de manicomio y adoptado los *medios* materiales para engrandecimiento moral, « á los ojos de un americano, dice Rousiers, tres cosas bastan para conocer si una pequeña ciudad está floreciente : la luz eléctrica, las aguas corrientes y los tramways ». Una ciudad sin alumbrado, sin aguas corrientes, sin tramways, y sin una simple bomba de apagar incendios intencionales, pero floreciente por « los altos ideales », solo puede ser en uno de esos espíritus de infantería andante que Lord Macaulay describe : « muy trastornados para vivir en libertad y no lo bastante para ser encerrados en un manicomio ». También en Inglaterra los altos ideales están confinados á las casas de orates. « A cualquiera clase social á que pertenezca el joven inglés, ni en su familia ni en la escuela oirá decir que el comercio ó la industria implique rebajamiento. Nada parecido en Francia..... » (Leclerc). « Las sociedades y los hombres no perecen necesariamente por los vicios sino por las vistas falsas..... Enrique VIII era vicioso y cruel y triunfó..... No por sus vicios, como cree Macaulay, cayó Jacobo II, sino porque, como los utopistas, prefirió la quimera á la realidad, *el fin á los medios,* la idea al hecho, y la causa honorable y sagrada (el catolicismo), que quería levantar, cayó en el naufragio de este espíritu falso ». (Chasles).

Para peor, en el público predominan las « disposiciones teatrales » á la par—si no es también á causa—del espíritu perezoso de la raza que, para ahorrarse el trabajo de investigar y pensar para hacerse una opinión propia de cada persona, adopta la que cada persona

tenga de sí misma, y entonces, como las gentes no valen por la capacidad, sino por el brillo, por el ruido que meten y el aparato que despliegan, se necesita el más obscuro heroismo para valer mucho y ostentar poco, para ser empleado de mucha capacidad y poco sueldo, que es decir, bueno y mal pagado.

Resultado de todo es que las funciones públicas son, á menudo, un puro cuento del tío, un contrato contra la naturaleza de las cosas en que el estado pide al funcionario que sirva no por el sueldo sino por el honor y el patriotismo, y el empleado se compromete á sacrificarse, dando mucha capacidad y mucho trabajo por muy poca remuneración.

Ningún país de Sud América ha logrado hacer justicia ni administración, que no pueden descansar sobre el desinterés individual, porque no se puede asentar una realidad sobre una mentira. Ese mentado desinterés apenas existe en la proporción que para la honradez en Dinamarca fijaba Hamlet: « ser honrado significa, según anda el mundo, ser un hombre elegido entre diez mil ».

El principio opuesto domina con mejor resultado en el norte. « Al interés particular es á lo que recurre especialmente la legislación americana; este es el gran principio que se encuentra sin cesar cuando se estudian las leyes de los Estados Unidos ; los legisladores americanos manifiestan tener muy poca confianza en la honradez humana , pero suponen siempre inteligente al hombre ». (Tocqueville).

Nosotros lo suponemos siempre desinteresado y listo para sacrificarse. Y ciertamente es listo, y á menudo demasiado listo... para sacrificar á los demás.

Se equivocaría bastante aquí quien supusiese inteligente al hombre. Entre las mil variedades de la especie humana, nosotros formamos la variedad del hombre diablo, ventajero. Aquí el hombre es algo más y mucho menos que inteligente: aquí el hombre es *vivo*. La viveza es una aleación de talento y mistificación, que casi nunca pasa de la zoncera y en algunos casos llega

hasta la pillería lisa y llana ; que se traduce en la inclinación á correr la vida con la vaina, á la irresponsabilidad por cuerpeo, al auxilio externo, á las transacciones de tira y afloja, que descansan sobre el propósito de engañar, envolver y ser más hábil en géneros que el tendero, no resolviéndose á comprar sino cuando el del oficio, para saquear mejor, ha dicho con el acento de la verdad y las contorsiones de la mentira que pierde en el artículo la mitad del costo. El comprador *vivo* necesita llevarse la ilusión de haber engatusado al vendedor para marcharse con la conciencia tranquila y no padecer remordimientos.

«La peor de las medidas económicas es el robo». Pues bueno, la que sigue del robo es la viveza. Porque la viveza es un canibalismo económico, la explotación del prójimo por el engaño, el *do ut des* de los gitanos que deprava la industria nacional en la pila del bautismo. Porque descuidaban las huertas de duraznos en el interior, los caballos y las vacas les mordían la corteza, y con la corteza en parches y jirones el árbol daba fruta agria, y luego, para vender los descarozados agrios era necesario engañar al comprador con una capa superficial de fruta dulce que prestigiaba para el momento y desprestigiaba para los años sucesivos todo el artículo en el mercado de consumo. En la misma manera descuidaban los hombres su vida; la ausencia de confort y la abundancia de incomodidades los ponía agrios y la pereza los ponía embusteros, porque el trabajo se ha hecho para llenar las necesidades, y como las necesidades no dan tregua, para llenar los huecos del trabajo insuficiente era necesario complemento el engaño. Pueblo descuidado y perezoso, pueblo embustero. La mentira es una necesidad ocasionada por un descuido no reparable de otro modo. El que miente por placer de mentir, es como el gato que juega con el ratón muerto. El triunfo en la necesidad ficticia le complace como indicio de triunfo en la necesidad real.

Será imposible acabar con los cuenteros del tío, con las loterías clandestinas, con los remates de gurupí, con las falsificaciones de toda laya, porque en cada hora nace un pichinchero de esos que, para no perder lo que sea gratuito gastan cinco veces su valor en asegurárselo. Tengo la casa llena de gente paqueta que, perdiendo dos días, ha ablandado dos testigos y un alcalde para conseguir un certificado de pobreza á fin de sacar una matrícula gratis. Un peso nacional no es gran cosa para ellos, pero lo que da razón de sus grandes molestias y vergüenzas para tal bagatela es la necesidad de evitarse en el espíritu el eterno remordimiento de haber pagado por lo que podían alcanzar *de arriba*. Un interno de hospital está asombrado de la cantidad de gente que, con boleto de pobre alquilado á algún almacenero de la esquina, viene en carruaje de plaza á sacar gratis medicamentos que valen 50 centavos y les vienen á costar dos pesos y yo no puedo impedir que las loterías clandestinas se lleven la mitad del sueldo de mi cocinera; es inútil demostrarle que la nacional es más útil y sin fraude,—«pero la otra es más barata», y la pobre no tiene en su organismo la cuerda de la sensatez sino la de la viveza. «Vea, me decía un farmacéutico del interior, — la mejor droguería por mayor en Buenos Aires es la de Tal, porque ese nos presenta en una mano el artículo legítimo y en la otra el falsificado y nos da la opción». Algunos artículos que le compré no me dejaron dudas sobre la mano porque él optaba.

Un gentleman trabajará de barrendero antes que aceptar para su sustento socorros á fondo perdido, un hombre vivo arrostrará todos los peligros de este mundo y del otro y aun la ruina de su país para mejorarse con el sudor de los otros. Son, en el orden moral, dos polos distintos; la *respectability* que hace posible en el presupuesto inglés la partida del *conscience money*, y el sentimiento de la viveza por virtud del cual el comerciante ó el industrial que se enriquecen defraudando al fisco,

ó al comercio, ó envenenando al consumidor, y el funcionario desleal sólo hacen envidiosos; por virtud del cual Santiago del Estero se aumentó la población en el censo del 69 para duplicarse los diputados nacionales; por virtud del cual algunas provincias, acogiéndose á la ley de educación que les acordaba para escuelas otro tanto de lo que gastasen, simularon dobles gastos para que la nación les costeara íntegro su presupuesto escolar; por virtud del cual « los bancos libres á imitación de N. A. » se fundieron todos en seguida aquí; porque la viveza no es trabajo sino escamoteo de trabajo; por virtud del cual, en fin, nos enojamos, cuando algún corresponsal extranjero, mentando la soga en casa del ahorcado, dice que « los argentinos no piensan en que es vergonzoso mentir ».

Y verdaderamente, no se toca á un hombre sin que aparezca en seguida el instinto ya inconsciente de la viveza, superponiéndose al sentido común.—« ¿Cómo se puede abaratar la carne? » le preguntan á un abastecedor, y contesta: « Haciendo construir ferrocarriles paralelos para que se hagan la competencia y rebajen los fletes ». Es el sueño dorado en todas partes: convertir el accidente en regla mediante que las compañías inglesas consintieran en ser lo suficientemente idiotas para arruinarse mutuamente á fin de que los pichincheros que han comprado terrenos baratos, ganasen más que los que han comprado terrenos caros. « En Inglaterra, decía Bismarck en 1876, mientras ha habido una sola línea entre dos grandes localidades, el precio de transporte era por tonelada 14 chelines; cuando la 2ª línea concurrente ha sido construída, el precio ha subido á 22 chelines, y á 28 cuando se ha hecho la 3ª, porque el mismo tráfico debe pagar los intereses de tres líneas en lugar de una.

La deplorable y azás instructiva historia de nuestros bancos oficiales que jamás deberíamos echar en saco roto si no queremos de nuevo cosechar descrédito y vergüenzas, podría ser encabezada: *de como las gentes*

demasiado vivas aun con el máximum de talento é ilustración son totalmente incapaces de administrar bienes ajenos allí donde predomine el espíritu logrero.— Se decía entonces que el Banco de la Provincia era el tercero en el mundo cuando á un nuevo inventor de la pólvora se le ocurrió la idea de reclutar amigos políticos por medio del descuento de pagarés á perpetuidad, y, visto el éxito en la Capital, se pensó también en ensanchar á toda la república las sucursales de influencia electoral del Hipotecario, á lo menos. Uno de esos ciudadanos argentinos cuyo estado normal es el estado de insolvencia crónica por incapacidad consuetudinaria para levantar los recursos hasta el nivel de las necesidades ó rebajar las necesidades hasta el nivel de los recursos, llegaba un día loco de contento á la lista de tarde: había encontrado poco menos que la cuadratura del círculo. — Con sólo 15 días de asistencia al club Tal, dijo, he conseguido un descuento de treinta mil pesos; á los tenientes les dan tanto, á los alférez cuanto. No sean zonzos y apresúrense.» Así fué el principio del fin. Los « bancos libres » fueron fundados entre el 87 y el 89. Al empezar el año 90 todos estaban fundidos. En menos de dos años la viveza criolla había devorado, entre lo viejo y lo nuevo, más de 200 millones de pesos oro á los cuales los ideales criollos les dieron un destino de juego, ostentación y diversión, haciendo correr por terreno estéril el riego fecundante del dinero alquilado al 7 %.

Cuesta diez veces más trabajo, dice Tillotson, representar lo que se quiere parecer que serlo efectivamente, y es muy cierto, pero en ser lo que se parece no hay viveza, y en parecer lo que no se es hay viveza, y en los pueblos orientados por el espíritu de viveza el medio ambiente presta una aureola de prestigio al que gana la plata con habilidades, al empleado que cobra sueldo por no hacer nada, al que asciende sin méritos y, en fin, á todo el que, en vez de trabajar, hace diabluras. Pero

todo se paga, y la pobreza nacional es el precio de la viveza nacional.

En este crisol en que se están fundiendo tantas razas diferentes y parecidas, hay mucha escoria y es prudente espumarla con tiempo, mediante una educación sensata para que no quede incorporada al metal y le rebaje su ley.

PERDONE LA LETRA Y EL PAPEL

Usted está aún ligado á la tierra y sin embargo, se da usted las apariencias de un semiburgués, lleva usted un sobretodo, se pone guantes....Eso no está bueno.

TOLSTOI.

En todo resalta como residuo de la caballería de otros tiempos en nuestro espíritu la enorme importancia de lo superficial.

En aquel tiempo en que la imbecilidad era tanta que era necesario forcejear y sudar para meter los pies en las botas elegantes, que imposibilitaban casi para caminar y sin casi para correr, y que no era chacota la sentencia de aquel gobernador de Córdoba que, encontrando benigna la pena de arresto para un delincuente cargoso, mandó que lo peinasen, le pusieran botas y le dieran chocolate—hirviendo—que era como se lo habían servido á su excelencia al recibirse del cargo ; en ese tiempo ó mucho después, entré con botines de taco chato y suela gruesa, en un baile de acordeón y guitarra, en el cual mis camaradas hacían sus pininos de elegancia de medio pelo. ¡Los que no lo hayan presenciado no pueden hacerse idea de lo que fué aquel acontecimiento ! Veinte años después, y ya doctores, y todavía con taco alto,— « ¿ te acuerdas, me decían, de aquel baile en que entraste con zapatos grandes ? » Refiriendo, más tarde, á los compañeros, que un profesor me había dicho en el tranway que el traje militar no me sentaba — « ¿ y no le diste una trompada ? »,

me interpelaron, sobre la base de que era muy grave ofensa decirle á un hombre que, de militar, parecía civil y de civil parecía militar,—lo cual, con perdón de ustedes,—ha sido siempre mi caso. Por ese entonces, un amigo me hace demorar mi viaje para que nos fuésemos juntos, y en el camino, como la mensajería se detuviese en casa de unos parientes de él, presenta á todos los pasajeros que iban bien vestidos y me deja plantado junto á un pilar en casa ajena, con mi traje de tropa, que hacía más agravante mi piel de tropa. En la facultad de derecho, para los condiscípulos de lujo, yo era en la calle un conocido ó un desconocido, según que anduviese con sombrero duro ó con sombrero blando.

« Tienen coche personas de toda clase social, siendo muy afecta á la ostentación en todas partes la gente de raza latina, y sucediendo aquí que los españoles, italianos y los argentinos de pocos recursos aguantan el hambre durante la semana con tal de dar un paseo en carruaje el domingo» (F. C. Carpenter). No son pocos, desgraciadamente, los jóvenes que teniendo por toda propiedad un baúl y una percha, andan por la calle en las tardes con sombrero de felpa, botín de charol y guantes, esperando la fortuna de todas partes menos de su trabajo. « Si se debe llamar locura la vanidad de las mujeres, dice Constantini, merecen una jaula los hombres que dedican sus pensamientos á esas necedades ».

Claro está que con esas disposiciones teníamos que llegar á esta civilización de guante blanco con ilustración de ateneo. Los mismos defectos de personas en la justicia no podemos verlos ni corregirlos sino en las leyes, razón por la cual ni siquiera se aminoran. Nada más acabado que los refranes árabes y los códigos argentinos, ni nada más echado á perder que la conducta de los árabes y la justicia de los argentinos. Estas perfecciones de pensamiento, de formas y reglamentos, se alcanzan, en efecto, como la elegancia del gomoso:

no haciendo sino eso solo. « ¿Qué es una vocación sino una atención que encuentra su vía y se orienta para toda la vida? » (Ribot). « La sociedad no es más nueva, en efecto, en Boston que en Río Janeiro ó en el Plata, y sin embargo, en el Brasil, en la Argentina, en Méjico los trajes son variados y de colores brillantes. Un rico propietario de *hacienda* no consentiría en subir al tramway con un completo de color obscuro; no sale de su casa si no es sobre un caballo soberbio, magníficamente enjaezado, y seguido de su mayordomo; su silla, sus espuelas, su manta, su chambergo, proclaman su riqueza y su rango; hay, pues, en la escasa importancia atribuída á la vestimenta entre los yankees otra cosa que la juventud de la América.

« La razón primera está en la ausencia general de formalismo que reina en los Estados Unidos. No hay ni el tiempo ni el gusto de detenerse en detalles de tocador en una sociedad donde cada uno quiere hacerse una situación independiente. No es posible allí embarazarse en tales miserias y se les atribuye poco valor porque se atribuye mucho valor á otra cosa. Un jóven español se preocupa infinitamente del efecto que produce con su porte, y muy poco de ganar él mismo el dinero que debe á su sastre. Si su padre quiere encargarse de saldar sus facturas, se sentirá más cómodo para encargar trajes soberbios, y sus amigos tendrán para él una consideración tanto más señalada. El joven yankee pone toda su gloria en otra cosa y gana más simpatías llevando una camisa de franela debida á su trabajo que no el traje de corte elegante pagado por otro. Con semejantes ideas las distinciones fundadas sobre la vestimenta y el penacho pierden su prestigio ». (*Vie americaine*).

De los Estados Unidos de N. A. hemos adoptado la constitución de los blancos y las inclinaciones de los negros. De los blancos que ponen en la conducta personal los sacrificios que nosotros ponemos en el traje, que prefieren la independencia á la figuración y que aún á los paseos públicos van descuidados en el vestido

y la montura, á tomar aire y no á mostrarse, dice Paul de Rousiers : *on se vêtit plutot qu'on ne s'habille.* « En Filadelfia, dice el mismo, casi en el centro de la ciudad, se encuentran calles bordeadas de miserables casuchos y residuos de toda clase : allí viven los negros, rebeldes al aseo y á la *respectability,* que los domingos se pasean con guantes gris perla, de 10 á 12 francos, un enorme cigarro entre sus gruesos labios y una levita negra que se abre sobre un chaleco deslumbrante de blancura. Este despliegue exterior les agrada mucho más que la independencia de un alojamiento separado y personal. Son gentes de penacho».

La perfectibilidad, que es un atributo de la naturaleza humana, permite á cada hombre adquirir capacidad específica en el orden de funciones para que se haya preparado acumulando esfuerzos sucesivos, y como nos hemos preparado especialmente para la tarea de hacer figura, tenemos una gran capacidad específica para la *mise en scène.* Pero el lujo no es confort, ni el confort es lujo.

Tenemos todavía una franca injusticia de paz,—en esto hemos andado y desandado, hemos hecho y deshecho, pero no hemos acumulado esfuerzos, — y ya nuestra Opera puede competir en elegancia y esplendor más ó menos hipotecados y prematuros pero visibles, con el Govent Garden de Londres y la Grand Ópera de París, y de ello estamos altamente orgullosos. « Entre las cosas necesarias es necesario poner en primer término las superfluas ». Así define Taine la *High Life.* « La Ópera es considerada en Buenos Aires mucho más aún como un acontecimiento social que como una sesión de música. No podría dar una idea exacta de la *importancia que se atribuye al vestir....* Los palcos se toman generalmente por la temporada, prefiriendo un elegante argentino vender la camisa y llevar pechera y cuellos postizos, á renunciar su parte en el palco de la Ópera» (F. C. Carpenter).

Un jovencito provinciano, de levita, botín de charol

y sombrero de felpa, le presenta en su despacho al presidente Avellaneda una carta de recomendación solicitando un empleo de escribiente.

—Mi amigo, — le dijo el doctor Avellaneda,— ¿no tendría Vd. por casualidad, un saco, un chambergo y unos zapatos de becerro?

—Si señor, si tengo, se apresuró á contestar el aspirante.

—Bueno, pues; póngaselos y llévele esta tarjeta mía al presidente de la contaduría, porque con ese traje correría Vd. riesgo de que lo tomase por un ocioso y no lo emplease ».

En viaje al Paraguay, el vapor se detuvo en Bella Vista y, aprovechando la demora, algunos pasajeros bajamos á tierra. Recorriendo el pueblecito, encontramos por los últimos ranchos, en un pobre almacén, un jovencito que era el dependiente, mestizo de guaraní, según las nacientes chuzas que llevaba por bigote, el cual nos llamó la atención por su particular elegancia que desafinaba con su ubicación. Lo urgamos en un rato de conversación, y el señor G...., que regresaba de un viaje á Europa, lo comparó con los campesinos del Tirol, y creyó encontrar una muestra de la disposición de los argentinos para el progreso en ese joven mestizo que en rincón apartado daba tan visibles señales de su deseo de ir á más....¡Ay! para el progreso de sastrería, no para la independencia personal. Ese botón de progreso ganaba 15 pesos de sueldo y gastaba 20 en endomingarse. El propio sastre que le había fiado la elegancia y á la sazón lo estaba pleiteando en el juzgado de paz, fué quien á poco andar, echó nuestras ilusiones al suelo, *comme des hirondelles blessées*.

Mariano Rosas, el hijo del célebre cacique, era el más elegante de mis condiscípulos, y en doce años de encarnizados esfuerzos intelectuales apenas consiguió, el infeliz, aprender pasablemente á tocar el piano cuando se lo llevó la tisis.

«En cada objeto hay una significación inagotable: el ojo humano ve á proporción de los medios de ver que lleva » (Carlyle). «¡Cómo sancionaremos á fardo cerrado un código entero de leyes! decía un senador famoso por su ignorancia en materias legales.—¡Para qué abriría el libro el señor senador, respondía instantáneamente el doctor Vélez, si después de abrirlo va á encontrar que tiene los ojos cerrados!» (Avellaneda). Nuestro ojo está educado para ver las formas é ineducado para ver el fondo de las cosas. «La opinión pública estima al hombre no por su valor real, sino por su diploma » (Leclerc). «Las exterioridades constituyen el barniz del hombre», dice Schiller, y constituyen también la cosa por la cual le juzgamos, los que no tenemos el hábito de inducir lo de adentro por lo de afuera, y tomamos lo de afuera por lo de adentro. Nuestro oído también está afinado para el elogio que adormece y destemplado para la crítica que corrige irritando.

En todo funcionamos como una inmensa sociedad de alabanza mutua, partiendo de la base caprichosa de que todo lo que es argentino es bueno y grande y glorioso por esa circunstancia y porque el país tiene tres millones de kilómetros cuadrados. «El amor propio dilata el medio en que vivimos, y agranda el todo de que hacemos parte.» (Petit-Senn).

Y hombres del talento y de la orientación de *Ignotus,* el corresponsal de *La Nación* en Washington, dicen que, «lo que necesitamos es hacernos conocer», padeciendo esa incurable ilusión de los sudamericanos, que creen que basta predicar en los otros el concepto en que nos tenemos, para valer en el espíritu de ellos lo que valemos en nuestro espíritu: cuestión de propaganda y habilidad diplomática; cuestión de andar por el exterior bien vestido y bien montado en estadistas de campanillas; que nos den bombo nuestros diplomáticos, que desmientan todo lo malo que se diga de nosotros; que protesten enérgicamente si alguien

dice por allá que los gerentes de nuestro Banco de la Nación, en algunas provincias, tienen que pagar con el lomo su negativa á prestarles plata á los personajes oficiales insolventes, que tienen la obligación de «dar el ejemplo para la canalla»; en fin, que subvencionen á la prensa extranjera para que hable bien de nosotros, y asunto concluído. La buena conducta reducida á «cuidar los diarios». ¡Qué esperanza! Lo que se necesita son estas tres cosas buenas: limpiarse, corregirse y enmendarse. «Para los individuos, como para las naciones, la consideración, la influencia, dependen más de su propia conducta....que de las estipulaciones diplomáticas ...Soy de parecer, y lo he dicho en ocasiones solemnes, que la Providencia es amiga de los batallones grandes y aún más amiga de los batallones dotados de mejores cualidades.» (Cavour).

El hombre y el pueblo que valen no tienen necesidad de alabarse ellos mismos, como los dentistas ambulantes; ni historiadores á sueldo, ni partidas para gastos de propaganda en sus presupuestos. ¿Cuándo nos convenceremos nosotros de que, en definitiva, lo malo que se diga de un hombre ó de un pueblo, no les perjudican en más de lo que realmente sean malos y no quieran sanar? ¿Hay, por ejemplo, en este momento, hombres contra los cuales hayamos gastado más maldades y más desperdiciadas que el general Mitre, el general Roca y el doctor Pellegrini? Y por otro lado, ¡cuántos prohombres de propaganda se han ido en humo, mucho antes de que se apagara el ruido de las aclamaciones! ¡Si á los que no valen, el hacerse conocer demasiado no les sirve sino para caer de más alto, como nos sucedió desde aquel palacio de dos millones de francos de la última exposición de París! Empeñarse en que una persona ó un pueblo valgan más porque sí, que los que valen más de hecho, es una zoncera muy practicada y muy inútil, y también derivada de esa superstición del bombo que puede dar

méritos postizos pero no puede dar ni quitar méritos de hecho, más eficaces cuanto menos gritados. También ha sido el doctor Juárez el que más ha practicado la propaganda, entre nosotros, y el resultado está á la vista. No basta la reputación para ir á Berlín. «No es con estallidos de sentimentalismo, sino con una bien diferente especie de municiones que un hombre debe afrontar el mundo», dice Carlyle.

Donde hay mercado para las apariencias florece la mistificación. Esa afición á los méritos externos tan desarrollada en los pueblos del Asia y del Africa, que aquí fomenta la literatura de relumbrón y la chafalonía en la indumentaria del gaucho, es un síntoma de atraso moral, es la prueba de que, en el camino del progreso no han llegado todavía « al tiempo en que el hombre se cuida de no engañar él á su vecino », y señal también de que las gentes tienen el espíritu perezoso y se juzgan entre sí por la encuadernación, induciéndose recíprocamente á cuidar la encuadernación como las mujeres.

En Córdoba se llegó hasta dictar un decreto prohibiendo que las chinas usaran medias de seda para que no se confundiesen con las señoras. « Los persas, dice Carla Serena, tienen por los trajes vistosos la vanidad de las mujeres coquetas». Así son todos los orientales. En París, en el siglo pasado, Benjamín Franklin representa á su país en la corte más elegante con prendas de vestir mal confeccionadas y de pobre calidad, porque son industrias de su tierra y quiere protegerlas. En el siglo presente, el general Ruiz Huidobro, español, teniente de Facundo, llevaba una invasión á los indios de la Pampa, en coche, confiscado por supuesto, con 365 camisas y una colección de trajes de paños de París, para variar todos los días su elegancia. (D. Hudson).

En nuestra raza no han cundido sino las religiones aparatosas y la literatura de hinchazón. La hipérbole es la figura de retórica que tiene más mercado, aún

fuera de los cementerios. En todo se revela nuestra vocación para el oropel, la frivolidad que da mucha importancia á las cosas que de suyo tienen poca y poca á las que de suyo tienen mucha. Leo en *Richelieu* que las cuestiones de *préséance* agitaban la vida urbana en Francia en los siglos XVI y XVII, originando pleitos, duelos y guerras, y un corresponsal de *L'illustration* escribe del Tonquín que, «las cuestiones de precedencia son la ocasión de mil querellas graves, muy graves. ¡Pensad, pues, que la esposa del jefe de la oficina tal ha sido colocada sobre la tribuna de honor adelante ó atrás de la esposa del director de trabajos públicos, que un residente ha tomado la derecha á un coronel! »

«En Francia, un hombre de la alta sociedad tiene fácilmente la impresión de que el vecino que se eleva lo perjudica; es que nuestro país se parece un poco á una reducida sala de espectáculo en que todas las localidades buenas están tomadas por abono: no se puede aumentar indefinidamente el número, es necesario sacarlas á concurso, y los que las ocupan ven con pena aumentar el número de los concurrentes que amenazan su tranquilo goce. La América es un vasto circo en que las localidades sobran » .... (Rousiers). La del norte, se entiende; la del sur es como la Francia, con personajes de abono y sietemesinos apurados que relaman su sitio para *hacerse conocer*.

Cuando los hombres se estiman por el lugar relativo que ocupan en la jerarquía, tienen que estrellarse mutuamente en virtud de aquella ley física según la cual dos cuerpos no pueden ocupar el mismo espacio, y Carrera tiene que dejar que O'Higgins sea vencido en Rancagua para que deje vacante el puesto de caudillo principal á que aspira, y los grandes patriotas vencidos del año 20 tienen que hacer una revolución cada tres meses para recuperar el puesto que les corresponde, porque «no se puede negar que las instituciones democráticas desarrollen hasta un grado superior el senti-

miento de la envidia » (Tocqueville), y que entre nosotros la envidia no ha tenido más que un solo hartadero: el mando. Pero, que se estimen por su valer intrínseco, y el mundo resultará grande para todos: nadie estorbará á nadie; no habrá izquierda ni derecha, desde que cada uno actúe en sitio distinto. En N. A., dice Rousiers, « hay cocineros franceses que disfrutan sueldo de general de división. » « El gentil hombre americano entiende perfectamente las bromas, pero si le llamáis senador ó diputado, os acusará por difamación ». (Max O'Rell).

Nuestro concepto del valer personal contiene el de supremacía; en eso tenía que venir á parar lo que Juan A. García (hijo) llama el culto nacional del coraje; «donde bala este toro no bala ningún ternero» dice el gaucho en la epopeya popular. « Detrás del ministro está el hombre y detrás del hombre está el toro », decía un ministro de justicia, culto é instrucción pública, católico de profesión, por añadidura. Para hacernos independientes, declaramos oprobiosa la dependencia en cuerpo y como gloriosa no ya la independencia sino la dominación: lo más. Rebajados: deshonrados. Informado nuestro pueblo en el espíritu caballeresco, no se le podía mover por motivos de conveniencia y utilidad: por intereses materiales no moverá un pelo; por la gloria se hará matar. Para que se levantase contra el impuesto del timbre hubiera sido necesario demostrarle que era ignominioso, y en seguida se hubiera rehusado á pagar los impuestos locales.

La gloria es un resorte de pelea, pero no es un resorte de gobierno. Por eso los españoles no han sabido gobernarse ellos ni han sabido crear sobre la tierra un solo pueblo que supiera gobernarse. Después de 400 años de dominación suya en Cuba « los cubanos son menos aptos para gobernarse á sí mismos que el infierno para depósito de pólvora », dice el general Shafter.

No conocíamos la libertad más que de oídas y no pudimos detenernos en ella por no saber dónde estaba ni en que consistía, y aún hoy, todavía podemos decir que « es una bella mariposa, tras la cual andan los gobiernos á la rebatiña y los pueblos á la gallina ciega.» Pasamos de largo: la igualdad tenía « la sien coronada de laureles y á sus plantas rendido un león.» Los laureles se hicieron artículo de lujo, que es decir, de primera necesidad y la situación de vencido, que esa era la postura real del león, vencido era lo mismo que degradado. La situación del partido que no estaba encima se llamaba « oprobiosa ». A las circunstancias que en todas partes hacen incómoda esa situación, se agregó un motivo imaginario que la hizo intolerable: vencido: agraviado en el honor de mandar; herido en los laureles. Recién se hizo medio soportable más tarde, cuando se descubrió que la derrota por el fraude era un triunfo glorioso.

La misma situación de dependiente no era decorosa y « las facultades extraordinarias » remediaron ese inconveniente. « Escárbese » ahora mismo á los hombres más representativos, y se les encontrará ofendidos en su honor por una postergación, por un desaire, por una disminución de facultades ó de jerarquía y nunca por una porquería de mano propia. Su honor no se ofende cuando hacen ellos las cochinadas sino cuando las hacen otros. Ni se les ocurre que su honor pueda ser perjudicado por una mala acción propia, ni por veinte, pero si bala el ternero, ó les pisan el poncho, ó les mojan la oreja, padrinos á la fija.

No se puede vivir en desacuerdo con sus propios actos, y, por tanto, el que no acomoda sus actos á su conciencia, acomoda su conciencia á sus actos.

La debilidad de carácter trae por consecuencia forzosa la conciencia de manga ancha, como el invierno trae el sobretodo. A lo que no puede acomodarla, — porque en sus tres cuartos consiste en puro espíritu de figuración, — es á los actos y á los pensamientos de otro.

Aquí, cuando un hombre le dice á otro hombre: lo desprecio, ¡Santa Barbara! ¡es peor que si le cayese encima la catedral!

« Y es que los sicólogos, que creen que están en paz con su conciencia, no conocen que lo que hacen és estar en amores con su propio egoísmo » (Campoamor). « Cualquiera puede llegar á creer casi todo aquello que se halla inclinado á creer, y que entiende que es conveniente ú oportuno mantener. De consiguiente, algunas personas que se describen, y en cierta manera con exactitud, como « que sólo siguen los dictados de su conciencia » lo hacen del mismo modo que de una persona sentada en un carruaje puede decirse que sigue á sus caballos, que sin embargo van donde quiera que él los guía » (Whately). « La gran desgracia, la desgracia que pierde á millares de seres humanos, está en que estos viven tontamente, que no viven según *su propia* conciencia. Le sustituyen otra más alta á veces que la suya, (la conciencia de Cristo, por ejemplo); y como no tienen fuerzas para vivir según una confianza superior á la suya, no viven ni según ésta ni según la otra, de modo que viven sin conciencia. Esta es una gran desgracia. Y nada es más indispensable para cada uno de nosotros, que descubrir en el fondo de nuestra alma nuestra propia conciencia y vivir conforme á ella, en vez de buscarnos una extraña y no poder seguirla, y mentir, mentir, mentir siempre, para apreciar acomodándonos á una conciencia ajena.» (Tolstoi).

«Los poetas tienen á la luna por el astro más sereno y apacible, y no obstante, á los rabiosos se les llama lunáticos », dice una personita que conozco mucho. Será, sin duda, por la misma sinrazón que hace que, á los que carecen de voluntad para gobernar su temperamento y dirigir su bestia sometiendo sus actos á la moral y optan por el cuestabajo de someter la moral, la razón y la justicia á sus actos, se les llame, « voluntariosos »,

á esos que no quieren acomodar sus actos al bien y quieren que el bien se acomode á sus actos: que de cualquier modo que hayan sido se les tenga por buenos porque eran de ellos, nada más «... los orgullosos testarudos que el amor propio apega á sus crímenes y que recomenzarían antes que confesarse culpables », dice Taine.

Puede ser que ande por medio algún sentimiento mezquino, — uno mismo no sabe, á veces, lo que tiene dentro del cuerpo, — pero siempre he tenido miedo de los que defienden su mala conducta, pues si la encuentran buena, es natural que, estando inclinados al bien, la vuelvan á perpetrar. «La razón no es natural al hombre ni universal en la humanidad; su influencia es pequeña ... Solo en algunas inteligencias lúcidas puede reinar, porque no encuentra rivales y aún no ocupa el primer lugar, que pertenece á otras potencias nacidas con nosotros y que, á títulos de primeros ocupantes quedan en posesión del alojamiento. El lugar que la razón obtiene allí es siempre estrecho; su oficio es muy á menudo secundario. Abiertamente ó en secreto, no es más que un subalterno cómodo, un abogado doméstico y perpetuamente subordinado, que los propietarios emplean en pleitear sus negocios; si le ceden el lugar en público es por decencia. Aman proclamarla soberana legítima, pero jamás le dejan sobre ellos más que una autoridad pasajera, y bajo su gobierno nominal, son amos de la casa. Esos amos del hombre son el temperamento físico, las necesidades corporales, el instinto animal, el preconcepto hereditario, la imaginación, en general la pasión dominante, más particularmente el interés personal, de familia, de casta, de partido.» (Taine).

« Saber imponerse privaciones es la base del gobierno de sí mismo ». Esta me parece la mejor definición, porque esto enflaquece el poder de esos amos que describe Taine, desde que, en ellos también, *l'appetit vient en mangeant,* y que solamente por la frugalidad de vanidades puede un hombre repetirse delante de todos los

instrumentos perfeccionados de perder el tiempo, el dinero, la salud, la conciencia, y el seso, ó siquiera delante de los peores, aquella frase de Sócrates delante de una exhibición de atavíos en venta: « ¡cuantas cosas hay aquí que yo no necesito!»

Eso y el amor al trabajo para no verse obligado á emplear la razón como abogado de su pereza, la mentira como escudo de sus faltas y la viveza como auxiliar de sus apetitos, *eso es la libertad personal, y no hay otra.*

«El que confiesa un yerro demuestra ser hoy mejor que cuando lo cometió;» el que sigue sosteniendo que fué un acierto demuestra ser hoy tan peligroso como ayer. Esta es una regla tan segura para reconocer á los estadistas superficiales, como la coartada para descubrir á los verdaderos criminales. Nadie se cura en salud preparando pruebas de su inocencia en un delito cuyos pormenores ignora, y nadie abandona los remedios en plena enfermedad, ni renuncia al engaño en plena mistificación. Los estadistas de oropel, como castillo de naipes que son, no pueden confesar un yerro sin poner en peligro todo el edificio que está hecho de ese mismo material, quiero decir, de errores con *claque* ó con bayonetas. Así, su acierto es de una pieza desde el principio hasta el fin. Su conducta no es un programa, un ensayo, una conjetura á verificar con los resultados y á variar con los resultados, sino una verdad definitiva á imponer con la fuerza ó á mantener con la polémica, según la circunstancias y las épocas. «La fuerza de las convicciones» se pierde con una « claudicación ». La autoridad, que para ellos no consiste en acertar muchas veces y errar pocas, sino en la facultad de acertar siempre, á lo profeta, en no equivocarse nunca, se pierde cuando se conoce la verdad y se conserva perseverando en el error. Como no buscan adquirir la capacidad, sino representar la comedia de la capacidad, han falsificado á la naturaleza, excluyendo de su papel la facultad de equivocarse, y en esa simulación de la

infalibilidad las sospechas de equivocación son calumnias y á defecto de los recursos de la inquisición las dudas irreverentes se aplastan con «una protesta enérgica», exactamente como en la comedia de la dignidad que representan los tunantes.

La única consecuencia de esto es que, imitadores inconscientes del rey Lear, no recogen ni juntan experiencia, porque la experiencia no consiste solamente en tropezar, sino en tropezar y reflexionar sobre los tropezones, y el que de puro vanidoso ni siquiera sabe que ha errado, vuelve á errar, como si tal cosa, es decir, como los españoles que la insurrección última de Cuba encontró en el mismo estado en que los conocimos nosotros en 1810.

« Todo el mundo se equivoca. El que nunca se equivoca no hará nada jamás.» Pero no se debe incurrir en el mismo error dos veces. Que vuestros errores os sirvan de lección, con lo cual se convertirán en peldaños para conduciros á una vida superior» (Lubbock). «No sabéis de dónde proceden mis triunfos? He cometido errores; pero mis adversarios los han cometido en mayor número y más graves», decía Marlborough.

« Hay una multitud de gentes que no han tenido más que una sola idea en toda su vida y con la cual jamás se han puesto en contradicción.

«No soy de esos; aprendo de la vida; aprendo mientras existo, aprendo aún hoy. Es posible que en un año ó en algunos años, si vivo aún, considere como un falso punto de vista lo que he defendido hoy, y que me asombre de haber sido en otro tiempo de semejante opinión.

«Si vosotros, señores, no habéis hecho jamás en vosotros mismos una experiencia parecida: si jamás os habéis preguntado: ¿cómo he podido realmente hace 30, 20, 10 años, tener semejante idea? y si jamás con la sonrisa superior del que entretanto ha llegado á más, no habéis echado una mirada hácia atrás sobre vuestras propias necedades, en tal caso no puedo

haceros sino esta recomendación: empezad, por tarde que sea, empezad este estudio de vosotros mismos; pues estáis entonces más en retardo con respecto al famoso *conócete á tí mismo* que debería ser todo el que quiera hablar sobre los más grandes intereses del estado. Infalible, señores, nadie puede serlo.» (Bismarck).

«Pretende (Juan C. Gomez) que el piloto que navega contra el viento y las olas en vez de servirse de ellas para llegar á puerto, es el único que tiene rumbo y derrotero» (B. Mitre). En estas *neocracias,* en efecto, se pretende cohonestar lo prematuro y lo atolondrado de la actuación con el estacionamiento relativo de las ideas, al revés del «*puruva*» que es el vino malo improvisado con uva buena.

—« Mis convicciones de toda la vida», dicen los estadistas de 25 años. Tras de ser flamantes vienen con sus ideas fiambres, que no han renovado ni corregido porque en el país se entiende que las ideas son como el vino, mientras más viejas mejores, y que el mérito principal de un hombre en esta materia es la fidelidad á sus primeros errores, la inflexibilidad en sus principios políticos: «no cambiar de opinión como de camisa.» Desgraciamente, á las opiniones les suele suceder lo que á las camisas, que en los sujetos de malas costumbres se ponen á la miseria. Juan C. Gomez le reprochaba al general Mitre el haberse plegado á las necesidades de la época, en vez de someterlas á sus doctrinas contra viento y marea, reeditando el error de Rivadavia, que quería que el país se plegase á él porque sus ideas eran grandiosas. «Nos reprocha por haber cambiado el timón cuando ha cambiado el viento, decía Bismarck. Pero, ¿hay otra cosa que hacer cuando se navega, que cambiar el timón según el viento á menos que se quiera hacer el viento uno mismo?»

La historia ha elegido por nosotros, dice Taine, y un elemento sicológico explica una civilización. Tres siglos de educación del espíritu para lo superfluo nos

traían abocados fatalmente á una guerra de 20 años por la piel del oso.

La diferencia entre la forma unitaria ó la federal, ó entre la federal y la unitaria, no valía 30 años de guerra, ni tres, pero la gloria de triunfar bajo una forma ó bajo la otra, valía todos los degüellos. «¿Sabéis cuál es la peor de las constituciones?, dice Philaréte Chasles — La que se hace para imponerla por fuerza». ¿Sabéis cuál es la más gloriosa? Aquella en cuyo nombre se ha desterrado y fusilado al adversario; aquella forma bajo la cual, libre de peligro, se ha visto fracasar al rival. Lo que Sarmiento llamaba civilización y barbarie era en el fondo una lucha de preeminencias; el objeto, el móvil, era colocarse los unos encima de los otros, tener prestigio, mandar y hacer figura, mucha figura. La aparatosa petulancia oficial de Rivadavia no tuvo menos parte que la necia libertad de cultos y las reformas sin necesidad en enconar el furor de figuración que la guerra de la independencia había despertado en todo el país. «Los girondinos, en su calidad de filósofos, son más iconoclastas, más intolerantes que nadie, dice Taine, y no hay motivo para preferirlos á sus adversarios».

«El gobierno de los hombres es cosa tan difícil y delicada, que exige ante todo que para conducirlos no se principie por exasperarlos. Ciertamente, se debe tener el propósito de hacerlos mejores, pero se debe comenzar por tomarlos como son. La primera ley de la política es pretender solamente lo posible» (Boissier). Y aquí es necesario cuidarlos y contentarlos en la encuadernación, que es lo esencial, salvo las excepciones. Mi hermano solía andar reventado de trabajo y reventando de fastidio por el tiempo que le hacían perder en la sala, mientras la señora de la casa se engalanaba «para recibir al médico», que no sabía, como otros, encontrar en esos atavíos externos compensación para su tiempo perdido. Pero á tanto llega el

culto de lo superficial, que las personas que escriben una carta llena de pechadas, disparates, y majaderías consideran eso tan insignificante y natural, que solo piden disculpa por la letra y el papel, y yo también sometiéndome á la ley de la tierra, al terminar esta primera parte del *Manual de imbecilidades argentinas* pido perdón por el título.

LO QUE RELUMBRA

En Inglaterra el patriotismo exagera los defectos para apresurar la compostura.

LECLERC.

No se sabe estimar sino lo que se sabe gustar. Del paladar del público dependen los méritos con que se adornan los ciudadanos como las legumbres que se llevan al mercado. Sabemos aplaudir el talento porque sabemos disfrutarlo, así consista en los destellos del cognac. La energía física y moral para vencer cuestarribas, superar obstáculos y decir que no, carece de admiradores y le sobran enconos. El talento brillante, la ilustración patentada y la superioridad de pelaje tienen valor corriente en el público y la energía para el trabajo no se cotiza en la *vida social,* donde no hablan los hechos, sino las apariencias. Cada uno convierte, pues, su capital en chafalonía y todas sus energías en talento y elegancia, porque lo que todos admiran todos quieren tenerlo para ser admirados, del propio modo que al llegar á un país se cambia la moneda que se lleva y que allí no tiene curso, por la que es corriente en ese lugar.

«¿Por qué, dice Tillotson, un hombre disimula ó semeja ser lo que no es, sino porque es bueno tener la calidad que se quiere representar?» (Taine). «Muchos jóvenes brillantes y distinguidos se parecen á esas plantas que llevan flores dobles, pero no frutos». (Lubbock-Gœthe). Se parecen por fuera á lo que es inú-

til por dentro, precisamente porque la sociedad, amando las flores dobles, ha hecho abortar la fruta en pétalos; la riqueza material en riqueza espiritual, el bienestar en gloria.

En consecuencia, hemos aprendido á convertir la energía en ideas y no en ideas acertadas, sino en ideas boyantes, y no hemos aprendido á convertirla en acción útil. *Enriquecer* el diario de sesiones del Congreso ha sido siempre el sueño *dorado* de los hombres importantes. «Es, en efecto, dice Demolins, la desgracia de nuestro régimen legislativo exigir de los ministros más aptitud para la palabra que para los negocios, más aptitudes brillantes que calidades sólidas».

Aquí el que tiene *una idea* anda tan contento como si llevase en su mollera un ferrocarril listo para ser tendido en cualquier parte y entregado al servicio público, porque tanto como no sabemos gobernar la conducta, sabemos gobernar el pensamiento. «Es más fácil pensar que obrar. Se necesita muchas más calidades y facultades para ejecutar que para proyectar», dice el doctor Pellegrini, pero en esto hay mucho de predisposición. El individuo en quien las facultades de ejecutar se hayan desarrollado en mayor escala, podría decir exactamente lo contrario. De hecho, hay personas que tienen más facilidad para producir cien toneladas de trigo ó para elaborar dos mil pares de botas que no para hilvanar un proyecto de constitución ó un solo discurso aguantable. Cuestión de cultivar más el talento que la voluntad ó la voluntad más que el talento. Los ingleses, velay, tienen más facilidad para devolver una trompada que para sacar la madre; nosotros, al revés.

«Los jóvenes que se aficionan al box pueden, más fácilmente que nuestros jóvenes bachilleres, instalarse en un *rancho* ó en una hacienda; allí encuentran empleo su fuerza muscular y el hábito de emplearla. Les es útil adquirir un gran desarrollo físico para ha-

cerse una situación, como necesitamos nosotros en Francia pasar en los exámenes para llegar á ser funcionarios.» (Rousiers).

No sólo de preferencia sino hasta de exclusividad cultivamos nosotros el talento. Los extranjeros notan en seguida que ese artículo es muy abundante en el elemento indígena, y, por supuesto, cuando lo dicen, nos quedamos tan contentos y agradecidos como los gatos cuando les rascan el lomo.

Pero ¿cómo se entiende que lo más abundante y espontáneo es también lo más valioso? Es que los modos de ser están sujetos al sufragio universal tácito: son contagiosos como las modas en el vestir. Cada uno alaba sus méritos en los otros. Aplaudimos en los demás lo que nos gustaría ver aplaudido en nosotros, y no hay diferencia fundamental entre el ateneista que aplaude flores de retórica y el compadre de arrabales que celebra las cuchufletas soeces y el sombrero en la nuca. La virtud nacional es un defecto en mayoría; el chilenismo, v. gr., es un gran mérito en el país de la chicha. «No creemos que tengan buen sentido sino aquellos que son de nuestra opinión», dice La Rochefoucauld.

En las cualidades personales se invierten las leyes económicas: lo que más abunda es lo que más se estima, porque hay un mayor número de interesados en que valga más, aunque sirva para ir á menos. «En Alemania la manía clásica hace más víctimas que la difteria unida á la influenza» (Le Roux). Los débiles se ahorran así el rudo trabajo de ser fuertes sólo con llamarle fuerza á la debilidad. El ideal y no el trabajo es el que hace la grandeza de los pueblos. La pobreza, la mugre y la ignorancia no están reñidas, sino casadas con la gloria. El bienestar material y el *comfort,* que no se pueden alcanzar sin la riqueza, son «materialismo abyecto», mientras «el espiritualismo noble y elevado» dignifica la ociosidad y poetiza la miseria. Así es como en los pueblos asoleados los principales

vicios nacionales son al mismo tiempo las principales virtudes nacionales. «Se confiesa la pereza, dice La Bruyére, en términos que signifiquen desinterés y que se está curado de la ambición».

Pero el mismo Núñez de Arce, poeta y todo, certifica con amargura que: «La debilidad es el único crimen que en nuestros días calamitosos y perturbados no perdonan ni los hombres ni la naturaleza». Dios no ha querido, en efecto, que los hombres crecieran y se multiplicaran cantando á la luna, por toda ocupación presente, y alabándose de ser hijos de sus padres y descendientes de sus antepasados. Esos lujos producen gloria y placas á los individuos y desastres á las naciones.

Parodiando á Macaulay, podemos decir que cada país tiene en cada época sus imbecilidades específicas, que pagará bien saladas más adelante, y que, entretanto, cada contemporáneo necesita estar vacunado con todas las especies ambientes, so pena de pasarlo unas veces mal y otras peor: son imbecilidades en cierto modo obligatorias, pues el que no las padezca no puede estar en comunión de ideas con sus conciudadanos.

Siempre el que reuna en más alto grado los defectos de su raza y de su época, será el hombre de la época. La expresión «muy español», velay, ¿no significa lo contrario de «muy inglés?». Y el que sepa adular esos defectos nacionales pasará por patriota grande; pues, ¿qué mayor prueba de amor al país que el amor ciego á los defectos del país? «Nuestra vanidad nos pone á la merced de cualquiera que se tome la molestia de lisonjearnos». Con palabras no podemos hacer rico al pobre, aseado al sucio, activo al perezoso, pero podemos llamar frugalidad á la miseria, despreocupación á la mugre, filosofía á la ociosidad, y nada más que con rascarle el lomo al gato que hace su provisión de sol entre la basura, ganamos un agradecido, dejándolo con todas sus pulgas.

Sin duda el que sabe acariciar las imbecilidades de moda, hace males muy grandes, pero también obtiene provechos muy grandes y muy baratos. «La mente que va paralela con las leyes de la naturaleza estará en la corriente de los acontecimientos y fuerte con la fuerza de éstos » (Emerson). Un tiempo la fuerza de los acontecimientos estaba con la bota de potro ; ahora está con el diploma universitario. Estas cosas cambian. «Antes, decía un estadista oriental, antes los hijos de extranjeros nacían colorados, pero desde los tiempos colorados de Latorre y Santos, nacen blancos». Nosotros hemos visto provincias unitarias en las que, después de algunos años de mandar los federales, no se encontró unitarios ni para recibir á un general vencedor.

A raíz de la independencia la profesión de tendero gozaba de mucho prestigio entre los criollos, y las del foro, desacreditadas por la resaca de tinterillos de la madre patria, eran tan mal vistas en algunas provincias que muchos de los que seguían los cursos por el deseo de instruirse rehusaban el diploma y no se recibían. Todavía creció el desprestigio cuando la reacción contra los gobiernos intempestivamente progresistas de Rivadavia, Carril, Godoy Cruz y otros así, obligó al país á vomitar con exceso el exceso de ilustración y levita que le habían éstos ingerido, hasta el punto de que, en 1849, á 24 de Marzo, el gobierno de Catamarca tuvo que nombrar para escribano público á un unitario «con la calidad de interino, hasta que se presente algún federal de instrucción y probidad para este destino». Como un exceso trae á la grupa el exceso contrario, á la caída de Rosas se prestigiaron de tal modo las profesiones de pluma, que hasta el comercio fué desertado y creciendo siempre la marea, estas son las horas en que hemos llegado á la peste de levita, á los hombres preparados exclusivamente para brillar á costa de los otros y de *las otras*.

Este país semibaldío que la geografía llama agrícola pastoril es, por imbecilidad provocada en los caudillos gauchos por los caudillos de frac, un país doctoril. Y por supuesto, en casa del herrero, cuchillo de palo, pues, como gremio (con excepciones naturalmente), ello es de lo más Mañay, Longone y C.ª, quiero decir, de lo más ilustrado y detestable. Más carácter y sentido moral hay en el gremio de almaceneros al por menor. En estas profesiones el hombre vale por sus obras; en aquellas vale por sus títulos, y la universidad no garantiza la moralidad, como los *Inns of Court*. Y no obstante que es tan difícil desacreditarse á fuerza de pillerías forenses aquí, algunos lo consiguen, pero siendo el país tan alborotado, pueden jugar quince veces el «prestigio preventivo» anexo al diploma, y este culto del oropel universitario atrae fuertemente la juventud hacia los campos de la actividad humana en que florecen la lógica y la elocuencia y languidesen las industrias y las finanzas.

Del Brasil dice José Verissimo: «La influencia nefasta de la esclavitud, degradando el trabajo, nos hizo tontamente afidalgados». El dato puede ser muy refrescante para los que, encontrando á un ciego, se felicitan de ser tuertos.

MEGALOMANÍA

He visto á los hombres, sus hechos de abeja y sus designios de gigante.....he visto sus propósitos dignos de un Dios y sus empresas dignas de un topo.....

SCHILLER.

« Mientras yo viva, no faltará quien me alabe ». *Proverbio criollo.*

La inclinación á trazarse programas grandes es una forma incipiente del delirio de las grandezas: poco hombre para mucho programa; más vale el extremo opuesto: mucho hombre para poca cosa. No es necesario agrandar el propósito del hombre, sino el hombre del propósito. Esa es la sublime equivocación de nuestros locos de « altos ideales », que andan importantes porque tienen un programa grande, como otros andan ufanos porque tienen un levita de faldones largos. Y, del mal el menos, yo estoy por los de levita; son menos peligrosos y más útiles. A lo menos en esa prenda han ganado algo el fabricante de paños y el sastre. Pero en el programa de propósitos que es obra exclusiva de la fantasía que puede trabajar con más holgura cuanto el individuo en quien resida esté más á obscuras y más *en cueros*, nadie ha ganado nada y todos estamos expuestos á perder mucho, porque esa clase de locura particularmente, es muy contagiosa en la raza latina.

Un pequeño bien realizado es siempre un bien y muchos bienes pequeños acumulados hacen un bien grande. Un gran bien frustrado ó no alcanzado es un mal, y á menudo un mal grande. Es como una curación erra-

da con remedios enérgicos. El tren de hacer mucho y el tren de hacer grande, son, prácticamente, los medios más seguros de no hacer nada. Si el fin no está proporcionado á los medios., ó si los medios no están agrandados hasta la magnitud del fin, los medios no lo alcanzan al fin, se malgastan en tentativas frustradas, y en resumen, se malogra el fin y se malogran los medios, y, « el que quiere todo, muere de rabia » dice el refrán. El que quiere lo que puede, lo alcanza, y el que alcanza lo que quiere, es dichoso. De ese modo la sensatez hace hombres felices y los «altos ideales» hacen hombres rabiosos.

La inteligencia es limitada y sólo una parte de ella es acierto; el resto es utopía, ó zoncera. Por la naturaleza de las cosas este medio es pequeño para un objetivo grande y es grande para un objetivo pequeño. Aplicada á vencer sucesivamente muchos obstáculos pequeños, fácilmente puede triunfar de todos, y con la misma facilidad puede fracasar contra un obstáculo grande. « Todo puede ser conseguido si se emplea el método del desarrollo y no el método de los siniestros. (Agustín de Vedia).

Más fácil es hacer ó componer la parte que no el todo dice la experiencia, más posibilidad hay de hacer bien lo menos que lo más; y todos los idealistas, radicales, socialistas, anarquistas, etc. contestan con su buen sentido teórico: mejor es componer el todo que la parte; más glorioso es hacer lo más que lo menos. «El emperador, como hombre positivo que es, no se ocupa más que de una sola cosa á la vez», decía Cavour. El doctor Alem, el Lamadrid de la política, excomulgó una por una todas las regeneraciones parciales porque quería la regeneración nacional: la terquedad en lo imposible en vez de la perseverancia en el esfuerzo posible. *Chi non può quel che vuol, quel che può voglia,* que era la divisa de Leonardo da Vinci; «el que no puede hacer todo lo que quiera, haga al menos lo que pueda». El doctor Lastra no quería aceptar para la

provincia de Buenos Aires la combinación Udaondo-Arias porque no podrían realizar todo su programa — Pero amigo, — le decía yo en Adrogué, — con $^3/_4$ de gobierno se hacen $^3/_4$ de bien que siempre son mejores que ninguno.

A propósito de un proyecto de enmiendas á una ley, que fué rechazado de plano, decía un senador muy ilustrado: «En tesis general no conviene adicionar ó corregir las leyes con procedimientos parciales: mucho menos cuando se trata de una ley nueva ». Es decir, si un saco nuevo tiene una rotura, no se le debe remendar sino tirarlo y hacer otro. El complemento natural de no saber hacer las cosas es no saber componerlas, pues, sabiendo componerlas, ya no sería una desgracia el no saber hacerlas y es necesario que esto sea una desgracia para que el saber hacerlas pueda ser una gracia.

El gran Gœthe decía: « el que quiere librarse de un mal sabe siempre lo que quiere; el que quiere estar *mejor* es tan ciego como el que tiene cataratas». En Mendoza reformaron la constitución de Alberdi y por el prurito de hacer *lo mejor,* no se detuvieron en las deficiencias experimentadas; la rehicieron de nuevo y tan perfecta, quiero decir, tan camisa de once varas, que á los tres años se convocaba una nueva convención para achicarla, porque las rentas de la provincia no alcanzaban para costear tanto rodaje inútil y de puro lujo constitucional.

La división del trabajo es un instrumento de hacerlo bien porque permite hacerlo de á poco, y de hacer mucho porque permite hacerlo por partes pequeñas. Progresar de á mucho y bien es ir contra la naturaleza de las cosas que nos ha dado imaginación para proyectar en grande y fuerza para ejecutar en pequeño: « designios de gigante y hechos de abeja ». Para « irse en vicio, » como suele decirse del trigo que dá mucha espiga y poco grano, y es también ir contra los designios del tiempo que no hace anticipos y hace pagar demasiado caros los que le toman de fuerza.

« El genio, dice Dwigt, es la facultad de perseverar en el esfuerzo ». El gran secreto de todo progreso está en no apresurarse nunca y en no divagar jamás » (Lubbock). « No es colocando una lámpara al lado de las frutas como se las hace madurar y es perjudicar su desarrollo y marchitarlas el cogerlas antes de tiempo (Bismarck).

Ahora, la creencia de que nada hay imposible ha nacido y prosperado entre los anglo-sajones que hacen ó componen sus instituciones poco á poco y no de golpe y porrazo, mientras que á los idealistas que hacemos lo más en bloque, reformando *in totum,* no porque sea posible sino porque teóricamente sea mejor, los porrazos repetidos nos han dado la noción de lo imposible, sin hacernos abandonar por eso las botas de siete leguas. « Los esfuerzos laudables que se hacen para alcanzar lo mejor, dice Bismarck no son más que locura, si se olvida el bien que existe », porque casi siempre es imitar al perro que cruzando el río con un trozo de carne, lo suelta para coger su sombra agrandada por refracción.

Las grandes cosas son, de suyo, posibles en detalle é imposibles en masa, y es precisamente el delirio de las grandezas el que á los latino americanos les ha impedido ser grandes. No han querido hacer lo necesario porque no era grande y han querido hacer lo grande aunque fuera innecesario ó desastroso, además de imposible. No han querido hacer lo que podían hacer bien, y han querido hacer lo que sólo podían hacer mal, porque el culto de la gloria es vocación para pasarse de compostura.

Pero, « lo que se hace mal es necesario hacerlo 3 veces ». Hay, por ejemplo, colonias que han sido mensuradas hasta 4 veces, costando las mensuras 3 veces el valor del terreno. En esto, la falta de moralidad nos ha costado 2 veces el valor de la tierra fértil.

Hacer el progreso sin mirar para atrás es un método frustráneo, pues el contragolpe de los intereses

removidos, puede fácilmente retrotraer las cosas á peor estado que aquel de que fueron sacadas. Por virtud de la emulación, el latino es naturalmente envidioso, dentro del cuadro reducido en que milita. La podredumbre de los chinos y «la superioridad de los anglosajones» lo tienen sin el menor cuidado, pero la condición de rezagado de *sus iguales* en el barrio, le envenena el alma, sobre todo cuando se ha producido por la acción del « gobierno de todos y para todos », y le hace nacer un violento deseo de tomar á su turno el mango de la escoba para barrer para los suyos, sustituyendo el nepotismo para otros por el nepotismo para los míos. Si no puede por terraplen, nivelará por desmonte, pero es seguro que, en no teniendo vocación para pasarse de compostura como los reformadores prematuros, se pasará de descompostura como todos los restauradores.

Nuestros antepasados creían que todo es posible y que lo bueno es bueno y lo malo es malo, y todavía se ignora en mayoría que no todo es posible y que todo es bueno ó malo, según las circunstancias y la dosis. Como en hacer el bien les guiaba un móvil de gloria personal, « confesable », pero desastroso, no se preocupaban de que fuese poco para que fuese soportable y durase, sino de que fuese bien grande para que fuera bien ruidoso y sonado y sobreviviera en la historia aunque se perdiese en el terreno. Actuaban sobre la generación presente y no para ella: « *la historia me juzgará.* »

« En el fondo de este entusiasmo por la división de los poderes se anida un error y una confusión. La separación de los poderes por sí sola no produce ningún buen régimen . . . ; originada por la necesidad de la división del trabajo, allí donde ha sido producida respondiendo á la necesidad, exterioriza sus benéficas consecuencias. El buen régimen constitucional inglés no necesita ser, por tanto, una consecuencia de la separación de poderes; es sencillamente, un resultado de la muy adelan-

tada civilización de Inglaterra » (Gumplowicz). Más que de eso es el resultado de la enorme sensatez individual de los ingleses. El gobernador, los ministros, ó los que hacen de tales, y la mayor parte de los diputados y senadores de la provincia de Buenos Aires son doctores en derecho y los demás son cuasi doctores, y sin embargo .....
En fin, el hecho es que adoptamos la separación de poderes sin hacer la división del trabajo, y cuando aquella no era ni necesaria ni posible, porque no se puede compartir la gloria, que era el móvil, el fin y todo, á tal punto que, pareciéndoles poca la que resultaría de gobernar para la actualidad, gobernaron para la posteridad, violando la máxima que hoy se tiene por más aproximada á la cordura por los que tienen cordura: « á cada día le basta su afán. »

Y la más urgente división del trabajo está aún por hacerse: la división del gobierno entre el gobernante y los gobernados, de modo que cada uno se encargue de gobernar su persona, encargándose previamente de juntar la capacidad necesaria para ello, á fin de descargar al gobernante de ese enorme trabajo y facilitar así su tarea. Como no es glorioso gobernarse uno mismo y es glorioso gobernar á los otros, el gobierno de los demás está terriblemente disputado y el gobierno de cada uno por sí mismo lamentablemente abandonado, á consecuencia de lo cual, el gobierno de la comuna, que Tocqueville llama la escuela primaria de la libertad, no ha llegado ni á los palotes, pues cada municipal quiere gobernar á los otros, y gobernarlos demasiado, y como el ceder de sus caprichos es deshonroso en tierra de valientes coronados de gloria, y como donde uno no cede dos pelean, el régimen municipal es un régimen de agramante. Y como, por otra parte, sólo produce gloria de 2ª clase, sólo es disputado por personajes de 2ª clase.

Esa malhadada vocación para la grandeza por la gloria precisamente, y no por la agricultura, las

demás industrias y la higiene, « que es salud y libertad », como dice J. B. Zubiaur, es la madre de nuestros peores desatinos, y tan arraigada que, improvisar lo estupendo, no sólo para la localidad sino para *urbi et orbe,* es el programa de todos alentado por todas las trompetas locales de la fama. A cuarenta y tantos años de la barbarie, nuestros médicos y nuestros jurisconsultos publican sus estudios en francés para llamar la atención en París. Un flamante catedrático de filosofía en la facultad de derecho, publica la 2ª edición de un tratado de « Filosofía General », desbarrando hasta en el título, como le dijo el señor Groussac, quien tuvo el enorme atrevimiento de hacer crítica en una revista que, como era lógico, murió de las consecuencias criollas de la crítica en un país á la española en que los talentos, portentosos de nacimiento, *rationi loci*, y comidos por el afán de notoriedad prematura, se enojan y patalean cuando se les dice lo que les convenía saber para corregirse, y se alegran y dan las gracias cuando se les dice lo que les convenía ignorar para no ponerse importantes y fatuos.

El atrevido director de *La Biblioteca* hizo observar que en Europa los profesores hacen sus textos no al principio, como aquí, sino al final de su enseñanza, después de 30 ó 40 años de aprendizaje en la cátedra. A poco de eso es nombrado catedrático de derecho romano un joven orador de poco más de 30 años, el cual hallando malo todo lo que en el mundo se ha escrito sobre esa asignatura, improvisa un texto, con aplauso de la Facultad, del público y de la prensa, quienes reconocen enseguida que: « ha roto virilmente el antiguo molde de la enseñanza..... y penetrado mejor la verdadera índole, la propia alma de aquellas instituciones. » (*Tribuna,* Agosto 11-98). Como se ve, hasta Rodolfo de Ihering queda chato. Lo dicho, pues: todo *south americano* es un animal precoz, nacido para hacer portentos á la edad en que la gente sensata empieza recién « la 2ª educación del pensamiento. » Como dice

muy bien Joaquín Nabuco, no podemos poner mano en ninguna ciencia sin irnos á fondo y romper el molde. «Es una obra didáctica y *á la vez* de consulta. En sus páginas consta la labor del ilustrado — (el adjetivo nacional no podía faltar) — del ilustrado profesor, quien ha dado con acierto un carácter especial y nuevo (¡pareció aquello!) á la enseñanza de esa ciencia». (Economía Política). (*La Prensa,* Dic. 1º-98).

« Con acierto » es sinónimo de: con aplauso. Ni en materia de ciencia ni en materia de justicia se entiende aquí que la verdad sea una relación preexistente á encontrar, sino una cosa á hacer. Se *hace* la inocencia de un delincuente con una sentencia absolutoria y se desmiente al *nihil novum* dando novedad prestada á las cosas que no la tienen de suyo. Se hace el acierto de un funcionario con una memoria mamotreto, en formato oficial, de 300 á 1.800 páginas, según su jerarquía. «Tengo horror á la literatura oficial, dice el doctor Pellegrini, creo que las memorias ministeriales en sus $^3/_4$ no tienen más objeto que proteger alguna imprenta amiga ». Esta es la explicación más benigna pero no la más exacta, pues, en realidad, son el complemento de lo que no se ha hecho: á obra flaca, historia grande. Trasunto moderno de las funciones de Lope de Vega en la Invencible Armada, transformación de los cantores de sus hazañas que los guerreros acostumbraban llevar en las expediciones, el funcionario sudamericano es á la par el historiador oficial de sus obras, y tanto más historiador cuanto menos obrero. A imitación de los industriales N. A. que destinan la 3º parte de su capital á *réclame,* dedican estos la mitad por lo menos de su tiempo, de su energía y de su talento, á cacarear por escrito lo que han hecho con la otra mitad, á inventariar las cosas que hubieran podido hacerse, á justificarse de lo que han dejado de hacer y á bonificar con argumentos lo que han hecho mal con las manos. « Es preciso que un hombre honrado se granjée la estimación pública sin haber pensado en ella, y por decirlo así, á pesar suyo. El que

la busca, da ya la medida de lo que vale » (Chamfort). Y hay cosas que nos pintan. En 1898, á la provincia de La Rioja, el Poder Ejecutivo le cuesta por año 8.600 pesos. La imprenta oficial 4.200 y la banda de música, 10.800.

El espíritu abogadil en este país de doctores, reina en todas las esferas, supliendo el hecho ausente con el argumento brillante. « Pero el efecto más indeleble y seguro de esta logomaquia, la intoxicación procedente del *forense genus,* consiste en el virus sofístico que deposita en la mente, para que allí crezca y se propague hasta dejarla marchita y vacía de substancia. Quien pretenda encontrar la causa profunda de la estéril agitación hispano americana, habrá de buscarla, no en el efímero despotismo de los caudillos brutales, sino en la orientación de las clases dirigentes hacia el escolasticismo curial ». (Groussac).

Escolasticismo, eso es, en verdad, la literatura oficial, como la judicial y la forense, escolasticismo puro. Y es lástima que los 1.875 kilos de papel impreso oficial que producimos por año, no se utilicen en la única aplicación útil que podrían tener: para condenar á los delincuentes á leer por fuerza la chicana administrativa que son las memorias oficiales. El que las prohibiese haría un servicio grande, porque á lo menos no se podría entonces cubrir la esterilidad con la literatura, y los individuos, impedidos de recomendarse con el comentario, procurarían hablar un poco más con el texto.

Como nosotros apuntamos siempre á la brillantez, no podemos dejar que los hechos hablen por nosotros porque hablarían poco y entonces hablamos nosotros por los hechos. Las neocracias necesitan reputaciones sietemesinas que para tener mucho brillo necesitan tener poca consistencia. « Los muchachos argentinos empiezan á hablar de política antes de dejar el calzón corto, y casi no hay colegio que no tenga sus bandos políticos, organizándose revoluciones contra los profesores y adiestrándose así los niños en el arte de hacer revolu-

ciones contra los gobiernos, para cuando sean hombres ». (F. C. Carpenter).

En la última convención reformadora de la constitución, el delirio de las grandezas en primer grado que es nuestro estado normal, hizo fracasar la 3ª reforma autorizada. Primeramente, la comisión, por el prurito de hacer lo mejor, sólo porque es mejor aunque sea innecesario, mejoró la redacción del inciso 1° del art. 67 en la parte á no reformar, y esta fué su perdición, pues en un país esencialmente igualitario, ó se tira la cuerda para todos ó para ninguno. « Que los hombres sean niños grandes.....es lo que nadie querrá creer; y á mi parecer, no hay verdad más palpable » (Gœthe). En nuestro parlamento, como entre los niños, lo que se da al que lo necesita descontenta á los que no lo necesitan.

Después, los convencionales convocados para hacer poco vinieron como es de regla con propósitos grandes. La mayoría de los oradores sostuvo que, el punto en debate—los puertos del Sur—debía ser encarado con espíritu levantado, con ideales grandes, con todo el patriotismo. Si con un cañón de á 600 se dispara contra una perdiz, puede suceder que no muera la perdiz, pero, con seguridad, será traspasado un caserío. Así sucedió; con tanto tren para un reducido objeto lo excedieron sancionando puertos libres á todos los vientos. Si los puertos libres en el Sur son un bien, decía en substancia un joven ex-ministro, con sancionarlos también al N. al E. y al O. habremos hecho más bien del que nos pedían. « Pensamos en *lo más,* decía Bismarck, y ese recuerdo nos persigue cuando estamos en presencia de *lo menos*». Otro convencional más joven y no menos ilustrado se opuso elocuentemente á todas las reformas, porque si no podíamos hacer reformas grandes y trascendentales, *valía más* no hacer nada. Fué, de todos, el más aplaudido, que es decir el más homogéneo con el ambiente popular. En el mismo sentido, otro orador dedujo del hecho de haber sido elegidos para convencionales los generales

Mitre y Roca, los Drs. Pellegrini, Irigoyen, etc., que la misión de la convención era grande y no chica, olvidando, sin duda, que los grandes médicos se llaman para curar males grandes en enfermo chico ó males chicos en enfermo grande.

Esto fué lo que no vieron, lo que no han podido ver nunca los hispano americanos empeñados siempre en hacer *grande* y *trascendental:* que el país y la constitución del país son tan grandes y trascendentales en sí, que nadie debe poner en ellos la mano si no es, como decía Burke, « con la tierna solicitud y reverencia del hijo que cura las heridas de un padre. » Pero aquí, por la infatuación hereditaria, el que es nombrado para un puesto, apenas recibido el nombramiento empieza á creer que el puesto es muy importante puesto que lo han nombrado á él y no á otro, y como se tiene por un portento, se considera obligado á producir maravillas en seguida, puesto que si no fuesen urgentes las maravillas, tampoco se hubiesen acordado de él. « Donde yo me siente, ahí es la cabecera ». ¡ Qué admirable sicólogo de su raza era Cervantes !

Formas de gobierno vacías, y otras yerbas

La Inglaterra no tiene constitución escrita, sus conquistas políticas están confiadas « á la fuerza de las cosas, á las costumbres, á la opinión »

BOUTMY.

« *Entremos* en la *vida constitucional* » decían nuestros padres, « salgamos del despotismo ». Pusieron su pensamiento en conocer lo malo y lo mejor y nunca se ocuparon de distinguir lo posible de lo imposible, y, desconocer lo inevitable, no es salvarse de lo inevitable.

Querían la libertad dogma: tengamos una constitución *para ser* libres. Creían que la constitución es *la causa* de la libertad ignorando que fuese *el efecto* de la libertad: « Tenemos una constitución *porque somos* libres ».

Querían la posibilidad legal de gobernarse, sin la posibilidad real; la libertad personal sin su base esencial la independencia económica, que es como el derecho de conducirse bien en un atolondrado, ó la facultad de moverse en un tullido. Pelearon 40 años para tener el fruto sin el árbol que lo produce, la libertad sin sus condiciones, la independencia sin los medios y sin el carácter independiente, que es la libertad del pájaro sin alas, y para peor, todo eso querían conseguirlo á palos. « Un mal, dice Pananti, es un bien hecho con violencia ».

Habían aprendido la libertad en los filósofos, y estos, como dice Lubbock, «han estado siempre demasiado dis-

puestos á suponer que cuestiones de hechos podrían resolverse por consideraciones verbales ».

« Otros pueblos presentan *fórmulas* de constitución más simétricas, pero ninguna sociedad humana había logrado unir la revolución y la prescripción, el progreso y la estabilidad, la energía de la juventud y la majestad de una antigüedad inmemorial. » (Macaulay).

« ¡La fórmula! ¡la fórmula! Macaulay ha pronunciado la palabra fatal. Todos los atolondrados que han querido conducir el mundo no han hecho otra cosa que reemplazar la realidad por la fórmula, el hecho por las palabras, la práctica por la teoría, la verdad por la quimera, lo posible por lo absoluto ». (Chasles).

El Dr. Ugarte dijo en la Convención del 66: « La riqueza es la base del progreso material en todo pueblo y *el progreso material es la única base sólida del progreso moral.* Sin riqueza que establezca un cierto bienestar social, vano es esperar que se cultive el espíritu, vano es esperar libertad ni esperar orden. El espíritu desfallece cuando los órganos sufren necesidades apremiantes: no pueden ser libres los que viven esclavos de la miseria: la miseria y la ignorancia, como ha dicho *La Nación Argentina,* son dos grandes reclutadores de ejércitos sediciosos ». Hasta el refrán español lo dice: « cuando no hay harina, la gente anda mohina ».

Pues esta idea se perdió; era sólida y se fué á fondo.

Las democracias pobres, desaseadas y mal habladas de Centro y Sud América han encontrado en un *pero* mal colocado el medio de consolarse de sus miserias y no pensar en remediarlas: « pobres, pero altivos ». Las pequeñas cosas explican las grandes mucho mejor que las grandes á las pequeñas », decía Bacon.

La virilidad no les sirve para curar la pobreza sino para disculparla y continuar siendo: altivos, pero pobres. « La libertad no es más que el efecto de la riqueza de los ciudadanos, que se emancipan desde que son bastante poderosos para ser libres » (A. France). Pobres, pero insolentes; pobres, pero sucios y gritones;

pobres, pero pendencieros; pobres pero ingobernables. La altivez ha sido una condición más desgraciada que la misma pobreza y no hemos podido caer en un desatino más rabioso que en el de vivir heroicamente: en la paz belicosa. « El orgullo, dice el proverbio, va delante del aplastamiento, y la altivez de espíritu delante de la ruina». «La libertad no es un presente de los dioses, sino el bien que un pueblo se da á sí mismo y que sólo prospera en razón de su fuerza y de su dignidad morales ». (Ihering).

Lucio López puso en circulación esta frase: «*las democracias inorgánicas de la América latina,*» y ésta sobrevive porque es estéril y porque es mentira: « no hay herramientas buenas para el obrero malo ». « Hablando con sinceridad, diré que las grandes frases, las grandes máximas, muchas y muchas veces han conducido el Estado á su ruina » (Cavour.) «Yo pienso, decía D. Marcelino Ugarte, que si hay algo que corregir en esta tierra, no son las instituciones; y no doy grande importancia al esfuerzo que se hace para perfeccionarlas ».

Hay dos medios de prosperar: trabajar, ó sacarse la lotería en el registro del estado civil. La idea de Ugarte responde al primer medio y la de López al segundo. Nos habíamos casado con la constitución N. A. Era, desde luego, un matrimonio mal avenido por disparidad de caracteres; el idealismo se había desposado con la hija legítima del buen sentido práctico, preparada ella para el *bienestar at home* y el marido, pobre y delirando por los laureles para vivir *coronado de gloria,* pero Lopez entendía con todos los de su escuela, que el matrimonio andaba mal porque no era completo, y quería que nos casáramos también con el régimen municipal y los demás « órganos del gobierno representativo ». Sarmiento, olvidando que *affinitas non parit affinitatem,* había pretendido que nos casáramos también con los precedentes N. A., considerando que en el pasado constitucional de ellos estaban las soluciones hechas para

nuestro futuro constitucional. Pero en un pueblo orientado por el amor *al bienestar* y el espíritu de la ayuda propia, no puede haber soluciones para un pueblo orientado por el amor á *la gloria* y el espíritu protector.

De ellos dice Tocqueville: Las causas geográficas contribuyen á este resultado menos que las leyes y las leyes infinitamente menos que las costumbres . . . Estas sacan partido aun de las posiciones más desfavorables y de las peores leyes ». El caracol puede hacer la concha pero la concha no puede hacer el caracol; un hombre capaz puede hacerse un palacio, pero un palacio no puede hacer de un atolondrado un hombre discreto; todo lo más que pueden hacer las comodidades heredadas es convertir un indolente en un *tísico*. « No hay interés en conocer los detalles de las formas administrativas en E. U., dice Rousiers, porque el rasgo dominante de la constitución es atribuir poca importancia á *las formas* ».

Tomábamos, pues, nosotros, la forma por la cosa empezando nuestra casa política por la cornisa. « Tenemos una constitución porque somos libres », decía la Westminster Review, — es decir, tenemos una cornisa porque tenemos una casa. La nuestra se construía como las de papel de los japoneses que hacen primero el techo, y después los tabiques, para decir somos libres porque tenemos una constitución, ó lo que tanto da, tenemos una casa porque tenemos una cornisa. « Construyamos desde luego un edificio sólido, asegurado por el exterior, teniendo una fuerte estructura interna, y después hablaremos sobre la manera como la casa deba ser amueblada con instituciones constitucionales ». (Bismarck).

Pero el prestigio de « las democracias inorgánicas » viene por mitad del error de fondo y por mitad del acierto de forma. Se sabe que el mecanismo del conocimiento es una referencia de lo desconocido á lo conocido. Por lo tanto, las utopías ya instaladas en el entendimiento hacen predilección para la utopía nueva

y la atraen como la majada atrae al carnero suelto. Por eso, el idealista goloso de doctrinas y abstracciones, repugna la enseñanza de los hechos y lo mismo en los libros que en la vida práctica hace lo que la vaca en el prado, que solo come las yerbas á que tiene habituado el paladar, y que no sabiendo comer maíz le prefiere la paja, y aun la madera del pesebre. Como los poetas chirles á quienes la luna les presta una especie de poesía de que ella misma es bien inocente, el idealista no tiene oído para el lenguaje de los hechos; estos le hablan en el vocabulario de su sentimentalismo y él la llama «elocuencia de los hechos» porque en ellos la ha vuelto á ver y no porque esté en ellos. Es un espíritu naturalmente iluso que traduce la realidad en quimeras, los hechos en fantasías y las relaciones naturales de las cosas en errores artificiales del entendimiento humano. «Todo lo que entra en un espíritu toma sus dimensiones». El perro come grasa de carnero y hace grasa de perro; el idealista come realidades y hace fantasías. Hay substancias como el alcohol v. gr. que de sí mismas se transforman en disparates en la cabeza de un hombre sensato, y hay cabezas que tienen la propiedad de transformar hasta el trigo en desatinos.

Viceversa, el espíritu práctico juzga las doctrinas, las fórmulas y los sistemas no por su trabazón lógica ó su brillantez sino por el resultado, porque es conveniente no olvidar que las cosas tienen, ó pueden tener una lógica suya diferente de la nuestra y producirnos por tanto consecuencias ilógicas, pero macizas. El que tiene una buena lógica del espíritu tiene en realidad un instrumento de acertar sobre el papel y de equivocarse sobre el terreno, y á menudo de equivocarse muy mucho más que el que tiene el conocimiento práctico de las cosas en ellas, es decir, de su lógica en unos casos, de su ilógica en otros. A un sobresaliente en silogismos lo pateará una mula mansa, y á un entendido en mulas una mula chúcara no le hará ni esto.

Para mi modo de ver los únicos que conocen á fondo la lógica del hombre pichinchero, por ejemplo, son los cuenteros del tío. « Tales palabras, dice Macaulay, deben considerarse no como palabras sino como obras. Si producen el efecto propuesto, son lógicas, aunque parezcan contradictorias. Si no cumplen su objeto, son absurdas, aun cuando en sí sean lógicas. La lógica no admite compromisos, y los compromisos son la esencia de la política. No es, pues, extraño que algunos de los más útiles é importantes documentos políticos figuren entre las composiciones más ilógicas ».

Los que no saben conducirse tienen siempre, á más de otros, este obstáculo que les impide aprender á conducirse: la superstición de la *carta orgánica*; la ilusión del reglamento, tan grata á la indolencia. Pero el que sin reglamento erraría la medida, con reglamento yerra la interpretación, encima de que el reglamento lleva errada la oportunidad, porque ni hay soluciones buenas ó malas siempre y en todas las circunstancias, ni la libertad y el freno son cosas que se puedan clasificar de antemano para todos los individuos y situaciones. «Los sistemas son muletas para uso de los impotentes; las fórmulas son lentes para el servicio de los miopes» (Taine). «El reglamento hace del empleado un imbécil; he ahí por qué, como ministro, no lo amo». (Cavour).

El hombre sensato se explica la libertad como una consecuencia del bienestar que implica independencia; el iluso se la explica como un resultado del reglamento, y mientras el uno divide las democracias en prósperas y miserables el otro las divide en orgánicas é inorgánicas. Entre los anglo-sajones y nosotros ha mediado la partición que decía Cavour: *Per me lascio tutte queste belle cose a mio fratello: abbiamo spartito fra noi; a lui l'ideale, a me il reale.* «No hay en cada momento, dice Ribot, más que un cierto capital nervioso y síquico disponible; si una función lo acapara es en detrimento de las otras.... La ineptitud de los espíritus contem-

plativos para la acción tiene razones psíquicas y sicológicas, cuyo secreto nos ha dado el éxtasis».

Para el político idealista lo importante es el hijo predilecto de su fantasía: el fin. Para el político práctico lo importante es el medio del cual dependerá el resultado pues entre ambos hay relación de causa á efecto, mientras que, entre el fin que sólo es un deseo, una aspiración, y el resultado, solo hay relación de cara ó cruz.

«Una gran parte de los crímenes que recuerda la historia ha de atribuirse, dice Macaulay, al espíritu público mal entendido. Vemos diariamante hacer á los hombres por su partido, por su secta, por su país, por sus proyectos favoritos de reforma social y política, lo que no hubieran hecho por enriquecerse ni por satisfacer una venganza personal. Ante una tentación encaminada directamente á satisfacer nuestra codicia privada ó nuestros odios particulares, aquella parte de virtud que hay en nosotros da la voz de alarma, pero la misma virtud puede contribuir á la caída del que imagina que violando alguna ley general de moralidad puede hacer un beneficio importante á una iglesia, á una república, al género humano».

« Si los hombres falsos y de poca probidad fuesen bastante perspicaces para discurrir sus verdaderos intereses, dice Tillotson, serían honrados, no por amor á la honradez y á la virtud, sino con el fin de manejar mejor sus negocios en el mundo. La justicia de la Providencia ha ocultado á sus ojos ese punto esencial de la sabiduría á fin de que los bribones no se hallasen en igualdad de posiciones con el justo y no puedan lograr sus depravados designios valiéndose de medios legítimos». (Alonso Criado).

Pero si el país aplaude la chirinada por el móvil á que dice obedecer ó por el principio á que pretende servir, se cometerá la chirinada por el aplauso. La responsabilidad de los propósitos y la irresponsabilidad de los medios y de los resultados hace el empresario

de iniquidades, por no decir infamias, y este principio detestable informa nuestra política desde el asesinato del gobernador Dorrego que el general Lavalle justificaba con estas expresiones: «sólo el sentimiento del bien público me ha obligado á sacrificarlo para tranquilidad del pueblo» hasta el último (?) motín cuartelero que ha ensangrentado las calles de Montevideo y que sus autores *justifican* en un manifiesto: «no hemos tenido *móviles estrechos* .. si la fatalidad lo ha hecho fracasar, ni de nosotros ni de nuestros valientes y leales compañeros es la culpa» (Julio 4-98).

«Cuando los niños han cometido una falta empiezan por echarle la culpa á otro. Así proceden también en la guerra hombres hechos. Ante el montón de cadáveres se consuelan con esta frase: «no es culpa mía». El valor necesario para cargar con la responsabilidad es un don del cielo.... Puede ser innato ó adquirido en los contrastes de la vida. Estas pruebas, si son rudas, depuran un carácter bien hecho.» (Muñiz y Terrones).

Muy menguada cosa es que un hombre pretenda valorizarse en el espíritu de los otros por los móviles que lo animen, según su propia interesada confesión. Miserable cosa es que un hombre se vista para los demás hombres con aquellas prendas de fuero interno, que están reservadas á Dios precisamente por ser incontrolables por su propia naturaleza, y bien triste cosa es que sobren los badulaques para admitirlos con ese disfraz. Puesto que sólo los hechos estan á nuestro alcance, el que se nos presenta vestido con interioridades, forrado en sus sentimientos según él, pretende que lo juzguemos en lo que no podemos alcanzar con nuestros sentidos, que lo juzguemos, en resumidas cuentas, no con el juicio nuestro sino con el juicio de él.

Rivera Indarte era como «Howe, de cuyos labios apenas salía nunca más que hiel y veneno» (Macaulay), y apenas le falta estatua porque, por casualidad, derramó para un buen propósito la hiel y el veneno.

«La historia me juzgará» decía al abandonar el poder

el reformador frustrado, y se fué, á vivir lejos, él que no había sabido comprender á su país, enojado porque su país no lo había sabido comprender á él, apelando de la ingratitud de las víctimas de su inoportunismo, á la gratitud de los extraños á su tiempo. «Cuando no encontramos el curso de las cosas apropiado á nuestro destino, nos corresponde apropiar nuestro destino al curso de las cosas». (G. M. Valtour).

«No buscamos el éxito», dicen, y en efecto no es su ideal el acierto en el presente sino el acierto en el futuro. Estaban haciendo lo que sería bueno cien años más tarde, y cien años más tarde, cuando hayan desaparecido las víctimas de su apresuramiento y sobrevenga una generación á la cual no le duelan los errores que sufrieron sus abuelos, se levantará su estatua para demostrar á los hombres venideros que el acierto, para los efectos del bronce, consiste solamente en equivocarse en más y en empeñarse en lo imposible y fracasar en la demanda.

«Sólo en teoría conviene *anticipar sobre el tiempo,* previendo su efecto y nunca prácticamente; lo que quiere decir que no se debe usurpar al porvenir pidiendo *antes* del tiempo lo que no puede venir sino *con* el tiempo. El que lo ensaye conocerá que no hay usurero peor ni más intratable que el tiempo, y que, cuando se le pide anticipos cobra intereses más pesados que el más judío de los judíos. Por ejemplo, se puede por medio de cal viva y calor apresurar la vegetación de un árbol hasta el punto de hacerle dar en algunos días sus hojas, sus flores y sus frutas; pero muere enseguida» (Schopenhauer). Pero vaya uno á predicar esta experiencia en cabeza ajena sobre jóvenes que quieren tener querida antes de tener barba y ser diputado, gobernador ó ministro á la edad en que Alejandro el Grande le había dado una bofetada á su mejor amigo. ¡ Sermón perdido!

« La noción de lo necesario y de lo inevitable, dice Schopenhauer, produce una influencia calmante. Todo el

que la posea hará valientemente lo que puede hacer y sufrirá valientemente lo que debe sufrir ». « Es forzoso acallar las más vivas simpatías políticas para no sacrificar lo posible á lo deseable », dice Cavour, pero prefieren emigrar con la doctrina imposible pero buena á quedarse en el país para que viva con la doctrina posible pero mala. Como tienen el pensamiento en la opinión pública del porvenir grandioso, les importa poco el desastre de hoy con tal que se salve la doctrina del mañana. Su ideal es la gloria y trabajando para una actualidad pobre sólo pueden alcanzar gloria mediocre, ellos que se sienten con bastante personería para conquistar la admiración de los siglos venideros. «Poco importa la generación viviente; trabajemos para las generaciones futuras. «El hombre obligado á aislarse del mundo y de sí mismo, arroja su ancla en el porvenir y estrecha sobre su corazón la posteridad, inocente de los males presentes » (Taine). Y la posteridad, por el bien que le quisieron hacer á ella los absolverá de los males que hicieron á su actualidad. Para este tribunal de intenciones y no de resultados cuidan únicamente la pureza de sus fines y la rectitud de sus móviles de largo alcance. «Disminuid la sinceridad del energúmeno, dice Buckle, enturbiad por una aleación la pureza de sus móviles, y disminuiréis en seguida los males que derrama.... El debilitamiento de la virtud detendrá el mal ».

« La España » dice el mismo, es la nación en que los sentimientos religiosos han ejercido una acción más grande sobre los negocios humanos.... La sinceridad y la honradez *de intenciones* que han sido siempre lo propio del pueblo español, tomado en conjunto, no sólo han sido impotentes para prevenir la persecución religiosa, sino que, por el contrario, han sido los medios de fomentarla. Más tibia, la nación hubiera sido más tolerante ».

Ahí está la raíz de nuestros peores males: la rectitud de intenciones en vez de la rectitud de ejecución; la

pureza en los móviles en lugar del acierto en los medios. En este jesuitismo trasplantado á la política, cualquier facineroso resulta *right man,* por las intenciones rectas y nada más. En la pureza de móviles que se sienten los degolladores y los rateros y que ofrecen en garantía de sus propósitos. está el secreto de los atentados y del desastre. La santidad de la causa, asegurando de antemano y á todo evento la tranquilidad de conciencia y la gloria, enceguece sobre los detalles de ejecución, descendidos á entidad secundaria; el alma se cubre con el fin y abandona la bestia en los pormenores; se ha trazado un programa, se ha impuesto una misión y ha dejado de ser un hombre *sibi conscire* para entrar á ser un misionero, un ejecutor que obedece á un propósito noble; lacayo de una idea grande, si encuentra un obstáculo de carne y hueso se sentirá obligado á degollarlo sin culpa, la culpa es toda entera del menguado, « inmundo asqueroso », que contraría sus nobles fines, pero él, él es un hombre sincero, recto, de una pieza como santo de palo, de intenciones puras, que se ha puesto desinteresadamente al servicio de una idea salvadora, á consecuencia de lo cual es un animal que tiene la conciencia de sus intenciones y la inconciencia de sus actos: la más peligrosa bestia de dos patas que conoce la historia del hombre.

« Cuando un hombre se vuelve esclavo, decía el viejo Homero, los dioses le quitan la mitad de su alma; la misma cosa sucede cuando un hombre se vuelve tirano » (Taine). Media alma, en efecto, les había quitado á nuestros federales el *sistema federal* y á nuestros unitarios el *sistema unitario.* Con el resto se destripaban por *formas de gobierno* que no podían servirles todavía y destruían el bienestar de hecho para hacer prevalecer opiniones matadoras del presente conocido y salvadoras de un porvenir desconocido. *C'est folie et fiévre de prendre votre robe fourrée dés la Saint Jean parce que vous en aurez besoin* á Noël» (Montaigne).

« Jamás su vista turbada los ha tranquilizado más sobre el peligro verdadero y alarmado más sobre el peligro imaginario » (Taine). « Hombres y mujeres repiten *federalistas,* sin saber de cierto lo que la palabra significa, pero van repitiéndola siempre, como es lo ordinario en tales casos hasta que el sentido se vuelve casi mágico, bueno para designar todo misterio de iniquidad; federalista llega á ser una palabra de exorcismo, una especie de *cruz mandinga* » (Carlyle). Por el culto nacional del coraje que hace vocación para maltratarse mutuamente, estaba de tal modo acreditada en el espíritu popular la idea de que el hecho de ser federal imponía la obligación de apalear unitarios, y viceversa, que los muchachos del tiempo en que yo tenía 12 años estábamos, en mi pueblo, divididos en dos bandos, bajo el patrocinio de un señor Barreda, que terminó en loco de remate, al fin, y los domingos por la tarde, todos armados de cañas verdes y formados en dos filas, en una calle desierta, con cinta colorada los unos y azul los otros, nos acometíamos á palo limpio, preparándonos inconscientemente para la vida pública de nuestro país, con un entusiasmo bien digno de mejor criterio.

Esa *honradez de intenciones* con que los jesuítas adulteraron la moral católica y que los españoles nos dejaron en la sangre, ha tenido en la América latina las más tristes consecuencias y continúa su miserable operación. « Para mí es regla que la oposición es virtuosa, dice Assis Brazil, citado por García Mérou en *La Biblioteca*.... Los individuos despreciables que en las asambleas luchan ardorosamente en defensa del bien público son instrumentos de una función social. Y el público que ama la virtud la aplaudirá siempre aún cuando la vea ejercida por el truán de la víspera, trasformado en tribuno popular ». En efecto, nuestras «revoluciones sacrosantas» han apelado casi siempre á los desesperados de las cárceles para constituir á los asesinos y rateros en instrumentos de la libertad política, y

en algún tiempo de que nuestros patriotas hinchados y nuestros historiadores á la española no tienen ni noticias, hasta la policía era desempeñada por foragidos indultados ad hoc, porque informados por la moral de las intenciones juzgamos los medios por el fin, los instrumentos por la causa, y porque faltos de sentido moral y de sentido político, aplicamos al individuo el criterio con que deberíamos juzgar la causa y á la causa el criterio con que deberíamos juzgar al individuo: la causa ¿es santa?; el individuo ¿es útil para el triunfo de la causa? Fiar en el individuo por razón de la causa que defiende, es como confiar el dinero al ladrón vestido con decencia. «Las cuestiones que deberían ser formuladas sobre todo candidato á un empleo son, además de la ordinaria: ¿pertenece á nuestro partido? las que indica Jefferson: ¿Es honesto? ¿es capaz? ¿es fiel á la constitución?» (Seaman).

¿De quién es la culpa? Así se plantea el problema en todos los casos para el que está poseído por el furor de hacer figura y necesita á la vez quedarse con la fama y salvar la lana. ¿De qué magnitud es el perjuicio? Este es todo el problema para la gente sensata. Plantear una cuestión es resolverla, y plantearla mal es resolverla mal. ¿Es honesto, es digno el individuo? ¿es conveniente ó necesaria la causa? Es necesario que el individuo sea honrado no por la causa sino también sin la causa, para poder confiarle la causa, y es necesario que la causa sea no solamente útil sino además posible por medios dignos en sí. «Hay tres grandes preguntas á las cuales es necesario responder á cada instante en la vida: ¿Esto es bueno ó malo, verdadero ó falso, hermoso ó feo? Nuestra educación debería ayudarnos á contestarlas». (Lubbock).

El pueblo que aplaude la virtud especulativa de la canalla, podrá ser un pueblo virtuoso, pero es á todas luces un pueblo incapaz para la libertad política; basta para conocerlo así, mirar en qué manos están expuestos á caer sus destinos. Por eso es pobre y no es libre

la América española, porque si sus gobernantes son malos, á sus empresarios de regeneración, dechados de pureza verbal, regularmente no hay por dónde tomarlos sin ensuciarse los dedos. Es que no hay sentido moral ni sentido político. Haciendo de la buena causa un Jordán para los pillos, le echamos á la vida pública por las mejores causas, los peores elementos. « En todo tiempo, dice Macaulay, se hallaron entre los demagogos los más viles ejemplos de cuanto puede descender la naturaleza humana ». Pero cuando el pueblo tiene sentido práctico y sabe juzgar á los hombres por sus hechos y no por sus móviles, no se prestigian ellos por la causa, sino que la causa se desprestigia por ellos: « Tantos y tales fueron los pillos que se dieron á llenar las formas externas del puritanismo, continuando bellacos en el fondo, que el pueblo atribuyó al partido entero el carácter de los hipócritas, asociándose por tanto en la opinión pública la teología, las costumbres y el lenguaje de los puritanos á la idea de los vicios más negros y bajos ». (Macaulay).

El himno Oriental ensalza « el puñal de Bruto » y el jurado de Montevideo absuelve el virtuoso asesinato del Presidente Borda. ¡Si tendrán merecidas sus miserias políticas y económicas estos pueblos que tienen « el culto nacional del coraje » y el sentido moral de los beduinos ! « La decadencia de la moralidad fué al mismo tiempo la decadencia de la libertad romana. La posibilidad práctica de todas las relaciones de la libertad, tanto del derecho público como del derecho privado, perdió su *condición precisa* ». (Ihering).

A favor de este principio latino americano de la regeneración por la canalla virtuosa, la prensa, en el interior, es á menudo desempeñada por los sucesores de Tito Oates, aquel famoso libelista azotado en las calles de Londres y de quien decían que — « ya que el pudor no podía aparecer á su frente, justo era que se mostrase en las espaldas ». Verdaderos pasquines periódicos que son empresas simultáneas de moralización y

chantage, — esto para explotar el comercio y vivir del prójimo, aquello para ganar figuración y prestigio, — consiguen prosperar á la sombra de la debilidad general que, de miedo á la difamación le paga tributo al que tiene el insultadero en la mano, y á regañadientes se rinde al Dios del mal para que no le haga daño.

Cuando un hombre ha fracasado de todas sus empresas y de todas partes ha sido despedido por inútil, le quedan en el pueblo que aplaude la oposición virtuosa de la canalla, según Assis Brazil, estos dos últimos refugios: la profesión de crítico popular de hacha y tiza, y en caso de estar ya ocupada la plaza: la profesión de contraveneno, que es decir, de periodista oficial. Lengua para insultar no le falta á nadie y á los ociosos les sobra. En eso de saber los defectos de la administración, los rateros destituídos son insuperables. Y luego que, bruscamente acometidos por la moral biliosa y vengativa del cesante, se ponen á vomitar sapos y culebras en una hoja de papel impreso, haciéndole asco á la fruta que les han quitado de los dientes, el muy ganso del público cree en seguida que están moralizando desinteresadamente, por su sólo bien, y los adopta y los auxilia y los ayuda á vengarse del hombre honrado y á recuperar cargo en que vuelvan á defraudarlo. « Cada hombre como cada planta, tiene sus parásitos, dice Emerson. Una naturaleza fuerte, astringente, biliosa, tiene más enemigos crueles que los bichos y polillas que roen mis mangas ». Pero además, aquí, los parásitos del hombre honesto y laborioso, los inútiles exasperados por su propio fracaso, están subvencionados por la cobardía moral y la imbecilidad ambiente. Así suele caer la integridad víctima de sus víctimas, con el concurso del público que es goloso de moral predicada con palabras, aunque sea el basurero quien se la declame.

En rigor, un hombre de bien puede despreciar un pasquín, en la localidad, porque las 200 ó 300 personas pensantes, no obstante lo apetitoso que es el insulto

al prójimo, en el espíritu de rivalidad,—saben que quien le ha ladrado por la « prensa » no merecía más consideración que un cusco que ladra por el hocico ; pero los diarios y pasquines del interior están en la misma línea para los diarios serios de la capital ; todos son : « la prensa del interior », y á lo mejor salen transcribiendo con la mayor inocencia la última villanía del último miserable de pluma de tierra adentro, de esos que, hasta para reclutar subscriptores emplean el chantage.

En el país cuna de la libertad política, el patriotismo *no* está infestado por una crecida proporción de pillos y rateros », como dice Carlyle, y no hay tales Jordanes de virtud sacamanchas. Por el contrario, no sólo para ser funcionario público, sino hasta para recibirse de abogado, es requisito necesario la calidad de *gentleman* que implica « ser noble, dice Taine, íntegro, desinteresado, no sólo hombre de honor sino hombre de conciencia ». « Un hombre física y moralmente diferente de la multitud, dice Chèvrillón, citado por Leclerc, análogo á un caballo de sangre, que su raza, su ardor, su régimen, han hecho diferente del caballo común ». « El rey, dice el proverbio inglés, el rey puede hacer nobles pero no caballeros ».

« El sentimiento de la dignidad personal, dice Noblemaire, los ingleses le poseen en el más alto grado. Es casi intraducible eso que ellos llaman *respectability* y que produce un muy seguro y muy rígido sentimiento del deber, á la vez que un orgullo colosal ».

Por desgracia nuestra, estamos informados por conceptos muy diferentes y no basta empeñarse con apasionamiento musulmán, al estilo español, en creer que es mejor el nuestro para que lo sea de hecho. Al inglés, según Taine, le importa mucho más la grandeza de su país y de su raza que la suya personal. No se consuela con que sea otro y no él el causante de la ruina de su país, ni encuentra mérito en estar inocente en medio de la miseria general, ni le complace el honor de ser

personaje fácil en un pueblo mediocre. Nosotros decimos otro tanto y mucho más, de palabra, y de hecho hacemos todo lo contrario. Siempre estamos conjugando el verbo sacrificarse por el país y casi siempre resulta que, por equivocaciones bien intencionadas, el sacrificado es el país. Cuanto al orgullo, lo asentamos íntegro sobre « el porvenir grandioso ». Bolívar soñó despierto en hacerse emperador y nuestro San Martín dejó á su país ardiendo en la guerra civil para ir á ser él, Libertador de Chile y Protector del Perú. « Luis XIV, hijo de española y educado por los jesuítas, quiso ser grande. Lo consiguió por algún tiempo, dejando á la Francia achicada. Enrique IV había hecho grande á la Francia permaneciendo simple hombre. » (Ph. Chasles). No hubo, no pudo haber ningun Washington en Sud América. No estaba abonado el terreno para la bondad individual que hace la grandeza nacional, sino para la grandeza individual, que hace la pobreza nacional.

Aquí hasta los jueces consideran más importante su condición personal que la condición de la justicia de su país, y emplean el cargo en aumentar su condición personal á expensas de la justicia de su país. Los litigantes, con más razón, hacen lo mismo. Allí donde un inglés haría una campaña para librar á su país de un magistrado infiel, el criollo se limita á librarse él, pagando el impuesto de encrucijada y, « el que venga atrás que arrée », y aún se alegrarán de que les hagan pagar mayor rescate á los otros para resultar relativamente mejor librados de la iniquidad de su país. En una quiebra para saquear, siendo yo niño chico, diré así, me causó extrañeza ver á los jóvenes de la primera sociedad de mi pueblo jactándose de ser tenedores de créditos falsos para hacer mayoría en un concordato irrisorio. El juez empezó siendo muy hostil y el fallido vivo se planteó este dilema: ó compro al juez ó me pego un tiro. Desgraciadamente no se mató, y por 15.000 pesos compró la justicia argentina, para robar 200.000 pesos á comerciantes extranjeros. Años des-

pués, uno de los abogados que comieron de la porquería me refirió el caso, orgulloso de la hazaña curial que ensuciaba al país y lo había agrandado á él. Al tal juez también lo conocí más tarde con mucha popularidad, ejerciendo de regenerador del país, que era la profesión de moda. Había encontrado, como encuentran todos en Sud América, lo que en su tiempo buscaba en vano sir John Falstaff: « si yo supiera donde se puede comprar una buena reputación, haría mi negocio ». Por cierto, en los tiempos de sir John no existía « la oposición virtuosa aunque canalla » de Asis Brazil.

Y después de pedir el empleo como un favor para vivir, y de haberlo empleado para explotar á sus conciudadanos y desacreditar á su país, se echan á cacarear sus patrióticos sacrificios por el país, estos alacranes patrióticos del país.

« Los ingleses que trabajan para la comunidad no aceptan la idea de sacrificio: es un simple deber que llenan con una alegría contenida » (Max Leclerck). « En el grande ejército de la India todos los ascensos son por antigüedad, y asimismo, sin ese estímulo, es admirable el celo perfecto de los oficiales para llenar sus funciones, un rígido cumplimiento del deber simplemente porque es el deber, sin más». (Noblemaire).

Un botón de muestra: El candidato á gobernador de Santiago del Estero, ofrece los puestos mejor rentados en estos términos: « Y si las aspiraciones de los partidos que levantan mi nombre llegaran á realizarse, llamaría á mi lado á todos los sanos elementos de la provincia, para exigirles *su porción de sacrificios,* en nombre de los comunes intereses del Estado». (*La Nación,* Agosto 10-98).

Pendant.— En el monumento levantado al heroico defensor de Lucknow, que sucumbió resistiendo con un puñado de valientes á 30.000 cipayos, se lee simplemente: *Here lies Henry Laurence, who tried to do is*

duty..... « Aquí yace Enrique Laurence, que procuró cumplir con su deber». (Noblemaire).

Allí mismo, en la India, pueblo asiático, el último sudra dice orgullosamente al viajero: « Juez inglés dice al hombre pobre: tú tienes razón, y al hombre rico : tú no tienes razón» (Chèvrillón). Aquí cualquier hombre del pueblo cree sinceramente que las multas sólo rigen contra los desheredados. No es la justicia ciertamente lo que impera allí donde « el hilo se corta siempre por lo más delgado ».

Y aunque es más grato y más español sobre todo hacerse ilusiones y darse bombo que corregirse, no se puede negar que si hemos adelantado bastante más que los abisinos hemos prosperado también infinitamente menos que la Australia, comenzada á poblar en este siglo, en suelo más ingrato, y colonia penal hasta 1845. Pero cada país tiene sus escrófulas hereditarias, como dice Taine, y los habitantes de estos 17 rabiaderos de raza latina están muy consolados de las suyas: los ignorantes porque no las sospechan y los ilustrados porque — tuertos en tierra de ciegos, — encantados de ser personajes á poca costa y prefiriendo por temperamento ser cabeza de ratón antes que cola de león, se consuelan de la flacura del país con su relativa, muy relativa gordura individual. La posición que ocupen en el país sobre sus conciudadanos les importa más, pero muchísimo más que la situación que ocupe su país entre los demás países: 98 % de vanidad personal y 2 % de orgullo nacional, entre los que algo podían hacer por su país, y la proporción inversa entre los que nada pueden hacer por él, sino es empeorarlo con el concurso de su aturdimiento patriótico. En plena guerra con el extranjero hemos padecido revoluciones para ganar prestigio y figuración, objetivo para el cual ni el concurso de los indios se despreciaba en otros tiempos, desde la misma guerra de la independencia. Y yo he visto con estos ojos jóvenes de 34 años negándose á dar su retrato para el diccionario biográfico sudamericano, sino á con-

dición de que no entrasen mediocridades á codearse con ellos, en el templo de la gloria: « Yo y Sud América ». Así piensan estos ensimismados que enflaquecen con sus chifladuras á la América del Sud: pero le hacen el insigne honor de haber nacido en su suelo, en este pobre suelo que ciertamente no tiene con qué pagar gloria tan inmarcesible y esplendorosa.

¿Qué cosa es la libertad?

El carácter de la revolución inglesa es la *libertad*, el de la revolución francesa, la *igualdad*. Hoy mismo si dirigís la palabra en la calle á un proletario inglés notáis en su aspecto que tiene el sentimiento de viril independencia; pero que reconoce sin vueltas la superioridad de vuestra situación social como gentleman. Si al contrario queréis conversar con un obrero parisien, corréis riesgo de ver aparecer en él, por la brutalidad de su respuesta, el temor de que os creais más que él porque estáis mejor vestido. La libertad inglesa es sostenida por una conciencia masculina que se siente bastante orgullosa para soportar por encima de sí una situación superior. La igualdad francesa es una hija quimérica de la envidia y de la codicia.

BISMARCK.

A través de toda la historia nuestra se deja ver una raza gubernamentalmente estéril, propia para todas las cosas con excepción de una, por desgracia, la más importante. Es una fuerza grande con una dirección indecisa y variable que tan pronto anda á paso de gigante como se estaciona ó retrocede. Es como el suelo de Australia que produce árboles gigantes, buenos para leña y madera, pero que, teniendo hojas, no dan sombra. Bajo su ramaje se padece la intemperie: molesta el sol y la lluvia empapa (Beauvoir). Semejantes á ellos nuestros grandes hombres servían para hacer la guerra y el progreso pero no servían para hacer la paz, la sombra, la seguridad, la justicia, la quietud. A su amparo las generaciones precedentes han padecido la inclemencia de las pasiones, cien veces peores que las

borrascas de la naturaleza: la intolerancia estaba siempre desatada y la miseria penetraba por turno en todos los hogares y en todas las formas: persecuciones, destierros, contribuciones forzosas, confiscaciones, saqueos y degüellos.

En ambos es un pequeño detalle el que frusta la función primordial: el árbol presenta al sol la arista de las hojas, y los estadistas acuden á las necesidades del país con el amor á la gloria y el espíritu de ostentación que por ley de la naturaleza tienen la propiedad de producir la ruina del país en todas partes, haciendo imposible el buen sentido práctico sin el cual se corren muy graves riesgos de desatender lo esencial para pelearse por detalles mínimos y formas vacías, sacrificando el grano en disputarse la paja. «En política lo difícil no es obrar con fineza y audacia, sino ver lo que es. Un hombre de bien puede equivocarse como un malvado; una asamblea deliberante puede ver tan falso como un rey absoluto; y en política el que se equivoca sobre las realidades está perdido» (Ph. Chasles). «Ni el celo, ni el trabajo, ni el talento son útiles cuando no son empleados por una idea verdadera; y si se les pone al servicio de una idea falsa, hacen tanto más mal cuanto más grandes son». (Taine).

Patriotismo, valor, nobleza, elocuencia, altivez, todo esto sirve para producir actos grandes, heroicos, sublimes, pero si se carece de la cordura necesaria para guardarlos, son sablazos en el aire y grandezas en saco roto. «¡Oh! tú que en el ligero esquife de la vanidad te embarcas locamente para el viaje de la fama, prepárate á sufrir toda clase de contrariedades. Tu suerte es la de ser constantemente elevado sobre la cima de las olas, ó hundido en el fondo del abismo. Impulsado por un soplo, otro soplo te destruirá». (L. Comte).

«Las naciones y los individuos no se mantienen prodigando las acciones generosas, sino apartando los errores de conducta. *El bienestar* depende menos de las grandes acciones realizadas que de los desatinos

evitados. Las faltas suelen ser más perjudiciales que los crímenes » (Chasles). Nos declaramos independientes en 1816 y empezamos recién á medio gobernarnos en 1862. En el interregno, el gobierno, diré así, que duró más, fué el que era menos gobierno : « Solo hay dos gobiernos malos, decía Mirabeau: el despotismo y la anarquía; pero, perdonad, esos no son gobiernos ; eso es la ausencia de gobierno ».

La España, no nos había educado para que nos gobernásemos nosotros sino para ser gobernados por el rey de España y para el rey de España. Nos había enseñado el gobierno de los virreinatos, de las intendencias, las audiencias y los cabildos; pero no nos había enseñado nada, absolutamente nada del gobierno de cada uno por cada uno, y suprimidos por nosotros los virreyes, los intendentes, los oidores y los cabildantes, no quedó nada y pasamos 40 años vegetando á duras penas como el árbol sin riego, dominados alternativamente pero no gobernados por los caudillos. «Ni admitían en España y mucho menos en sus colonias, organismos con vida propia y autónoma, que pudieran mermar su autoridad. Era el régimen de gobierno patriarcal, el individuo sacrificado al Estado, un Estado absorbente que, al velar por el interés de cada uno, dirigir su vida, mantenerlo en la debida sumisión y respeto, lo habitúa á considerarlo como un poder providencial, única fuente de beneficios, de prosperidad y gloria. » (J. A. García, hijo).

Que los pueblos de raza latina necesitan ser excesivamente gobernados, es un hecho, por desgracia, muy cierto y averiguado en las metrópolis latinas y en sus colonias. « Desde los tiempos coloniales hasta la época contemporánea, dice el Dr. García, hijo, siempre que decae la fuerza del poder ejecutivo, que se deja tomar cuerpo á otras instituciones representativas de poderes sociales, el país viene á la desorganización y á la anarquía ». En China, dice Hübner, si les quitan las autoridades una colonia latina se disuelve y una colonia

inglesa se dá autoridades nuevas y sigue prosperando. « Los ingleses, dice Taine, llaman tiránico á nuestro gobierno porque se mete en todo.» Lo que es á nosotros, si nos gobiernan á la inglesa, no obstante ser de ese origen nuestra constitución escrita en el papel, si el gobierno no se apresura á tomar medidas para que los productores vendan caro y los consumidores compren barato y los ociosos no padezcan necesidades, diríamos que el gobierno padece marasmo, que no hace nada, y gritaríamos en coro contra el *desgobierno.*

Y necesitamos ser muy reglamentados, muy custodiados, muy tutelados, es decir enormemente gobernados por escasez de gobierno individual. « En Inglaterra no hay guardianes en los paseos y nadie destroza las plantas, dice también Taine. *Una cosa perfecta; en toda sociedad debe tenderse á que cada uno sea su propio guardián y acabe por no necesitar otro* ». Lo que es aquí, las plantas de una plaza sin guardianes no tardarían en desaparecer trasplantadas por los grandes y destrozadas por los chicos. « ¡Ay de aquel pueblo en que los hombres no tuviesen sino el tanto de honradez que basta para no hacerse ahorcar! Entonces el gobierno habría de contrarrestar *por sí sólo* el esfuerzo de la inmoralidad, la cual se desbordaría por todos aquellos lados en que no se supiera ó no se pudiera oponerle un obstáculo robusto ». (Romagnosi).

La conducta, la voluntad, la autodirección que faltan en el individuo deben ser suplidas por la administración; á poca conducta, mucho gobierno; á mucha conducta personal, poco gobierno: tales gobernados, tales gobernantes. Para que la mensajería no vuelque, es necesario que la habilidad del mayoral supla la escasa mansedumbre de los caballos indóciles ó que el hábito del camino y la costumbre de salvar precipicios en los caballos, suplan la incapacidad del mayoral. De Maistre tiene muchísima razón: los pueblos no tienen siempre los gobiernos que quisieran tener sino los que merecen tener; ni el sufragio es infalible ni la casualidad puede

proveer siempre estadistas á prueba de alturas, de aplausos y de omnipotencia. «Según Bain y Stuart Mill, si en las sociedades europeas un poder ejecutivo débil es compatible con el orden institucional es porque la estabilidad resulta de la unión de tres elementos: 1° la educación de los ciudadanos calculada de manera que sepan *disciplinarse á sí mismos;* 2° un sentimiento de obediencia y de respeto hacia el poder; 3° un elemento de cohesión entre los miembros de un mismo Estado.» (J. A. García, hijo).

Si el individuo no sabe gobernarse solo, es necesario que lo ayuden la familia, los amigos, el Estado; si el municipio no sabe ayudarse solo es necesario el concurso de la provincia y el de la nación para la provincia si tampoco sabe ésta ayudarse. Así, la única entidad autonómica que tenemos es la nación: á ella se le cuelgan todos y ella no puede colgarse á nadie, si no es al porvenir descontado en Londres. De ahí esa desinteligencia criolla entre la autonomía constitucional en el papel y el espíritu pedigüeño en todos los terrenos, porque la constitución está informada en el ayúdate tú mismo y los inquilinos de la constitución están informados en el patronato tutelar, en el ayúdenme otros.

La constitución copiada de N. A. se propone realizar el *bienestar general* y éste no es una solución para el espíritu informado por *el amor á la gloria.* Adoptar la constitución sin adoptar el propósito para que era hecha, es adoptar para un objetivo reglas que están calculadas y adecuadas para otros objetivos. El buen tiempo para las siembras es buen tiempo para el chacarero y es mal tiempo para el héroe, para el especulador en hazañas y tajos. Para el orador de boca-calle, que cosecha el prestigio en las agitaciones, para el libertador de sable ó de pluma que recoge sus laureles en la pelea, el buen tiempo es el desorden, el trastorno, la revolución: *gente desiosa che il mar revolti e venti folgi.* (Ariosto).

«Porque sólo peleando se le puede gobernar á este pueblo», decía don Juan M. Rozas, cuya palabra está autorizada para el caso por 20 años de guerra sin cuartel, que lo mantuvieron donde no se hubiera mantenido por otros medios, ni él ni nadie, en su tiempo. «En medio de la confusión de batallas, crímenes y caudillos, se destaca de relieve el factor sicológico predominante en la infernal crisis: el culto nacional del coraje que polariza todas las ideas, sentimientos y aspiraciones de las multitudes.... Periódicamente, en las épocas revolucionarias y de agitación social, resurge con nuevos bríos, y con la misma energía de antes cambia momentáneamente los ideales, los gustos, las aspiraciones comunes». (J. A. García, hijo).

La cantidad, diré así, de gobierno necesario en cada país varía según la cantidad de gobierno individual que existe en el país, pues, forzosamente, para que resulte el equilibrio que se llama *orden*, el gobierno tiene que ser el complemento de la inconducta. El gobierno es para nosotros la facultad de dirigir á los hombres en lo que, por su naturaleza, no pueden hacer individualmente y además en lo que pueden hacer individualmente y no son capaces de hacerlo. Pero, «hay siempre un punto que el legislador tiene que dejar al buen sentido y á la virtud de los ciudadanos.... No hay país alguno en que la ley pueda preveerlo todo, y en el que las instituciones deban suplir á la razón y á las costumbres» (Tocqueville). Ese punto es aquí un portillo que aun con el mejor gobierno queda abierto, porque sólo puede ser cerrado por los individuos individualmente y éstos no están preparados para cerrarlo sino para circular por él y agrandarlo con el tránsito.

Por más federal que sea el sistema de las instituciones, si en una provincia brota el desórden, es forzoso que el gobierno federal intervenga y la gobierne hasta rehacer el orden; que el gobierno provincial á su vez intervenga y gobierne el municipio cuando los municipales no pueden entenderse entre ellos y que

cada persona ande en las manos de los gendarmes y de los chupapleitos tantas veces cuantas no haya sabido conducirse él con los otros ó los otros con él. «Las leyes y toda la máquina del gobierno político, dice Mably, han sido imaginadas tan sólo para acudir en auxilio de nuestra razón, que casi siempre es impotente contra nuestras pasiones». «Preguntaron á San Jerónimo, dice Stobeo, qué cosa era un hombre auxiliado por la filosofía, y contestó: «Es un sér que hace voluntariamente lo que los demás hacen por temor á las leyes».

Si el pueblo está enseñado á respetar la autoridad, un solo gendarme puede aprehender á una, dos ó tres personas; si por el contrario, está habituado á resistirla, se necesitan 2, 3 ó 10 gendarmes para someter á un solo guapo. Si tuviésemos v. gr., el *self help* de los habitantes de Manchester, nos sobrarían 2.300 vigilantes sobre la dotación actual, que asimismo es insuficiente. «Si el lector quiere comprender, dice el doctor García, hijo, porqué no se practican las instituciones, qué detiene los progresos de nuestro derecho, de las ciencias sociales, tendrá que buscar la explicación en otro sentimiento: *el desprecio de la ley,* incubado durante los dos siglos de dominación española».

El pueblo que, por el culto del coraje y la vocación para el atropello, que es su consecuencia natural, sólo posee un mínimum de gobierno individual quedaría desgobernado con un mínimum de gobierno general; necesita un máximum de dirección un gobierno providencia y nodriza, y un máximum de gobierno necesario implica un personalismo inevitable, desde que todo depende, en tal supuesto, de la persona del gobernante; si éste anda el país anda y al compás que le marque, paso, trote ó carrera, como una máquina en manos del maquinista; si él no anda el país se estaciona, y si él se chifla el país quiebra. Los que declaman contra el personalismo no hacen otra cosa que dar coces contra los resultados fatales de su propia incapacidad;

los que asumen el gobierno de sí mismos y aprenden á desempeñarlo bien, tienen muy poco que temer de los errores de los demás. Y á los desalentados el buen gobierno del país tampoco les sirve de mucho ni de poco; es como el sol que agranda las manchas de aceite y seca las de vinagre.

El gobierno costea el culto y las escuelas, juega loterías, hace puentes y caminos, pone bancos, presta dinero en hipoteca, hace descuentos y recibe depósitos, es el administrador de todo el mundo; todos los huevos están en un mismo canasto y al cargo efectivo de un solo individuo que por un solo traspiés grande puede quebrarlos todos. «Los negocios de Estado son los negocios de todo el mundo, y cuando el Estado se arruina todo el mundo está arruinado por contra golpe. Pues él es el mayor deudor y el mayor acreedor del país; y no hay deudor tan inaccesible ni acreedor tan absorbente, puesto que, haciendo la ley y teniendo la fuerza, puede siempre repudiar su deuda y despedir al rentista con las manos vacías, en seguida aumentar el impuesto y tomar en los bolsillos del contribuyente el último escudo». (Taine).

Mientras escribo, ó por mejor decir, mientras transcribo, ya que en este estudio lo esencial son las transcripciones y el resto es solamente paja de relleno y embalaje, mientras copio, un grupo se ha detenido á conversar frente á mi ventana. Como me perturban, me asomo y oigo decir á uno con cara de extranjero — «Yo conozco la Australia; no hay tierras mejores que estas.... ¡este tal por cual de Juárez! ...» Me retiro, no sea que vayan á decir que Juárez ha echado á perder la tierra. Esos hombres estan fuera de mi tesis. ¿Qué importaba Juárez con toda su viveza si los argentinos hubiéramos sabido conducirnos cada uno bien bajo su gobierno malo?

Porque cada uno hace su destino con su conducta, pues, 90 veces en cada cien el destino es el resultado de la conducta. «En el hombre de genio, dice Edison,

hay 2 % de genio y 98 % de trabajo ímprobo». El que se atiene á sí mismo y no se duerme en el altruismo poniendo esperanzas en lo que los demás puedan hacer por él, puede resultar acrecido pero jamás defraudado; el que se atiene á la virgen y no corre tarde llega: el buey lerdo bebe el agua turbia. El que quiera que otros lo sirvan debe ponerse en aptitud de servirles; esperar que le den algo por nada, cuando precisamente ellos están esperando de él el mismo desprendimiento, es mucho esperar, y entonces el camino más corto, el más lógico, el más práctico y el único decente, á la vez que el menos vivo y el menos tonto, es siempre ponerse en aptitud de servirse uno mismo. La libertad es como el dinero: el que no la sabe emplear la pierde ó la disminuye. Hay, pues, que aprender á administrarla.

«Abrid el censo de la nación. Más de trescientos mil niños, los cuatro quintos de los que estan en edad de recibir educación, encuéntranse hoy día destituídos de todo recurso de aprendizaje, decía Estrada en 1873. De seis años arriba, según el censo de 1895, no saben leer ni escribir 1.776.184 habitantes . . . Ahí está un problema que es de vida ó muerte para nosotros. Esa ignorancia gravita políticamente con sus derechos y económicamente con sus errores» (J. A. Torres, *La Educación*).

Si los individuos de un país ponen de sí, en término medio, apenas el 20 % de lo que es necesario poner ó tener para conducirse, no gobiernan más que $\frac{1}{5}$ de los destinos del país y quedan para ser gobernados ó desgobernados por los poderes públicos $\frac{4}{5}$. Al gobierno general le queda, pues, un margen ó radio de acción necesaria tanto más grande cuanto es menor la capacidad de los gobernados. Para esos $\frac{4}{5}$ el primer magistrado es Don Preciso, aunque á la vez sea el primer atolondrado de su tierra.

No habían terminado los sacudimientos del terremoto del 20 de Marzo de 1861, en Mendoza, y ya

una nube de saqueadores había caído sobre las ruinas humeantes aún. Los que iban á socorrer á sus deudos moribundos tenían que defender su vida misma contra las foragidos que escarbaban entre los muertos y heridos y los sedientos de agua, para saciar su sed de oro y plata y alhajas ajenas. Fué necesario instalar á todos los rumbos piquetes de fuerza armada para fusilar sin trámites á todo el que pretendiera salir con prendas cuya propiedad no pudiera justificar en seguida. La explicación que de ese horror se dió entonces era que el populacho se había familiarizado con el saqueo patriótico en las guerras civiles que habían mediado entre la Independencia y la catástrofe, y que aún tenían el apetito de bienes ajenos abierto de par en par los que, 40 días antes habían saqueado la ciudad de San Juan. «Del seno de esas ruinas había salido una división de tropas, tres meses antes, á llevar la guerra á otras provincias, con el mismo espíritu que 40 días antes del temblor había encendido la saña del representante de la política de exterminio del fraile Aldao y empapado en sangre á San Juan». (Sarmiento).

El deber del Estado es la protección de los individuos, como dice el padre Didón. Al loco de remate se le acuerda el máximum de protección encerrándolo en un manicomio, y desde ese punto la sujeción á la vigilancia de la autoridad va disminuyendo en la medida en que aumenta la capacidad del sujeto. «En síntesis y bajo todo el complicado y pedantesco aparato científico constitucional, se observa fácilmente que el objeto primordial de todo gobierno es asegurar dos cosas: justicia y policía: un buen gendarme y un juez enérgico (Taine) que sujeten y repriman á los que interrumpen la labor pacífica». (J. A. García, hijo).

«Las gentes más razonables, dice Ribot, tienen el cerebro transitado por impulsiones locas», y si cada uno no se ha ejercitado y adiestrado en contener las suyas, es necesario que se las atajen la policía y los

jueces, y si el espíritu público, en vez de ayudar á cada uno á contener sus borracheras de principios, sus excesos de ostentación y sus derroches de coraje fratricida, los fomenta con el aplauso, serán necesarias dobles ó triples fuerzas públicas para asegurar el orden: un soldado por cada 3.000 habitantes en N. A.; uno por cada 400 en la Argentina, y como los coroneles á su vez tampoco serán muy firmes para sujetar las calaveradas que les transiten el celebro, habrá siempre trastornos disponibles.

El punto cero de la escala de la capacidad para conducirse, lo suministran los marroquíes ó los persas v. gr., que piden al azar sus determinaciones. «Como todos los Orientales llevan, los persas, un rosario de perlas entre los dedos. Cada vez que tienen que tomar una determinación, hacer una visita interesada, tomar un medicamento, dar una respuesta, comprar un objeto, por fútil que sea, echan la suerte, dejando caer las perlas y reteniendo una parte que desgranan una por una repitiendo las palabras: *muy bueno, incierto, malo*. La palabra que acompaña al último grano indica la respuesta y muy audaz sería el que no la siguiese». (Carla Serena, *En Perse*).

Si en el común hay capacidad para dirigir bien el 20 % de la conducta, queda un 80 % para ser dirigido por los poderes públicos desde el gendarme hasta el presidente, los cuales en término medio tienen también el mismo coeficiente de capacidad y queda entonces un 60 % de conducta no dirigida ó mal dirigida. Resultado: un país como el Ecuador en que el tiempo pierde su tiempo, diré, pues el aumento vegetativo de la población apenas alcanza á compensar las pérdidas por revoluciones, guerras, pereza, vicios, miseria, insalubridad y demás pestes inherentes á esas condiciones. En Santiago del Estero, provincia donde todavía impera el quichua, en 25 años un sólo gobernador ha conseguido terminar su período de tres años y la población se ha mantenido estacionaria, alcanzando la

mortalidad en 1897 al 54 °/₀₀. «La anormalidad allí es tener gobierno propio» dice Leopoldo Lugones. «Levantiscos, amotinadores de buena y legítima cepa española, ¡vaya si abundaron!, dice Ricardo Palma. Si bien se hace la cuenta, los peruanos por ejemplo, resultaríamos á motín por barba».

Por de contado, la peor condición para aprender á conducirse es el temperamento irresoluto. «Si queremos hacer bien en este mundo, dijo Sidney Smith, no debemos estar tiritando á la orilla del río, pensando en el peligro y en el frío, sino tirarnos al agua con valor y cruzarla á nado bien ó mal». «¡Cosa extraña! Rara vez temen los hombres los verdaderos peligros; tienen mucho más miedo á los peligros imaginarios. Por ejemplo: tienen un miedo absurdo al ridículo». (Lubbock). De ese ridículo miedo al ridículo están casi emancipados los anglo-sajones y estamos enteramente esclavos los latinos que de miedo al qué dirán le temblamos á la pobreza externa y afrontamos heroicamente las penurias á puerta cerrada y las deudas á pasto.

«El que no quiere cuando puede, no podrá cuando quiera», dice el refran inglés. Y los ingleses acostumbrándose á querer siempre han logrado hacer de la resolución su 2ª naturaleza hasta el punto de haber dado su nombre á la puntualidad, por consenso universal: «puntual como un inglés». Y en la falta de puntualidad no hay solamente el tiempo y la paciencia que se roba á los que han llegado antes, sino también una mentira y el que se acostumbra á mentir sobre el tiempo tiene mucho adelantado para mentir en cualquiera otra especialidad y principalmente en el orden pecuniario que es á lo que se llama trampear: mentir en asuntos de dinero. Es la manera caballeresca de vivir *de arriba:* pedir dinero ó efectos á crédito con la mejor *intención* de pagarlos. Este requisito previo y la circunstancia posterior de que no es desdoroso deber, bastan ordinariamente para no pagar nunca y tener

siempre tranquila la conciencia. «Descansar es gozar» dice el refran español y este hábito de *no hacer* desarrolla la *vis inertiæ*, y hace del tradicional *vuelva mañana* la 2ª naturaleza del sudamericano. Pero es materialmente imposible descansar cuando se está descansado, y se hace entonces necesario divertirse cuando se pretende descansar sin estar cansado, porque «las horas pesan en las manos del ocioso y pasan pronto para el hombre ocupado», como dice Lubbock. De ahí el refrán: la ociosidad es la madre de todos los vicios, porque los vicios son: las necesidades del ocioso, sus herramientas de matar el tiempo. «Lo que se hace por hábito se hace sin esfuerzo» por resolución espontánea á fuerza de repeticiones; para lo que se hace sin hábito se necesita una resolución *contra natura,* es decir, quíntuple. Cuando se tiene el hábito de no hacer nada todo se vuelve cinco veces más difícil de lo que realmente es, y de ahí viene que *i disoccupati non hanno mai tempo di far nulla,* como decía Cavour. «No es necesario, á la manera del español, aplazar para mañana lo que se puede hacer hoy», dice Demolins. Pero cuando *hoy* no se tiene *la voluntad* de hacerlo, entonces y por *esa razón,* es necesario aplazarlo para *mañana*. La necesidad del aplazamiento no emana hoy de la cosa en sí, sino de la pereza en sí, pero mañana puede emanar de que entre las nuevas y las viejas se hayan juntado tantas cosas que ya no sea posible hacerlas, por mucho que se quiera, ó porque les haya pasado la oportunidad y sea inútil hacerlas. Y eso en todas las esferas de la actividad ó, mejor dicho, de la haraganería humana. Un pueblo enérgico y de iniciativa no necesita el fomento oficial para prosperar: progresa con la iniciativa privada; un pueblo con hábitos de aseo no necesita intervención permanente de las autoridades sanitarias para impedir que las defunciones superen á los nacimientos; si por el hábito de despreciar la ley las leyes son ineficaces, será necesario aumentar las leyes y los jueces y la abundancia será

una nueva causa de desprestigio. «Es un hecho de observación que el aumento de los tribunales multiplica los procesos y que, en esta materia, el órgano crea la función». (Hanotaux).

Viceversa del de Centro América: cuanto menos gobierno es necesario, más posible es hacerlo menos malo. La misma incapacidad recae sobre menos intereses y se contrae á menos funciones, todo lo cual reduce la esfera de los perjuicios que las equivocaciones ó las maldades de unos pocos podrían ocasionar sobre unos muchos. De aquí proviene la dificultad de encontrar buenos gobiernos para los pueblos de origen ibérico; de que requieren gobiernos demasiado milagrosos para suplir tanta incapacidad individual. Se refiere que Bismarck tenía á Cánovas del Castillo por el más grande estadista de su tiempo, en razón de haber realizado la hazaña casi inverosímil de gobernar 28 años á los españoles. — «Los particulares proveen á la gestión de una multitud de intereses generales á medida que se revelan sin que de ello tengan que ocuparse los poderes públicos constituidos. Para el que conoce la corrupción de los gobernantes americanos el mérito no es poco. Gracias á esto, en efecto, los Estados Unidos continúan su marcha progresiva á pesar de la indignidad de sus politiqueros. Estos pervierten todo lo que tocan, pero sólo tocan *á pocas cosas*. El gobierno espontáneo y gratuito de la aristocracia natural restringe su esfera y limita su influencia ..... La esfera de acción de los poderes públicos es no sólo delimitada con cuidado sino aún muy restringida; el particular delega á su *Township* y á su condado lo menos posible de sus derechos políticos. Estos hacen lo mismo con el Estado y éste con el gobierno federal. En esta sociedad el particular ocupa la bóveda los poderes se abaten á medida que se alejan de él. Es precisamente lo contrario de lo que pasa entre nosotros». (P. de Rousiers).

Por supuesto, si los particulares aprenden á gobernar

un 25 % más de su conducta, sobra un 25 % de guardianes y reglamentos; si los juicios no tuvieran probabilidades de eternizarse, la mitad de los pleitos no empezarían y si los jueces consiguiesen acreditar en el público la idea de que no se pueden ganar malas causas con buenas razones, la gente se confiaría más á la buena conducta y menos á las defensas brillantes.

En cada mejora como uno de la conducta individual de tres millones de personas, la administración pública mejora como 2 y se abarata como 4 y la riqueza mejora como 8, por la rehabilitación de las horas perdidas del ocioso y la economía del gasto de matar el tiempo, que es de todas las ocupaciones humanas, la más dispendiosa. El fraude y el contrabando obligan á tener muchos empleados que por ser muchos tienen que ser malos para percibir los $^{2}/_{3}$ de las rentas. El fraude, el contrabando y la venalidad obligan al contribuyente á pagar 10 para que el Estado reciba 7, y lo que peor es, son focos de infección moral. «Por muy absurda que sea una tarifa, decía lord Macaulay, el contrabandista tiene mucho adelantado para ser un canalla y un miserable». «Pondría gustoso en parangón el fraude con el aguardiente, dice M. D'Azeglio: parece que en el primer momento dá fuerza, pero después os deja más débil y enervado que antes».

« Con menos torpeza de mi parte la faz de las cosas habría cambiado completamente », dice Noblemaire — Sí, pues, la faz de las cosas depende de nuestra conducta. ¡ Cuantos cosas hay que necesitan estar prohibidas para un menor y no necesitan estar prohibidas para un mayor ; cuantas que es necesario prohibir para un hombre grande y que no es necesario prohibir á un hombre discreto ! No es necesario cerrar las casas de juego y perseguir las ruletas para los que saben conducirse y para los otros es poco menos que inútil : pues si les cierran un peladero se van á descamisarse en otro rincón, porque el juego es para los desocupados una necesidad como la de fumar para los fumadores, y nin-

guna prohibición de cosa necesaria es eficaz contra el necesitado.

Casi todos los reglamentos y los gendarmes están de más para el hombre sensato que sabe dominarse él mismo y al propio tiempo son insuficientes para el atolondrado que sólo sabe dominar á los otros y á quien los gendarmes tienen que imponerle la ley á sablazos como á un perro rabioso. Bien seguro que el máximum de gobierno es necesario y asimismo no alcanza en los países apestados por « el culto nacional del coraje » y el mínimum sobra en esas felices naciones que han conseguido aclimatar entre los gustos del público el culto de la serenidad, el gusto por la cabeza fría y los pies calientes y la casa sin chismes, sin escaceses, sin juramentos y gritos y palos, sin ratones, sin chinches, sin pulgas y sin miasmas que tanto contribuye á la salud del cuerpo, como ésta y la energía y el trabajo contribuyen á la sensatez, que es la salud del alma, la *mens sana in corpore sano*. « Y porque la buena salud de la cabeza es el mejor fundamento para la conservación del cuerpo » como dijo el rey Recesvinto en el concilio de Toledo.

El pueblo que va á los circos á aplaudir á los moreiras y se queja del exceso de impuestos, fomenta la causa y reclama contra el efecto, porque ese espíritu de violencia y compadrazgo sin sentido moral, que predica el drama criollo, encarece el gobierno exigiendo un exceso de jueces, gendarmes y soldados; el pueblo que fomenta con su admiración la ociosidad elegante encarece enormemente la vida porque la ociosidad elegante no concurre á hacer y se ocupa en disipar la riqueza sobre que recae el impuesto y de la cual depende que sea liviano ó pesado. « Los ingleses están infinitamente más gravados que los rusos, decía Cavour, pero, con relación á la riqueza pagan infinitamente menos impuestos ». El hambre no es una peste de los anglo-sajones, que la han suprimido con el culto del trabajo sino de esos pueblos pobres pero altivos

que viven de la cosecha del año y que un año malo convierte en pordioseros hambrientos.

Los dos hechos más característicos de *South America* son: las revueltas y los gobiernos horrorosamente deschavetados ó tunantes que las provocan, favoreciendo el advenimiento de « la canalla virtuosa » de Assis Brazil á un nuevo régimen más detestable aún. « Entre los hombres que claman contra la opresión, muchos hay que quisieran oprimir », decía Napoleón. « No hay reacciones razonables y las más necesarias son de allí mismo las más furiosas ». (A. France).

Pero, ¿como salir del círculo vicioso? Las revoluciones sangrientas son gloriosas y lucrativas para los que tienen el coraje para negocio y medio de medrar, y, por otra parte, ni los espíritus mejor equilibrados pueden aguantar en ocasiones south americanas uno de esos gobiernos de rateros á que son tan propensos los pueblos caballerescos: —poderoso caballero es don dinero, y la plata huele siempre bien y siempre sirve para comprar coche, cualesquiera sea su procedencia — uno de esos gobiernos en que la administración es un saqueo amparado por las leyes que obliga á la revolución: un saqueo amparado por el patriotismo. Las revoluciones hacen la miseria y la miseria hace las revoluciones, pues el que tiene menos cosas que conservar con el orden y menos intereses que perder con el desorden es menos amigo del orden y menos enemigo del desorden, y poco les cuesta inclinar de su lado la balanza á los muchos que tienen siempre mucho que ganar á río revuelto.

« Los brazos de España no nos oprimen, pero sus tradiciones nos abruman », decía E. Echeverría. En efecto, los pronunciamientos y los malos gobiernos, productos ambos de la incapacidad de gobernarse, son una tradición de origen español en la América española. « Nuestro ejército ha tenido necesidad de ser *el más político* de Europa, dice Muñiz y Terrones, porque en el alto sentido de la palabra, y por culpas que no son

suyas, nuestro pueblo ha sido *el menos político* de todos los pueblos regidos por los principios del derecho moderno ». (Cartas á Alfonso XIII). « España, en conjunto, dice Almirante, no tiene criterio en materias de política interior ni exterior, por más que á cada español le sobren 3 ó 4 opiniones inconciliables, que conserva para su uso particular ». « La libertad y la individualidad, dice Lainé, son sentimientos accidentales que la España ha desconocido siempre ».

El más político era el pueblo inglés; el menos político el pueblo español: eso sólo explica el triunfo de los Estados Unidos de N. A. y el fracaso de la América española; aquí el eterno déficit, allí el superávit permanente. Porque el déficit de una nación como el de un individuo, no es más que la expresión numérica de los resultados económicos de su pereza ó de su torpeza, ó de su pereza y su torpeza juntas. Poco que hubiéramos producido, si hubiéramos sabido conservarlo, al cabo de 80 años bastante sería.

« El inglés procura mantener al Estado en su rol de mantenimiento de la paz pública. Es el régimen particularista. La tendencia de las sociedades de formación comunista es, al contrario, perturbar lo más posible la paz pública, en la secreta, instintiva esperanza de asegurar para sí ó para los suyos, por el triunfo del propio partido, buenas sinecurias administrativas, siendo entendido que el ideal de las gentes despiertas es vivir del presupuesto. No por otro motivo hemos hecho tantas revoluciones y se hacen aún casi todos los días en la América del Sud », dice Demolins. Desde que entendemos que el gobierno puede y debe hacerlo todo, fomentar á los ciudadanos y labrarles su prosperidad, natural es que fiemos en eso pues las creencias son precisamente para fiarse en ellas, y que poco ó nada hagamos para fomentarnos nosotros mismos, y que á la vez centupliquemos nuestros esfuerzos para apoderarnos de lo que suponemos el instrumento de hacer la prosperidad, á título quíntuple: como egoístas para empezar

la caridad por casa; como altruistas de raza para sacrificarnos por el país; como patriotas latinos para engrandecerlo con nuestra gloria personal; como ignorantes para enseñar al que no sabe y como genios del bien á palos para hacernos conocer.

« El inglés es un animal político; el francés es un animal sociable », dijo Swift, dos siglos atrás. A mediados del corriente decía Philaréte Chasles: « Estamos bien lejos del tiempo en que el ciudadano francés considere que no debe pedirlo todo al gobierno ». Nosotros también le pedimos todo y mucho más: lo posible y lo imposible. Nuestra fe en el gobierno es tal que raya en superstición: lo consideramos lisa y llanamente un instrumento de hacer maravillas, y le tenemos una fe absoluta, y le prestamos una fidelidad en consonancia perfecta con tales ilusiones políticas. De ahí resulta que nuestro progreso se detiene, retrocede y pierde camino, porque el hábito de creer y esperar demasiado del gobierno nos lleva inconscientemente á prestar fidelidad á los buenos gobiernos y también á « rodear » á los malos y á los insufribles, porque, al fin cuanto más incapaces sean estos para hacer la prosperidad del país tanto más capaces son para hacer la felicidad de una camarilla, y por lo que á ella respecta nada más exacto que la definición de La Bruyére: « un devoto es aquel que, bajo un rey ateo, sería ateo ». La fidelidad es uno de los dos sentimientos irresistibles que mueven al hombre de nuestro país, según el estudioso profesor de nuestra facultad de derecho. Nuestros libertadores, restauradores, regeneradores y caudillos de toda estirpe, nuestros emporcadores del país en general, no han sido solamente amados y aclamados, sino idolatrados ciegamente, y aún en estos últimos años ha podido darse en el parlamento, entre aplausos y felicitaciones, la nota más elocuente del espíritu south americano que confía á ojos cerrados en las aptitudes prodigiosas del poder: « Yo hago el sacrificio de mis convicciones que es bien poca cosa, hago el sacrificio de mi amor propio cientí-

fico, y hasta el sacrificio de mi honradez intelectual, en obsequio al ejecutivo y sobre todo en obsequio al ensayo del señor ministro ». Estas palabras fueron la más adecuada expresión del medio ambiente, y cuando un hombre dice lo que muchos piensan, no tiene más culpa que aquel que llega á ser por descuidos de higiene del cuerpo el caso más grave en una epidemia; bastantes pecados de ese género tengo yo también sobre mi conciencia, y razón de más para hacer propaganda contra esas chifladuras nuestras, tan contagiosas,—por efecto combinado de nuestra educación defectuosa y de esa detestable orientación para la gloria que haciendo al individuo apto para brillar é incapaz de conducirse, lo ponen á merced de las circunstancias exteriores, condenado á ser héroe del mal en la estación de las locuras cuando tiene aptitudes bastantes para ser héroe del bien en la estacion de la sensatez. Por suerte, no soy de esos tan españolistas que creen que porque un defecto es de ellos ya no debe ser corregido sino excusado, aplaudido y propagado.

. . . . . .

Aquí necesitaría llenar una página de moños colorados y cintas azules, de admiración ciega y odio cerrado; y otra página, fresquita, de aquella « adhesión incondicional al jefe único » que el presidente Juárez Celman consideraba oficialmente como la más sabia y la más alta expresión del acierto y del patriotismo argentinos.

Hace mucho tiempo á que la definición de Bastiat: « el gobierno es una ficción al través de la cual cada uno espera vivir á expensas de los demás », ha dejado de ser verdad para el anglo-sajón que ha aprendido á fomentarse solo y que bien lejos de pedir que el gobierno lo haga todo, pide, por el contrario, que no se meta en nada, y que llama tiránico al gobierno francés « porque se mete en todo », como dice Taine.

« La fidelidad de los ingleses no es tal que les haga sacrificar sus libertades para agradar á su rey, y jamás

pierden el vivo sentimiento de sus propios intereses. De ahí resulta que en Inglaterra el progreso no se detiene jamás, sean buenos ó malos sus reyes. De todas maneras el gran movimiento sigue su marcha progresiva. Los reyes de Inglaterra han tenido su buena parte de imbecilidad y de crímenes. No obstante, hombres como Enrique III y Carlos II han sido incapaces de dañar á su país. Ana y los dos primeros Jorges eran de una grosera ignorancia; su educación era miserable, y la naturaleza les había dado la debilidad y la obstinación. Sus reinados sumaron 60 años, y despues de ellos durante otro período de 60 años, el país fué gobernado por un príncipe á quien la enfermedad hizo largo tiempo incapaz y se puede asegurar que fué menos funesto en los períodos de su mayor incapacidad. Ni su inteligencia estrecha, ni su naturaleza despótica, ni su miserable superstición, ni la bajeza increíble del innoble epicúreo que le sucedió en el trono, pudieron detener la marcha de la civilización inglesa ó hacer retroceder el movimiento de la prosperidad de la Inglaterra. El pueblo marchó adelante sin ocuparse de esas miserias. *La locura de sus reyes no podía hacerlo desviar de su camino, porque él sabía que su destino estaba en sus propias manos* y que poseía *en sí mismo* esos recursos y esa fertilidad de combinaciones *únicas que pueden hacer al hombre grande, feliz y dichoso* ».

He aquí un extraño entendimiento de las cosas que quiebra las lecciones políticas de la civilización greco-romana, con todos sus oráculos y augures, con sus siglos de Pericles y de Augusto, con sus grandezas y decadencias á plazo: « Es imposible que sean diligentes los criados no siendo diligente el señor », decía Aristóteles. « El orbe entero, decía Juvenal, se guía por el ejemplo del rey ». « Las costumbres del príncipe contribuyen tanto como las leyes á la libertad; puede, como ellas, hacer hombres de las bestias, y bestias de los hombres. Si ama las almas libres tendrá súbditos; si ama las almas bajas tendrá esclavos. » (Montesquieu).

« Pero en España, sigue diciendo Buckle, desde el momento en que el gobierno se debilitó, la nación cayó en ruinas . . . . . porque el pueblo que ha sido acostumbrado á suministrar á cada empresa el celo necesario, no ha sido habituado á *desplegar la habilidad que debe guiar su celo* . . . . . Lo que aconteció cuando desaparecieron de la escena sus grandes reyes probó cuán artificial era esa grandeza, y *cuan careado es ese sistema de gobierno que reclama ser protegido antes de prosperar,* y que, teniendo por base la fidelidad y el respeto del pueblo funda su prosperidad *no sobre la inteligencia de la nación entera* sino sobre la habilidad de sus directores . . . . . .

«Fué fácil ver entonces que la grandeza de la España estaba edificada sobre la arena. Con soberanos capaces el país prosperaba; con soberanos imbéciles cayó en la decadencia . . . . La España vació entonces hasta la borra la copa amarga de su propia vergüenza. Su gloria había desaparecido, estaba humillada.

«La señora del mundo, la reina del Océano, el terror de las naciones, la España, no existía más; su poder estaba anonadado . . . . pero la causa verdadera y evidente que determinó completamente el progreso de esa decadencia fué la existencia de ese espíritu de fidelidad y de reverencia, por virtud del cual el pueblo se sometió á lo que hubiera sido rechazado en todo otro país, y que habituándolo á tener una confianza extrema en algunos individuos, redujo la nación á esa situación precaria en la cual una serie de príncipes incapaces debía necesariamente derribar el edificio levantado por sus ilustres predecesores» *(Buckle, Civilization en Angleterre).* «Como el progreso, la decadencia tiene sus leyes, y estas leyes su enseñanza.» (G. M. Valtour).

En la América española, el hábito de pedirlo todo al gobierno, y de aguardar á que nos fomenten para prosperar, ni siquiera se ha debilitado porque «somos lo que somos por virtud de causas nacidas en el

trascurso de nuestra historia, y que han perdurado. Quien analice la historia, si posee una concepción adecuada de lo presente, no aceptará sin atenuaciones la antigua sentencia: *cessante causa, cessat effectus* (Thorold Rogers).

Nuestra incapacidad para el *self help* tiene muy alto, muy noble y muy caballeresco abolengo: «El español, católico y exaltado, se representa la vida á la manera de los cruzados, enamorados y caballeros, y, abandonando el trabajo, la libertad y la ciencia, se arroja detrás de la inquisición y de su rey, en la guerra fanática, en la ociosidad romancesca, en la obediencia supersticiosa y apasionada, en la ignorancia voluntaria é irremediable» (Taine). De esos 8 ó 10 siglos por falsa ruta que han hecho pasar el imperio del mundo de las manos de los sucesores de Carlos V y Felipe II á la de los herederos de Isabel, la protestante, y Cromwell, viene el prestigio de los «altos ideales» y el menosprecio del trabajo que confluyen en un tipo de hombre dominado por el deseo de brillar personalmente, que ama la notoriedad en el lugar de la independencia; que produce poco y gasta mucho; que ha ocupado en el planeta 20 países de los cuales 5 viven en déficit normal y 15 en bancarrota definitiva, porque se manejan peor aun que el personaje de Dickens: «¿Teneis 500 chelines de renta? — Gastad 499. — ¿Cuál es el resultado? — La felicidad. — ¿Teneis 500 chelines de renta? — Gastad 501 chelín. — ¿Cuál es el resultado? — ¡La miseria!» «El crédito fecunda la actividad y produce la riqueza, dice Paul de Rousiers, pero también acelera la ruina del propietario que gasta más de lo que gana», y con mayor empuje la del país que carece de honestidad administrativa; por lo menos cuando la viveza se pone de moda los empréstitos facilitan las defraudaciones en grande escala, y los mayores esfuerzos de la gente honesta no pueden después impedir las consecuencias: *Qui se confie au bavard et*

prête au prodigue, retrouve son secret partout et son argent nulle part. (Petit-Senn).

«La libertad es una conducta, una educación, una dirección, una costumbre de vivir y de conducirse. Vive arraigada en el hombre no en el papel escrito, y la costumbre engendra la costumbre como el hombre al hombre. Los que quieran ser libres deben saber una cosa y es que todo pueblo que no aprende y adquiere por sí mismo la inteligencia y práctica del gobierno de sí mismo no debe esperar jamás á que el depositario de ese gobierno sea el que le enseñe á no necesitar de él.... El caudillo sud americano es el efecto de la incapacidad de su país para gobernarse á sí mismo.

«Cuando se dice que todo hombre es libre de gobernarse á sí mismo, se entiende que lo es á condición de saber gobernarse á sí mismo, de tener costumbre de ejercer y practicar ese saber. ¿Cómo se adquiere esa costumbre? ¿Cómo se gana ese saber? A esto se reduce todo el problema del establecimiento de un gobierno libre y de la libertad en Sud América» (Alberdi).

«Ese saber se gana adoptando los altos ideales» dicen los apóstoles de la utopía, tan grata á las gentes que tienen las ilusiones dilatadas por el sol de los trópicos y magnificadas por la pereza para endosar la moral difícil y acometer el trabajo.

«Todo el arte de ser libre se reduce á redactar una buena ley de elecciones que asegure el voto libre y evite el fraude y los codazos». Esto gritan por aquí á voz en cuello la razón y la lógica, y las ganas de ser personaje á sueldo, con inmunidades y figuración rentada. Pero la experiencia dice que, si por acaso alguna ley ha sido más perfeccionada que la ley de elecciones, en cambio, ninguna lo ha sido más inútilmente. «¿Qué importa, por ejemplo, dice Avellaneda, declarar la soberanía popular, estableciendo el sufragio universal, si se le entrega á muchedumbres bárba-

ras, caídas en la ignorancia ó esclavas de la miseria?» «Cuando tales gentes se juntan reunen sus incapacidades. Entre cien hombres, uno solo puede valer *mil* y los 99 restantes *cero*. Nada es pues más embustero que una cifra porque nada es más perfecto que una cifra» (Chasles). ¿Servirá para gobernar al país ó para elegirle gobernantes el que no sabe gobernarse á sí mismo? «Porque no basta ser nombrado guía para saber guiar; la elección que confiere el poder, no confiere la competencia» (Taine).

De nada bueno sirve desear el bien cuando se tiene una imposibilidad moral ó material de que suceda. La madre de todo bellaco *ha querido* hacer de él un portento. «Gobernar es elegir», y el elector que carece de sentido moral no puede ver que falta en los otros lo que falta en él, y elegirá para hacer el bien aquellas mismas personas que el diablo tenía preparadas para hacer el mal. El voto libre no puede dar al incapaz de elegir lo que la luz no puede dar al ciego. Pero así mismo, en Bolivia han hecho una guerra civil para asegurar, para los indios y por su medio, «la pureza del sufragio». La verdad es que cuando hay interesados en el mantenimiento de una imbecilidad, ésta tiene asegurada una existencia tan robusta y cuidada como los reptiles de jardín zoológico.

«Solo hay un remedio para los males que produce la libertad recién conquistada y es la misma libertad. Cuando un preso sale por primera vez de su calabozo, no puede soportar la luz del día, ni distinguir los colores, ni reconocer los objetos. Pero el remedio no consiste entonces en volver á encerrarlo en más lóbrega prisión, sino en acostumbrarlo lentamente á la luz.

«Los políticos de la época presente acostumbran establecer como principio de verdad incontrovertible y evidente por sí misma, que ningún pueblo debe ser libre antes de hallarse en aptitud de saber usar de su libertad; máxima digna de aquel loco que resolvió no

meterse al agua hasta saber nadar, porque si los hombres hubieran de aguardar la libertad hasta que el ejercicio de la esclavitud los hiciera dignos de ella por su prudencia y su virtud, esperarían siempre en vano.» (Macaulay).

Estos razonamientos han sido entre los anglo-sajones martillazos en el clavo y en los sud americanos martillazos en la herradura. Después de 80 años de estar fuera del calabozo no estamos muy mucho mejor que los que recién salen. De Bolivia para el norte, esos pobres países son infiernos para depósitos de gente endomingada, sucia, perezosa y mal hablada, porque á la libertad en Sud América le falta la base y padece todas las chirinadas y entorpecimientos de un ejército cuyos jefes, oficiales y soldados no hubiesen recibido individualmente, la instrucción y la disciplina del recluta; porque no puede haber en el todo lo que falta en cada una de las partes; porque la suma de las incapacidades individuales como la suma de ceros, no produce nada: «cien locos juntos no hacen un hombre cuerdo», dice Schopenhauer; porque no pueden nadar en grupo los que no saben nadar solos; porque nada se puede esperar de un millonario como Fabián Gómez que á los 15 años un sirviente llevaba de la mano á ver los fuegos artificiales el 25 de Mayo; porque menos se puede esperar de esos jóvenes criados en abuso de libertad, por no decir de licencia, que antes de llegar á la edad electoral ya han practicado con éxito una buena parte del código penal; porque nada se puede esperar de jóvenes de 20 años á quienes el padre les niega la llave para que se les escapen por las paredes; porque nada se puede esperar de esos jovencitos de 16 años criados con indulgencia plenaria, «caballeritos del revólver», catedráticos de insolencias, héroes precoces de la calle que saben bailar, jugar, beber y trasnochar, y haraganear de todas clases mientras reciben su parte en el trabajo del padre para jugarla en el club de la localidad, hombreándose con la ordinaria

cofradía de veteranos en el naipe encanecidos en la carpeta verde . «á menudo cae en la tontería de creer que es un mérito ser hombre antes de tiempo.... El joven ignora que no hay peor pérdida de fuerzas, que tales comercios abaten el ánimo, que después de 10 años de semejante vida habrá perdido *la mitad de su voluntad,* que sus pensamientos tendrán un dejo de amargura y de tristeza, que sus resortes interiores se habrán relajado ó doblegado » (Taine). Pero en la edad en que él lo ignora sus camaradas tanto ó más ignorantes y depravados por anticipación en el extravío se lo predican y enseñan con el ejemplo contagioso.

« Sobre todo, dice Amalia R. Chandler, considero que los niños son los que reclaman nuestro pensamiento especialmente. « Los hombres no recogen de los espinos la uva, ni los higos de los abrojos ». Si permitimos que toda clase de vicios se implanten en el corazón de los niños, no tendremos derecho á esperar que los años venideros produzcan cosechas de virtud ». « Si nada se reune en la juventud, nada se encontrará en la vejez ». « Los espectáculos torpes corrompen las inteligencias tiernas », decía Quintiliano. « Siempre he creído, dice Leibnitz, que si se reformase la educación de la juventud, se conseguiría reformar el linaje humano ». « Hoy, la verdadera beneficencia no consiste en dar limosnas, sino en inspirar al hombre de las clases inferiores el respeto de sí mismo, el sentimiento de la dignidad humana, el amor al trabajo, el hábito de la economía que conduce á la independencia, *el más preciado de todos los bienes* ». (Lessona).

El Dr. Antonio Arraga, el distinguido especialista en enfermedades de los niños, alentándome en este trabajo, me dice en carta de Abril 15;..... « en el segundo, parálisis de la voluntad, ocasionada por el sentimiento é impotencia, por consiguiente, para empujar vigorosamente, despiadadamente, si es necesario, á los hijos por el recto sendero de la moralidad, de la obe-

diencia y del respeto. Para mí, ¡qué quiere que le diga! ese sentimentalismo de que tanto alardean las madres y los padres criollos, ese cariño entrañable que les impide corregir severamente á sus hijos, no es en el fondo sino falta de criterio, ó un oculto egoísmo: me explicaré: corregir á un hijo eficazmente es un deber doloroso, y no hacerlo es evitarse ese sufrimiento: el bien del niño requiere el castigo, pero el disgusto y la incomodidad que esto les produce á los padres, hace que no se lo apliquen.

« Formar el carácter de un niño, hacerle respetuoso, inspirarle horror á la mentira, desarrollar el lado afectuoso de su naturaleza, domar su índole naturalmente irascible y voluntariosa, es una obra que no se lleva á cabo con el sentimiento, ciego y estúpido por lo general: es una tarea de labor paciente y pertinaz, de todos los momentos, de todos los instantes, para la cual se requiere un plan metódico puesto en ejecución por una voluntad firme y sin flaquezas. El padre físico debe estar doblado de un padre moral: no basta engendrar el cuerpo, es necesario modelar el espíritu, y esta es á mi juicio la verdadera paternidad.

. . . . . « á esta obra desastrosa ha contribuido en primer término la madre, que admirable de abnegación y cariño, es completamente ajena á sus austeros deberes y responsabilidades: ella cree que su misión consiste en alimentar y limpiar á su hijo, satisfacer todos sus caprichos y no contrariarle para que no llore. «¡Pobrecito! ¡cómo me aflige oirlo llorar! ¡qué sabe lo que hace el angelito! etc. » y si por acaso el padre procura corregir á su indómito vástago, se opone tenazmente y hasta lo defiende con fiereza. Este cuadro lo veo todos los días y en distintas partes; en fin, mi amigo, sentimentalismo puro y corrido; resultado: nuestra juventud. . . . .

« Créame, estoy convencido de que en la mayoría de los hogares de este pueblo falta el *at home* inglés, esa escuela del carácter imposible de reemplazar, donde se

aprende á ser veraz, leal, digno, respetuoso de las leyes sociales y políticas. ¡Qué contraste con nuestra enseñanza doméstica donde se predica « la viveza criolla » y el desprecio por las leyes del país! ¿Tendrá esto alguna vez remedio?»

El remedio existe, inventado y en uso y en éxito completo; lo que falta es la voluntad para ponerlo en práctica. Damos á los niños nuestros la única libertad que los norteamericanos les quitan á los suyos y les quitamos á los nuestros todas las que ellos les dan. Ellos suprimen en sus niños el paso brusco de la obscuridad del calabozo á la plena luz del día, enseñándoles á ser mayores de edad en conducta antes de serlo en derecho. Entre nosotros la capacidad de derecho se abre bruscamente sobre la incapacidad de hecho en los jóvenes que han sido criados patriarcalmente, y sobre la depravación lisa y llana en los que han hecho su escuela de la vida en el club ó en el café! « A despecho de esta educación casi negativa, dice Rousiers, á despecho de esta libertad de hacerlo todo que se deja al joven americano, hay una libertad que se le arrebata cuidadosamente para el porvenir: *la de no hacer nada*..... A los 16 ó 17 años, á los 20 á más tardar, sus camaradas le señalarán con el dedo si aún está obligado á recurrir á la bolsa paterna para subvenir á sus necesidades; la opinión pública es severa sobre este punto, y los padres no se entienden obligados á mantener sus mocetones; se le cortan pues los víveres al gomoso y queda á su cargo probar si es realmente *un hombre* ».

Con estos elementos poco importa que los gobernantes sean corrompidos; con los nuestros, una sociedad puede ser perfectamente y perpetuamente arruinada por sus gobernantes, y la luz no le enseñará á ver claro ni la libertad le enseñará á ser libre, del propio modo que el hábito del derroche no enseña el orden, pues cada generación nueva, educada en la imprevisión vieja, trae á la vida práctica casi íntegras y á veces hasta acre-

centadas las incapacidades individuales para conducirse de que adolecía la generación precedente, que trabajó para que los hijos heredaran fortuna hecha y no para que heredasen capacidad de trabajar y hacer fortuna, haciendo un cuestarriba para dejarles un cuestabajo: lo que se vé todos los días: una herencia cuantiosa y la capacidad de disiparla. En las provincias es manifiesto ese flujo y reflujo que renueva constantemente las capas superiores reponiendo con improvisados que van á mucho, los claros que dejan los que de mucho vienen á menos ó á nada. « La cuestión social, al exterior como al interior, es ante todo una cuestión de educación, dice Delhaaye. Tales padres, tales hijos; tales hijos, tales hombres; tales hombres, tal nación. Son casi truismos, como dicen los ingleses ».

A una sociedad así constituída, un mal gobierno puede arruinarla al galope, y un buen gobierno sólo puede componerla paso á paso. « Los políticos se asemejan á los que riegan por las calles, que pueden hacer barro cuando hay sol, pero no pueden hacer sol cuando hay barro. » (Dumas).

Es que la libertad no es la conducta que *sucumbe* sino la que *triunfa* de las miserias ambientes: un montón de ociosos, una recua de libertinos, no contienen un solo hombre libre. « En vano el vicio esclama: yo seré libre! La insurrección no lo llevará más que á la servidumbre. Esclavo *por esencia,* en vano romperá sus ligaduras; bien pronto, sobre cadenas más pesadas aún, se leerá esta palabra, inscrita como una ironía: *Libertad* ». Así habla Coleridge en su « oda á la libertad » que desacreditaron en su tiempo los jacobinos franceses.

Es que la libertad que nosotros consideramos tema socorrido para discursos, no es cosa para declamarla con elocuencia en las bocacalles; como la instrucción del recluta hay que enseñarla no á la masa, sino á los individuos uno por uno y recién cuando cada uno haya aprendido en su casa, en su familia, en su escuela, en su

comuna, en su provincia, á ser su propio sostén y su propio guardián, á triunfar en sí mismo del lado malo de su naturaleza enflaquecido por la moral, con el lado bueno vigorizado por el régimen, lo que, ciertamente, ni aun aquí es imposible, recién entonces el país será libre, porque será un país de hombres libres, de hombres que puedan conducirse sin la vigilancia de la autoridad; el país cobrará sus rentas, derrochará poco, habrá solvencia y crédito, porque los que cobran sus rentas y los que las pagan, sabiendo conducirse en lo suyo, sabrán conducirse en lo ajeno más regularmente; habrá justicia, porque sabiendo conducirse, serán menos accesibles á las influencias y más amantes del deber; habrá solvencia y crédito porque siendo menos desordenados derrocharán menos y producirán más, y no será necesario que el Estado vaya en su auxilio cada vez que un ventarrón les desteche la casa ó el tiempo les malogre la cosecha.

Y eso no se consigue con sólo redactar una constitución. Constitución bien redactada tiene hasta Haití, esa horrorosa república de negros constitucionales, pero ingobernables. Si no hay libertad en los individuos, no puede haber libertad en la suma de individuos. De ahí que la opinión pública en el sentido y en la eficacia anglo-sajona, no puede existir todavía entre nosotros. Nuestras masas no pueden actuar sobre el gobierno y pesar en la dirección ordinaria del país á la manera inglesa, porque el que no sabe dirigirse á sí mismo, no puede dirigir á los otros ni impedir que lo dirijan, como la paja no puede impedir que la dirija el viento, que tampoco sabe dirigirse. En la balanza de los destinos del país, un atolondrado en la presidencia, pesa más él solo que los cuatro millones de pajas de levita ó de alpargata. «Amo la Inglaterra como la grande escuela de la libertad y del trabajo, dice Philarète Chasles; — como el país donde menos se respeta el ídolo de la necedad: — el respeto humano; donde es impotente el influjo de los tontos y de los pillos que

conducidos por el primer arriero fuerte en el oficio y reunidos en tropilla se echan á rebuznar en corporación ». Pero el Dr. Argerich cree que « la justicia *necesita* ser *revestida* del respeto público ». (!)

Revestida ó revocada exteriormente ; la justicia necesita pues una lechada de respeto, como necesitan las paredes una lechada de cal. ¡ Qué afición la nuestra por los sepulcros blanqueados! « Estamos conformes en que se componga la justicia », (á condición de que no se la declare descompuesta) — dice un periodista de provincia de esos que adoptan actitudes campanudas para dar á luz un solemne desatino — « pero protestamos enérgicamente contra el mensaje del presidente que desprestigia la justicia en el exterior, *revelando* lo que *nos convenía* que *se ignorase* ». ¡ Qué vocación más vice española para el engaño patriótico y la mistificación nacional! « Se incurre, dice *La Nación* (Mayo 15), en el más grave peligro de desconceptuar en la opinión á aquel poder del Estado que más *rodeado* de respeto debiera estar ».

Este es el respeto en matriz de página, el vellón para toda la majada, tan inútil al que tiene vellón propio y tan necesario á la oveja que ha perdido el suyo en las zarzas del camino, el respeto á la persona no en razón de su conducta personal sino en razón de la conducta del gremio á que pertenece; el respeto en general á que son tan naturalmente aficionados los incapaces de merecer respeto en particular, análogo á la consideración anexa á los entierros de 1ª clase, al carruaje de librea, al sombrero de felpa, el respeto á la corporación que extiende al individuo su sombra protectora y que hace suspirar á los franceses por el cintillo para la *boutonniére,* á fin de ser entre los desconocidos *¡ un decoré !* Si el respeto á la justicia es una consecuencia de la buena conducta de los jueces, no hay desprestigio que lo alcance y dure, y todo otro respeto es una superchería, indigna de gente honrada.

« ¡ Un ciudadano argentino ha sido apaleado! » decía

un día *La Prensa* con la indignación al tope. Y en ese apaleado no había más circunstancia digna del mayor respeto que esa calidad genérica que le había conferido la casualidad. Uno ó dos asesinatos alevosos le habían procurado en particular una condena á presidio por tiempo indeterminado, de que había sido indultado por un arranque de sentimentalismo criollo, y un ministro digno en particular de muchas consideraciones cayó, porque ese foragido estaba *revestido* por el *respeto general* anexo á su condición de ciudadano argentino, en concepto de los demás idem idem. Esta gloriosa nación no ha sido invitada por el Czar de Rusia á la conferencia del desarme. ¿Qué mejor ocasión de lucirse con una protesta enérgica para nuestros héroes desocupados?

No consiste en eso sino en la superioridad individual, la superioridad general de los anglo-sajones, innegable á menos de ceguera patriótica, en Europa, América, Asia, Africa y Oceanía y de los japoneses en Asia, y de todos los *self made man* que hay entre nosotros mismos; en que saben dominarse y triunfar de sí mismos, y que habiendo aprendido el gobierno de sí mismos no están en la necesidad fatal ni de necesitar el revestimiento de respeto ni de desbarrar tan lamentablemente en el gobierno de los otros, ni de apelar á la *solemnidad* para suplir con ella la falta de rectitud y de seriedad.

Saber conducirse individualmente, esa es la cuestión, toda la cuestión. El peón que sabe conducirse llegará á prestarle dinero á su patrón arruinado; *j'en connais et des meilleurs*. Grande ó chico, rico ó pobre, la gran cuestión es saber conducirse. Por la mala conducta el heredero de rico será pobre; por la buena conducta el heredero de pobre será rico. El talento no hace al caso; no lo tienen las hormigas ni las abejas que trabajando un poquito todos los días son ricas todo el año. La dicha de la vida no consiste en ser un sepulcro blanqueado que merezca envidia por fuera y lástima

por dentro, sino en estar libre de remordimientos y penurias y, como dice Lubbock, « en tener siempre algo que hacer, alguien á quien amar, alguna cosa que esperar ».

« La imaginación del joven Lord se había dejado fascinar por aquellos *hinchados sentimientos de libertad* que abundan en los *poetas y oradores latinos;* y como ellos, entendía por libertad *algo muy diferente* de *la única libertad* que es de importancia para la felicidad del género humano » (Macaulay). Nosotros nos acomodamos muy fácilmente á la flacura de la ley y á la ineficacia de la justicia, y nada nos irrita más que la sola idea de un gobierno enérgico, de un poder fuerte por el prestigio derivado de la sensatez, á no ser la sola idea de una ley contra la vagancia, porque entendemos por libertad la facultad de no ocuparse de nada ó de hacer lo que se nos antoje aunque sea malo, el poder de abusar de nuestra persona y de la persona del prójimo, como la define el código civil para el derecho de propiedad. Esa es, en efecto, la libertad de derecho, la libertad teórica, la condición legal necesaria para la libertad de hecho, que hace posible el hecho por medio de la voluntad, la cordura y la instrucción, pero que no lo hace nacer por la sola virtud de la ley, y mientras este hecho no haya nacido, aquel derecho será tan hinchado é ilusorio como el derecho de hacerse doctor en un albañil: mientras no se haga doctor será un albañil de hecho con derecho de hacerse doctor; mientras no se haga un hombre libre, será un hombre de hecho esclavo de sus pasiones con derecho ilusorio de hacerse un hombre libre de sus malos instintos, un hombre enfermo de debilidad con derecho de ser hombre fuerte. La libertad teórica confiere el derecho de adquirir vicios y enfermedades: el derecho de disipar sus bienes y de apocar su persona, el derecho de ser víctima de los rateros ó estropajo de los gendarmes y carceleros, patrimonio de pleitistas y campo de microbios y sabandijas, el derecho de insultar y ser insultado, el derecho de

sublevarse y hasta el derecho de patalear ó pedir limosna.

Pero hay un medio de agrandar la persona y aumentar los bienes, seguro que lo hay, pero no se llama *libertad* sino *amor á la independencia personal.* Hay un medio de librarse de los vicios y de las enfermedades y de aumentar la salud, pero tampoco se llama *libertad* sino *trabajo.* Hay un medio de no andar en manos de los otros y no consiste en ser libre sino en saber conducirse uno mismo, en anticiparse á la autoridad siendo uno mismo su propia autoridad. Hay un medio de librarse de que lo gobiernen mal y consiste también en anticiparse uno mismo á gobernarse bien. Hay un medio de no depender de los otros y consiste en depender de uno mismo, en bastarse á sí mismo. En esto consiste precisamente la libertad real, la libertad de hecho, el *self help,* mil veces mejor que la libertad constitucional en el papel, y tampoco se adquiere con sablazos, con sonetos ó con programas pomposos. « Con debates sin fin, hemos obtenido los *Derechos del Hombre* escritos y promulgados: verdadera base de papel para toda constitución de papel. Olvidando, gritan los opositores, declarar los deberes del hombre, olvidando agregaremos nosotros, reconocer *las fuerzas* del hombre; una de las más completas omisiones » (Carlyle).

Los mismos ilustrados que se ríen del palurdo que compra anteojos en el supuesto de que sirven para leer con ellos el que no sabe leer sin ellos, esos mismos creen que « los principios » sirven para que pueda conducirse con ellos el que no sabe conducirse sin ellos. Y es lo cierto que una cuestión política complicada con un programa de utopía fermentada en artículos é incisos de carta orgánica es como una pulmonía complicada con 8 médicos: caso desesperante. Por que los principios sirven para conducirse como el diamante sirve para cortar vidrios..... en las manos del vidriero, y sólo para rayarlos, sin cortarlos, en las manos del chambón.

Para el que no sabe conducirse por sí mismo todos los sistemas políticos son jaulas; la república una jaula más holgada que la monarquía; la república federal una jaula más grande que la república unitaria; el sistema presidencial y el parlamentario son jaulas de diferente forma, pero todas son gallineros cuando el inquilino que las habita no sabe levantar el vuelo y dirigirse solo, y necesita que lo ayuden, lo fomenten, lo vigilen, lo cuiden y lo endilguen.

« La gran cuestión es aprender á gobernarse á sí mismo », dice Gœthe; « en la supremacía del gobierno de sí mismo consiste una de las perfecciones del hombre », dice Herbert Spencer; « los verdaderos fundamentos de la vida moral de los tiempos modernos deben ser la justicia y la prudencia; el respeto de cada uno á los derechos de todos y la aptitud de cada uno para cuidar de sí mismo », dice Stuart Mill; « el gobierno de sí mismo es lo que en absoluto distingue al hombre del bruto, y en realidad de verdad nadie puede llamarse hombre mientras no sepa ejercer esa facultad. El gobierno de sí mismo es la raíz y origen de todas las virtudes..... El valor de saber gobernar las propias inclinaciones se muestra de varios modos, pero principalmente con la vida honesta », dice Smiles; « el secreto de todo buen éxito está en saber imponerse privaciones », dice Mrs. Olimphant; « el saberse gobernar á sí mismo *es la única libertad* que puede gozar un indivíduo », dice Perthes. He ahí el descubrimiento más grandioso de la ciencia política que rompe la vieja ley de la grandeza y decadencia natural de los pueblos é introduce la ley nueva del crecimiento indefinido: la invención del *self help* mediante el cual un pueblo puede prosperar bajo un gobierno imbécil, ser rico, fuerte y feliz á perpetuidad. Hasta entonces sólo se había conocido los pueblos grandes por tiempo limitado al estilo romano y español, que la riqueza desmoraliza, los laureles envanecen y adormecen y los malos gobiernos arruinan. «El verdadero inventor de la imprenta, dice Lubbock, fué aquel que

tuvo la fecunda idea de hacer matrices separadas para cada letra, en lugar de abrir una para cada palabra. Parece que eso era poca cosa; y, sin embargo, durante 3000 años nadie había pensado en ello».

Nosotros estamos todavía en el fetiquismo de la gloria y en la superstición de la carta orgánica; en la concepción de que una ciudad de viciosos, haraganes, deslenguados y roñosos en mayoría y atolondrados en toda la línea, con que sea altiva, tenga «altos ideales» y esté *bien reglamentada,* basta. Si no basta, es necesario reformar y aumentar perpetuamente los reglamentos. Y en ese camino estamos en vías de convertirnos en autómatas humanos como los chinos. Ábrase, por ejemplo, el reciente mamotreto de leyes militares, de 1 kilo 400 gramos de peso, y se verá reglamentados allí hasta los esturnudos, ¡y de qué manera! Imposible meterse en la cabeza, por desocupada que se la tenga, tanta minuciosidad que expone al superior á cometer un traspiés á cada paso por causa de aquella dosimetría penal preventiva que obliga á andar con los reglamentos en la valija,—porque en ningún bolsillo caben,—para saber si un botón de menos en el uniforme es falta y cual es su máximum y mínimum de castigo, y que á cada paso arma un pleito entre inferior y superior sobre si la falta es chica ó es grande y si está regida por este artículo ó por el otro, pues teniendo ambos diverso interés lo interpretan con espíritu distinto. El *espíritu militar* que todo soldado debe llevar en el alma y que en cada acto le dice si es ó no es contrario á la disciplina, como la conciencia del hombre común le dice qué cosas son lícitas ó ilícitas, aunque ignore el código penal, ese resorte irreemplazable lo hemos convertido en artículos é incisos transformando la guía *interior* en una especie de alambrado *exterior* de la conducta. Hemos llegado al punto que decía Cavour en 1851: «la *reglamentomanía* había llegado á su máximum cuando se quería convertir á los hombres en máquinas.... El reglamento hace del empleado un imbécil; he ahí porqué,

como ministro, no lo amo. La letra mata, y el espíritu vivifica ». El deber convertido en arneces y anteojeras resulta muy cómodo pero muy estéril.

Se quería asar la manteca, nada menos : «que cada uno sepa de antemano hasta donde alcanzan sus libertades y las facultades de sus jefes», con lo que estos vienen á quedar en la condición del gato con cascabeles. « Preguntado Cromwell porqué se habia contentado con el título de Protector, en vez de tomar el de rey, dijo : — Porque los ingleses saben hasta donde llegan las facultades de un Rey, pero ignoran hasta donde alcanzan las de un Protector » (Muñiz y Terrones). «Si, pues, todos los privilegios del parlamento fueran una vez fijados y establecidos, decía Blackstone, y ningún privilegio acordado sino el que fuere así definido y determinado, sería fácil para el Poder Ejecutivo inventar algún nuevo caso que no estuviera dentro de la línea del privilegio ». Es lo que les pasa á los jefes después que su autoridad ha sido cuidadosamente alambrada. Se obedece al pie de la letra desobedeciendo al pie del espíritu :— «¡Miserable ! le dice en San Rafael el coronel Segovia al loco Montoya que por la milésima vez caminaba agarrándose de los árboles para no caer, — ¿no te dije ayer que si volvías á beber vino te pegaría 4 tiros? » — «Es cierto, señor; pero *esta* es de aguardiente ».

Ahora se trata de hacer un *Código de Policía,* en que las faltas de los habitantes estarán catalogadas y avaluadas de antemano como los artículos de un almacén á precio fijo. Pero es que la libertad así reglamentada es como una pajarera en que el individuo no necesita el *sentimiento del deber* para dirigirse sino el conocimiento de los reglamentos para no chocar con el enrejado y en todo lo que no hayan previsto puede pecar impunemente. La moral reglamentada hace lícita á la parte no reglamentada, y contribuyendo á hacer innecesario el sentimiento del deber, tiende á extirparlo, es decir, al peor de los resultados posibles. Nuestro ideal

en materia de moralidad pública no es el resorte interior, sino el muro materialmente infranqueable del convento de monjas, la imposibilidad exterior de pecar, el obstáculo policial que, á título de precaución contra los locos y haciendo ley pareja, nos crea 700 trabas á los cuerdos, que venimos á resultar las únicas víctimas de tales precauciones: — no podemos entrar y salir donde un atolondrado no pueda entrar y salir.

Si todas las conciencias están en venta, hagamos la la constitución de modo que nadie quiera comprarlas », decía Camilo Desmoulins ; hagamos, decía Mariano Moreno, hagamos leyes tales que no permitan á los gobernantes futuros ser malos »: el criterio del individuo reducido á cero hasta suprimir por la reglamentación la facultad de equivocarse, que es precisamente el forro de la facultad de acertar. Así estaba la imprenta, imprimiendo con una matriz para cada página; luego con una matriz para cada palabra, hasta que vino Guttemberg y discurrió hacer una matriz para cada letra. En este sólo detalle estaba todo el descubrimiento de la imprenta. Así estaba la libertad política constituida por la conducta y el poder del país sin la conducta y el poder del individuo, por la libertad del país sin la independencia del individuo, por la grandeza napoléonica del país y el átomo del conscripto, cuando los ingleses discurrieron hacer una matriz, una libertad para cada individuo, que, como la letra con matriz independiente no queda incorporada á una página ó englobada en una palabra maciza como el esclavo al amo ó el súbdito al príncipe, ó el vecino á su comuna, á su tribu, ó á su clan, sino que tiene actuación y valer en sí y por sí. La regla romana: *quod principe placuit, leges habent vigorem*, fué sustituida por la matriz individualista: *man's house is sacred*..... «La casa del hombre decía Lord Chathan, es un castillo. ¿Por qué? ¿Porque se halla rodeada por un foso ó defendida por una muralla? No. Puede ser una cabaña de paja, puede el viento silbar alrededor de ella, la lluvia entrar ; pero el rey

no ». *Un hombre* no puede ser gravado contra su voluntad ; él gobierna su dinero y *reina en su casa*. *La única libertad* que puede gozar *un individuo* no es que lo gobierne un César ó un Napoleón que no abundan como las coles sino que se gobierne *él mismo,* bien ó mal, pero él solo y que sufra todas las consecuencias de gobernarse mal para que ellas le enseñen á gobernarse bien, como las leyes de la gravedad, no dispensando machucones, le enseñan á no tropezar y caer.

He aquí para cada uno el medio de hacer que haya buen gobierno para él sin apelar tan infructuosamente á las conspiraciones y chirinadas ; no depender del gobierno y aprender á conducirse: «Si cada uno se limita á barrer el frente de su casa, toda la calle estará limpia». (Gœthe).

«Ciertamente, dice Demolins, la ciencia social no penetra en un cerebro inglés del mismo modo que en un cerebro francés. Este busca en ella un sistema racional para *la dirección general de la sociedad* (libertad en matriz de página) y el inglés una regla práctica de conducta para *su gobierno personal,* » (libertad en matriz de letra).

En la colonia española la libertad del individuo estaba englobada en la libertad del país como la letra en el trozo de madera que contenía la página maciza de ante Guttemberg. « Era el régimen del gobierno patriarcal, el individuo sacrificado al Estado, un Estado absorbente que, al *velar por el interés de cada uno, dirigir su vida, mantenerlo en la sumisión* y respeto, *lo habitúa* á considerarlo como un *poder providencial, única fuente* de beneficios, de prosperidad y gloria ».

A esa flatulenta libertad en bloque, que « no es de importancia para la felicidad del hombre » se refieren los sableadores y los oradores latinos: « la libertad se conquista con la espada » (E. Castelar). He aquí una definición que huele á pronunciamiento y se refiere á la matriz de página, á ese « hinchado sentimiento de liber-

tad » que induce á los federales á creer que son libres porque se han librado á sablazos de los unitarios y continúan esclavos de su propio terror, de sus propias pasiones, de la brutalidad y de la miseria humana. ¿ Hay despotismo peor que el de la conciencia ante las opiniones que se imponen á sablazos ? ¿ Hay despotismo peor que el del hambre, la miseria y las enfermedades ? ¿ Es la gloria quien nos salvará de la mugre, la insensatez, la pobreza y las pestes ? Los *rotos* triunfantes del Perú y Bolivia sucumbían á la viruela y al cólera como moscas; la heroica Buenos Aires que en 1807 rechazaba á los ingleses era deshecha por la fiebre amarilla en 1871 y seguía viviendo con el ¡jesús ! en la boca hasta que los ingleses le prestaron dinero para hacer cloacas, á feliz iniciativa de don Emilio Castro.

« Es muy bello, dice Hallam, el sostener que se ha comprado la libertad con la sangre en los campos de batalla; pero la verdad es que nosotros, los ingleses, la hemos comprado con nuestro dinero ». He ahí la definición inglesa: la libertad se conquista con el trabajo; en este solo detalle está el descubrimiento de la *libertad útil,* porque el trabajo acumulado es riqueza y la riqueza es poder, y el que gobierna la bolsa gobierna las tripas y el que gobierna las tripas gobierna las almas. El desastre de los españoles en Cuba y Filipinas y el triunfo fácil de los norte americanos están explicados en esta sentencia de Cervantes: « La fuerza y peso de las armas no se pueden llevar sin el gobierno de las tripas». La pereza es deuda y el trabajo es crédito; la pereza es subordinación y el trabajo es dominio. En cierto sentido, los banqueros de Londres gobiernan en la América latina. Ahora nosotros sudamos para ellos porque nos prestaron sus libras al 70 cuando estábamos medio locos para que se las devolviésemos á 100 cuando estuviésemos medio cuerdos. Y claro está que lo que aquí lamento no es el tipo, sino el hecho mismo del préstamo, pues, con gobiernos como el de 1889 lo mismo se habrían perdido 96 que 70, y en cambio, sería mu-

cho mayor el encono actual de los prestamistas en blanco.

La libertad en *matriz de palabra* que tanto seducía con don Juan de Padilla y los comuneros de Castilla y nuestros Cabildos á Lucio López, mi malogrado profesor de administrativo, la habían encontrado y perfeccionado los chinos, que no dejan de ser con ello el imperio más cariado de la tierra: « Pues, otra contradicción, en ninguna parte del mundo el principio del *self government,* la autonomía de las comunas, está más desarrollado que en China» (Hübner). La libertad del individuo no existe sino englobada en la independencia administrativa de la comuna. Esta es libre pero cada vecino está enjaulado en su reglamentación, tutelado y explotado por ella; es todavía miembro gobernado dentro de una familia y ésta una simple molécula dentro de la comuna autónoma, como la letra en la matriz de palabra. Esto no es, ni cerca, el *self help,* la autonomía personal, la capacidad de hecho y de derecho para administrarse y tutelarse él mismo en el orden de los intereses no comunes. Hay un mundo de diferencia entre la comuna autónoma y la familia patriarcal del chino y el joven escocés que viene de las colonias á pasar las vacaciones con su familia y encuentra el último día, sobre su mesa, la nota de los gastos que ha ocasionado en la casa y que debe cubrir, porque él, menor de edad y con abuela viva, no es ya un átomo dentro de una molécula, viviendo de la vida de la molécula, sino una entidad aparte, *un hombre libre* que se gobierna y costea por sí. « *La escuela primaria de la libertad* » no es como decía Tocqueville en 1832, « *el régimen municipal* », sino *el régimen individual.* Mal podría gobernar el municipio quien no supiera gobernar su casa, y tampoco podría aprender á gobernarse como magistrado el que no hubiera aprendido antes á gobernarse como individuo.

En verdad, un gobernante afeminado, corrompido, ladrón, imbécil, es motivo en China y fuera de China para que toda ó parte de la nación se corrompa y de-

grade, pero no lo sería si el pueblo quisiera sacarse el cabestro abandonando el *espíritu logrero* que es por donde cae en la ayuda ajena, que es dependencia, como cae el pez en la carnaza que es anzuelo. El gobierno malo corrompe solamente á los que necesitan ó desean someterse á sus gustos y sus extravíos para conseguir su benevolencia y obtener su amparo y protección. « Estando Platón lavando unas lechugas para comer, acertó á pasar el filósofo Aristipo y dijo á su colega:—Si tú quisieras servir al rey Dionisio, no te veríamos comer esas lechugas. A lo que respondió Platón:—Si tú te contentases con comer estas lechugas, no te veríamos servir á tan gran tirano ». En efecto, para el que no sabe imponerse privaciones y cede á la tentación de gastar, esa sirena de tierra firme mil veces más peligrosa que todas las sirenas fabulosas del mar, un gobierno corrompido es como un despacho de bebidas para un alcoholista, como una ruleta para un jugador. ¿Qué le importa de las carreras y de los frontones al que no tiene el hábito de tentar la suerte con su dinero ó con el ajeno?

Para la madre que no ha sabido enseñar á su hijo á tener voluntad y dominarse, «el mal *está* en los garitos», « El terror, ha dicho Stendhal, no está en las cosas sino en el corazón del hombre ». Así también, la tentación no está en las botellas ni en los garitos, sino para los que *son tentados*. « No creemos, dice uno de nuestros diarios más importantes, que el mal *esté* en los hombres que administran justicia, sino en las leyes defectuosas ». Esta es la opinión más universalmente equivocada y la más universalmente desastrosa de *South America:* el mal no está en los hombres sino en las cosas, en los sistemas, en las leyes, en los reglamentos; compongamos pues las leyes, reformemos los reglamentos, cambiemos de sistemas y quedémonos los hombres sin compostura, chiflados á perpetuidad. « *El hombre* es naturalmente bueno y es la sociedad quien lo vuelve malo ». El hombre es naturalmente bueno y es el reglamento malo y

las leyes malas quienes lo echan a perder: compongámosle las leyes. ¡Cuántos millones de locos ha hecho Rousseau, el loco más fecundo que para su desgracia ha conocido el mundo latino! « Se llegó, dice Thorold Rogers, al punto de vista relativo y se halló insostenible la actitud absoluta. Se desacreditaron igualmente el cosmopolitismo en teoría ó la suposición de *un sistema igualmente* VERDADERO *para cada país,* y lo que se ha llamado perpetualismo, ó el suponer que hay un sistema aplicable á todo período social ». « Todos estos negocios, en efecto, son más cuestión de *personas* que de *cosas ;* no se puede, como en las combinaciones químicas donde se pesa justas tales y cuales dosis,—combinar así por una ley un *agregado de atribuciones y de derechos :* todo eso no sirve *para nada* cuando no se tiene *las personas que son necesarias* » (Bismarck). Cuando los hombres no saben gobernarse es natural que busquen los medios de conducirse bien donde no estén, para que no los encuentren. Porque si los buscasen donde están los encontrarían y encontrándolos aprenderían á gobernarse y aprendiendo á gobernarse dejarían de ser hombres que no saben gobernarse, es decir, habrían dejado de ser lo que son. Y puesto que estos 18 países de raza española siguen, más ó menos, siendo lo que han sido, es indudable que han encontrado los medios de gobernarse bien donde no estaban.

Para acabar, como suele decirse, con el juego, cerramos los garitos públicos; matamos *el lugar* y dejamos viva y enconada *la pasión* del juego. «Juega, le dice el padre X. A. al hijo con tentaciones,—juega pronto y apresúrate á perder, eso te enseñará mejor que todos mis discursos, que el dinero se gana en el trabajo y no en el juego».—Dos meses más tarde el hijo volvía, de la Bolsa, con las manos vacías. Había aprendido su lección» (Rousiers). Hay una manera de pegar en el clavo y es ésta ; hay una manera de machacar en la herradura y es aquella. En la guerra del Paraguay, á falta de naipes, jugaban á «carreras de

piojos» y los $^3/_4$ de las operaciones de la Bolsa de Buenos Aires van por cuenta de *la pasión del juego*. «El resultado (de no acertar en el clavo y golpear en la herradura) es, dice un viajero N. A., que los argentinos son una nación de jugadores», y en nuestros periódicos las más sustanciosas tiradas de moral política en la arena para jugadores empedernidos versan sobre el *agio* en la Bolsa.

El gran adivino lo había dicho: «Todos los lugares de la tierra son hospitalarios para el hombre prudente». Y en todas partes hay escollos y en todos los escollos hay imán para la brújula por que se guía el hombre ignorante, negligente ó torpe. Desde luego, pues, lo más importante no es la educación del delfín, ó la elección de los magistrados sino la educación de cada individuo para que sepa conducirse bien aunque no lo gobiernen ó lo gobiernen mal, y aunque los reglamentos sean detestables y las leyes sean pesimas, como en efecto lo son en Inglaterra, donde la libertad de cada uno no depende de la educación del rey, ni de la perfección de las leyes sino del carácter y de la capacidad de cada uno para andar solo, moverse de su cuenta, huir de los garitos y fomentarse á sí mismo. «Para el que usa calzado, dicen los persas, es como si toda la tierra estuviese forrada en cordobán». Para el que sabe gobernarse á sí mismo es como si en todas partes hubiese buen gobierno y el que no sabe conducirse, aún donde haya buenos gobiernos lo pasará tal mal como si anduviese descalzo por terreno pedregoso. En los Estados Unidos de N. A. hay un gobierno general podrido por el sufragio universal y la nación goza de una vida robusta, la más robusta que se conoce, por el buen gobierno individual. En esa población inglesa que tenemos á la vista de nuestras costas, en las Malvinas, tienen tan ninguna fe en los reglamentos que ni á sus compatriotas les permiten desembarcar si no depositan el importe de su pasaje de regreso, para reembarcarlos á la fuerza si al cabo de un

año de ensayo no han probado no necesitar por el lomo el garrote de sus convecinos para conducirse honestamente.

Ya decía Pitágoras que «ninguno podía considerarse libre á menos que supiese dominarse á sí mismo». Pero los que no saben dominarse, no saben que no saben dominarse, y, como dice Buckle, « el que no tiene conciencia de las tinieblas no busca la luz ». « ¡Desgraciado el pueblo que esté gobernado por una mujer! » decía solemnemente en las Cortes, el elocuente diputado carlista Mella. Felices los pueblos que pueden ser gobernados por una mujer, diremos los que no tengamos impedimento de chifladura para reconocer la prosperidad de los súbditos de la reina Victoria. Dichosos, mil veces dichosos los pueblos que pueden ser gobernados por un loco sin perder ellos el juicio.

Eso y no las modas de París es lo que hay que ver, admirar y tratar de imitar en este mundo, para que cuatro millones de hombres dependan de cuatro millones de cabezas, saliendo al fin de este sistema microcéfalo que nos dejaron los españoles y que deja pendiente de una sola cabeza expuesta á marearse, la prosperidad de toda la nación.

Yo no he viajado por Inglaterra y Norte América, pero nada se ha perdido por eso. Los hombres más competentes y más capaces de *de ver lo que es,* han viajado por todos nosotros y he aquí lo que han visto :

« Confiesa que siente la necesidad de obrar ; que una vez que pasó dos días completamente ocioso se moría de hastío ; opina que esa necesidad de trabajo es el fondo inglés : la máquina se pulveriza á sí misma si gira en el vacío..... Yo admiro infinitamente el espíritu de todas estas instituciones, la iniciativa generosa y sensata de los particulares, que libremente, á sus espensas, mejoran la casa pública y sirven al Estado sin recurrir al Estado.... « Es carácter distintivo de este país — dice la Edimburg Review, — y

carácter de que estamos orgullosos, que dirigimos nuestros asuntos por nosotros mismos y sin la intervención del Estado». En 21 años, por ejemplo, de 13.200.000 £ gastadas en instrucción pública, el Estado no ha dado más que 4.200,000; lo demás procedía de subscripciones» (Taine).

«En los puertos de la China los cónsules franceses inspiran y dirigen á sus nacionales; los ingleses protejen y á menudo deben contener á sus compatriotas. Ambos son el objeto constante de las críticas de sus nacionales. Los ingleses se quejan de ser demasiado y los franceses de ser demasiado poco gobernados; los ingleses dicen nuestro cónsul se mete en todo; los franceses nuestro cónsul no se preocupa de nada.

« La verdad es que la tarea de las autoridades británicas es menos de dirigir que de controlar, mientras que los cónsules franceses están obligados á gobernar y á veces á reinar. Quitad la acción de estos funcionarios, arriad el pabellón y llamad al estacionario del puerto y podéis apostar 10 contra uno á que en pocos años el establecimiento habrá desaparecido. En una factoría inglesa las cosas pasarían de bien distinto modo. Después de la partida de los cónsules y de las tropas de la reina los residentes proveerían por sí mismos á la conservación del orden, y á la defensa común.... Los franceses se marcharían detrás de sus autoridades y los restantes se amalgamarían con los indígenas» (Hübner, *Autour du Monde*).

«En Inglaterra se ha derramado con la instrucción la educación moral. En Francia, por el contrario, se ha cultivado la inteligencia de los niños pero se ha descuidado enseñarles á conducirse. Todos los cuidados han sido para el espíritu; la influencia moral ha sido nula ó casi nula. Y no olvido que en los programas y en las clases figura «la enseñanza moral y cívica» como si el sentido del deber pudiera ser mantenido ó comunicado por palabras impresas en un manual.....

.... «He insistido sobre las cualidades que han hecho el éxito del pueblo inglés porque esas cualidades nos faltan y que es por haberlas adquirido que la Inglaterra ha llegado á ser grande, y por haberlas conservado que crece siempre..... Ha elevado el esfuerzo al rango de acto religioso: trabajar es orar: *Laborare est orare: work is worship.*» (Leclerc)

«Los jóvenes así formados por la familia, por la escuela y el medio social, tienen el sentimiento de que un hombre «debe siempre caer parado, como un gato». Esa juventud así orientada, no lo es para el reposo, no para el *far niente,* sino para la lucha por la vida, para la acción personal, *selp help,* para la marcha adelante, *go a head;* no tienen miedo de esas palabras porque no temen la cosa que designan y no las temen porque su formación social los hace capaces de superarlas.

«Y, de hecho esta temible raza anglo-sajona nos ha desalojado de la mayor parte de las posiciones que ocupabámos en el mundo. No hace más de un siglo á que predominábamos aún en Asia, en Africa y en América y en toda la línea hemos retrocedido delante de ella..... ¿Qué hacen aquellos pueblos con sus hijos?

« 1º Los padres no consideran que sus hijos les pertenezcan, sean su cosa. Por el contrario entienden que deben ser luego independientes y su mayor cuidado es preparar esa independencia y apresurarla.

« 2º Los padres tratan á sus hijos como á personas grandes, como personalidades aparte... Tal se trata á las gentes, tales son. Nosotros los tratamos siempre como á niños porque..... son nuestros hijos.

« 3º Los padres no consultan en la educación de los hijos los recuerdos del pasado sino las necesidades futuras. Nosotros hacemos como esa nobleza arruinada que educa sus hijos para magnates de una corte que no existe.

« 4º Los padres tienen un soberano cuidado no sólo por la salud, sino también por la energía física.

« 5º Desde muy temprano ponen á sus hijos en la práctica de las cosas materiales, ocupándolos hasta en asuntos superiores á su edad.

« 6º Generalmente hacen aprender á sus hijos un oficio manual. No tienen ellos para el trabajo manual nuestro soberbio desprecio. Desde largo tiempo se han emancipado de este viejo error que nos ha sido más funesto que cien derrotas en el campo de batalla: no entienden que haya oficios nobles y oficios no nobles. Estiman solamente, lo que es más exacto, que hay gentes capaces y gentes incapaces, que hay trabajadores y haraganes..... Solo una profesión desestiman: la de empleado y politicastro porque dicen que «no paga» sino en los altos puestos, y quita la independencia que ellos estiman sobre todas las cosas.

« 8º Hacen poco uso, en la forma, de su autoridad sobre los hijos.

« 9º Y principal, los hijos saben que sus padres no se encargan de hacerles su situación.

« Franklin, en una carta á su madre, hablando de uno de sus hijos que no pone empeño y parece contar sobre herencia, dice: «Lo voy á desengañar pues al paso que gasto mi dinero, vá á conocer que no le quedará nada ».

« Pero os horrorizáis á la idea de dejar á vuestros hijos sin fortuna. Olvidáis que un padre de familia anglo-sajón, que no deja un centavo á sus hijos, les dá en realidad infinitamente más que un padre de familia francés. Les dá precisamente lo que os preocupa tanto, lo que ni vosotros, ni yo, logramos darles: ese endiablado espíritu de iniciativa; esa aptitud á salir del pantano, que nosotros pagaríamos á precio de oro y que todo el oro que economizamos tan penosa, tan chatamente no hace más que ahogar. En realidad, economizamos, vivimos como miserables, practicamos la esterilidad sistemática, para permitir á nuestros hijos

no hacer nada ó hacer lo menos posible. Creemos asegurar de ese modo su porvenir. Y sin embargo, mirad alrededor de vosotros los hombres que se levantan, los que triunfan en cualquier carrera, los que ocupan las mayores posiciones; 9 veces sobre 10 son advenedizos, gentes que se han hecho á sí mismos, que han comido á boca llena, de la vaca embravecida, y que para llegar á comer otra cosa, han dado la vigorosa embestida de la iniciativa individual. Y entretanto, mirad al otro lado esos hijos de familia, así llamados porque cuentan más sobre su familia que sobre ellos mismos, sobre el dinero de sus padres, sobre la dote de su mujer que sobre su trabajo personal. Inferiores en todo y á todos, con su *educación esmerada* han hecho inverosímil la monarquía..... Los jóvenes así educados fuertes de cuerpo, habituados á la realidad, en contacto con los hechos materiales, siempre tratados como hombres, habituados á contar sobre ellos mismos y solos, encaran la vida como un combate, afrontan sus dificultades con una juventud superabundante de fuerza, las aman, las necesitan y las superan; y con las herramientas serias de que se les ha provisto en ella se sienten cómodos y se engrandecen..... La *dicha* es el estado de satisfacción de las gentes que logran superar las dificultades morales y materiales de la vida. Desde luego, la formación social que produce en el más alto grado, hombres capaces de afrontar y vencer esas dificultades, como por juguete, es singularmente favorable para procurar la dicha..... Pero no basta enseñar que la dicha está en el trabajo. Dicho así es falso y los mismos que lo dicen no lo practican.

« *La dicha* está no en el trabajo, sino en la *aptitud* para el trabajo, lo que no es la misma cosa. Qué de gentes piensan: ¡Cómo querría yo amar el trabajo! y que no pueden y que no podrán jamás, no obstante todos los consejos de la sana moral, de la sana filosofía y de la religión.

« Para lograr ese producto raro es necesario:

«Padres bien convencidos de que no deben á sus hijos más que la educación, pero una educación viril.

« Jóvenes luego bien convencidos de que deben buscar en el matrimonio una compañera, y no una dote.

« Un gobierno que reduzca al mínimum sus atribuciones y sus funcionarios y arroje así la juventud sobre las carreras independientes que exigen el esfuerzo, la iniciativa individual, el trabajo personal.

« En fin, como consecuencia, un estado social en que el funcionario, el político y el ocioso sean menos considerados que el agricultor, el industrial y el comerciante.

«Veis que esto no es simple pero es la continuación de todo eso la sola que puede asegurar á la humanidad la mayor suma de dicha; es el único modo de dar al hombre desde luego el gusto, en seguida el amor del trabajo y del esfuerzo.

« Y no hay otra solución fundamental de la cuestión social..... Lavisse refiere que un joven inglés le dijo: « No váyais á creer que soy un sabio; en el colegio nosotros no aprendemos gran cosa en Inglaterra si no es quizá á conducirnos en la vida ». ¡Qué hermoso orgullo inglés en esa frase modesta! Ciertamente mi visitador no habría cambiado nuestro saber escolar por la ciencia de conducirse..... Al contrario, la sustitución del esfuerzo individual al esfuerzo colectivo repone en las manos de cada uno la salud social, como la religión pone en la mano de cada uno su salud eterna. Uno y otro son, en efecto, asunto individual y no colectivo. A cada uno el resolver por sí mismo el problema de la vida, y á colocar sus hijos mediante la educación en las mejores condiciones para resolverlo.

« A medida que se implanta en los espíritus la idea de que el relevamiento social es una obra individual, cada uno adquiere el sentimiento de que no debe contar sino sobre sí mismo, y tiende á poner más completamente en obra su energía, su voluntad, su esfuerzo.

«Pero se dirá ¿ eleváis el egoísmo á doctrina social?

«Es preciso ver de que lado están los defensores del

egoísmo. La doctrina de la solidaridad es la forma del egoísmo vergonzoso: el egoísmo del altruismo. Hay dos cosas en la solidaridad: la asistencia que se dá al prójimo y la que se recibe del prójimo. En esto ¿qué es lo que más seduce? ¿cual es la parte que gana los sufragios? ¿Es la idéa de asistir á los otros ó la de ser asistido por los otros?

« Los que están dispuestos á socorrer al prójimo pueden hacerlo de la mañana á la noche; y, de hecho, lo hacen desde el principio del mundo, sin erigir sus actos en doctrina social y sin informar ruidosamente al universo entero. No es, pues, la idea de auxiliar á los otros lo que explica el éxito de la nueva teoría solidarista.

« Se explica, al contrario inmediatamente por el deseo de hacerse asistir, sostener, patrocinar, pensionar, á un título y á un grado cualquiera por el Estado, por la colectividad. He ahí lo que es seductor, eminentemente popular y que revela en seguida el egoísmo latente bajo las engañosas apariencias de la solidaridad.

« El ciudadano que alimenta al presupuesto y el que se alimenta del presupuesto están ambos asociados á un acto de solidaridad, pero es claro que no están asociados de la misma manera y que ese acto es para el segundo más agradable que para el primero. Así el hombre tiene más vocación para ser funcionario que para ser contribuyente; del mismo modo tiene más arranque para encarar la solidaridad en su provecho que en provecho de los otros ». (Demolins, *A quoi tient la superiorité des Anglosaxons?*)

« En suma, dice Rousiers, los americanos acostumbran desde temprano á sus hijos á desnudarse ellos mismos, á no contar sino sobre sí mismos, á no necesitar á nadie; en viaje se vé á chicuelas de 7 á 8 años hacerse solas sus maletas; cada una tiene la suya de manera á ser sola responsable; en la mesa ellas ordenan su comida, saben decidirse. Entre nosotros los niños bien educados miran á su madre para saber si

deben aceptar un bombón. Todo eso allá como aquí no es un razonamiento, sino el conjunto de las costumbres que concurre á ese resultado. . .

« Hay sin duda inconvenientes en esta manera de hacer, saltan á la vista; pero los americanos aceptan esos inconvenientes, porque les parecen, á ellos, menores que las ventajas; sus niños son imprudentes, pero sus jóvenes son atrevidos y emprendedores. A la inversa, nosotros queremos niños juiciosos, obedientes, disciplinados, pero nuestros jóvenes carecen de iniciativa. . . .

« A mayor abundamiento, un padre y una madre americana predican sobre todo con el ejemplo; corrigen poco, hacen poco uso de la coersión, pues, para desarrollar la iniciativa tienen ante todo que *dejar hacer*. De allí hábitos de paciencia extraordinaria y fórmulas de ruego donde nosotros empleamos fórmulas imperativas. . . .

« He visto á menudo en los Estados Unidos franceses profundamente chocados por lo que llaman « el egoísmo de los padres americanos ». Les subleva el ver á un rico que deja á su hijo ganar él mismo su dinero, que no lo ayuda en sus negocios, que no lo establece; eso repugna, es verdad, á nuestras costumbres, pero toda la fuerza de la educación americana está allí; la libertad dejada á los hijos sería de las más peligrosas, si no tuviese por contrapeso y por razón de ser la obligación en que están de bastarse á sí mismos: los sentimientos de responsabilidad y de dignidad personal en que se les educa no tendrían base seria, si todo joven no fuese realmente responsable de su conducta, si no sufriese las consecuencias de sus faltas, si no aprevechase el resultado de sus esfuerzos. . . .

« En general, los padres de familia, persuadidos de que nada reemplaza la experiencia personal, dan pocos consejos á sus hijos y los dejan aprender ellos mismos su lección, como dicen por allá. . . .

« Se siente qué impulso de avance debe recibir una sociedad del sólo hecho de todas esas energías jóvenes, de las que ninguna está dispensada de obrar, y el decantado egoísmo de los padres americanos explica bastante bien el desenvolvimiento de la América. . . .

« Para aprender bien su lección es necesario que el hijo sea único director y responsable de sus actos, á cuyo efecto el padre americano no se mete en sus asuntos. . . .

. . . . « Muchos jóvenes se hacen fiar el colegio y ocupándose de mozos en los pueblos de baños ganan en las vacaciones para pagar la pensión que les han anticipado. En Francia consideraríamos como contrario á la dignidad eclesiástica el hecho de un futuro abate sirviendo la mesa á los bañistas de Vichy, pero aceptamos perfectamente verlo educar por la caridad pública. Aquí es al contrario ; son los individuos quienes dignifican las profesiones, y entre los jóvenes en medio de los cuales vivía el seminarista en cuestión, muchos son quizás hoy *gentlemen*. Ellos también no buscan en las profesiones poco elevadas más que una ocupación temporal, destinada á crearles recursos y á permitirles alguna empresa de mayor alcance. . . .

« Como se vé, la educación americana tiene por objeto desarrollar en los jóvenes tanto como sea posible ese sentimiento de dignidad personal y de independencia que se manifiesta por tantos rasgos. En algunas ciudades tiende á formarse una clase de jóvenes ociosos pero el disfavor que encuentran y las sátiras con que los persiguen afirman suficientemente su carácter excepcional ». (Rousiers, *Vie americaine, passim*).

¿ Qué somos nosotros que tenemos la mejor constitución de papel y los mejores códigos del planeta ? Según la escuela española, un país excelente si el presidente tiene capacidad política y energía, y no duran todavía los colazos de algún antecesor chiflado que echó la casa por la ventana ; un país detestable si el presidente cojea

de insensatez ó debilidad. Hoy tenemos un gobierno excelente, pero, y ¿ ayer no más ? ¿ y mañana ?

On regarde avec ses yeux, on voit avec son cœur, dice Liger. Aquí hay ojos para ver el talento y un hombre de talento puede llegar á todas las alturas, pero no hay ojos para ver el sentido moral, y un hombre sin sentido moral puede llegar á todas las alturas, y un hombre que llegue á presidente de la república con mucho talento y sin pizca de sentido moral, es una calamidad gigantesca. Esto no es una simple conjetura sino el resultado macizo de un experimento inopinado, involuntario, inocente, pero desastroso.

« Está en la naturaleza humana que cuando hay buen tiempo nadie piense en la tormenta » (Hübner). ¿Esperaremos la tormenta para volver á patalear fuera del tiesto bajo la ofuscación de la desgracia? Eso sería exponerse á volver á desbarrar, porque bajo la presión de la enfermedad política todos los remedios aun los más disparatados parecen salvadores, y además de eso « hay querellas en que Satán mismo trayendo su ayuda, sería bien acogido; Satán mismo combatiendo con vigor podría cubrirse de una gloria de especie pasajera », dice Carlyle.

La imprevisión congénita nos impide ocuparnos de los males que vuelven, sino cuando los tenemos otra vez encima y que la irritación nos ha quitado la facultad de ver claro, que tampoco es muy clara de suyo, de manera que, cuando medio los podemos ver no los miramos, y cuando los miramos para sacárnoslos de las carnes, no los podemos ver tales como son, sino desfigurados por la ira. Cada 6 ó cada 10 años, una crisis económica ó política ó común de las dos, y un sudar específicos violentos y urgentes, y planes financieros que ni curan ni precaven, pero empeoran.

Nuestra estéril ciencia política se reduce prácticamente á quitar á Fulano para poner á Mengano, como en cualquier otra parte, pero con la particularidad de que á eso le llamamos *cambiar de sistema.* Y cierto que

necesitamos cambiar de sistema, pero no de estos sistemas imaginarios, sino del sistema real de la incapacidad nacional para gobernarse por resultado matemático de la acumulación de las incapacidades individuales al sistema de la capacidad nacional por consecuencia natural de la existencia de las capacidades individuales en mayoría, sustituyendo á ese efecto el mezquino sentimiento de *la igualdad,* padre legítimo de la envidia que tantos espíritus amarga y tantas almas envenena, con ó sin el seudónimo de *impersonalismo,* por el sentimiento de la independencia individual que hace la energía del cuerpo y la paz del alma, el sosiego propio y la tranquilidad del prójimo.

Porque al fin lo que ha habido de malo en nuestros caudillos no ha sido el hecho de ser caudillos, que esto es universal, sino el hecho de ser incapaces para el bien, que esto es específico. He ahí lo que el sentimiento masculino de la libertad, si lo hubiéramos tenido, nos hubiera hecho notar y deplorar en ellos, pero el sentimiento femenino de la envidia impotente nos hace deplorar solamente la circunstancia externa por la cual venimos á quedar debajo, más doloridos del mal que recae sobre la vanidad personal que de los estragos en el bienestar del país. Porque en ese vocablo tan prestigioso no se contiene un solo átomo de virilidad, lleno como está del débil, mezquino y rabioso sentimiento de la igualdad: el impersonalismo, en efecto, como el también hinchado principismo, es la forma más augusta y por eso mismo la más hipócrita con que se encubre y envuelve majestuosamente la mediocridad envidiosa que, como el perro del hortelano, se consuela con vetar en otros lo que quiere y no puede alcanzar para sí. De eso y no de las ambiciones de sus vecinos murió la Polonia: del *liberum veto,* de la omnipotencia para obstruir que su constitución acordaba á cada uno de los miembros de su dieta: *nie pozwalam.* Las ambiciones exteriores no nacen, ni crecen, ni se vuelven peligrosas sino cuando las ambiciones y rivalidades domés-

ticas, desperdiciando el tiempo y labrando la debilidad interna, las han hecho irresistibles de hecho, cuando la colaboración involuntaria del patriotismo imbécil les ha preparado inconscientemente la perspectiva tentadora del triunfo seguro.

« Toda asistencia que no tenga por objeto hacerse inútil, esto es, hacer á las gentes capaces de asistirse ellas mismas, puede convertirse en un flagelo », dice Demolins. Ahí está el programa de todo gobierno sudamericano que quiera ser patriota y sensato á la manera N. A.

« El destino originario de las fuerzas del hombre es la lucha contra la necesidad que lo oprime en todas direcciones, dice Schopenhauer. Cuando la lucha da tregua por un momento, las fuerzas sin empleo se vuelven un fardo para el individuo ; debe entonces *jugar* con ellas, que es decir, emplearlas sin objeto, sino se expone á la otra fuente de desdichas humanas: *el fastidio* ». Y si no hay más diversiones ambientes que el naipe y la bebida en el campo, y eso mismo y el abrir la boca en las ciudades, matará el tiempo jugando, bebiendo y abriendo la boca. Pero si el ideal nacional ha aclimatado el gusto por el trabajo, sobrará poco tiempo para aplanar calles y fomentar billares, y si está aclimatado, también el gusto por los juegos atléticos, en ellos empleará sus fuerzas sin empleo, afilándose la energía, como otros se afinan la viveza, porque ambas son el instrumento respectivo de prosperar, estos á costillas del prójimo y aquéllos á costa de sí mismos. « Aquí el sport es dios y un dios que hace bellas criaturas, sanas, netas, vigorosas. Apenas terminado el ejercicio, — y termina muy pronto,—el oficial se dedica á jugar, aún, y siempre á jugar. Criket, golf, foot ball, lawn tennis, hay en todos los cuarteles, y tampoco faltan las salas de esgrima y de box. El polo, de origen indu que los conquistadores han adoptado y en el cual se han hecho maestros, goza de un favor sin igual ; es un rudo ejercicio, que requiere mucha destreza, mucho vigor, una rara

ciencia del caballo y un singular desprecio de los machucones ». (Noblemaire, *Aux Indes*).

Lo que es aquí casi todos los medios aclimatados de matar el tiempo y disipar las fuerzas sin empleo son depravados. Y es indudable, sobre todo, que las fuerzas de los hijos de rico están sin empleo, razón por la cual matan el hastío inevitable en el juego de azar y en la disipación prematura, y que así la ociosidad inocula sus cobardías morales á la parte más granada de la sociedad, resultando de buen tono la ociosidad viciosa, por ser el estado normal de las gentes más altamente ubicadas. « El gravísimo problema de hallar empleo para los jóvenes ricos, el norteamericano lo resuelve por este ingenioso mecanismo que obliga al hijo de un millonario á ganar el pan con el sudor de su frente » (Rousiers).

« Para el castellano el oficio era cosa innoble. En su país los que araban la tierra eran los villanos, en América los negros y los indios. Aceptaba el pastoreo por su analogía con la vida feudal y guerrera, por amor á la vida autónoma, al aire libre, sin más ley que su voluntad de señor de haciendas y esclavos. . . . . la ley penal por sugestión hereditaria y viejas tradiciones caballerescas, dejaba los oficios industriales, ocupaciones villanas de moros y judíos, á los negros, indios, mulatos y mestizos, *prohibiéndoles* otras profesiones, « *por no ser decente* que se codéen con los que trafican y venden géneros » (J. A. García, hijo). Pero para ver en toda su triste operación estas mismas imbecilidades caballerescas que han hecho la decadencia de la España de Felipe II y la incapacidad de sus ex-colonias, es necesario ir al fondo del Asia: « A todos esos rasgos une la Corea un amor casi inmoderado del funcionarismo. . . . A los nobles les está prohibido ganarse la vida en otra cosa. Alcanzan al 10 % de la población, y este solo detalle explica en parte la profunda miseria y decadencia de la Corea . . . Para tener vacantes para los *hombres nuevos,* los puestos eran á tres años, dentro de los cuales el mandarín se

enriquecía á fuerza de exacciones, para suplir la falta de retiros y jubilaciones, y por lo cual los productores vivían al día, sin poder y sin pensar en hacer fortuna, resignados al hambre y á las epidemias como al mal tiempo » (Villetard de Laguèrie).

Se vé, pues, que en relación al trabajo que es la base de la independencia personal, las leyes de la metrópoli eran apenas un 20 % menos imbéciles que las de la Corea actual.

« La virtud de las mujeres es una virtud de Estado. Esto data de los romanos. La víctima heroica de Sextus ejercía el pudor como una magistratura » (A. France). Pero no todas las mujeres pueden ser Lucrecias y asimismo es necesario que la lujuria tenga un freno.

Tenía de comisario á un honrado industrial cuyos negocios habían terminado mal, obligándolo á buscar un empleo, con mucha familia á mantener. Un día se presenta desolado porque un capitán de caballería, especialista en raptos, había volado con una de sus hijas. Doy la orden de captura, me traen la pareja ; ella de 15 años, él de 40, casado y con hijos, se había presentado como soltero y la había engañado y seducido. Abro el código : las niñas de 15 años pueden ser engañadas impunemente. « Pero esa ley,—me dice el padre ultrajado que ve salir en libertad al seductor,—es una ley para los miserables desocupados ; los pobres que tienen que ganarse la vida con su trabajo no pueden andar de guardianes de sus hijas y los pobres también tienen honor ; si la ley no castiga eso, tampoco puede quedar impune ». Tres días después se agarra á tiros en la calle con su ofensor y recibe una bala de 12 milímetros á través del vientre, en el espinazo. Cinco días más tarde y después de atroces sufrimientos, estaba él enterrado y su mujer y sus hijos en la miseria, y el autor de todo eso absuelto por la justicia, porque había muerto á su doble víctima en legítima defensa. El legislador argentino sancionando bajo la legislación norteamericana las costumbres latinas, ha considerado eso menos malo

que la inmoralidad de los juicios por esas causas, y para prevenir las posibles explotaciones de los hombres por las mujeres, ha sancionado la explotación de las mujeres por los hombres, cortando por lo más delgado, beneficiando á los ociosos con ese filón en que « se gana el 20 % sin arriesgar capital », como decía un especialista en cuchufletas, viejo senador nacional de ilustre apellido, y poniendo á las jóvenes que más tarde harán el destino del hombre al formar su carácter, en la imposibilidad de aprender á conducirse solas, por la necesidad en que está la madre de tenerlas punto menos que enjauladas, pues ni el mismo Macaulay aconsejaría que se las enseñase á nadar en un charco de yacarés cebados, en una sociedad cuyo niño mimado es el Lovelace, soltero, casado ó viudo, que siempre encuentra en el espíritu de rivalidad reinante, mucha gente dispuesta á alegrarse de las desgracias de otro, y festejar al que las ha causado. En la carrera de figuración, un caído es alegría para los demás que siguen en la procesión.

«La sociedad depende de las mujeres, dice Voltaire. Los pueblos que tienen la desdicha de encerrarlas son miserables.» Y los que tienen la semi desdicha de medio encerrarlas son medio miserables, y los que tienen la dicha de asegurarles libertad completa son felices y prósperos: «Las leyes contra la seducción protegen con tal eficacia á la mujer reputada honesta que llega á ser un peligro de que el hombre se cuida... Para que la jóven pueda gozar en la sociedad americana de su completa libertad, es necesario, en efecto, que las costumbres le aseguren una protección equivalente á la que organiza entre nosotros la vigilancia de las familias ... Los tribunales no son tiernos para los que las ofenden.... Al lado de las libres relaciones de los jóvenes de ambos sexos las costumbres y las leyes han colocado una severa represión de la seducción. No son más sorprendentes en América las escuelas mixtas honestas, que las calles honestas, las cenas honestas, y en general las relaciones honestas entre jóve-

nes de ambos sexos abandonados á sí mismos». (*Vie americaine*).

Los americanos del Norte se fabricaron una constitución propia y original, conservando el ideal de la independencia personal y las costumbres inglesas que son su instrumentación, y nosotros, conservando las costumbres latinas que son la simple instrumentación del ideal de la gloria, los medios de realizar el furor de hacer figura y ser alguien, copiamos la constitución del *bienestar general* y.... ¿hasta cuando vamos á ser «*democracia incipiente*»? Porque es lo cierto que en lugar de buscar el remedio de nuestros males específicos les ponemos un nombre que nos engañe dando á entender que son transitorios de suyo y se curarán de sí mismos y nos echamos por el mismo errado camino á padecerlos tranquilamente.

En 1891, cuando lo más agudo de la *crisis de progreso* tenía rabioso al país entero, había hombres, contados es cierto, pero los había, que compraban terrenos y se ponían á edificar palacios, conteniendo en parte la emigración de albañiles. Es que en el furor de los caballos rusos y los carruajes de París, cuando las cédulas y las acciones se trasportaban en carros, ellos no habían sacado los pies del plato y se realizaba en ellos ahora la sentencia de Shakespeare: «todos los lugares de la tierra son hospitalarios para el hombre prudente». Todos, sin exceptuar los lugares mal gobernados, y no es chico consuelo saber, de cierto, que nuestros hijos podrán verse libres de los malos gobiernos casi en la misma proporción en que les enseñemos á prescindir del auxilio del gobierno y de esplendores externos y á gobernarse ellos mismos sin el concurso del policiano, que á esto nada más se reduce el arte de ser prudente en nuestro país. *Fidarse è meglio, non fidarse è molto meglio.* «Cuando al abrir los ojos á la luz y los labios á la primera respiración os halláis colocado en un ambiente de honestidad, de lealtad, de honor, y vais creciendo en él y pasando así

paulatinamente de la infancia á la adolescencia y de ésta á la juventud y á la virilidad, permanecéis en tal manera penetrados y poseídos de ese ambiente, que á pesar de los errores, de los deslices y de las malandanzas, el fondo de vuestro carácter conserva siempre por instinto el sentido del deber y del honor ». (M. D'Azeglio).

Por lo menos en la República Argentina donde felizmente han terminado, al fin, los saqueos, las levas forzosas, los cupos y las confiscaciones, está en la mano de cada habitante cuerdo el poder de librar á sus hijos de los malos gobiernos posibles del país, enseñándoles á gobernarse ellos mismos y dándoles mucha salud física, mucho carácter, un poco de instrucción y mucho amor al trabajo, y horror á la ociosidad, y habituándolos á alejarse del holgazán como del perro sarnoso. «Todo el mundo conviene en que necesitamos las más serias reformas; todo el mundo sabe también que la reforma que envuelve y condiciona á todas las otras, es la de los individuos. Pero, no hay tiempo, ¿verdad? de reformar entre nosotros á los individuos maduros ó adultos. Es pues sobre las generaciones nacientes que es necesario obrar; son nuestros hijos los que es necesario educar de modo que sean más sanos y más fuertes que nosotros». (J. Lemaître).

Pero si bien no habrá ningún argentino varón ó mujer que se proponga guardar 200 litros de vino en una botella, á millares existen los padres y las madres y mayormente las abuelas que se desviven por dejar á sus descendientes en esas mismas proporciones relativas la herencia y la capacidad de administrarla, pues entienden porque sí no más que basta que una persona tenga dos patas y no esté rematadamente imbécil y sea hijo ó nieto de ellos para que esté apto para heredar millones, y muy raro será el que no haya conocido algunas decenas de esos jóvenes con aspecto de gente que reciben de sus padres naturales ó políticos una fortuna hecha y la hacen tronar en poco tiempo,

porque en ellos el dinero desborda la capacidad de administrarlo como se derrama el vino de una bordalesa vertido sobre una copa de champagne, en razón de que la hidalguía, que es el fondo quijotesco de nuestro espíritu, no produce vocación para ganar el dinero sino para gastarlo. — «He pensado muchas veces — me decía un día don Marco Avellaneda —qué cosa será mejor, si dejarles fortuna á los hijos ó no dejarles nada. Mi hermano Nicolás y yo hemos quedado en la pobreza y nos hemos levantado trabajando, y por otro lado he visto á tantos quedar con fortuna hecha y llegar á nada». Se les deje fortuna ó no, es absolutamente necesario en ambos casos desarrollarles la capacidad de conducirse y el hábito del trabajo que implica. El individuo capaz, si no la tiene, labrará él mismo su fortuna y concurrirá siempre á labrar la prosperidad del país. Dejarle cien mil pesos de herencia al que no sabe manejar cien, es casi lo mismo que legar cien mil pesos á las mujeres perdidas y á las casas y empresas de juego. Es sólo cuestión de meses que esto sea el resultado de aquello.

Por tradición la nobleza castellana consiste en estar ufano de lo que no se ha ganado por sí. El industrial, el comerciante enriquecidos, son plebeyos. Lo aristocrático empieza en sus hijos que no tienen la mano encallecida para el guante blanco. «Yo no bailo con la hija de un cigarrero», dice en un cuadro de lanceros una niña que quiere subrayar su aristocracia de 3ª mano y 2ª dilución. Si los que andan tan ufanos porque se tienen por descendientes de los compañeros de Guillermo el Conquistador, supieran que éste arreó con toda la resaca de foragidos y atorrantes de Normandía para invadir la Inglaterra, verían que no hay motivo para ponerse tan anchos, dice un escritor inglés.

En estas democracias «pobres pero altivas», de cepa española, la suprema *distinción* consiste en no ocuparse de nada y andar de paseante en corte desde el 1º de enero hasta el 31 de diciembre de cada año, y del propio modo que el ideal N. A. forma el *dollar hun-*

ting animal, el descansado ideal sudamericano forma el gomoso de profesión, el cazador de dotes sin dotes, y el glorioso empresario de chirinadas. «Un obrero americano, dice Rousiers, tiene una muy alta idea de sí mismo y no hay en todas las Españas hidalgo más arrogante que él; sin duda no sabe tomar actitudes teatrales envuelto en una capa agujereada, pero este aparato exterior no le es de ninguna utilidad. Esta pompa es necesaria al hidalgo para afirmar públicamente su alto origen al mismo tiempo que tiende la mano; al americano que trabaja y se siente realmente *independiente* le importa un bledo lo que su vecino piense de él y no se preocupa de andar planchado y cepillado; su sentimiento de la dignidad es *interior,* el del hidalgo es *exterior*».

« Nuestra juventud dorada, escribe de Washington *Ignotus,* especialmente es el objeto de la crítica despiadada de ciertos publicistas yankees; y siento decir que algunos de sus juicios tienen un fondo de verdad que lejos de irritar nuestro orgullo, debe impulsarnos á corregir nuestros defectos y á prepararnos para competir con esta raza fuerte en condiciones de igualdad que nos hagan respetables y aumenten nuestra resistencia

« Desgraciadamente es un hecho,—dice en el *Herald* un escritor que se ocupa principalmente de Méjico, una de las secciones más atrasadas de nuestra América, á pesar de su vecindad con los Estados Unidos,—desgraciadamente es un hecho que los ideales usuales latino americanos, acariciados y manifestados por la juventud dorada de las capitales y grandes ciudades desde Méjico hacia el sur, á través de Bogotá, Lima, Santiago, Río Janeiro, Valparaíso, Buenos Aires y Montevideo, no son los que tienden á hacer naciones poderosas. El dandy de aquellas latitudes, los gomosos y «lagartijas», llamados así en algunas partes por su costumbre de asolearse en las aceras mientras miran á las muchachas, no son muy inteligentes. Pueden manejar bien muchas

cosas, sus corbatas, sus cuellos y sus pesados bastones. Afectan trajes de fantasía y todos los afeminamientos de la vestimenta masculina moderna. Están repletos de su sentimiento de altivo desdén por todo el que trabaja, excepto las clases profesionales. Un hombre que maneja sustancias químicas y tiene las manos manchadas, que trabaja entre baterías y dinamos, así como el fabricante práctico, todos los que labran el campo de la ciencia moderna y de la investigación, son mirados por los gomosos como criaturas sórdidas y demasiado vulgares para gozar de su relación.

« El equipo mental del dandy es tan extravagante cuanto su guarda-ropa rebosa de elegancia. Forma su carácter en modelos recogidos en las novelas corrientes de tapas amarillas publicadas en París; sus ideas del « honor » «del deber de un caballero», y de la manera de conducirse en la vida pública y privada, son adquiridas por lecturas persistentes en la cama, después que los arduos deberes de contemplar las paredes del club y gastar las sillas del club han sido escrupulosamente llenados.....(La Nación, Julio 19/98)».

Y no solo el Dr. Pizarro y los periodicuelos de provincia, hinchados baluartes de la libertad hinchada y estéril, sino hasta *La Nación,* cree que nuestros defectos no los conocen en el *exterior* y que *por ese motivo* nos va á perjudicar la franqueza del presidente al hablar de la justicia en su mensaje de apertura del congreso. ¿Hasta cuando por Dios, vamos á ser como los españoles, que según dice uno de ellos son como los niños que cuando esconden la cabeza creen que nadie les vé el cuerpo? ¿Cuándo tendremos conciencia de las tinieblas?

¡Pero señor! Si todos estos males ordinarios son como los perros ordinarios: si uno les dispara, lo corren; si uno los corre, le disparan. A correr entonces y no á disparar.

LA PARTITURA

Este siglo será lo que nosotros lo hagamos.

Arzobispo IRELAND.

Je m'aperçois tous les jours que le travail est la vie de l'homme. La société amuse et dissipe; le travail ramasse les foces de l'âme et rend heureux.

VOLTAIRE.

Hay animales que tienen el instinto de la tropilla y para los cuales todas las necesidades y estrecheces soportadas en corporación son preferibles á todas las holguras disfrutadas aisladamente. A nosotros el instinto social nos ha colocado en esta categoría de seres racionales que están contentos de ser individualmente miserables por los cuatro costados con tal que el grupo á que pertenecen esté en auge; con tal que su partido esté encima, como era el caso para los degolladores federales y para otros que tales; con tal que la religión en que comulguen impere sin rivales, como es el caso de los mahometanos y de muchísimos católicos; con tal que el sistema político que profesan impere en el país en que vegetan, en la miseria, el abandono y la mugre, como es el caso de la inmensa mayoría de los south americanos, para quienes todas las penurias y escaceses son soportables y lo único insoportable es el sistema político que ninguna influencia puede tener en la condición personal de los que constituyen la masa, ni en la salubridad del país, listos siempre por el amor de la libertad en tropilla para sacrificar el país mismo al sólo objeto de regenerarlo

á palos y en montón, ó al sólo objeto de cambiar el sistema monárquico por el republicano, ó el unitario por el federal, ó el federal por el socialista, ó viceversa.

Que las mujeres amen la vida social como el ambiente necesario para lucir su belleza, sus gracias y su elegancia, se comprende sin esfuerzo, pero que los republicanos también necesiten brillar en los salones, como los marqueses de Luis XIV, producir admiración en el público con la agudeza de su espíritu ó la brillantez de su talento, con su habilidad para manejar el florete ó para esgrimir la retórica política, eso es una aberración, para no decir una afeminación, y es ella la que hace vocación para la vida social y la vida social es la que hace vocación para la libertad en común, que es la libertad callejera y estéril, única libertad que pueden conocer los que no saben conducirse individualmente, y es el instinto social el que nos hace sacrificar «la única libertad que es de importancia para felicidad del género humano á esos hinchados sentimientos de libertad» en majada, en matriz de página, «que abundan en los poetas y oradores latinos» y que engendran el miserable patrioterismo en ligas ó en partidos, bueno solo para que los energúmenos conquisten plaza en la admiración de los papanatas, y alcancen los Paturot, los Boulanger, los Deroulède, y la misma Luisa Michel una posición política á expensas de la imbecilidad universal.

Es, pues, el instinto social que hace entrar en el primer plano todas las libertades inútiles, el mayor obstáculo para disfrutar la única libertad útil. En Norte América, según Rousiers, acusan al catolicismo, por lo que de él observan en los países latinos, de ser contrario á la libertad individual. Chasles, cree también que el sacramento de la confesión amortiza la conciencia individual porque una conciencia dirigida no es una conciencia *sibi conscire,* pero probablemente aun en el catolicismo, como en la política, eso no es más que una

consecuencia del instinto social que hace que cada individuo sea dirigido por el grupo, como el carnero por la majada, en la manera que expresa el refrán: «¿á dónde vas Vicente? — Al ruido de la gente». «En Francia, dice Bronwell, el instinto social hace las veces de conciencia» ¿Y no es aquí también el qué dirán los demás, la conciencia de cada uno y el motivo por el cual miente á pasto y se cuida tanto en lo que se vé y se descuida tanto en lo que no se vé?

¿Cuestión de razas? No, por cierto. Cuestión de ideales y de tiempo pero no de ideales altos ó bajos sublimes ó abyectos, sino de ideales cuerdos ó insensatos. Perezosos, vividores, jugadores, dandys y atolondrados hay también entre los ingleses; laboriosos, honestos, *self made man* hay también entre nosotros. La diferencia está en la proporción; lo que allá es regla, aquí es excepción, y viceversa.

¿Roñosos? Los ingleses lo han sido en toda regla: « Nuestros antepasados eran horriblemente sucios, dice Thorold Rogers. Aunque en parte alguna de la Europa había gran esmero en la limpieza, los españoles de la comitiva de Felipe II no pudieron menos de observar la extrema suciedad de los ingleses, que, según decían aquellos comían como reyes, pero vivían como cerdos ».

« La Inglaterra de hoy, tan diferente de la de hace dos siglos, ha salido de esta por una doble evolución, material y moral, dice Leclerc ..... Ese pueblo es grande porque ha acertado en las verdaderas condiciones de la grandeza.....Toda la historia del pueblo inglés se resume en dos calidades que parecen excluirse y que ha unido; espíritu de disciplina y espíritu de independencia ». « Ha creído, dice Mathew Arnold, en esta gran ley: que causas morales rigen la grandeza y decadencia de los hombres y de las naciones ».

« Dos calidades que parecen excluirse y que no se excluyen»: el subalterno más activo é instruído no necesita ser forzosamente el más insubordinado, pero el

más rudo, inútil y vicioso puede ser naturalmente el más insolente y pretencioso. « No hay herramientas buenas para el obrero malo» ni gobierno bueno para el ciudadano desalentado. Los profesores de moral aconsejan « aprender á distinguir lo bueno de lo malo », pero ¿cómo podría un hombre común, y peor si es un hombre vivo, encontrar bueno lo que le perjudica y malo lo que le beneficia? No, pues; la cuestión es ponerse en situación de encontrar bueno lo bueno y malo lo malo. « Con la mala fé puede hacerse dinero más pronto que con la honradez, pero tal fortuna desaparecerá rápidamente », dice Russell Sage, el obrero que llegó á ser el más rico de los millonarios norteamericanos, « trabajando con una obstinación de bulldog para luchar con todos los obstáculos ». Se lavaba ropa sucia en el congreso, una tarde, y un especialista en suciedades que estaba á mi lado, dijo, dándose vuelta con todos los síntomas externos de la indignación sincera — «Pedazos de zonzos! mejor sería que cumpliesen con su deber despachando los asuntos en vez de perder el tiempo en zonceras.» ¡Y el deber consistía en despacharle á él una porquería gorda que le tenían empantanada! La relación en que se encuentran dos personas respecto de un mismo asunto hace, á veces, que de ese asunto piensen cada uno exactamente lo contrario del otro, y no hay en este mundo razones ni argumentos, ni nada que puedan hacer que una de tales personas sea de la opinión de la otra, y todo el tiempo que se ponga en eso será tiempo perdido. Acababa de copar en el distrito de Los Sauces, á las dos de la mañana, un lote de jugadores sin papeleta de enrolamiento que se estaban descamisando en una pulpería, y marchaba con ellos, bajo una espléndida luna, por una calle despoblada, cuando, de improviso, una mujer sale al camino y dice, parándose delante de mi caballo — ¿« Vd. es el jefe de esta partida? » Y á mi respuesta afirmativa agrega, con la más candorosa ingenuidad que se haya visto en este mundo, bajo la luz de la luna «¿Y no sabe

Vd., señor, que ese hombre que lleva Vd. ahí es mi hijo?» Me costó un poco, lo confieso, ponerme en su lógica para contestarle — ¿Y no sabe Vd., señora, que yo no soy su madre? He ahí porqué he encontrado, por ejemplo, muy natural que un individuo me haya mandado en un anónimo la flor y nata de su vocabulario de injurias. Por la naturaleza de las cosas los dos hemos cumplido en ese punto nuestro deber; él insultándome, y yo haciéndome digno de que él me insultase.

Del mismo modo, conceptos diferentes de la vida comportan una diferencia enorme en la materialidad de la vida. « La calle inglesa sirve solamente para andar dice Bourget. Es un medio de pasar de un negocio á otro y no un club abierto para perder el tiempo y pronunciar discursos ». Los principales sociólogos convienen, en efecto, en que la idea dominante en los pueblos que se designan como de raza latina es lo que Taine llama « el furor de hacer figura, » objetivado en los esplendores esternos; para los unos en la fama de valientes, de ilustrados, de elocuentes, etc., para los otros en el levita, en la corbata, en el tirador con cuatros, en la montura enchapada, en los entorchados etc.: y en los pueblos de raza anglo-sajona es el amor á la independencia personal objetivado en el *home*. Esta « *idea directriz* », que dice Ribot, subordina á sí las costumbres del pueblo en cuyo espíritu está instalada, por la necesidad de acomodar los medios al fin, de tal modo que, cambiando en el espíritu la idea directriz, ella sola cambiaría automáticamente todas las costumbres, y tampoco sería posible cambiar la orientación de las costumbres sin cambiar la orientación del espíritu.

El ideal tiene consecuencias materiales, políticas, económicas y morales de toda clase y unas más y otras menos imbéciles, pero todas igualmente lógicas desde que siendo chifladas, cumplen un objetivo chiflado. Velay, en China, « los hombres de calidad dejan crecer las uñas para acreditar que no hacen labores

manuales » (Hübner). Es un concepto particular de la nobleza de alma que se esterioriza en uñas largas, símbolo de ociosidad é indicio seguro de inmoralidad.

Si el espíritu de un hombre está informado por el furor de hacer figura, su felicidad no dependerá de él sino de los otros, del lugar que le dén y la opinión que le tengan; necesitará ser un actor, desempeñar algún papel en el teatro de la vida. Su lote forzoso es el máximum de gastos y de incomodidades para el mínimum de la dicha más contingente. Un desaire le ocasionará más padecimientos que una enfermedad. « Solo el pensamiento está en nuestro poder, por manera que el éxito que dependa de lo exterior no lo gobernamos nosotros. Desde que nuestra voluntad solo desea lo que nuestro entendimiento le muestra viable, el nacimiento y la fortuna nos serán tan indiferentes como el trono de China, las alas de los pájaros ó las cualidades del diamante. Nuestra voluntad no sigue ó rehuye una cosa sino en cuanto el entendimiento se la muestra buena ó mala, y de consiguiente *basta juzgar bien para obrar bien* ». (Descartes).

En general, para el anglo-sajón la 1ª cosa es la salud y las energías que con ella se obtienen es la 2ª para conseguir la 3ª y principal que es la independencia individual. Para el latino la 1ª cosa es la ostentación de sí mismo y el efecto que con ella produce en los demás es la 2ª para alcanzar la 3ª y principal que es la posisión política ó social. Así este gasta en lujos personales lo que aquel gasta en comodidades personales y en embellecimientos edilicios el uno lo que el otro invierte en salubridad pública. Hay por eso bellísimas ciudades latinas que son un emporio de pestes y de malos olores, como abundan los potentados que gastan lacayos y son un emporio de trampas, de deudas, embrollas y pillerías.

Siempre lo que el ideal convierte explícita ó implícitamente en secundario tiene que ser subordinado prácticamente, que es decir sacrificado á lo que el ideal

ha convertido en cosa principal: « *perezcan las colonias* con tal de que *se salven los principios*». Cuando el amor de las princesas encantadas era lo principal sobre la tierra, la ocupación natural del hombre era la locura galopante. Cuando la cosa principal para el espíritu del hombre son *las formas de gobierno*, todo lo que existe en el país, principiando por los adversarios, se torna en secundario, vale decir, atropellable; cuando son *las formas administrativas*, el habitante con sus ocupaciones y trabajos queda subordinado á la importancia capital del trámite, y un ciudadano argentino, v. gr., tiene que ir con dos testigos á cobrarle al correo dos kilos de pasas que por desgracia de los tres le hayan mandado por encomienda postal; cuando sean *las formas procesales*, las leyes adjetivas lo esencial, lo secundario será la justicia misma, un juicio breve por su naturaleza durará años y años por la tramoya trascendental y los jueces serán regularmente como la planta que produce los porongos: sus fallos, muy cuidados por fuera y muy vacíos por dentro; cuando lo esencial es el traje, la conducta es un accesorio de la corbata y la conciencia una víctima sacrificada á los esplendores externos; cuando lo esencial para un joven de 22 años es su actuación en los salones, en los teatros, en los clubs y en las veredas, con toda seguridad puede afirmarse que está gravemente enfermo del ideal que produce el derroche, las deudas, las embrollas y todos los géneros de desvergüenza que obligan á los comerciantes á rescatar sus clavos recargando en un cinco, un diez ó un quince por ciento los artículos que nos venden á los que no somos tramposos de profesión.

« Come como quieras, pero viste como los demás », dice el proverbio español. Come y viste como se te antoje, dice el espíritu anglo-sajón, pero no seas una mistificación, ni un petardista, sino *a true man*. « Honor al valiente que, en un partido ó en otro, es la personificación del valor humano y no un espectro fanfarrón,

una sombra chillona é inútil », dice Carlyle. «Vista con elegancia, seduzca ó deslumbre con el trato y las apariencias y no se ocupe de lo demás », me decía, años hace, predicándome en desierto su lección de la vida, un potentado de la calle Florida, uno de los hombres que ha tenido más papel en nuestra sociedad, ayudado por el medio ambiente pues estaba en su sentido, por su talento y por un nacimiento de campanillas; un hombre extraordinario en quien se han alternado la fortuna y los apuros, los aciertos y los errores ruidosos. Y como es seguro que todo hombre hace camino en la dirección en que pone sus seis sentidos, los dos hemos alcanzado la mayor parte de nuestro ideal respectivo: en los salones mi ilustre antípoda y en mi rincón yo. Nuestros propósitos han gobernado nuestros actos; él ha hecho un nombre grande y yo un hogar feliz. Con mis medios y sus fines no habría yo alcanzado á la 5ª parte de sus esplendores, y á estas horas, si me hubiese dado por meter ruido á todo trapo, ya sería caso perdido.

El estudioso catedrático de Introducción al Derecho, que tan bellos servicios está prestando al país con sus notables trabajos de sociología argentina, entiende que no es arraigable en nosotros la iniciativa individual y que estamos condenados por nuestros antecedentes á patronato perpetuo. En efecto, un pueblo no puede adoptar así, directamente, las costumbres de otro pueblo, porque ellas no son más que el vehículo de un ideal y no basta adoptar la constitución del *bienestar general* para disfrutarlo, como no basta ponerse la camisa del hombre dichoso para ser feliz. Pero si se adopta *el ideal que produce el bienestar,* de ahí, y sin más, resultará el bienestar, del propio modo que resulta camisa de hombre feliz la del que ha conseguido hallar su bien en el trabajo y la rectitud, eliminando de sí la envidia y demás venenos del alma.

Las costumbres anglo-sajonas son los actos del hombre acomodados al propósito limitado de asegurar

la independencia personal. La libertad política *individual,* que excluye por inútil la profesión de libertador ó regenerador *del país,* no es más que una consecuencia de la libertad *de acción individual* que es necesaria para aquel propósito, como el sagrado del hogar, otra mera consecuencia del objetivo principal. El trabajo está entre ellos altamente prestigiado porque es el instrumento de realizar su *ideal de independencia* y desprestigiado entre nosotros porque no dá y quita esa refinada *distinción* que se adquiere cuidando las manos hasta la muerte.

La educación física que produce energía, la educación moral que dá aptitud para dirigirse y capacidad para dominarse, la facultad de ayudarse á sí mismo, *self help,* la iniciativa individual y la repulsión por el favor oficial que, forzosamente, para dárselo á uno hay que quitárselo á otro, —*fair field and no favour,* — no son más que corolarios del amor á la independencia personal que subordina el exterior al interior, el buen parecer al buen ser, la vida de calle á la vida de familia, y la elegancia en el vestir al confort del hogar, circunstancias y detalles todos que conducen á bastarse cada uno á sí mismo; «estimando más el deber que la fama y la aprobación de la propia conciencia más que las alabanzas del mundo », como dice Smiles; prefiriendo la bondad á la grandeza, la sensatez á los cascabeles; que en el vestir aguanta la desemejanza con el común para estar á su gusto y no al de los otros ; que aisla su casa para no oir él la vida de su vecino, que no le importa, y que dentro de su casa se instala en la mejor parte á la inversa del latino que deja la parte más habitable de su casa para recibir á las visitas y se arrincona en la inhabitable. «*Independencia y confortable,* dos palabras que resumen todo el ideal de un inglés en este mundo. El se acomoda perfectamente en el aislamiento y en círculo restringido de relaciones, lo que es, para una raza, una fuerza enorme ». (Demolins).

Las costumbres latinas son los actos del hombre aco-

modados al propósito ilimitado del amor de la gloria, de que el espíritu de rivalidad no es más que una bien triste pero bien lógica consecuencia. El espíritu de preeminencia, la monomanía de los honores y prerrogativas, y hasta la mentira endémica y la mistificación automática tienen por única razón de ser la circunstancia de ser los medios más conducentes á obtener en el espíritu de los otros un elevado concepto para *ser alguien quand même.* La inmoderada afición al mando y á los medios de lograrlo, el culto del valor de reñidero, el espíritu de atropello, el gusto por las pompas, la elegancia, la elocuencia, la declamación, no son más que los medios más espeditos de alcanzar preeminencia, los corolarios de aquella idea directriz que sobordina las realidades á las apariencias, el *comfort* á la *mise en scène,* el ser al parecer, el interior al exterior, el hogar al club, las comodidades á la ostentación; que prefiere los altos ideales á las altas realidades, que no obra para ser independiente sino para ser admirado y envidiado, y que no dirige su conducta por su criterio y su interés sino por el que dirán y no para el *bienestar* sino para el *bien parecer.* Si las salas de recepción son la mejor parte de la casa y generalmente la única amueblada con lujo, es que también en el espíritu del propietario la sección *pour la galerie* es la mejor guarnecida, si no también la única, y la conciencia misma una prenda de *uso externo,* siendo raro el bellaco tomado infraganti que no se apresure á avisar al público «que tiene la conciencia tranquila».

El latino quiere ser alguien, aun cuando no sea más que miembro de una comparsa carnavalesca que le permita invertir los ahorros del año en un traje pintoresco para exhibirse de vicho raro en los días fantásticos. No trabaja para hacer un *home* en la tierra sino para conquistar un domicilio en la historia; un relámpago de gloria lo seduce, lo atrae y lo trastorna. Si no pisa tan alto, á lo menos un lugar en los salones. Necesita ser envidiado por alguien para ser alguien en esa

feria de vanidades que hace á tantas personas, por otra parte excelentes, vivir con los pies fuera del plato en un presupuesto de ostentación con menos entradas que salidas, en esa maravillosa tontería que es el sistema de aburrimiento más caro que haya podido inventarse: «cuando el buen tono llega, el buen sentido se retira», como dice Schopenhauer, en fin, en ese flagelo de los ricos y desesperadero de los pobres vergonzantes, en ese recíproco arruinadero universal para producirse admiración mutua y envidia á pasto que llamamos la *vida social: Un sot trouve toujours un plus sot qui l'admire,* decía el *Petit journal pour rire,* debajo de una figura en que estaba un vistoso guacamayo en lo alto de una percha, y debajo un pavo real afligido por la envidia. Para asegurarse la figuración nuestro dandy sacrificará el *home* en un matrimonio de conveniencia y del ambiente de fastidio que lo repele de su casa lo consolará la envidia de los demás papanatas que lo vean pasar en coche y se queden boquiabiertos. Con igual fuerza aplicada en sentido opuesto, el culto del hogar reclama el matrimonio de inclinación, por las bellezas del alma y no por los encantos patrimoniales, único que puede hacer familia moral.

Nosotros que echamos el resto en chafalonía y vivimos de cualquier modo y en cualquier tapera en la campaña ó palomar de varias casas en una en las ciudades, y como de tránsito, traducimos la frase inglesa que allá es un evangelio: *man's house is sacred* por esta otra que aquí carece de sentido: «la casa del hombre es sagrada». La frase inglesa expresa un sentimiento inglés, derivado de un ideal inglés, cuyo equivalente español, si pudiese haber algo sagrado entre nosotros, sería: la reputación de un hombre es sagrada. «Deberá hacerse, dice la ley argentina, la declaración de que la formación del sumario no perjudica *el buen nombre y honor* de los procesados».

En la fama es donde nosotros ponemos el sentimiento que ellos ponen en el *sweet home.* Hacemos y cuida-

mos la fama como ellos hacen y cuidan el hogar, salvo la mentira y la embrolla tan necesarias al que no sabiendo conducirse bien sabe estimarse mucho, y tan innecesarias al hombre recto y enérgico. Hasta en su populacho nuestro Juan Moreira sería un tipo imposible.

«No se aprende á hacer el bien, dice Carlos Vergara, sino haciéndolo»; no se aprende á bastarse á sí mismo sino prescindiendo de los otros. Para brillar entre los otros es necesario conseguir su concurso ó ganar su voluntad, y el medio más poderoso de atraerse las voluntades de raza latina es acariciar los vicios y defectos y aplaudir las vanidades; pongo de testigo al ilustre autor de la «Oda á España», siempre que no lo tome á mal. «El sentimiento bienhechor de la superioridad es para el espíritu lo que el calor para el cuerpo, dice Schopenhauer; cada uno se arrima al individuo que le produce esta sensación por el mismo instinto que le hace arrimarse á la estufa ó buscar el sol».

Para hacer figura es necesario meterse en la procesión y tomar vela. Pero «vale más tener un traje mal hecho que una cabeza huera», dice Taine. Sin duda que vale más para muchas cosas, pero para brillar en la *vida social* vale más un traje bien hecho que una cabeza bien amueblada, y es por esto que tantos jóvenes franceses, según el autor precitado, «parecen salir de un armario y desfilar por cuenta de un almacén de novedades», con éxito completo, que es lo que fomenta esta moda de mucha corbata y poco seso, en los hombres, por razón de estar tan descuidada la educación de las mujeres, que no son muchas las que reciben más instrucción que la necesaria para distinguirlos unos de otros por el traje. Y la mujer muñeca se ha vengado de nuestro abandono creando por un régimen de imbecilidad femenina el tipo del petimetre « á su imagen y semejanza », el tipo elegante del hombre muñeco, del manequí vestido.

¿ Por qué medios se puede ser elegante y buen mozo?

Tal es el problema que todo sudamericano con rumbo á la *vida social* se plantea desde los 12 á los 14 años.

« ¿ Por qué medios se puede alcanzar la independencia ? Tal es el problema que se plantea todo americano (del N.) desde la edad de 15 á 16 años». (Rousiers).

En el Far West, Rousiers encuentra que la incapacidad de los franceses para colonizar se debe á que no pueden prescindir de *la vida social,* y que la superioridad de los americanos proviene de *la facultad de aislamiento,* característica de las anglo-sajones y escandinavos. «Lo que pesa horriblemente á las francesas, dice, no es tanto el hacer ellas mismas su menaje como el aislamiento en que se encuentran.... No se consuelan de la ausencia de las relaciones sociales, y siempre echan de menos la *causerie* al lado de la estufa que es el bien común de todas las clases en Francia.... Cada vez que se encuentra franceses en Estados Unidos se constata también su aversión por la soledad, y se es inducido á pensar que es ese uno de los motivos que más contribuyen á mantenernos fuera del gran movimiento de expansión colonial que la navegación á vapor ha hecho nacer en este siglo....

«Lo que sostiene á los americanos en esas empresas llenas de contrastes, es el amor innato de la independencia. Para llegar á ser amos y vivir en lo suyo, lo aceptan todo, la soledad, la ausencia del confort más elemental, los peligros de una vida errante en medio del desierto....

«Cuando esos jóvenes tienen suficiente gusto por la independencia para aceptar el aislamento y una educación conforme con ese gusto se van á colonizar tan naturalmente como otros se hacen oficinistas ó empleados....

«La instalación del colono americano en el Far West, es una habitación cualquiera, es el abrigo bajo el cual viene á refugiarse después de una jornada llena

el *dollar hunting animal* (el animal cazador de dollars).» *(Vie americaine, passim).*

«Aquí se vive de otro modo; el ideal ha cambiado con el clima. El alma se retira del exterior, entra en sí misma y se construye un mundo. Aquí hay que tener un *home,* bien cuidado, bien dispuesto, clubs, asociaciones, muchos negocios, multitud de preocupaciones religiosas y morales.... Opinan que la moral no es un objeto de curiosidad sino de uso, una herramienta de empleo diario, que hay que afilar todos los domingos....

«Cuando un francés está borracho, charla; cuando es un alemán, duerme; cuando es un inglés se pelea.... (De ahí que sus borracheras sean más ruidosas y les hayan hecho una reputación exagerada).

.... 4° Puede hacer, sin aburrirse, todas las cosas aburridas, asistir á meetings, examinar cuentas, etc. Tiene menos necesidad de distracciones que el francés .... (Taine, *Inglaterra*).

El anglo-sajón, aún en la vida urbana es semi hermitaño, comparado con el latino. No tiene, como éste, la necesidad de hablar ni lo enferma de nostalgia el silencio. Por la feliz costumbre de mejorarse él solo y dejar á los demás que se corrijan ellos ó se los lleve el diablo en la trampa, no se mete él en los negocios ajenos ni se meten en él los chismes y enredos de los otros. Un escribano criollo enseñándome en Flores una quinta que ha alquilado, me dice: La mejor ventaja que tiene es que á todos los vientos colinda con ingleses, á los cuales no les interesa saber á qué hora se levanta V., ni á qué hora come ó se mete al baño, ni á que hora se acuesta, ni cuántos sirvientes tiene, ni cuantos chicos, ni quienes lo visitan, ni cómo se llaman su padre y su madre y su abuela, cosas todas de que se informan en seguida y un poco al revés la mayoría de las familias criollas para tener «asuntos de conversación» con sus visitas. «La naturaleza de la atención espontánea, dice Ribot, revela el carácter

ó las tendencias de la persona: si es un frívolo, limitado, abierto, profundo. Espontáneamente la portera presta toda su atención á la chismografía; el pintor á los paisajes, el geólogo á las piedras, etc.»

Una gran cosa esa facultad de aislamiento que constituye la mitad de la discreción en cuanto dá la posibilidad de andar solo antes que mal acompañado. Salvo los dandys, los cantores, los guitarreros y los poetas criollos de quienes nunca se puede saber, de fijo, donde son más perjudiciales, todo hombre es apto para hacer falta en su casa y para estorbar en la casa de otro. La sociabilidad lo hace doblemente pernicioso y el aislamiento doblemente útil, por aquellos motivos. Velay yo he sido charlatán de raza y declamador de nacimiento, pero un grano que me vino en suerte, de esa facultad de aislamiento que aún en las ciudades es una bendición del cielo, me ha permitido pasar por la vida de fronteras sin conocer ni el truco, me ha librado de la contribución más cargosa y menos rezongada pues no he necesitado ser pilar de confitería para que no me aplastase el aburrimiento, que se puede impedir con otros medios menos insalubres, más baratos y seguros, y que, por último, ha librado al país de la mayor parte de los males que, por los ideales en voga, venía destinado á causarle.

Sin duda el aislamiento reduce las relaciones, pero la sociabilidad amortiza el carácter por « la infiltración recíproca de los espíritus », en el roce continuo, según la bella definición que nos ha dado Ramos Mejía de la sugestión. A la larga, la moral individual se ha escurrido á proporción en que era reemplazada por « el instinto social » que dice Bronwell que hace las veces de conciencia entre los franceses». «Todo espectáculo y toda emoción deja en nosotros una huella durable, y esas huellas pequeñas multiplicadas forman, sin darnos cuenta, la gran impresión que llamamos nuestro carácter. En punto á galantería, al cabo de 10, de 20, de 30 años, nos queda un fondo de debilidad, de curiosidad, ó

por lo menos de tolerancia, y la vaga creencia de que la irregularidad debe tener su puesto al sol, lo mismo que la regla ». (Taine).

La cortesía nos obliga, en efecto á coparticipar por condescendencia las opiniones ajenas y la discreción á pasar por todo con tal de no caer en discusiones tanto más enojosas cuanto más estériles. « ¿Véis estas dos monedas?—A fuerza de rozarse una contra otra en el bolsillo, durante 60 años han llegado á ser tan parecidas que apenas es posible distinguirlas. Los ingleses, como antiguas medallas mantenidas en separación, conservan el filo agudo que la naturaleza les ha dado originariamente, —no son suaves al tacto—pero, en cambio, la leyenda es tan legible que al primer golpe de vista podéis percibir la efigie y la inscripción » (L. Sterne). « Cuando yo les hablaba de asimilación, dice Noblemaire, pronunciaba una palabra borrada para siempre de su diccionario » *(Aux Indes)*. He aquí un detalle demasiado importante, que ignoraba el Dr. Rawson cuando fundó la colonia galense del Chubut con puros galenses.

El cerebro de la mayoría de esos jóvenes viejos y viejos jóvenes que andan con su memoria convertida en un almacén de chismes, es un enorme depósito de inútiles pormenores de vidas ajenas, espíritus intoxicados, sin saberlo, por la alta pornografía inédita, que nunca sabrán cuánto más limpio es ensuciarse las manos barriendo la basura de su casa que ensuciarse el espíritu con el trato de la depravación de buen tono.

Pero al fin la superioridad del individualismo se va imponiendo en los espíritus y del mismo Madrid salen voces muy autorizadas, aconsejando el archivo de los viejos y ya vencidos ideales: « Los enemigos á quienes hay que someter, dice *La Epoca* de Dic. 98, son el desierto infecundo, el pantano pestilente, el páramo inhospitalario.... Bien mirado, nada hay más altruista que el trabajo: es incalculable el beneficio que reporta á los demás hombres el sudor fecundo del más humilde

obrero. Siendo esto así, la nación más trabajadora es también la que más bienes proporciona á las demás naciones ».

Pero, adoptar las formas individualistas sin el fin á que corresponden, sin el ideal de la independencia personal de que son la simple instrumentación, es la misma cosa que ponerle huevos de pato á una gallina clueca. Los discípulos de las escuelas de minas, de agricultura, de artes y oficios, tirarán la blusa y las herramientas de *hacer independencia* para empuñar los guantes, la pluma y los demás trebejos de *hacer figura ;* se meterán al empleo los discípulos de la escuela colonial, como se meten al charco los patitos incubados por la gallina y por ella enseñados á escarbar el suelo en condición de pollos, porque como escribientes endomingados tienen más probabilidades de ganar el corazón de esos ángeles de sentimentalismo huero que producen las novelas del género tonto y los colegios de beatas que preparan para el cielo á las que van á ser víctimas del mundo.

« Al Sud, — le dice á Paul de Rousiers un molinero del Kansas, — al sud enviamos las marcas inferiores; los negros prefieren tener bellos trajes á comer pan de buena clase ». Tuve el honor de conocer y tratar mucho á un inglés de esos que creen que la ocupación de matar el tiempo sin provecho para el vencedor es, de todas, la más denigrante. Había él empezado de simple minero hasta que juntó lo bastante para comprar algunos burros y hacerse acarreador de leña para una mina de cobre. Cerrada la mina, se dedicó á la crianza de ovejas que arreaba á pie desde las provincias vecinas. Ensanchando siempre sus negocios había llegado á grandes comodidades y cuantiosa fortuna y se complacía en referir sus comienzos con gran disgusto de sus hijos que, orientados por el espíritu caballeresco, considerando noble la riqueza y plebeyo el trabajo, se enorgullecían del resultado y se abochornaban de los

medios de llegar á más, en razón de lo cual, casi todos llegaron á menos, y algunos á plan barrido.

Por lo tanto, pues, si hasta los mestizos de inglés y criolla resultan con la chifladura de la ociosidad paqueta y el horror al trabajo, es asunto urgente cambiar la orientacion del espíritu público en el sentido de desmonetizar el amor á la ostentación y acreditar el amor á la independencia personal, si aspiramos á ser un pueblo grande en realidades y no un pueblo altivo pero pobre, sucio, desgraciado y vanidoso como todos los que yacen en este continente desde las sierras de Córdoba hasta el golfo de California.

Es, pues, de gran necesidad que mientras el gobierno cambia los medios la opinión pública cambie los fines; que al mismo tiempo que el uno cambia la escuela clásica que produce tinterillos por la escuela nueva que produce colonos, la prensa y la opinión cambien el furor de hacer figura por el furor de hacer independencia.

Los periódicos seguramente no tomarán la iniciativa, porque no son instituciones de filantropía sino empresas con gastos que necesitan ser caloríferos de la vanidad ambiente para traer á sí el público que les dé prosperidad en cambio del aplauso para sus debilidades, y regularmente, en los países chiflados, es la nota más chiflada la que procura mayor circulación. El lector se arrima al órgano que da su nota «por el mismo instinto que lo hace arrimarse á la estufa ó buscar el sol». Hombres encantadores redactan periódicos imbéciles, y hombres robustos hacen periódicos de modas. No hacen su gusto sino el de su clientela y su esclavitud está en razón directa de la circulación. Dirigen á la opinión ateniéndose al criterio de ella como el director de orquesta á la partitura y su éxito depende por completo de la fidelidad con que interpreten el pensamiento ajeno, asimilándose el alma del vulgo para ser comprendidos por el vulgo. Como dijo Lope de Vega — « El vulgo es necio, y pues

lo paga, es justo, — hablarle en necio para darle gusto ».

Y sin embargo, si no hemos de contentarnos con ser un poco ó un mucho más que Centro América ; si aspiramos á llenar nuestro deber en el mundo, lo esencial es cambiar la partitura, hacer la educación de la libertad individual para que ésta ocupe el lugar de «esos hinchados sentimientos de libertad que abundan en los poetas y oradores latinos y que son, como dice Macaulay, algo muy diferente de la única libertad que es de importancia para la felicidad del hombre».

No se trata de novedades á implantar sino de convertir sobre lo que ya existe la regla en excepción y la excepción en regla. ¿Nos costará mucho acaso, convenir en que un albañil es un hombre libre, porque el pan que come lo gana con su trabajo, y que un gomoso es un ente despreciable, esclavo de la imbecilidad ambiente porque depende del trabajo ajeno y de los gustos ajenos para los trapos con que se adorna, para el cigarro que fuma y para el vino que bebe? El padre que logre empapar á su hijo en la idea de que la libertad no consiste en votar tres veces en cada elección, sino en saber fomentarse solo sin recurrir á la mentira, á la mistificación ni al engaño, en no necesitar la indulgencia de la policía y de la justicia para su conducta, le habrá dado los ideales que hacen el hombre independiente, le habrá sembrado en el espíritu la semilla, la única semilla que germina libertad de hecho.

«Todo régimen, dice Taine, es un medio que opera sobre las plantas humanas para desarrollar algunas especies y aniquilar otras». «A los pueblos nuevos, me dice un colaborador anónimo, hay que darles el carácter como el sello á la moneda, so pena de que ésta se venda al peso ó al bulto como la chafalonía ». Convenido, pero el carácter de un pueblo es la resultante del carácter de los individuos, y si bien sea cierto,

como él dice, que donde hay más sol hay que hacer más vergüenza para neutralizar sus enervamientos, él desea la regeneración de los individuos por el Estado, y yo, que no he necesitado que el Estado me curase de las imbecilidades de que voy sanando á fuerza de machucones, recomiendo solamente la independencia de cada uno hecha por cada uno y Dios con todos, en un pueblo de hombres libres á mérito de su buena conducta y no por la simple virtud de la ley.

«Todo el que logre aplacar una parte siquiera de la cólera de su alma, hará bien al país», dice Chasles, y todo el que logre emancipar su espíritu de las imbecilidades ambientes, habrá salvado por lo menos su parte en la sensatez humana.

FIN.

ÍNDICE

	PÁGINA
Por la ventanilla	3
La leche de clemencia	5
Condiciones materiales de la libertad política	93
La prosperidad y la gloria	149
De arriba	173
Perdone la letra y el papel	193
Lo que relumbra	211
Megalomanía	217
Formas de gobierno vacías y otras yerbas	229
¿Qué cosa es la libertad?	249
La partitura	315

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

JC
272
A4

Alvarez Suárez, Agustín Enrique
Manual de patología política